¿Puede la humanidad sobrevivir a la crisis en espiral del capitalismo global?

Ni yo ni el profesor Germán Carrillo podemos dar una respuesta definitiva a esta pregunta. El futuro no está predeterminado y, sin duda, será moldeado por la acción colectiva de millones de personas en los próximos años; el desenlace dependerá de cómo se desarrollen las luchas y los conflictos entre fuerzas sociales y de clase antagónicas en todo el mundo. Lo que podemos y debemos hacer los intelectuales comprometidos con las candentes luchas políticas y sociales de nuestros días es identificar la naturaleza de esta crisis; develar las contradicciones de un sistema que está fuera de control, cuyo impulso implacable de acumulación de capital a toda costa nos está conduciendo hacia niveles cada vez mayores de miseria masiva y alienación, el hundimiento de los sistemas políticos, la guerra y el colapso de la biosfera.

Naturalmente, este no es un ejercicio intelectual ocioso, puesto que no podemos cambiar lo que no entendemos. Un diagnóstico correcto de la crisis es tan imperativo como las acciones necesarias para resolverla. Y ese diagnóstico implica también una crítica inmanente a los sistemas teóricos, epistemológicos e ideológicos dominantes. En este libro el lector hallará un urgente y amplio análisis del problema.

William I. Robinson

Universidad de California,
Santa Bárbara, Estados Unidos

ISEN Centro Universitario
Calblanque Libros

ISBN 978-84-124619-8-5
9 788412 461985

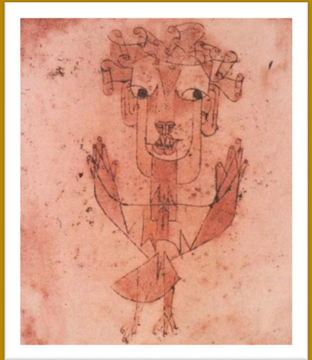
Germán Carrillo García

Interpretar el mundo

Germán Carrillo García

Interpretar el mundo

Ensayos sobre la crisis de las sociedades contemporáneas



CALBLANQUE

Germán Carrillo García

Es profesor de la Universidad de Murcia y director de la Revista de *Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*. Es autor de diversos libros publicados por el Ministerio de Agricultura de España sobre historia y política de América Latina. Durante los últimos años, sus investigaciones se han centrado fundamentalmente en el análisis histórico y comparativo del mundo contemporáneo, cuyos resultados se hallan publicados en numerosas revistas científicas nacionales e internacionales.

Interpretar el mundo

Interpretar el mundo

Ensayos sobre la crisis de las sociedades contemporáneas

Germán Carrillo García

CALBLANQUE

isen | Centro Universitario

1ª edición: *septiembre de 2022*

ISEN Centro Universitario
C/ Menéndez Pelayo, 8
30204 Cartagena

Calblanque Libros
calblanque@balduque.es

ISBN: 978-84-124619-8-5
Depósito Legal: 821-2022

A mis padres,
y a la memoria de Natalia C. M.

Agradecimientos

La publicación de esta colección de ensayos no habría sido posible sin el desinteresado apoyo de amigos y colegas. Quisiera expresar mi gratitud a las revistas *Migración y Desarrollo*, *Pasajes* y *Revista de Estudios Globales,* donde aparecieron originalmente varios capítulos aquí revisados y ampliados; en especial, a mi colega William I. Robinson de la Universidad de California, Santa Bárbara, por escribir las generosas e inteligentes palabras que abren este libro; también a Luis Cruz Miravet y a ISEN Facultad adscrita a la Universidad de Murcia; a mis estudiantes, por sus comentarios siempre estimulantes en la tarea de redescubrir el mundo; y a Carmen M. Cerdá que colaboró en la investigación y revisión de esta obra.

Prólogo

Por una crítica inmanente al capitalismo global y sus mandarines, *por William I. Robinson*

¿Puede la humanidad sobrevivir a la crisis en espiral del capitalismo global? Ni yo ni el profesor Germán Carrillo podemos dar una respuesta definitiva a esta pregunta. El futuro no está predeterminado y, sin duda, será moldeado por la acción colectiva de millones de personas en los próximos años; el desenlace dependerá de cómo se desarrollen las luchas y los conflictos entre fuerzas sociales y de clase antagónicas en todo el mundo. Lo que podemos y debemos hacer los intelectuales comprometidos con las candentes luchas políticas y sociales de nuestros días es identificar la naturaleza de esta crisis; develar las contradicciones de un sistema que está fuera de control, cuyo impulso implacable de acumulación de capital a toda costa nos está conduciendo hacia niveles cada vez mayores de miseria masiva y alienación, el hundimiento de los sistemas políticos, la guerra y el colapso de la biosfera. Naturalmente este no es un ejercicio intelectual ocioso, puesto que no podemos cambiar lo que no entendemos. Un diagnóstico correcto de la crisis es tan imperativo como las acciones necesarias para resolverla. Y ese diagnóstico implica también una crítica inmanente a los sistemas teóricos, epistemológicos e ideológicos dominantes.

Es en este sentido que el profesor Carrillo García nos ofrece un urgente y amplio análisis del problema. Como señala en la primera página de este estudio magistral: «nuestra comprensión del mundo se hace cada vez más oblicua y

confusa. Inmersos en una atmósfera en la que lo efímero se combina con lo absurdo e irracional apenas somos capaces de observar con cierta nitidez las contradicciones subyacentes que están alterando, sin precedentes históricos, la naturaleza social y ecológica del mundo». Este es su punto de partida para adentrarnos en un análisis histórico y estructural desesperadamente necesario de un todo mayor, una totalidad en la que todas las particularidades de nuestra existencia están interconectadas. Hegel ha observado que «la verdad está en el todo». A pesar de ello, como argumenta el profesor Carrillo García: «la obstinada tendencia a observar los problemas sociales desde perspectivas sectoriales, deslegitimando los esfuerzos analíticos estructurales que metodológicamente perseguían la sistematización de las relaciones humanas, tan comunes hasta la década de 1970, es parte del problema que no es únicamente metodológico, se trata también de una cuestión ideológica». ¿Qué es lo que sucedió en la década de 1970 que hizo añicos las perspectivas epistemológicas dialécticas caracterizadas por una crítica del capitalismo como sistema totalizador, dando como resultado una infinidad de partes, experiencias y abstracciones aisladas sin sentido?

Si para Hegel «la verdad está en el todo», el movimiento intelectual desde la década de 1970 que se aleja de la totalidad ha neutralizado a su vez el poder explicativo de la crítica y, con él, la potencia política de cualquier lucha por la justicia social, la liberación de la alienación y equilibrio con el resto de la Naturaleza. Esta tendencia a la fragmentación en el estudio del mundo puede ser el reflejo de la desintegración social producida por un capitalismo globalizado más avanzado. Pero, la fractura de los mundos sociales producida por la globalización capitalista no es una explicación suficiente, ya que este proceso involucra a agentes sociales definidos e intereses de clase. En este

sentido, el alejamiento por parte de los intelectuales de los análisis estructurales y, por tanto, la explosión de infinitas áreas de estudios, aisladas y sin vinculación alguna, no es más que el reflejo del distanciamiento de la intelectualidad occidental, instalada en sus universidades, con respecto a las luchas sociales de masas de nuestra época. El punto de inflexión de esta deriva tuvo lugar en las dos últimas décadas del siglo pasado. El capital pasó a la ofensiva contra las clases populares y trabajadoras globales a través de la globalización y la contrarrevolución neoliberal para cambiar la correlación mundial de fuerzas a su favor. Las luchas obreras, los movimientos sociales de masas de los oprimidos, los proyectos nacionalistas y revolucionarios del antiguo Tercer Mundo, necesitaban ser revertidos –o mejor aún, cooptados y absorbidos– para hacer que el mundo volviera a ser seguro y disponible para el capital.

El colapso del antiguo mundo socialista no fue más que el suspiro final de una izquierda del siglo XX que había llegado al agotamiento. En lugar de llevar a cabo una labor intelectual de renovación, gran parte del izquierdismo se retiró a la política de identidad posmoderna y otras formas que se adaptaron complacientemente con el emergente orden neoliberal. Muchos intelectuales que antes se identificaban con los movimientos anticapitalistas y los proyectos de emancipación social parecían ahora adolecer de un cierto *derrotismo* ante el capitalismo global. El declive de la izquierda y de los movimientos socialistas en todo el mundo, resultado, entre otros factores, de la brecha crónica entre la teoría y la práctica, el pensamiento y la acción, condujo también a una degeneración de la crítica intelectual. Un abrazo a la tesis del «Fin de la Historia» supuso el fin, no de la historia, sino del pensamiento crítico. Fue entonces, a partir de aquel derrotismo que floreció una letanía interminable de «posnarrativas». Del giro posestructural y

posmoderno en la filosofía y los estudios culturales, surgió una multitud de nuevas narrativas: poscapitalismo, poscolonialismo, posfeminismo, posdesarrollo, etcétera, las cuales abandonaron los análisis estructurales y la perspectiva histórica. Todas las narraciones eran ahora igualmente válidas. El marxismo pasó a ser una «ideología eurocéntrica/occidental». Los estudios estructurales y la economía política fueron denominados simplemente como «metanarrativas»; representaciones totales que tuvieron que ser abandonadas al mismo tiempo que la intelectualidad se batía en retirada de cualquier crítica real del capitalismo global y sus crisis.

Con el término «totalidad» queremos subrayar que todo está internamente conectado y relacionado con todo lo demás; no hay nada fuera de la totalidad de estas relaciones. El universo no está constituido por cosas sino por relaciones. Las diferentes partes del todo no tienen un estatus independiente. No existe tal cosa como una «cosa en sí» en el sentido kantiano. En el mundo social, el complejo de relaciones sociales forma un nexo relacionado internamente, basado en los principios básicos que ordenan la producción y reproducción de nuestra existencia que, para nuestra especie, incluye también la producción cultural e ideológica. Conceder un estatus independiente a cada o a cualquier parte de un todo implica una relación externa entre estructuras independientes, en las que cada parte tiene una existencia autónoma de su relación con la otra. Por decreto epistemológico, las corrientes posnarrativas que se apoderaron del pensamiento «crítico» excluyeron este tipo de visiones estructurales, impidiéndonos así teorizar cualquier principio ordenador subyacente. Dicho de otro modo, excluyeron aquellas determinaciones históricas o estructurales que en primer lugar dan origen a nuestras formaciones sociales y que podrían ofrecer alguna unidad

conceptual subyacente al universo social. Esta fue, precisamente, la fragmentación del pensamiento que exigía el neoliberalismo. Mientras la emergente clase capitalista transnacional emprendía su depredadora reconquista del mundo, sus mandarines intelectuales perseguían un conjunto de prácticas académicas, políticas y culturales radicales, aunque solo en su expresión, ya que en el mejor de los casos eran liberales que terminaron apuntalando la hegemonía del capital.

Pero las contradicciones tienen una manera desagradable de hacerse sentir. El momento del triunfo del capitalismo global fue el momento en que entró en una crisis irresoluble. Estructuralmente, el sistema se ha visto sumido en una crisis de sobreacumulación, manifestada en una serie de conmociones, desde la crisis financiera asiática de finales de la década de 1990 hasta la quiebra de las puntocom de principios de siglo, la Gran Recesión de 2008, el estancamiento prolongado durante la década de 2010, el colapso económico de *Covid-19* y una nueva depresión mundial que ya parece vislumbrarse en el horizonte. Los administradores estatales del capitalismo global y los economistas, así como los banqueros que los asesoran no tienen ni la más remota idea de cómo resolver la crisis del capital sobreacumulado y el consiguiente estancamiento crónico; los instrumentos de flexibilización cuantitativa, los rescates multimillonarios, etcétera, ya han agotado su curso.

Pero la crisis es tanto política como económica o estructural: una crisis orgánica del dominio capitalista. Millones o quizás miles de millones de personas en todo el mundo están cuestionando un sistema que ya no consideran legítimo. La revuelta mundial que estalló a raíz de la Gran Recesión de 2008 y que puso fin a dos décadas marcadas por el «boom de la globalización», simplemente no tiene precedentes en la historia. Las rebeliones que arrasan

el mundo, en toda su diversidad, tienen un denominador común subyacente: un capitalismo global agresivo en estado permanente de crisis que presiona para expandirse sobre las espaldas de las masas que no pueden tolerar más penurias y privaciones. La economía y la sociedad globales están más integradas e interdependientes que nunca lo habían estado y las comunicaciones globales vinculan a las comunidades en resistencia a través de las fronteras y a una escala planetaria.

La polarización entre la clase capitalista transnacional, sus agentes políticos y sus fieles incondicionales, por un lado, y la vasta masa de la población mundial marginada y excluida, por otro, parece que nunca ha sido tan acusada como en este momento. En 2018 solo diecisiete conglomerados financieros globales administraron colectivamente 41,1 billones de dólares, más de la mitad del PIB de todo el planeta. En este momento, el uno por ciento más rico de la humanidad, encabezado por 36 millones de millonarios y 2.400 multimillonarios, controla más de la mitad de la riqueza del mundo, mientras que el 80 por ciento inferior, casi 6.000 millones de personas, tiene que arreglárselas únicamente con el 5 por ciento de esta riqueza. A nivel mundial, el 50 por ciento de la humanidad vive con menos de 2,50 dólares diarios, y un 80 por ciento con menos de 10 al día. Una de cada tres personas en el planeta sufre algún tipo de desnutrición, casi mil millones se acuestan con hambre cada noche y otros dos mil millones sufren inseguridad alimentaria. Los refugiados de la guerra, el cambio climático, la represión política y el colapso económico ya se cuentan por cientos de millones de víctimas. La pandemia, seguida de las repercusiones de la invasión rusa de Ucrania, ha agudizado aún más estas dramáticas condiciones. La agencia de desarrollo internacional Oxfam informó en enero pasado que, durante los primeros dos

años de la pandemia de coronavirus, los 10 hombres más ricos del mundo duplicaron sus fortunas e incluso más: de 700 mil millones de dólares a 1,5 billones, mientras que el 99 por ciento de la humanidad sufrió una caída en sus ingresos y 160 millones más de personas pasaron a engrosar las filas de la pobreza. Cientos de millones, quizás miles de millones de personas del Sur global han sido desplazadas o expulsadas de su lugar de origen durante las últimas décadas por las políticas neoliberales, así como por la purga social y la violencia organizada por la «guerra contra las drogas» y la «guerra contra el terrorismo»; ambas han servido como instrumentos de acumulación primitiva y de reestructuración e integración violentas de países y regiones al capitalismo global.

La crisis genera enormes tensiones sociopolíticas que deben ser manejadas por los grupos gobernantes ante la desintegración social y el colapso político que se está produciendo en muchos países. También estimula el conflicto geopolítico a medida que los estados buscan externalizar estas tensiones y, con ello, acelera el colapso del orden internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial, acrecentando el peligro de una conflagración militar internacional. De hecho, a medida que el sistema alcanza los límites de su expansión, la crisis se vuelve existencial, dado el colapso ecológico y la creciente amenaza de una confrontación nuclear. La clave para resolver esta crisis de la humanidad se encuentra en cómo la percibe e interpreta la vasta masa de personas que la sufren y también cómo pueden imaginar su resolución. En los últimos años, la extrema derecha, tanto populistas como neofascistas, ha ganado más terreno y con mayor rapidez que la izquierda, ya que aquella plantea una cierta interpretación que aviva el racismo, el nacionalismo, la xenofobia y el militarismo. Sin embargo, las interpretaciones de la crisis ofrecidas por

los intelectuales orgánicos del liberalismo identitario y posmoderno, en la medida en que nos alejan de una crítica frontal del capitalismo global con miras a su trascendencia, también conducen a callejones sin salida y, lo que es peor, abren un espacio para los movimientos políticos y sociales neofascistas. Ambos acaban exteriorizando las contradicciones internas de un capitalismo global en crisis. La clase capitalista transnacional es absolutamente decadente. ¿Puede decirse lo mismo de la intelectualidad?

Como nos recuerdan las páginas que el lector tiene por delante, ninguna lucha de los oprimidos puede tener lugar sin sus intelectuales orgánicos y las batallas por venir son tanto teóricas e ideológicas como políticas. No puedo hacer justicia en un breve prólogo a la amplitud del estudio del profesor Germán Carrillo. Baste decir que en un momento en que la rebelión vital desde abajo estalla en todas partes del planeta pero se enfrenta con el desafío de ir más allá de la multiplicidad de luchas fragmentadas, de la espontaneidad, la aversión a la teoría y el callejón sin salida de las políticas de identidad, en un momento en que una respuesta fascista a la crisis parece asomar la cabeza, necesitamos más que nunca revivir el pensamiento crítico, promover una economía política marxista radical cuyo objetivo sea una crítica inmanente del capitalismo global; un componente clave en cualquier reconstrucción de un proyecto emancipador basado en el proletariado mundial. El estudio que tienen ante ustedes hace una contribución inestimable al resurgimiento de ese proyecto emancipador.

William I. Robinson
Los Angeles, Estados Unidos
Mayo de 2022

Prefacio

> Vosotros, que surgiréis del marasmo en el que nosotros nos hemos hundido, cuando habléis de nuestras debilidades, pensad también en los tiempos sombríos de los que os habéis escapado.
>
> Bertolt Brecht, «A los hombres futuros», 1938[1].

Este libro trata de abordar desde una perspectiva poco convencional la escala y la profundidad de la crisis de las sociedades contemporáneas. No es una historia exhaustiva de los acontecimientos que al menos desde la década de 1970 han alterado al mundo hasta dejarlo irreconocible con respecto al pasado, pero es un intento de comprender las tendencias subyacentes que han actuado, y siguen haciéndolo, desde la primera crisis del capitalismo de la segunda posguerra. Las limitaciones son obvias. Todo intento de interpretar el mundo desde una perspectiva estructural las tiene; pero con toda certeza la visión dominante, en especial en el reino del academicismo que disecciona virtualmente los campos del conocimiento, no será más fructífera que un enfoque dialéctico, que es el que ha guiado la escritura de este libro. De igual modo, pocas dudas caben acerca de que las imágenes del mundo son siempre selectivas y que toda escritura está modelada por las convicciones ideológicas de su autor. Lo mismo se puede afirmar con respecto a la percepción de la idea histórica de progreso.

Para una parte nada desdeñable de la humanidad la carga del progreso es pesada, es como el «ángel de la his-

1 En Bertolt Brecht (1976), *Poemas y canciones*, Alianza Editorial, Madrid, pág. 99.

toria» que Walter Benjamin (situado ante las simas distópicas de la Segunda Guerra Mundial) quiso ver en el cuadro de Paul Klee *Angelus Novus*. Aquí, el pensador judeoalemán vio una imagen descarnada y pesimista de la historia: «En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos», el ángel de la historia «ve una catástrofe única que acumula sin cesar ruina sobre ruina y se arroja a sus pies». Aunque el ángel se resiste, una tempestad lo «arrastra irremisiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas sube ante él hacia el cielo. Tal tempestad», concluye Benjamin, «es lo que llamamos progreso»[2]. Para otra parte del género humano, proporcionalmente mucho menor pero infinitamente más favorecida por las posibilidades que ha generado la economía global durante las últimas décadas, la imagen del progreso es siempre ascendente e ilimitada; su modelo es más bien Bill Gates o Elon Musk que cualquiera de la miríada de neoestajanovistas distribuidos por toda la geografía planetaria.

Esta asombrosa polarización global comenzó a gestarse a finales de la década de 1960, cuando el edificio del capitalismo keynesiano de posguerra se estaba agrietando por el efecto combinado de una crisis dual de legitimidad y rentabilidad (Arrighi, 2002), al mismo tiempo que los proyectos desarrollistas del antiguo Tercer Mundo se hallaban en su momento más crítico. El vacío keynesiano fue rápidamente cubierto por la contrarrevolución neoliberal de Thatcher-Reagan en los últimos años del decenio 1970 y sobre todo durante el siguiente. Mientras en el frente occidental el arsenal monetarista de la Reserva Federal estadounidense fulminaba la crisis de inflación en el año

2 Walter Benjamin escribió *Tesis sobre filosofía de la historia en Paris entre 1939 y 1940*. Aquí citamos una edición a cargo de Bolívar Echevarría (2008), *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Ed. Itaca, México, págs. 44-45.

1979, dejando a su paso un rastro de desempleo y quiebras sistemáticas, los países de la periferia entraron en una espiral de malestar estructural del que todavía no han conseguido librarse. Esta ofensiva de la derecha mundial, que miró con desprecio las políticas típicamente keynesianas, convergió con el derrumbamiento del contraejemplo soviético (1985-1991) y con el extraordinario ascenso de la China posmaoísta. Durante la era de Deng Xiaoping, iniciada en 1978, el gigante asiático comenzó a evolucionar hacia un modelo de capitalismo de Estado que dos décadas después, bajo un control políticamente comunista, acabó transformado en un régimen socialista de características chinas con fuertes convicciones neoliberales. Como resultado de este esquema histórico, el credo neoliberal se convirtió en la ideología más exitosa de la historia de la humanidad (Anderson, 2006:389). Las raíces profundas y las consecuencias globales de este extraño fenómeno han sido el tema central de los ensayos aquí reunidos que en síntesis se pueden expresar del siguiente modo.

Desde la contrarrevolución angloestadounidense hasta sus epígonos miasmáticos de la «tercera vía», la democracia se fue desplazando insensiblemente hacia el gobierno de una *nomenklatura* de perfil financiero. La política de la democracia, es decir, la soberanía popular, quedó suspendida en el vacío, actuando meramente como un fetiche de las disposiciones tecnocráticas y la hegemonía de las finanzas, y, en último término, restringida al Imperio de la Ley del Estado de Derecho (*Rechtsstaat*). La promesa republicana que consideraba al conjunto de la ciudadanía política digna de ser igual ante la ley, parecía haber quedado atrapada en la historia. Las políticas distributivas y fiscales progresivas entraron en regresión, como lo hicieron los estabilizadores sociales de los Estados de Bienestar de posguerra que desde hace décadas están siendo barridos

por el culto neoliberal a la privatización. Un culto que ya conocían con notable anterioridad en América Latina y en gran parte del continente africano, donde las Políticas de Ajuste Estructural, crudamente impuestas por las instituciones neoliberalizadas de Bretton Woods, habían dejado un rastro de miseria inconmensurable. Y, aunque China había actuado de espaldas al «Consenso de Washington», negándose a leer a Friedrich Hayek o a Milton Friedman y optando por la sabiduría del padre del liberalismo clásico, cuando el socialismo realmente existente se derrumbó, el Partido Comunista Chino se desvió del camino de la sociedad armoniosa (*xiaokang*) y se integró plenamente en los circuitos del capitalismo global.

La crisis de estancamiento secular que ha caracterizado a las sociedades posindustriales desde la década de 1970, así como la evolución hacia formas de capitalismo parasitario al estilo Ponzi, fueron disciplinando los mercados laborales para dejarlos desprotegidos de las presiones del capital. Como en la película *Sorry We Missed You* de Ken Loach, un psicodrama casi documental sobre la nueva condición laboral, el subempleo y otras formas de explotación humanas, constituyen el nuevo paradigma global del trabajo en el siglo XXI. La expansión de la financiarización, envuelta en crisis inmobiliarias y especulativas, compensó relativa y transitoriamente la decadencia del tejido industrial en los países del núcleo del capitalismo; pero también reforzó la desindicalización, desreguló los mercados laborales, elevó los precios de los bienes y servicios básicos, contrajo el régimen salarial y las tasas de ahorro de las clases medias y, como resultado, redujo a individuos y a Estados a variables dependientes de la abrumadora expansión del endeudamiento. Por su parte, en los países que engloban la heterogénea periferia, las promesas del desarrollo se vieron frustradas con demasiada obstinación. La globalización de

la economía y la externalización de la producción de las industrias más sucias y menos sostenibles trajeron consigo el auge del ilotismo laboral, la contaminación, la sobreexplotación de recursos naturales y la desaparición de ecosistemas enteros. El modelo de desarrollo en buena parte de los países del Sur global quedó reducido a un espejismo de progreso social, a una reproducción del núcleo del capitalismo avanzado y, en última instancia, a un crecimiento desigual.

Las clases medias occidentales, antaño consideradas la vanguardia de la transformación social, fueron descendiendo hacia el subsuelo de la deflación por deudas, mientras la expansión virtualmente ilimitada de crédito compensó las devaluaciones salariales. Al mismo tiempo, los niveladores de opinión del *statu quo* junto a la orgía consumista *à la Black Friday* (el sueño de la «democracia del consumidor» de Ludwig von Mises), inocularon la correspondiente dosis de hegemonía para controlar en la medida de lo posible la erupción global de terremotos sociales. El estilo de vida de las nuevas clases medias de Brasil, India o China, por no hablar del *popolo grasso* enriquecido gracias al lucrativo negocio de las privatizaciones en la antigua Europa oriental, la nueva Rusia o México, también fue asimilando las tendencias de consumo alienante y la cultura de despilfarro conspicuo del Norte global. Al tiempo que, en todo el Sur global, el campo iba quedando por debajo de las ciudades-empresa y en sus extrarradios se aglomeraban montañas humanas excedentarias. Pero el descontento ante el autoritarismo político y la crisis económica a una escala planetaria es cada día más evidente. La temperatura social, como la del planeta, se ha ido elevando y la rabia y el *ressentiment* no han dejado de aflorar desde hace tiempo por doquier. Mientras tanto, como siempre ha sucedido cuando los recursos intelectuales se agotan en las mi-

nas académicas, han ido surgiendo nuevos conceptos que anuncian (y celebran) la defunción del pasado y la necesidad imperativa de interpretar el mundo con otras lentes más refinadas. Términos deliberadamente ambiguos como resiliencia (una actualización laica del culto a la resignación), emprendimiento, digitalización, *inter alia*, además de poscapitalismo y todos sus vástagos posmodernos, han nutrido desde hace unos años el patrimonio intelectual y la retórica política, incluso de una parte de la izquierda que se alejó de las causas subyacentes de los problemas de un mundo que antes deseaba cambiar. Esta nueva vulgata pseudointelectual, como diría cáusticamente Karl Marx al referirse a la economía vulgar, es rumiada por sus cultivadores «hasta convertirla en papilla para el uso doméstico»; una práctica pedante y «autocomplaciente» con el *establishment*, cuya finalidad implícita (o no) es anunciar que vivimos en el «mejor de los mundos posibles» (Marx, 2010*a*:92).

Como ha escrito mi colega William I. Robinson en el prólogo de este libro, no tenemos respuestas acerca de lo que el futuro deparará a la humanidad, pero todas las evidencias muestran que nos hallamos inmersos en una crisis de dimensiones sin precedentes en el registro histórico. Desgraciadamente, las palabras de Bertolt Brecht escritas al inicio de este prefacio y dirigidas «a los hombres futuros» un año antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial, ya no parecen tan remotas. Y, sin embargo, es posible que jamás el ser humano haya vivido en un tiempo en el que las posibilidades de hacer un mundo mejor fueran tan enormes, tanto como la brecha que lamentablemente separa esas posibilidades de su realización.

Capítulo 1

La era de la irracionalidad política global

> Hoy día la humanidad ya se ha acostumbrado como hecho normal a llevar vidas de contradicción interna, que se desgarran entre un mundo de sentimientos y una tecnología insensible a la emoción, entre el ámbito de la experiencia y el conocimiento empírico a escala humana y el ámbito de las magnitudes absurdas, entre el 'sentido común' de la vida diaria y la imposibilidad de comprender, salvo para unas exiguas minorías, las operaciones intelectuales que crean el marco en el que vivimos.
>
> Eric Hobsbawm, *Tiempo de rupturas*, 2013, pág. 196.

Nuestra comprensión del mundo se hace cada vez más oblicua y confusa. Inmersos en una atmósfera en la que lo efímero se combina con lo absurdo e irracional apenas somos capaces de observar con cierta nitidez las contradicciones subyacentes que están alterando, sin precedentes históricos, la naturaleza social y ecológica del mundo. Y, sin embargo, lo más preocupante y paradójico es que a pesar de disponer de toda una vasta masa de conocimiento acumulado, nuestros aparatos conceptuales y teóricos, así como las «estrategias políticas» empleadas, adolecen de un sorprendente grado de limitaciones (Harvey, 2014:12). La obstinada tendencia a observar los problemas sociales desde perspectivas sectoriales, deslegitimando los esfuerzos analíticos estructurales que metodológicamente perseguían la sistematización de

las relaciones humanas, tan comunes hasta la década de 1970, es parte del problema que no es únicamente metodológico, se trata también de una cuestión ideológica. El predominio analítico de simplificar la naturaleza dialéctica del conocimiento, aislando virtualmente la esfera cultural o política de la lógica capitalista es un grave error. Harvey lo ha planteado con notable claridad: «no veo ninguna diferencia entre el vasto espectro de actividades especulativas e igualmente impredecibles asumidas por empresarios (nuevos productos, nuevas estrategias de marketing, nuevas tecnologías, nuevas localizaciones, etc.) y el desarrollo igualmente especulativo de los valores e instituciones culturales, políticos, legales e ideológicos en el capitalismo». Desde esta perspectiva, la expansión sistémica del capitalismo ha arrastrado y modelado «cada vez más áreas de la vida cultural» (Harvey, 1998:376). Esto es lo que quería decir Wallerstein en *El capitalismo histórico* con la «mercantilización de todas las cosas». Paradójicamente, a medida que la «ciencia moderna» ha ido diseccionando virtualmente las áreas del conocimiento, se ha producido un alejamiento de la «búsqueda de las causas finales y de toda consideración de intencionalidad» (Wallerstein, 2014:34).

Tal vez por ello, no debería sorprendernos que a pesar de que el sistema económico global se está derrumbando ante nuestros ojos, dejando a su paso un rastro de ruinas sociales y ecológicas, o ambas combinadas en forma de pandemia global (virus SARS-CoV-2, o covid-19), decretada por el director general de la OMS Tedros Adhanom el 11 de marzo de 2020, por más onerosas y abyectas que objetivamente puedan parecer sus consecuencias, cualquier forma de imaginar un sistema mundial distinto está ausente del vocabulario común del *statu quo* liberal. Al fin y al cabo, las escasas disposiciones de alternativas a un sistema caducado, más allá de la exigencia de su necesaria aboli-

ción en forma de protestas sociales exacerbadas por todo el mundo, han permitido al capitalismo cambiar de apariencia constantemente para mantener, no obstante, incólume su naturaleza cimentada en la perpetua acumulación de capital. Las guerras culturales libradas por la conquista de derechos sociales han sido, en última instancia, las que se han desarrollado con más encono en los campos de batalla políticos. Pero la acumulación de capital en ausencia de una sólida oposición política, y con la imparable neoliberalización mundial, ha ido arrastrando a las sociedades hacia el abismo.

Vivimos inmersos en una era de irracionalidad política global. La lucha contra el descenso del crecimiento económico se combina con las batallas políticas por domesticar nuevas geografías donde el capital excedente se apropia de modos de producción y modos de vida tradicionales, generando a su vez efectos no deseados sobre el medio ambiente y reconstituyendo una y otra vez el dominio del imperialismo secular. La dramática lucha contra el cambio climático se mantiene cautamente resguardada de cualquier relación con la lógica acumulativa del capital. La entrega con la que se defienden los Derechos Humanos no halla siempre su necesaria y lógica correspondencia con la explotación de la fuerza laboral en los países emergentes, donde el aflujo de capital excedente ha transformado de forma radical el mapa del trabajo global. El incentivo ilimitado del consumo de satisfacciones o compensatorio, bajo el predominio de la economía de la oferta financiarizada, se compagina plácidamente con la retórica de la inocente etiqueta «desarrollo sostenible» y la utopía del mercado autorregulado. La extinción de miles de especies desde las últimas décadas se mantiene prudentemente alejada de una economía intensamente dependiente del consumo de usar y tirar al estilo Starbucks o McDonald's.

Mientras que durante la espectacular expansión del primer capitalismo norteamericano, a mediados del siglo XIX, los «magnates ladrones» formaban parte de la «demonología de demócratas y populistas» (Hobsbawm, 2003:153), actualmente la lista de los milmillonarios (la segunda generación de *Robber barons*), recurrentemente publicada por medios e informes funcionalistas, es recibida como una epifanía de la prosperidad de la economía global, ante cierta pasividad y complicidad crónica de los medios de comunicación de masas, así como de un amplio espectro político y social (Carrillo, 2018). La era de las políticas de provisión pública de la segunda posguerra mundial ha sido asaltada por una «institución feudal» que Harvey ha llamado acertadamente el «nexo Estado-finanzas»: un nuevo Leviatán «que ejerce un poder extraño y totalmente antidemocrático, no solo sobre la circulación y acumulación del capital, sino sobre todos los aspectos de la vida social» (Harvey, 2016:53). Un tejido de tecnócratas entusiastas de la creación privada de riqueza al servicio del *Uno por ciento* ha sacrificado la democracia por una oligarquía financiera. Para lograr desintegrar la política democrática, ha argumentado Michael Hudson en su perspicaz y detallado *Matar al Huésped*, el control sobre el «poder Ejecutivo se ha desplazado hacia los bancos centrales y unos ministros de Hacienda cuyo personal se compone básicamente de *apparatchik* bancarios» (Hudson, 2018:387). La irracional lógica del capital ficticio, es decir, la «acumulación de derechos de giro sobre la riqueza que aún no se ha producido, que toma la forma de endeudamiento privado y público, capitalización bursátil y diversos productos financieros», ha dejado a las sociedades secuestradas, incluso, de la posibilidad de organizar su propio futuro (Durand, 2017:151).

El trumpismo, la salida de la *Union Jack* de una Europa políticamente desgastada, o la expansión global de regí-

menes autoritarios, acontecimientos que dejaron absortos al público liberal y a la izquierda neoliberalizada, fueron entregados por los niveladores mediáticos de la opinión pública como fenómenos estrictamente ideológicos, separados orgánicamente del tiempo y encarnados de nacionalismo esencialista o populismo irracional. Y aunque no podían negarse tales sesgos, se ha eludido con demasiada diligencia del debate político y mediático un enfoque contextual e histórico de lo que Rogers Brubaker llamó «dinámica procesual del nacionalismo». De este modo, se suprimió de un plumazo la larga cadena de consecuencias económicas de las nefastas políticas ultraliberales cargadas sobre las espaldas de las clases trabajadoras y las clases medias, sumidas en un estado crónico de servidumbre por deudas. Por ello Mike Davis, en su fecunda revisión del nacionalismo tras la mirada de Marx, ha criticado acertadamente a aquellas perspectivas que han concedido una excesiva «autonomía de lo discursivo, lo cultural o lo étnico», contribuyendo a edificar una «muralla china entre la historia política del nacionalismo y las historias económica y social del Estado nación», entre cuyas consecuencias podemos hallar «la incapacidad de abarcar integralmente todo el campo de las relaciones de propiedad y sus conflictos derivados» (Davis, 2015:60). Frente a esa decreciente capacidad analítica hay que volver a incidir directamente en el funcionamiento de la acumulación capitalista que en su versión neoliberal mantiene, como en cualquier otra variedad de capitalismo histórico, una relación dual entre la «forma territorial del Estado-nación» y la «ideología del nacionalismo». La explicación de esta irrevocable dependencia territorial e ideológica para el capital es bastante evidente: dado que la competencia es una característica constitutiva del capitalismo, la clase capitalista tiene una perpetua «necesidad de retener las bases territoriales para

sus operaciones», especialmente cuando las consecuencias de dichas operaciones conllevan pérdidas en sus balances. Por tanto, el nacionalismo es, como concluye Davidson, el «corolario ideológico necesario del capitalismo» (Davidson, 2008:36).

En la elocuente crítica que Cédric Durand vierte sobre *Crashed* del historiador Adam Tooze (2018*a*) –la «crónica más exhaustiva hasta la fecha de la gran crisis financiara» de 2008–, pone de relieve la dimensión que hace el autor de las «malas políticas» que desencadenaron el terremoto y que mantuvieron después, con poderosas innovaciones de ingeniería financiera, un mundo social y económico en estado de *shock* permanente. Sin embargo, como lacónicamente concluye Durand, la crisis del capitalismo contemporáneo es algo más que «un cuento político de terror», por ello prefigura una conceptualización de crisis orgánica gramsciana donde las contradicciones entre la política, la geopolítica y la economía se hallan integradas en una combinación difícilmente disociable (Durand, 2019). Pero la profundidad de las nuevas perspectivas ecológicas del mundo convierte en insuficiente toda interpretación realizada a partir únicamente de las contradicciones apuntadas. Una nueva gramática suficientemente audaz para intentar desentrañar esta era de irracionalidad política global debería integrar también los efectos combinados de la presión antrópica sobre la ecosfera. No se trata en absoluto de un enfoque novedoso, como lo demuestran los estudios de ecología política, pero sí largamente pospuesto. Así por ejemplo, en 1970 Karl William Kapp preparaba un prólogo para la reedición de su obra *The social Costs of Private Enterprise* (1950) donde había analizado las consecuencias derivadas de la restricción de los controles institucionales de las empresas privadas. En la acerva crítica de Kapp –una antinomia de la economía convencional– «la necesidad ab-

soluta de tener en cuenta los costes sociales y la perturbación del medio ambiente más que cualquier otro factor», debía estimular de algún modo a la «sociedad industrial a sustituir la decisión individual de asignación y de inversión, la elección privada de la tecnología y la selección del lugar de producción, por nuevas formas de producción». Sus argumentos trataban de desacreditar la larga tendencia histórica de entornos productivos que han inhibido el mantenimiento de una «relación razonable entre el crecimiento económico y un ambiente compatible» con el bienestar de las sociedades presentes y las generaciones futuras (Kapp, 1971:vii-viii, xxi). Casi medio siglo después las persuasivas palabras de Kapp adquieren un carácter irrefutable, pero también evocan la fuerza decreciente de nuestro compromiso político por cambiar un sistema económico irracional y claramente autodestructivo. En este capítulo he intentado dar respuesta a esta extraña paradoja de nuestro tiempo.

1.1. Leviatán Democrático

Los sombríos pronósticos que Robert Alan Dahl hiciera sobre las democracias occidentales unos años antes de que finalizara la época dorada del capitalismo de la segunda posguerra parecerían haberse cumplido. Y no solo en Occidente. El eminente politólogo especuló sobre el nacimiento de un nuevo «Leviatán democrático» gobernado por «líderes profesionales» y expertos burocratizados que no constituirían «más que una pequeña parte de todo el conjunto de los ciudadanos». La novedad histórica de este Leviatán se elevaría sobre las bases políticas de las «virtudes del pragmatismo, la moderación», el lenguaje anfibológico de la burocracia experta, pero también adquiriría la más extraña adicción al «exceso de consenso»

entre partidos políticos históricamente antagonistas. Entre otras consecuencias, este nuevo sistema presuntamente «anti-ideológico» tendería a instrumentalizar la política en favor de los intereses particulares de las clases dirigentes, alejando al mismo tiempo de forma implacable al ciudadano común de los sistemas políticos democráticos, institucionalizados en el gobierno representativo del Estado-nación (Dahl, 1965:21-22, cit. Mair, 2013). Como afirmó Peter Mair, quien escribía con el pensamiento de Dahl las últimas líneas de su obra póstuma *Ruling the Void*: «La oposición política nos permite hacernos oír». Cuando se diluye el campo de batalla de la oposición se pierde «esa voz, y con ella, el control de nuestros propios sistemas políticos» (Mair, 2013:147). Dahl no fue el único en especular sobre la asombrosa mutación de la política democrática. George Lichtheim, por ejemplo, en su *Imperialism* publicado en 1971 ya persuadía a sus lectores sobre el cambio direccional que se estaba adoptando globalmente: «La anterior convergencia del darwinismo y el expansionismo», ha hallado un heredero moderno en la «visión tecnocrática de una economía planetaria» dirigida por unas élites minoritarias y por sus «administradores capacitados científicamente que han dejado atrás el Estado nacional y han fusionado sus distintas entidades en la formación de un cartel global que une a todos los centros industrialmente avanzados del mundo». Al evocar la «sombría idea» de Kautsky formulada en 1914 como «ultraimperialismo», Lichtheim estaba delimitando las líneas arquetípicas de la globalización económica y su racionalidad tecnocrática (Lichtheim, 1972:18).

Cabe preguntarse si este incrementalismo de la tecnocracia responde tal vez, como ha sugerido Habermas, a la problemática de «regular políticamente» la creciente y contradictoria complejidad de las sociedades contemporá-

neas. En efecto, Habermas reconoce que los urgentes desafíos globales como el cambio climático, las crisis económicas, o la reestructuración de las políticas nacionales bajo el influjo de la inextricable globalización, han desbordado la capacidad de las instituciones legítimas del tradicional Estado-nación. No obstante, el filósofo alemán muestra un razonable escepticismo sobre las instituciones supranacionales, y particularmente sobre el deliberadamente ambiguo término *governance*, bajo el cual se «seguirán expandiendo regímenes tecnocráticos mientras no se consiga hallar fuentes de legitimación democrática también para las autoridades supranacionales». Para resolver esta compleja ecuación política Habermas propone una «transnacionalización de la democracia». Un proyecto que según el pensador «toca la relación entre política y mercado» (Habermas, 2016: 57-67). Una relación que, sin embargo, tras el terremoto financiero de 2008 desencadenado por una salvaje fiebre especulativa originada en el gran *boom* de la década de 1980, ha puesto de relieve la asunción de nuevos y sofisticados instrumentos de poder supranacionales y financieros, haciendo que la distinción liberal entre Estado y mercado no sea más que lo que ha sido siempre: «un mito» (Streeck, 2018:156-157).

Por ello mismo y ante la controversia del debate, Perry Anderson ha subrayado las trazas favorables que concede Adam Tooze a las «estructuras tecnocráticas» como valor agregado de la política y salvaguarda de las «pasiones irracionales de la democracia de masas»; también cómo al mismo tiempo Tooze arrolla con vehemencia contra el neoliberalismo considerándolo «una política antidemocrática» que resuelve la tensión subyacente entre capitalismo y democracia «limitando el rango de las libertades democráticas o interfiriendo directamente en el proceso democrático» (Tooze, 2018*b*, cit. en Anderson, 2019:98-

101). ¿No alberga, en todo caso, una contradicción inexplicable esta forma de abrazo tecnocrático y a la vez rechazo al proyecto neoliberal? Cuanto menos se puede subrayar la correspondencia con el argumento de Mair acerca del debilitamiento de la oposición política y el exceso de consenso dirigido por la política pragmática de la burocracia experta. De hecho, como ha demostrado profusamente Hudson, «la reducción progresiva del gasto público y la privatización de la infraestructura es la alternativa», por supuesto «técnica», que ofrece la ortodoxia neoliberal como recambio de la socialdemocracia clásica. Además, bajo la retórica de alejar las pasiones irracionales de la democracia de masas de las eficientes decisiones de las estructuras tecnocráticas subyace en todo caso el control del aparato gubernamental. En este punto Hudson es taxativo: «¡como si hacer que la política financiera sea ajena a la supervisión por parte de los legisladores electos fuera democrático!» (Hudson, 2018:406,387). Esta descarada forma de succionar hacia las élites financieras la legitimidad de la política democrática ha sido recalcada insistentemente por el sociólogo Wolfgang Streeck: «La independencia institucional es un aspecto crucial, que en nuestros días significa ante todo aislamiento con respecto a la política electoral». Descendiendo al «corazón de las tinieblas del capitalismo financiarizado» con *The Ascendancy of Finance* del filósofo Joseph Vogl, Streeck y Vogl coinciden con los argumentos de Hudson: El propósito de los bancos centrales de cultivar una «autoridad autónoma» se fundamenta en una «competencia técnica» constitutiva que sin duda saben ejercer política y socialmente. De ese modo, el *establishment* financiero y su legión de acólitos incondicionales desde los palcos políticos y los «departamentos de economía» no han dejado de persuadirnos a los comunes mortales, sobrepasados ante «tanta complejidad»,

que «ellos manejan teorías para hacer que la economía se comporte en función de los intereses de la sociedad, al menos a largo plazo, cuando por desgracia todos estaremos muertos» (Streeck, 2018:156-157). Como había sucedido en el pasado, durante el periodo de restauración del orden social tras el debilitamiento de los ecos de la Revolución francesa, el capitalismo y sus gerentes mantuvieron como objetivo fundamental y sin fisuras «garantizar el poder a los propietarios» del capital. Con asombrosa nitidez lo expresó un periódico parisino durante la revolución de 1830: «Cuando la propiedad está amenazada, no hay opiniones políticas; no hay diferencias entre gobierno y oposición» (Fontana, 2019:149-150). ¿Dónde hallamos hoy, entonces, la oposición política a estas estructuras del poder financiero? Buena parte de la izquierda, escribe mordazmente Hudson, se ha *thatcherizado*. El partido del Nuevo Laborismo de Tony Blair en Gran Bretaña, el Partido Socialista francés de François Hollande, o el partido PASOK de Grecia con George Papandréu bajo su dirección constituyen algunos ejemplos del giro político que desplazó cualquier alternativa económica o financiera a la «privatización, a la austeridad o a la desviación de la presión fiscal desde el sector FIRE [financiero, inmobiliario y aseguradoras, por sus siglas en inglés] a la mano de obra» (Hudson, 2018:387, 389-390).

Esta alteración endémica de las democracias comenzó mucho antes, cuando las fuentes del crecimiento económico del *boom* de posguerra durante la década de 1970 empezaron a secarse. En aquel momento «los regímenes neoliberales y el capital», argumenta Davidson, penetraron en una turbulenta fase que inhibía a los Estados la posibilidad de actuar de «manera efectiva» y a largo plazo en favor del capitalismo mismo, situación que los condujo, en cambio, hacia una dirección en la que la «ideología» iba

a minar las bases mismas de la «economía sensata». La gravedad fue más acusada cuando se hizo evidente que cualquier política reformista adquiría el «potencial de constituir demandas revolucionarias en un contexto donde los regímenes» en permanente estado de excepción no podían «permitirlas». Aunque Davidson centra su minucioso análisis histórico y conceptual en la debacle neoliberal del Reino Unido, con ciertas aproximaciones a Estados Unidos, es decir, en el «twin metropolitan heartlands» del experimento neoliberal bajo regímenes democráticos, los elementos constitutivos de la historia que traza mantienen una cierta constancia global: pueden observarse tanto en el caso griego tras la crisis de 2008, como en el laboratorio neoliberal que se estableció durante la dictadura ejercida con mano de hierro por el general Pinochet en el Chile de 1973. En general, al finalizar la década de 1970, el proyecto de crecimiento económico keynesiano se había agotado y la coyuntura fue aprovechada por una acción coordinada de la derecha mundial para desmantelar cualquier alternativa al proyecto neoliberal. Simultáneamente se llevó a cabo un ataque consciente del sindicalismo a través de diversas estrategias políticas y económicas que podían ir desde la devaluación salarial hasta la deslocalización del tejido productivo y el control efectivo del aparato estatal de las huelgas, lo que daría como resultado el debilitamiento de las bases de la izquierda política tradicional.

En suma, después de la sepultura del capitalismo keynesiano del segundo periodo posbélico, tal y como observó acertadamente Hobsbawm, «tanto la vía revolucionaria de Lenin como sorprendentemente la socialdemocracia de Bernstein perdieron toda posibilidad». Los cimientos del edificio reformista se estaban resquebrajando al mismo tiempo que la heterogénea clase trabajadora occidental fue abandonando buena parte de su condición de clase «unifi-

cada y unificadora». De hecho, este deslizamiento fue tan pronunciado que algunos sectores sociales, aferrados en el pasado a movimientos de izquierdas, abrazaron sin objeciones a partidos del liberalismo económico, como sucedió durante los regímenes neoliberales en el mundo angloamericano. No tardaron tampoco en brotar partidos radicales nacionalistas de derecha seduciendo a muchos votantes de clase trabajadora (Hobsbawm, 2012:417-418). Fue precisamente Hobsbawm, con la publicación «The Forward March of Labour Halted?» en *Marxism Today*, uno de los «escasos analistas importantes» en observar la «culminación del siglo del movimiento obrero». Si bien los «sellos políticos de la nueva era estaban todavía por estamparse», pronto serían indiscutibles: «las victorias electorales de Thatcher y Reagan en 1979-1980 fueron seguidas por la capitulación del gobierno de Mitterrand ante el neoliberalismo en 1983 y el abandono del plan Rehn-Meidner por los socialdemócratas suecos» (Therborn, 2012:11). Y durante los años 1990, la euforia especulativa de las políticas clintonianas y sus retoños de la «tercera vía» europea formados en torno al centro-izquierda por los cuadros políticos de Blair, Jospin, Schroeder, impusieron una severa restricción a cualquier movimiento político que se opusiera a la desregulación del sector financiero.

La pronunciada desigualdad social debido a una combinación de desindicalización, disminución de la provisión pública y una contracción de la demanda agregada, fue contrarrestada por la asombrosa dilatación de la deuda privada que era infiltrada sin piedad entre la ciudadanía y el tejido empresarial. La etiqueta empleada para definir esta nueva era de especulación y endeudamiento fue la de «keynesianismo privatizado», con la que se pretendía describir la inédita «sustitución de la deuda pública por la privada» (Streeck, 2011). La hegemonía del capital financiero,

sostenida sobre un andamiaje macroinstitucional, comenzó a asaltar los bastiones de la política pública y los estabilizadores sociales, proporcionados hasta entonces y desde el periodo posbélico por los Estados nacionales.

Y aunque el terremoto económico de la Gran Recesión de 2008 puso al descubierto los factores perturbadores de las manipulaciones financieras que lo provocaron, no hubo, empero, signos de rectificación. De hecho, en el epicentro de la crisis, la esperanza para la izquierda estadounidense, aunque no exclusivamente, encarnada por Barack Obama fue «un caso único entre los presidentes norteamericanos»: no solo incumplió sistemáticamente sus promesas políticas, sino que terminaron siendo «precisamente lo contrario». A pesar de su notable popularidad, la política económica continuó drenando riqueza hacia los sectores sociales y empresariales de la cúspide social; durante su mandato presidencial la «desigualdad social y los niveles de pobreza» no dejaron de acrecentarse (Fontana, 2017:568-569). Mientras adoptaba una estrategia centrada en las políticas identitarias y culturales, guardaba en cambio «silencio con respecto a la agenda económica». Una agenda que avivó la retórica de Thatcher y Pinochet acerca del «capitalismo laboral» y la «propiedad de los medios de producción» en posesión de los trabajadores, con la expresa finalidad de pretender que la fuerza laboral asumiera irrevocablemente la responsabilidad de los planes de jubilación, por ejemplo, confiando sus ahorros a *money managers* (Hudson, 2018:390).

A fortiori, no debería de extrañar que la asombrosa dilatación del gasto y el déficit públicos que la Administración Roosevelt llevara a cabo en 1938 (antes de entrar en una economía de guerra y después de liberarse de la cruz del patrón oro en 1933), combinado con una variedad de políticas de creación de «empleo público directo», consti-

tuyan ahora un elenco de propuestas políticas percibidas como una amenaza para el dominio avasallador del capital ficticio. Un *New Deal* rooseveltiano «interferiría con los planes neoliberales de utilizar fuerza de trabajo barata internacionalmente, lo que permite no solo un coste de producción más barato en terceros países sino también frena el crecimiento de los salarios en las metrópolis» (Shaikh, 2011:55-58). Independientemente del agitado y controvertido debate sobre si el liderazgo mundial de la recuperación del colapso de 1929 fue ostentado por Estados Unidos o bien por Japón, debate que Perry Anderson reaviva con Barry Eichengreen, al otorgar la primacía a la expansión monetaria y al estímulo fiscal de la economía nipona bajo el timón de mando del Ministro de finanzas Takahashi Korekiyo (Anderson, 2019:82), lo cierto es que para que el capitalismo «recuperara la licencia de caza después de la Gran Depresión», la clase capitalista tuvo que pagar un costoso peaje. El «matrimonio forzado con la democracia social» tras la segunda posguerra ofrece un escenario del capitalismo avanzado más o menos convergente:

> El Japón de la posguerra tenía una afiliación sindical entre el 80 y el 90 por 100 y un gobierno socialista hasta que fue eliminado por la ocupación estadounidense; en Alemania, los capitalistas más destacados del país estaban encarcelados hasta que fueron liberados por los estadounidenses para que ayudaran en la guerra de Corea, mientras en 1947 el manifiesto de la Unión Cristianodemócrata (CDU) declaraba que el capitalismo era una amenaza para los «intereses políticos y sociales vitales del pueblo alemán»; en Reino Unido, llegó al poder un gobierno laborista que nacionalizó alrededor del 40 por 100 de la capacidad industrial del país, mientras Estados Unidos

> todavía era el país del *New Deal*, en el que existían amplios controles de capital, un sector financiero muy regulado, fuertes sindicatos en la industria y programas sociales ambiciosos para compensar a sus soldados-ciudadanos los sacrificios que habían hecho por su país en el campo de batalla mundial (Streeck, 2017*a*:227).

Ese mundo ha sido reconstituido varias veces tras casi medio siglo de ortodoxia neoliberal, dejando además un legado de desencanto político que contrasta con la espectacular politización de la sociedad del periodo de entreguerras. Aún más, la persistencia de una amnesia histórica entre buena parte de la masa crítica de intelectuales que, cercados por los límites del campo experto, no fueron capaces de percibir, por ejemplo, que las Políticas de Ajuste Estructural que el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) impusieron despiadadamente durante las décadas de 1980 y 1990 en América Latina y en general a buena parte de las denominadas «economías emergentes», mantenían estrechas semejanzas con las políticas de austeridad y antisociales impuestas a las economías del sur de Europa «afectadas por la Gran Recesión» (Stiglitz, 2017:15). Por eso, John K. Galbraith al estudiar la crisis de 1929, «la crisis de mayor auge especulativo [...] de los tiempos modernos» (si exceptuamos el derrumbe de 2008 que lógicamente él no pudo ver), afirmó: «Es muy importante conservar viva la memoria de aquellos días [...] porque si hay algo que prevenga estos ciclos especulativos «es el recuerdo de cómo, en el pasado, la gente sustituyó la realidad por la ilusión y se pilló los dedos» (Galbraith, 1976:7). La memoria, sin embargo, es evanescente y la codicia ilimitada. En su soberbia *Historia del siglo XX*, Hobsbawm se lamentaba de esta dramática situación que

nos conduce una y otra vez hacia el abismo: «Para aquellos de nosotros que vivimos los años de la Gran Depresión», es cuanto menos incomprensible que el apostolado ultraliberal, ampliamente denostado, haya «podido presidir nuevamente un periodo general de depresión a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, en el que se ha mostrado igualmente incapaz de aportar soluciones» (Hobsbawm, 1994/1995:110). En *Fictitious Capital* Cédric Durand emite un juicio análogo al de Galbraith y Hobsbawm:

> En el siglo XX, la euforia bursátil de los locos años veinte condujo a la Gran Depresión. Finalmente, en nuestra propia era, la burbuja de las puntocom y la burbuja de las finanzas de casino que siguió inmediatamente nos sumergieron en la Gran Recesión […] La hegemonía de las finanzas, la forma de riqueza más fetichista, solo se mantiene a través del apoyo incondicional de las autoridades públicas. Dejado a sí mismo, el capital ficticio colapsaría; y, sin embargo, eso también derribaría a todas nuestras economías a su paso. En verdad, las finanzas son un chantajista (Durand, 2017:114,155).

El argumento de Durand nos envía directamente al citado nexo «Estado-Finanzas» de Harvey: un territorio desprovisto de «control democrático o popular» cuya misión no ha sido otra que regular y controlar el «sistema bancario en beneficio del capital en general». En definitiva, el sector financiero promueve, como si de una regresión a la era victoriana se tratara, una «aristocracia financiera, un nuevo tipo de parásitos disfrazados de promotores de empresas, especuladores y directores meramente nominales; todo un sistema de fraudes y engaños con respecto a la promoción

de empresas, emisión de acciones y negociación de estas» (Harvey, 2019:242-243). Pero, para llegar a esta situación de enfermedad crónica entre los sistemas democráticos, a la que ha contribuido tanto el capital libre de restricciones como la mala política a escala nacional e internacional, una vasta proporción de la izquierda no mostró la suficiente resistencia al *ethos* neoliberal. De hecho, hasta tal punto se produjo su menoscabo que «sus orígenes del siglo XIX se perdieron en la historia en favor del enfoque posmoderno»; un enfoque que ingenua o deliberadamente ha tratado de mostrar los complejos problemas de nuestro tiempo, o del pasado, a través de explicaciones simplistas reducidas normalmente a monocausalidades culturalistas o ideológicas. «La política económica», mientras tanto, se fue dejando en manos de «tecnócratas aparentemente objetivos reclutados en las filas derechistas»; o bien entre académicos rendidos incondicionalmente al servicio de la élite cosmopolita global que, encarnando la economía de la eficiencia, no han dejado de demostrar insistentemente y ¡todavía! que el mercado autorregulado es la única alternativa plausible para evitar la desintegración de los sistemas democráticos. Nada más significativo que la prudente distancia que guardan globalmente los partidos políticos herederos del reformismo socialdemócrata con la defensa de la provisión pública, las tasas impositivas al revivido capital rentista, o la rehabilitación de una «tributación más progresiva de la renta y de la riqueza en general». Un sistema que, finalmente, adquiere visos autodestructivos puesto que «condena a todos en general –consumidores y productores, comerciantes, terratenientes, e incluso a los mismos financieros– a un estado de servidumbre por deudas». Paradójicamente, hemos regresado a un estado de irracionalidad política e ideológica que subestima la teoría de la renta como base para distinguir «entre los ingresos

del trabajo y los ingresos no ganados». El monopolio de la riqueza actual detentado por una clase rentista, cuyo control de mando de la máquina reguladora de los Estados le permite la evasión y elusión impositivas, es la misma problemática a la que se enfrentaron los economistas clásicos. Pero los John Bates Clark, defensores de la racionalidad económica esencialista de la era de los primeros *Robber barons*, hoy son multitud. Al definir cualquier ingreso como ganado despreciaban, como despreciarían después los apologetas neoliberales, la distinción que introduce la teoría de la renta clásica entre los «ingresos del trabajo» y aquellos otros beneficios obtenidos de la búsqueda especulativa de renta. Dicho de otro modo, los terratenientes de ayer constituyen el sector financiero de hoy «en la posición de principal sector rentista», elevado a rango de una auténtica «aristocracia postindustrial» (Hudson, 2018:389, 398, 68-71).

1.2. Cubriendo el vacío

En este extraño mundo gobernado por la codicia, las democracias se vacían de todo contenido político. Pero el vacío democrático dejado por la política pragmática y del consenso arraigado en los partidos tradicionales, se viene cubriendo por los denominados partidos «populistas», especialmente de derechas, aunque no exclusivamente, los cuales tratan de movilizar a los «grupos marginados» para oponerse al sistema y a sus dirigentes (Streeck, 2017*a*:37). Es así como el ascenso de los partidos nacionalistas y las «pasiones anti-Estado», desde el Tea Party norteamericano hasta las formaciones políticas «antieuro» en Europa, y la oleada reaccionaria en América Latina tras la consumación de la *pink tide*, mantienen como vector común una ciudadanía indignada que observa cómo sus gobiernos electos

han sido «secuestrados por los banqueros para imponer la austeridad financiera y revertir la imposición progresiva clásica». En cierto modo, el capital financiero y sus cómplices en el gobierno «han fabricado en secreto un populismo oligárquico falso», en las antípodas de un sistema de igualación tributaria, o de cualquier regulación fiscal que no favorezca al capital financiero. No obstante, como ha sucedido con los partidos nacionalistas europeos, el Tea Party ha sido «capaz de desarrollar estrategias tácticas» hacia la izquierda, donde se han ido suscribiendo las masas de desempleados, el precariado global, los resentidos irracionales y, por supuesto, las élites económicas que observan con agrado el descenso continuo de las exacciones tributarias al capital, así como la suculenta privatización de la provisión pública (Hudson, 2018:389,398-399,406).

Pankaj Mishra ha subrayado, en parte apoyándose en Gary Younge, el excesivo énfasis puesto por los analistas en la «vinculación entre la angustia económica y el nacionalismo de derechas». «Muchos hombres y mujeres ricos –afirma el ensayista– por no hablar de afroamericanos e hispanos, también votaron por un sobón compulsivo, y las clases prósperas de la India, Turquía, Polonia y Filipinas se mantienen inquebrantablemente leales a unos demagogos cada vez más impredecibles». Con estos argumentos Mishra mantiene lógicamente cierta suspicacia con el popular Thomas Piketty acerca de la victoria de Trump y su relación orgánica con la «explosión de desigualdad económica y geográfica». Mishra nos habla de resentimiento, de la caducidad del proyecto Ilustrado y de su visión fatalmente lineal de la historia; del fracaso del imperialismo neoliberal que ha generado una sociedad de individuos en «desconexión con la colectividad»; de una sociedad de «individuos emprendedores» enjaulados en una racionalidad de mercado y secuestrados por la «religión de la tecnología y

el PIB», etcétera, lo que ha engendrado «una rebelión nihilista contra el orden mismo» (Mishra, 2017*b*:217,229). Compartiendo sustancialmente su crítica, adolece sin embargo del mismo sesgo antidialéctico que Marx observó en Proudhon, a saber, que el capitalismo como sistema social no puede interpretarse distinguiendo laxamente entre los aspectos «buenos» y aquellos otros que constituyen su lado más abyecto (Davidson, 2013:920). La interpretación que hace Mishra no presta la suficiente atención a las contradicciones subyacentes del sistema que estallan constantemente en la superficie social. Contiene, a la postre, una forma de protesta narrativamente subversiva más que una alternativa al capitalismo realmente existente. Algo parecido ha sugerido Robert Pollin a aquellos que dicen defender un programa «multiuso y no detallado» de una economía basada en el «decrecimiento», especialmente si la izquierda desea tomarse en serio un «proyecto mundial viable de estabilización del clima» (Pollin, 2018:30). La principal crítica es, por supuesto, metodológica y se puede observar con el pensamiento de Gramsci y Marx y su indisociable vínculo entre el mundo de las ideas, las sensibilidades y las relaciones económicas. Porque, sin duda, existe una relación dual entre «la locura de la razón económica» que arrastra sus «efectos a través de la austeridad y la economía de libre mercado», y la reproducción social de «una locura paralela, que en este caso llega a la cólera, también en la esfera política». Los «antojos, necesidades y deseos» humanos se hallan en permanente estado de construcción y reconstitución, al mismo tiempo que lo hace el capital (Harvey, 2019:231,66). Por eso, cuando Mishra invoca los temores de Alexis de Tocqueville ante las consecuencias niveladoras de la «revolución democrática» estadounidense, donde se fraguarían las promesas de la meritocracia, la justicia social, *inter alia*, y cuya forma de gobierno podría

generar un inquietante mundo de «ambición desmesurada», «envidia corrosiva» y un estado social de «insatisfacción crónica», se sitúa en el lugar común de los analistas que no han dedicado la atención suficiente al estudio de la relación orgánica entre la teoría marxista de la infraestructura económica y «*la pensé tocquevillienne* como teoría de la superestructura política» (Davis, 2018). Aspecto que queda manifiestamente claro cuando Mishra subraya con Tocqueville que esa «pasión por la igualdad se inflamaría hasta alturas de furia y conduciría a muchos a aceptar una restricción de sus libertades y a anhelar hombres fuertes en el gobierno»; o en la idea de que ha sido «nuestra obsesión cuantitativa» la que ha desplazado o excluido «durante mucho tiempo lo que no se puede contar: nuestras emociones subjetivas» (Mishra, 2017*b*:220-229). Como bien sabe Mishra, «los cambios en los modos de pensar, en las creencias, en las opiniones no suceden por explosiones rápidas y generalizadas sino, tal como argumentó Gramsci, suceden comúnmente por combinaciones sucesivas según fórmulas sumamente variadas» (Gramsci, 1981:100).

No ha sido, por supuesto, la «pasión por la igualdad» la que ha multiplicado por doquier la degradación de las condiciones materiales y políticas de los perdedores del proyecto neoliberal. Ha sido el malestar social largamente preterido por la política consensuada en torno al neoliberalismo la que ha cumplido la función de legitimar el nuevo orden económico y de estatus alcanzado por los cosmopolitas de la era global, deslegitimando a la vez a los perdedores ante su presunta incapacidad cultural o moral, o su «brecha educativa». Como consecuencia, los conflictos sociales derivados de la desnivelación de la riqueza económica y el incremento de la desigualdad de oportunidades, así como el subsiguiente inmovilismo de la estructura social, han sido sutilmente catalizados por una química política,

nada novedosa, por cierto, cimentada en el nacionalismo sustancial, el chovinismo territorial y, por ende, en la xenofobia y el racismo.

Los «principales partidos y sus expertos en relaciones públicas», junto al aparato burocrático estatal, ha escrito Streeck en su perspicaz artículo «El retorno de lo reprimido», no tardaron en responder ante la «amenaza letal» que supone para las democracias parlamentarias la emergencia de estas posiciones políticas extremas. Pero su respuesta fue tan ambigua como la seductora e insidiosa relación mantenida con la ortodoxia neoliberal que, de hecho, había creado toda una acumulación de despojos sociales que dio como resultado una ciudadanía exacerbada que ahora pretendían combatir. «El concepto empleado en esta lucha y rápidamente incluido en el vocabulario posfáctico» no fue otro que «populismo», en el que fueron estrujadas o estiradas como los viajeros que dormían en el lecho de Procusto todas las «tendencias y organizaciones de izquierda y de derecha que rechazan la lógica TINA [*There Is Not Alternative*] de la política responsable bajo las condiciones de la globalización neoliberal». Si bien el problema subyacente no ha sido otro que el campo de batalla entre «el capitalismo global y el sistema estatal», los conflictos sociales derivados han sido interpretados con demasiada frecuencia, o instrumentalizados de forma deliberada, como simples actitudes irracionales de una ciudadanía incapacitada para valorar adecuadamente las ventajas de la nueva dinámica del capitalismo (Streeck, 2017*b*:16,13). En otras palabras, mientras las élites cosmopolitas y sus incondicionales apoyos políticos «vacían la democracia de todo contenido», culpan de «pulsiones autoritarias» a aquellos que manifiestan su oposición a este «vaciamiento». Pero, allí donde proliferen «medidas antipopulares» se exacerbarán las masas que sufren las restricciones; y sus emociones, sin

duda, estarán muy ligadas a su bolsillo. Sin perífrasis lo ha expresado Marco D'Eramo:

> ¿Qué quieres sanidad para todos? Vaya un populista (sobre todo en Estados Unidos). ¿Quieres que tu pensión aumente en función de la inflación? ¡Pero qué pedazo de populista! ¿Quieres poder mandar a tus hijos a la universidad sin desangrarte? Ya sabía yo que, en el fondo fondo, eras un populista. Así es como los bufones de la oligarquía tachan de populista a cualquier instancia popular (2013:39-40).

Cada vez es más evidente la incapacidad de «concretar una salida viable de la intolerable crisis» en la que se halla el turbulento mundo actual, una incapacidad compartida tanto por las «élites capitalistas y sus acólitos académicos e intelectuales», como por las «fuerzas de izquierda tradicional», sometida a una fragmentación al parecer imparable y por ello mismo más debilitada para oponerse a los dominios del capitalismo neoliberal. Tras algo más de cuatro décadas de ofensiva de la derecha mundial, combinado con el colapso del socialismo soviético y la lamentable y errónea desacreditación del marxismo, buena parte de la izquierda política e intelectual, incluso en sus versiones más radicales, «quedó fuera de los canales de la oposición organizada o institucional», anhelando, no sin cierto espíritu panglosiano, que las «acciones de pequeña escala y el activismo local» pudieran hacer brotar de algún modo una «gran alternativa satisfactoria». Una izquierda que «por extraño que parezca acoge una ética de antiestatismo libertaria e incluso neoliberal», y se sostiene «intelectualmente por pensadores como Michel Foucault y todos los que han vuelto a juntar los fragmentos posmodernos bajo el estandarte de un posestructuralismo en gran medida

incomprensible que favorece las políticas identitarias y se abstiene de los análisis de clase» (Harvey, 2014:14). Con demasiada frecuencia, cuando se hace alusión a la lucha de clases, los «teóricos multiculturales tienden a lanzar advertencias» contra lo que denominan «esencialismo de clase», es decir, a la reducción de las luchas racistas y antisexistas» a meros epifenómenos; «no obstante, si echamos un vistazo rápido a cómo funcionan vemos que (con raras excepciones) simplemente ignoran la lucha de clases». Aunque su vocación nominal está formada por la tríada «sexo-raza-clase», no afrontan «realmente la dimensión de clase». Esta se halla fuera del vocabulario común del «discurso multiculturalista» (Žižek, 2018:289). De ese modo, mientras las políticas neoliberales se han extendido en forma de privatizaciones de la provisión pública, desregulación de los sectores industriales y financieros, desintegración de los movimientos sindicales, inversión decreciente en los sectores productivos, etcétera, fortaleciendo así el poder del capital ficticio, las pérdidas han sido compensadas a través, por ejemplo, del «reconocimiento de las reivindicaciones de género y multiculturales». Esta contumaz abstención conceptual y empírica de las herejías económicas y de los conflictos derivados de la lucha de clases no alcanza a comprender que el capitalismo cambia permanentemente de apariencia con el fin de mantener intacta su naturaleza que no es otra que la perpetua búsqueda de beneficio.

Por ello no debería de extrañarnos que el *establishment* y sus fieles mediáticos despertaran del letargo tranquilizador de la política centrista, asombrados por la terrible irrupción del trumpismo o la inesperada escapada del Reino Unido del viejo continente. Lo cierto es que su asombro es la prueba indiscutible de la incapacidad adquirida mediante entrenamiento, por usar la expresión de Thorstein Veblen, para rehuir sistemáticamente cualquier aná-

lisis dialéctico de la naturaleza del capitalismo. Mientras éste se ha revestido desde hace décadas con diversos ropajes neoliberales, cambiando de apariencia y reajustando sus elementos reactivos a los movimientos sociales identitarios y culturales, el creciente poder del sector financiero ha evolucionado como un auténtico Leviatán antidemocrático. Nada más significativo que el enorme desembolso de dinero público de los países del capitalismo avanzado hacia los dominios insaciables de las finanzas que entre el otoño de 2008 y principios de 2009 había superado por cuatro décimas el equivalente al 50 por ciento del PIB mundial (Anderson, 2019:55). Tal vez sería pertinente dejar por un momento «las guerras culturales» para centrar la atención en primer lugar en los asuntos de la economía política, como por ejemplo «garantizar o no la propiedad privada»; la organización fiscal y tributaria entre Europa y sus componentes «locales, regionales o nacionales»; las limitaciones y posibilidades de la «solidaridad fiscal de las economías ricas con regiones o Estados pobres; las incertidumbres y desequilibrios presupuestarios», así como el insoportable peso de la deuda pública y privada; el impulso necesario de políticas industriales, la «regulación de los mercados financieros y laborales»; políticas unificadas y progresivas de recaudación tributaria, etcétera (Streeck, 2017*a*:232-233).

Mientras el rigor analítico de la naturaleza del capital ha sido reemplazado por la moralidad culturalista, las ruinas sociales se han ido extendiendo irremisiblemente y, con ello, se ha disparado el resentimiento social. Allí donde el neoliberalismo se ha desarrollado de forma más completa, la desigualdad social ha estallado con más fuerza contra la política «responsable» del consenso iliberal. Según ciertos informes de la ONU, aunque el Reino Unido constituye la «quinta economía más grande del mundo, una quinta

parte de su población (14 millones de personas) vive en la pobreza, y 1,5 millones de ellos sufrieron indigencia en 2017». Por su parte el hegemón del siglo XX, Estados Unidos, albergaba en su interior al escribir esto 40 millones de hombres y mujeres en estado de pobreza, y 18,5 malvivían en los límites de la pobreza extrema (ONU, 2018, 2019). ¿Qué tipo de argumento, si no es decididamente demagógico, lábil y tramposo puede presentarse para defender la idea de que esta devastación social no ha sido, de hecho, la consecuencia de varias décadas de políticas económicas deliberadamente antisociales? En el corazón de Europa, desde Hungría a la Polonia del PiS (Ley y Justicia), hasta el Brasil de Bolsonaro, o la Filipinas de Duterte, podemos observar la acumulación de infames consecuencias que ha dejado a su paso el tsunami neoliberal, así como el dogma del libre mercado. ¿No fue acaso la «periferia desindustrializada», heredera del thatcherismo más duro, la que se alió en contra de la élite londinense «sellando el destino de la permanencia en la Unión Europea»? (Hazeldine, 2017:60). ¿No fueron los trabajadores blancos de los «condados industriales de Ohio» los que tras su confesa fidelidad a las promesas incumplidas del gobierno Obama desertaron «hacia Trump» precisamente cuando experimentaban una «nueva oleada de huida de puestos de trabajo a México y a los estados sureños»? (Davis, 2017*b*:8) ¿No constituyó la errónea decisión adoptada en noviembre de 2008 por Trichet al frente del BCE de rechazar la provisión de «liquidez a las economías del este de Europa» la que provocó que Hungría tuviera que «solicitar un humillante crédito de emergencia al FMI», lo que generó irremediablemente una reacción nacionalista que contribuyó dos años después a la victoria aplastante del partido de vocación ultraderechista Fidesz, Unión Cívica Húngara? (Durand, 2019:224). La crisis económica demostró, una vez más, la fuerza irreve-

rente de los antagonismos de clase tan denostada por los analistas posmodernos inmersos en su propio limbo abstracto poscapitalista, así como por sus presuntos contraejemplos ideológicos fieles al liberalismo centrista. Como ha sugerido Durand, no sin cierta ironía justificada, tal vez las clases sociales que sufrían sin piedad el estancamiento salarial no pensaban exactamente lo mismo que los «banqueros centrales y los funcionarios gubernamentales», los cuales «compartían la idea de que el interés público y la estabilidad financiera eran una y la misma cosa» (Durand, 2019:233). Lo cierto es que la amarga realidad cotidiana de la gente común no podía ser calificada como poscapitalista; de hecho, dependía cada vez más de un salario decreciente bajo unas condiciones laborales agravadas por un estado de crisis permanente. Pero, entonces, ¿qué idea por simple que fuera podía ser administrada e inoculada convenientemente para mantener a raya cualquier atisbo de subversión social más allá de puntuales manifestaciones coléricas? En *La edad de la ira* Mishra desnuda coherentemente la realidad que subyace bajo el tropo del «emprendimiento» y la penetrante «retórica del empoderamiento». Bajo la utopía «neoliberal del individualismo», en la que todos deben de pensar y actuar como empresarios en un mundo económico dinámico y flexible, inventivo y en constante mutación tecnológica,

> jóvenes recién graduados o con escasos estudios se hacían multimillonarios de la noche a la mañana en el área de San Francisco, y usuarios de Facebook, Twitter y WhatsApp parecían capaces de derribar regímenes totalitarios en todo el mundo. Pero los conductores de coches de Uber, que trabajan a destajo por tarifas increíblemente bajas, representan el verdadero destino de muchos «empresarios» autó-

> nomos. El capital no cesa de cruzar fronteras nacionales en busca de beneficios, arrojando desdeñoso a la papelera de la historia oficios y normas que la tecnología ha dejado obsoletos (Mishra, 2017*a*:278-279).

Esta naturaleza de destrucción schumpeteriana (no tan creativa) comenzó a ampliarse a una escala sin precedentes durante la década de 1980. Desde ese momento el gran consenso político no ha sido otro que la defensa casi sin fisuras de los «mercados libres, libre comercio, libre circulación de capitales y otros derechos humanos» bajo la vigilancia de Estados Unidos y «sus aliados, de acuerdo con sus normas y sanciones, sus recompensas y sus represalias». Sin embargo, entre el público liberal las voces críticas con el libre comercio han sido demasiado indolentes. «Muy pocos liberales han impugnado seriamente los principios del libre comercio, argumenta Perry Anderson, así como la primacía de Estados Unidos o el imperio del derecho internacional consagrado en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), cuyas decisiones ha podido determinar en general Estados Unidos a su voluntad. El orden internacional liberal sigue siendo un icono preciado» (Anderson, 2019:98-99). Más extraño aún es observar esta incondicionalidad entre amplios sectores de la izquierda política cuyas críticas han sido mordaces contra el neoliberalismo y su desgaste progresivo de las políticas sociales y, sin embargo, esa causticidad apenas ha tenido la debida correlación con la lógica del libre comercio. Al respecto, Deepak Nayyar en «Globalization and free trade: theory, history, and reality», ha argumentado sólidamente que el «comercio internacional es una parte integral, si no la vanguardia, de la globalización». El comercio internacional que puede plantearse dentro de un amplio abanico de arre-

glos institucionales, «no es lo mismo que el comercio sin restricciones», ambiguamente llamado «libre». Y continúa:

> Los últimos años han sido testigos de la formulación de una lógica intelectual para la globalización que ha transformado la globalización misma, junto con el libre comercio, en una «ideología virtual» de nuestros tiempos, tanto que ambos son percibidos como un medio para garantizar no solo la eficiencia y la equidad, sino también el crecimiento y el desarrollo en la economía mundial. Una creencia que, sin embargo, no puede ser validada por la realidad (Nayyar, 2007:69).

Contrariamente al proyecto neoliberal y a la debilidad de los modelos macroeconómicos dominantes, Shaikh ha demostrado sólidamente que «casi todo el crecimiento exitoso orientado a la exportación, ha venido con políticas selectivas de comercio e industrialización». No existen, de hecho, pruebas empíricas que demuestren que la liberalización total del comercio haya producido fuertes tasas de crecimiento económico. Allí donde han surgido países con economías florecientes, la planificación política corregía la discrecionalidad del mercado y solo se defendía el libre comercio cuando éste ofrecía «ventajas comparativas». Argumentos que pueden ser verificados «no solo en los últimos tiempos, sino incluso en el pasado», cuando las economías avanzadas del capitalismo se hallaban inmersas «escalando la escalera del éxito». Por el contrario, la «liberalización total» de las economías chilena (que mantuvo un crecimiento menor del 1 por ciento per cápita entre 1974-1989), mejicana (después de 1985), o Argentina (1991), que Shaikh cita como ejemplos representativos de América Latina, desencadenó la aniquilación a un mismo tiempo de «sectores

débiles» como potencialmente fuertes y, sin duda, conllevó un «gran costo social durante un largo periodo de tiempo» (Shaikh, 2007:50-68). Asimismo, «la centralización burocrática excesiva dentro de cualquier aparato estatal o imperial, tiene a veces (pero sólo a veces) consecuencias negativas en la innovación y el crecimiento». En su acerva crítica del «dogma liberal y neoliberal según el cual un control excesivo por parte del Estado es siempre nocivo», Harvey ha subrayado que han sido los «Estados burocratizados y autoritarios» los que han dominado las curvas de crecimiento económico del capitalismo contemporáneo, como por ejemplo Japón, Corea del Sur, Singapur, Taiwán y, más recientemente, China. Conviene acentuar, de nuevo, que la ética antiestatista no ha sido exclusiva del dogma ultraliberal. Ciertas corrientes izquierdistas no han dejado de proclamar las virtudes de la descentralización del aparato estatal coincidiendo de paso con el énfasis puesto, por ejemplo, por personajes como Bill Gates y Deng Xiaoping en la «descentralización organizada» como forma de «control fuertemente centralizada» (Harvey, 2017:238). Esto ha llevado a la emergencia de fuertes tensiones políticas entre espacios autonómicos no solo por la asignación de recursos fiscales, también por el desesperado anhelo de capturar flujos de capital de inversión extranjera. Dicho simplemente, la ofensiva coordinada y políticamente consensuada contra el «Estado grande», sin llevar a cabo la precisa distinción entre la «Gran Oligarquía y la economía mixta de la era progresista (lo que se solía llamar socialismo)», diluye la energía social y política necesarias para «regular y gravar la riqueza» y, finalmente, acaba favoreciendo las decisiones colectivas de las élites en el poder, «al estilo de los hermanos Koch» (Hudson, 2018:402).

Por todo lo argumentado hasta aquí, sería inverosímil disociar la globalización económica del *ethos* neoliberal y

por supuesto de la asunción del capital ficticio cuya combinación molecular ha allanado el camino hacia una crisis orgánica. Crisis que, de acuerdo con Gramsci, se producen cuando «en cierto punto de su vida histórica los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales», cuyos dirigentes ya no son reconocidos incluso «por su clase o fracción de clase». Cuando se precipitan estas crisis, «la situación inmediata se vuelve delicada y peligrosa, porque el campo queda abierto a soluciones de fuerza, a la actividad de potencias oscuras representadas por los hombres providenciales o carismáticos». Y lo que realmente es revelador de esta situación es «la inmadurez de las fuerzas progresistas» (Gramsci, 1999:52-53). ¿Cómo podemos, entonces, interpretar de forma ampliada las consecuencias de esta crisis orgánica?

1.3. Crisis Orgánica y Alienación Universal

En su notable formulación en torno a la naturaleza de la crisis del capitalismo global, Harvey ha planteado tres «contradicciones peligrosas» cuya indisoluble relación constituye «un claro y presente peligro para la supervivencia del capitalismo en la era actual» (e incluso de la vida tal como la conocemos). En primer lugar, una desproporcionada relación metabólica con la naturaleza, generando consecutivamente un deterioro acelerado de la ecosfera donde confluyen y se retroalimentan las consecuencias del impacto antrópico con el calentamiento global. Segundo, un «crecimiento acumulativo ininterrumpido» que se desenvuelve en un escenario global dominado por la «escasez de oportunidades de inversión rentable» y la expansión sin límites del capital ficticio, «sobre el que se ha perdido todo tipo de control». Como tercera contradicción peligrosa, Harvey ofrece una versión ampliada del concepto de

alienación de Marx; concepto usado con escasa frecuencia en *El capital*, aunque prolijo en trabajos anteriores, en particular en los *Grundrisse*. «El valor en Marx es trabajo alienado socialmente necesario. Dado que el capital es valor en movimiento, la circulación del capital implica la circulación de formas alienadas». De este modo, la relación humana con la naturaleza y la propia naturaleza humana quedan subsumidas dentro de la lógica de acumulación del capital (Harvey, 2019:232). Esta última contradicción fluye ininterrumpida e inextricablemente con las dos primeras, es decir, con el deterioro de la ecosfera y el crecimiento económico acumulativo *ad infinitum*, y tiende a reproducir «una inestabilidad política y geopolítica cada vez más problemática tanto dentro como a través del sistema estatal». A partir de este planteamiento el geógrafo otorga un carácter universal al concepto de alienación e intenta esbozar cuáles podrían ser sus manifestaciones más significativas. Así, comienza considerando la más obvia, a saber, «el surgimiento de partidos nacionalistas de derecha y el populismo autoritario representado por Erdogan, Modi, Sisi, Orban, Trump y Putin». Cabe precisar que esta deriva macroestructural de forma irrevocable aparece también encarnada en una vasta constelación de conflictos individuales. Una nueva alienación sellada a una escala ampliada en la miríada de «tragedias personales» que atraviesan cardinalmente el globo: epidemias, alcoholismo, el declive de la esperanza de vida; suicidios de agricultores en Corea del Sur, en la India, o entre los trabajadores de la gran factoría de la tecnología global FoxConn (Shenzhen); en el drama de la vida cotidiana de desempleados, subempleados y desahuciados; asesinatos de campesinos en América Latina, etcétera. Es evidente que cuando Marx definía los contornos de las leyes del capital, el capitalismo apenas dominaba «un rincón relativamente pequeño del mundo (Gran Bre-

taña, Europa occidental y la costa este de los Estados Unidos)». Y lógicamente, durante el periodo en el que el capitalismo permaneció más o menos restringido a ese núcleo originario, las incertidumbres de la acumulación perpetua o los efectos no deseados del cambio climático no constituían «serias amenazas» (Harvey, 2018:424-439). No obstante, el carácter ecuménico constituye una especificidad inherente de la naturaleza de la evolución histórica del capitalismo y, por tanto, como Marx y Engels observaron en el *Manifiesto* (1848) con un abrumador carácter presciente de la globalización neoliberal, la burguesía impulsada por la necesidad de mercados siempre nuevos ha cubierto el mundo en toda su extensión (Marx y Engels, 2011).

El capital, sin embargo, no es el único agente volitivo en la nueva reconstitución revolucionaria de la economía mundial. La intensidad de los flujos migratorios, o la competencia voraz de la fuerza de trabajo global, en correlación con las «complejas cadenas mercantiles» en mercados nacionales asimétricos, han puesto de relieve junto a la reestructuración del capital una «gama de tensiones y respuestas políticas que varían desde los movimientos antiinmigrantes a la reavivación de fervores nacionalistas». Así, los estallidos sociales desde Turquía a Brasil, la denominada «primavera árabe», las protestas frente a los vetustos muros de Wall Street (Occupy), los movimientos secesionistas en Londres, Escocia, Cataluña y Hong Kong, etc.; la reactivación ultraconservadora en el Brasil de Bolsonaro y los «gobiernos de extrema derecha en Hungría, Polonia y Estados Unidos», apuntan hacia un clímax de «disidencia, descontento e incluso desesperación».

Aunque los estallidos sociales deben ser estudiados considerando las condiciones particulares de cada país y sus relaciones internacionales, en casi todos los casos hallamos el rastro de una clase media hundida por las exac-

ciones fiscales, la depresión salarial y el endeudamiento financiero, cuya insatisfacción ha ido convergiendo cada vez más con una base social de excluidos y marginados de la utopía neoliberal.

De hecho, Bill Keller en «The Revolt of the Rising Class» nos persuade de buscar en las protestas de la Turquía de Erdogan elementos de desesperación radical. Como había sucedido en el año 1989 en Tiananmén, China, en las protestas civiles de Venezuela en 2002, o en Rusia en el año 2011 «cuando legiones de treintañeros salieron de los cubículos de sus oficinas, coreando su desprecio por el gobierno autoritario de Vladimir Putin», se trataría, según el autor, de revueltas alimentadas y protagonizadas por la «clase media»: «los ricos urbanos y educados que son de alguna manera los principales beneficiarios de los regímenes que ahora rechazan». La avanzadilla en cada caso está formada mayoritariamente por jóvenes, estudiantes o trabajadores de cuello blanco recién llegados al mercado laboral que han superado la asombrosa pasividad de sus progenitores. Keller, dando por sentado que la joven generación de Instagram y Facebook tiene sus «necesidades económicas más o menos satisfechas», concluye afirmando que «ahora solo anhelan tener una voz y respeto» (Keller, 2013; Harvey, 2019:229-231).

Estamos, sin embargo, ante las pinceladas de un retrato impresionista que no arroja luz sobre una realidad subyacente mucho más compleja. Por supuesto, su argumento no pierde por ello credibilidad, aunque debe ser matizado. Sin duda, la idea que subyace fue formulada elocuentemente por Hobsbawm al analizar el desmoronamiento y fragmentación de las «viejas ideologías de izquierda» que, entre otras consecuencias dieron lugar a un «pensamiento radical o de izquierdas, pero sustentado en una base de clase media». Sus inquietudes, «por ejemplo, el medio ambiente, o la

vehemente hostilidad a las guerras del momento», no necesariamente iban a albergar correspondencia «directa con las actividades del movimiento obrero», que además ya estaba sufriendo los estragos económicos y sociales de la desindustrialización y deslocalización productiva en las economías del Atlántico Norte. De hecho, las preocupaciones y exhortaciones de la heterogénea *middle class* podían incluso antagonizar con los miembros residuales de la clase obrera (o de sus semejantes que iban a multiplicarse en las economías emergentes de las postrimerías del siglo XX para los que la supervivencia dependía de actividades económicas que, por cierto, emitían toneladas de gases contaminantes a la atmósfera). Con demasiada frecuencia las aspiraciones de «transformación social» de la nueva clase media «constituían una protesta más que una aspiración». Podían autodefinirse como «anticapitalistas», aunque no tenían una «idea clara del capitalismo», y mucho menos de lo que proponían como alternativa a éste (Hobsbawm, 2011:422).

Pero además, lo cierto es que gran parte de las ruinas sociales del mundo actual están arraigadas en un rendimiento decreciente de las clases medias. No es ya una novedad que para aspirar a pertenecer a dicho privilegio de la estructura social se deba transitar, casi de forma inexorable, por la vía de la «deflación por deudas». Es decir, conlleva «asumir una deuda hipotecaria para comprar una vivienda propia, créditos de estudios para acceder a la educación necesaria para conseguir un buen empleo, un préstamo para el coche con el que ir al trabajo y una deuda de tarjeta de crédito solo para que el deudor pueda mantener su nivel de vida mientras va hundiéndose en el pozo» (Hudson, 2018:49,402). Con el revelador título *Under Pressure. The squeezed middle class*, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) ha puesto de relieve el debilitamiento espectacular de esta condición so-

cial. Desde hace tres décadas en países con economías tan dispares como Hungría, Suiza, Alemania, España, Grecia, Islandia, o Portugal, los ingresos de las clases medias «aumentaron un tercio menos que el ingreso promedio del 10 por 100 más rico». Unos ingresos decrecientes que se han ido ajustando con un drástico incremento de los precios de los activos básicos del «estilo de vida de la clase media». El precio de la vivienda se incrementó hasta «tres veces más rápido que el ingreso medio de los hogares» durante las dos últimas décadas. Lo mismo sucedió con respecto al acceso a recursos básicos de salud pública y educación universal. La clase media ya no podía ser considerada como el «centro de gravedad económica». Las certidumbres económicas, laborales, y en última instancia existenciales de los *baby boomers* se desvanecían en el territorio líquido de los *millennials*. Ahora, uno de cada seis trabajos de «ingresos medios» se hallaba amenazado por un «alto riesgo de automatización». Los gastos superaban a los ingresos en algo «más de uno de cada cinco hogares» autoidentificados como clase media. Por su parte, el sobreendeudamiento era superior para los ingresos medios que para aquellas clases sociales de ingresos bajos y altos (OECD, 2019:13-14, 24). Aunque sea posible discrepar de ciertos argumentos en Piketty, lo cierto es que su diagnóstico fue refrendado por el secretario general de la OECD: «Nunca en la historia de la OECD la desigualdad en nuestros países fue tan grande como hoy» (Lessenich, 2019:184).

Pace Mishra, si bien nuestras emociones y otras derivadas subjetivas no deberían ciertamente sustraerse de las elegantes ecuaciones economicistas (en cuyo nombre decía Pierre Bourdieu se desata una terrible violencia social), son éstas precisamente las que colaboran en la depresión de nuestras condiciones materiales y hacen que aflore un estado de *ressentiment* social. Es cierto que con

el fin de orientarnos mejor en este mundo caótico necesitamos «ante todo mayor precisión en los asuntos del alma» (Mishra, 2017*b*:229). Por eso «Margaret Thatcher, después de todo, se propuso no solo cambiar la economía, sino también cambiar el alma», y en eso, escribe Harvey, «tuvo cierto éxito». Tal vez convenga recordar aquí con Jean-François Lyotard que la irrupción a una escala sin precedentes del «contrato temporal», tan afín a los nuevos mercados posfordistas de trabajo «flexible», ha ido alterando de forma intensa a las «instituciones permanentes en la esfera profesional, emocional, sexual, cultural, internacional y familiar, así como también en los asuntos políticos». Porque, al contrario de la economía vulgar, «el capital produce alienación tanto en sus atuendos objetivos como subjetivos» (Harvey, 2019:66; 2007:8; 2018). Como les dijo a sus incondicionales Travis Kalanick, miembro selecto del club de ultrarricos de la Generación X y fundador de Uber: «Nos gusta pensar en Uber como el cruce entre el estilo de vida y la logística, donde el estilo de vida es lo que quieres y la logística es cómo llegar allí. Si podemos conseguir un coche en cinco minutos, podemos conseguirte algo en cinco minutos» (Moon, 2015:11). La evanescencia de cualquier racionalidad en tales palabras evoca el severo juicio de Hobsbawm sobre los hueros mensajes de ciertos sectores del movimiento estudiantil de 1968: «Nadie con un mínimo de experiencia de las limitaciones de la vida real, o sea, nadie verdaderamente adulto, podría haber ideado las confiadas pero manifiestamente absurdas consignas del mayo parisino de 1968 o del 'otoño caliente' italiano de 1969: 'tutto e súbito', esto es, «lo queremos todo y ahora mismo»[3]. Escepticismo que,

3 Hobsbawm sabía perfectamente que 1968 distaba de ser una revolución «pero fue mucho más que el 'psicodrama' o el 'teatro callejero' desdeñado por observadores poco afectos como Raymond Aron. Al fin y al cabo, 1968 marcó el fin de la época

una vez más, vino a confirmar el historiador cuando observó las ocupaciones de las proximidades de Wall Street y otros dominios del sector financiero y bancario que le llevó a afirmar que «esos manifestantes que plantaron su tienda de campaña en terreno enemigo no eran el 99 por 100 frente a los superricos». Constituían, como en tantas otras ocasiones, lo que se ha denominado el «ejército de escenificación» del movimiento intelectual, «el destacamento de estudiantes y bohemios dispuestos a movilizarse, que armaba escaramuzas con la esperanza de que acabasen convertidas en batallas» (Hobsbawm, 2013:195). Por eso, Nancy Fraser ha reiterado la ambivalencia como el rasgo más característico de la naturaleza política de los movimientos sociales. Así, mientras el alzamiento social del simbólico año de 1968 arrojó sus mordaces críticas contra las formas de protección institucionalizadas, sacando a la «luz jerarquías y exclusiones sociales injustas», en contraste, al adoptar la forma de insurrección, la batalla librada por los sectores políticos neoliberales consistió en desacreditar la «protección social» por «encadenar la libertad» de los individuos (Fraser, 2013:134-139). Therborn concluye con observaciones parecidas: el movimiento sesentayochista desgastó el «patriarcado y la misoginia», deslegitimó el «racismo institucional» y minó la «diferencia y la jerarquía». Pero tras esta subversión cultural observamos la circunstancia paradójica de que «ha sido absorbida en su mayor parte por el capitalismo avanzado, por medio del informalismo de las industrias de alta tecnología, una oleada de altas ejecutivas, la normalización

del general De Gaulle en Francia, de la época de los presidentes demócratas en los Estados Unidos, de las esperanzas de los comunistas liberales en el comunismo centroeuropeo y (mediante los silenciosos efectos posteriores de la matanza estudiantil de Tlatelolco) el principio de una nueva época de la política mexicana». Véase en Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995, págs. 301 y 326.

de los derechos de los homosexuales, o los matrimonios del mismo sexo» (Therborn, 2014:13).

Cuando Tim Cook y otros «individuos que personifican la avanzadilla del capitalismo global», observa Žižek, «apoyan rotundamente los derechos LGBT+» deberían despertar entre el público liberal, y especialmente entre la izquierda política, las debidas suspicacias, o al menos las mismas que despiertan la homofobia o el racismo fuera y dentro del mundo Occidental. Sin duda, esto no debería disuadirnos, continúa el filósofo, de mostrar nuestro apoyo a este movimiento social, sí en cambio «debería hacernos conscientes del trasfondo político-ideológico del asunto». El trasfondo no es otro que la recusación analítica de la lucha de clases, tal como vimos con anterioridad (Žižek, 2018:288-289). Al conceder una excesiva autonomía a los elementos discursivos y culturales, aislados virtualmente de los factores económicos, de forma paradójica, o tal vez no por lo mencionado, se reproduce aquello que se desea combatir. Es decir, se tiende ingenuamente a promover una aculturación global del proyecto neoliberal. De esta manera, mientras grandes compañías del utopismo tecnológico, el denominado modelo GAFAM (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft) reafirman su compromiso incondicional con la «vibrante comunidad empresarial LGBT+» a través de la *Rainbow Chamber of Commerce Silicon Valley*[4], aquellas han favorecido, por el contrario, un control monopolístico de los activos inmateriales de la era de las plataformas digitales, con lo que han obstruido la entrada al mercado de nuevos competidores y emprendedores: «Cuando un grupo dispone de intangibles puede distribuirlos a una escala in-

4 Puede verse en el sitio web https://rainbowchamber.org/about/ (Consultado por última vez el 26 de febrero de 2020).

mensa. Esto favorece que las primeras empresas en entrar en un mercado, la primera en tener una idea, sea la que se haga con el control de ese mercado y, por tanto, obtenga los costes más ventajosos». «Con la ideología de Silicon Valley», el sistema capitalista «se ha vuelto reaccionario» (Bonet, 2019).

Pero el control monopolístico no se limita al «poder del mercado»; gracias a la concentración de las utilidades tecnológicas y de gestión, se transforma asimismo en un «monopolio legal» sobre ciertos «elementos del conocimiento». Ahora, en la fortaleza inflexible de los «derechos de propiedad», como ha escrito Ugo Pagano, se ha gestado una nueva era dominada por el «capitalismo de monopolio intelectual». Dado que el conocimiento no puede definirse dentro de un «espacio físico limitado», su control privado implica un «monopolio global» que restringe dramáticamente la «libertad de muchas personas en múltiples ubicaciones» (Durand y Milberg, 2019:6). Durante las últimas décadas, además, se ha constatado la variable dependiente del «capital humano» formado tanto en la periferia como en el centro del sistema mundial y puesto a disposición de las grandes corporaciones de la era digital, «muchas de ellas con sede o con puestos de capital riesgo en Silicon Valley». Esta forma de «desarrollo» cimentada en la «acumulación de conocimiento y habilidades como un recurso productivo y una fuerza crucial de producción», argumenta Delgado-Wise, «ha experimentado un proceso similar y está sujeto a las mismas condiciones del capital en otros sectores». Y continúa:

> Esto incluye la concentración y centralización del capital, un proceso que tiene como objetivo reducir los costos laborales, transferir los riesgos asociados a los productores no capitalistas y capitalizar los bene-

> ficios apropiados a través de la propiedad de las patentes del conocimiento o la tecnología social incorporada en el proceso de producción (Delgado-Wise, 2019*b*:165).

Estos factores perturbadores de la economía política y de la lucha de clases, disociados convenientemente de la virtual emancipación de ciertos sectores sociales a través de la inocente retórica culturalista y del optimismo iluso del fetichismo tecnológico, evocan el inflexible juicio de Marx sobre el trabajo cooperativo tras la experiencia del periodo de 1848 a 1864. Por «excelente que sea este principio, por útil que se muestre en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias». No otro es el auténtico motivo por el que ciertos «aristócratas bien intencionados, filantrópicos charlatanes burgueses» y desde luego «economistas agudos», se han decidido con tanta vehemencia «a colmar de repente de elogios nauseabundos al sistema cooperativo, que en vano habían tratado de sofocar en germen, ridiculizándolo como una utopía de soñadores o estigmatizándolo como un sacrilegio socialista». Para lograr la emancipación de las «masas trabajadoras», el movimiento cooperativo debe lograr un vínculo de carácter nacional. «Pero los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos» (Marx, 1864/1924:10). No es tan difícil observar en estas líneas a los Tim Cook y otros «charlatanes» de la ofensiva del capitalismo global.

Ahora, bajo la espesa niebla ideológica que anima al apostolado del silicio, las aspiraciones del comunitarismo

autónomo de una parte considerable del izquierdismo que trata de salvar las dislocaciones sistémicas a través de la presión local o la fragmentación volitiva, encuentran una imprevista correspondencia en la laxitud de las comunidades políticas virtuales que con su Smartphone y su devoción por la nivelación democrática, por supuesto ¡propagada a golpe de tweets!, han debilitado la propia esencia de la política. Desde esta perspectiva reduccionista, «todas las fallas del sistema humano», sostiene sarcásticamente Morozov, se vuelven triviales «si disponemos de suficientes aplicaciones» (Morozov, 2016:12,16). «Es una paradoja de nuestro tiempo», argumentaba Hobsbawm en uno de sus últimos trabajos dedicado a la función social de los intelectuales, que la «irracionalidad política e ideológica» de la sociedad más «sistemáticamente antiintelectual del presente» no halle restricción alguna para convivir con la «tecnología avanzada; en realidad, usan ese recurso» (Hobsbawm, 2013:195-196). Basta con observar la abrumadora expansión de una ciudadanía absorta en la inagotable hipérbole mediática y solipsista que han generado los mundos virtuales de WhatsApp e Instagram y que evoca la famosa afirmación de Thatcher «La sociedad no existe, solo los individuos», para constatar el argumento hobsbawmiano.

La expansión de la irracionalidad y la restricción de la libertad no se han limitado únicamente al control del conocimiento, o del monopolio del mercado por parte del modelo *big tech* y sus incondicionales utópicos tecnófilos. La visión de un mundo liberado de la explotación de la fuerza laboral gracias a la potencia «disruptiva» de la eficiencia tecnológica, liderada por la economía de las plataformas digitales y armada de toda una nueva nomenclatura de la que rumia plácidamente el público liberal y sus *geeks* intelectuales, no es más que pura mitología pro-

pagandística. La nueva economía digital y su modelo de servidumbre laboral denominado con el eufemismo *gig economy* se ha ido extendiendo pródigamente, impulsando la «externalización y deslocalización de la producción de bienes y servicios», al mismo tiempo que ha contribuido a exacerbar la desigualdad social. Las menguantes perspectivas de empleo inducidas por la automatización de la producción que Martin Ford ha expuesto en su popular *Rise of the robots*[5] son, por el momento, discutidas sólidamente por Guy Standing, Aaron Benanav, entre otros autores citados a lo largo de este trabajo, que han puesto de relieve el extraordinario incremento de la masa laboral durante las últimas décadas, especialmente en Asia Pacifico y en los talleres del ilotismo global. De hecho, «con independencia de lo que hagan o no en el futuro, las tecnologías aún no han producido paro masivo». Incluso considerando que el desempleo global ha crecido, este factor no puede disociarse del crecimiento demográfico y de la expansión de las cadenas de producción globales que «han multiplicado por más de tres la oferta mundial de mano de obra» (Standing, 2017:31).

Sin embargo, allí donde la tasa de desempleo se ha visto reducida después de la crisis financiera de 2008, ha sido gracias a una combinación de prodigiosas reformas legislativas (imputadas de derecha a izquierda del espacio político) que han elevado el subempleo a categoría cuasi universal. Esta nueva razón jurídica ha sido incorpora-

5 Según Ford, «entre 2000 y 2012 la demanda mundial de robots industriales creció en más del 60 por ciento, con unas ventas totales que ascendieron a cerca de 28.000 millones de dólares en 2012. El mercado de mayor crecimiento es, sobre todo, China, donde las instalaciones robóticas han crecido cerca de un 25 por ciento anual entre 2005 y 2012 […] estamos asistiendo al inicio de una oleada explosiva de innovación que producirá robots destinados a llevar a cabo casi cualquier tarea comercial e industrial». Véase en Martin Ford (2015), *Rise of the robots. Technology and the Threat of a Jobless Future*, Basic Books, New York, págs. 2-3.

da por la retórica de la economía neoclásica y su defensa sin fisuras del ultraindividualismo; o como ha subrayado Therborn con el ideal de una «sociedad de emprendedores», al que se ha sumado una parte del mundo académico en aras de explotar este inocente modismo; y todo ello con el atrezo neoliberal a caballo entre la «economía colaborativa» y la perpetua innovación individualista ajustada a la oratoria hayekiana (Carrillo, 2018). Además, un *ménage à trois* entre la «telefonía inteligente, sistemas de pagos sin efectivo» y, por supuesto, la emergencia de una nueva clase social que Standing ha puesto en circulación global con el citado término «precariado», han elevado el fetichismo tecnológico a una especie de *ethos* poscapitalista. Compañías como Handy, Luxe, Drizly, BorrowMyDoggy, Deliveroo, TaskRabbit, ThumbTack, o plataformas de externalización del trabajo creadas por Amazon (Upwork, PeoplePerHour, etc.), son taxativamente calificadas por Standing como «entidades rentistas». Actuando como meros «intermediarios laborales», por supuesto gracias a su prodigiosa innovación *app*, pueden llegar a percibir un 20 por 100 de las transacciones realizadas, a veces incluso más. ¿Podríamos denominar a esta forma de extracción de renta con el término deliberadamente ambiguo de «economía colaborativa»? Con la sinceridad de uno de los directores ejecutivos de estas plataformas el autor de *La corrupción del capitalismo* acentúa la idea que subyace en esta nueva versión de servidumbre en la era de los monopolios digitales: «Puedes contratar a 10.000 personas durante diez a quince minutos. En cuanto han terminado, esas personas sencillamente desaparecen» (Standing, 2017:208-209).

Resulta paradójico, aunque no sorprendente dada la imparable desintegración de los proyectos políticos colectivos, que los «regímenes laborales nacionales de posgue-

rra», instituidos en los campos de batalla del movimiento obrero con el fin de proteger las contingencias del mercado autorregulado, han acabado siendo subvertidos por una intensa «competencia internacional» que ha instalado en las economías del capitalismo avanzado, y más allá de sus fronteras, la precariedad, los «empleos cero horas, trabajo *freelance* y de reserva». A pesar del vacuo entusiasmo del público progresista, o precisamente por ello, la denominada «economía colaborativa», entregada como alternativa a un capitalismo depredador, ha provocado que los «riesgos laborales» acaben siendo privatizados e individualizados. Aún más, los tiempos y espacios de la vida personal, del descanso, de las relaciones íntimas y familiares, terminan fundiéndose orgánicamente con los del trabajo (Streeck, 2017*a*: 43). Y mientras las condiciones laborales se recrudecen, ¡los *geeks* del *establishment* han proclamado que *Das Kapital* «está caducado»! Estamos en el momento propicio, han proclamado *à la* Fukuyama Mayer-Schönberger y Ramge, para «cerrar la puerta de la historia y eliminar oficialmente el término 'capitalismo'». Una nueva era dominada por la democracia del *big data* desplazará al «capital financiero y empresas», por «mercados ricos en datos» que «empoderarán a los seres humanos para que trabajen directamente entre sí», sustituyendo incluso precios por datos «como el principio organizador clave de la economía» (Morozov, 2019:74).

Esta nueva aristocracia tecnológica parece que ahora, definitivamente, puede prescindir del trabajo humano y no solo en las sociedades del Occidente posindustrial. De acuerdo con Mike Davis, la escalera descendente de la clase trabajadora tradicional y su fuerza sindical y política, inercia en la que debemos incluir a los países emergentes (BRICS), «ha marcado una época». En el mundo Occidental «la erosión del empleo industrial a través del arbitraje,

la subcontratación internacional y la automatización, han ido de la mano» del crecimiento abrumador de la «precariedad en el sector servicios», el auge de las plataformas digitales y la digitalización de los trabajadores de cuello blanco, así como el descenso del trabajo público sindicado. Como resultado de esta depresión global ha surgido un «nuevo darwinismo social» que, «si bien exacerba el resentimiento de la clase trabajadora contra las nuevas élites y los ricos tecnológicos, también ha reducido y contaminado las culturas tradicionales basadas en la solidaridad, aumentando los movimientos antiinmigración de la nueva derecha». Y aunque el proyecto neoliberal fuese definitivamente enterrado, la amenaza que se cierne sobre la automatización global de la producción y la «gestión rutinaria» e incluso del trabajo experto de la investigación científica no parece ya una idea tan descabellada (Davis, 2017*a*). Debería, por esa razón, levantar cierta desconfianza el hecho de que los «capitalistas de riesgo» de Silicon Valley respalden las propuestas de renta básica al igual que lo hace una parte considerable de la izquierda radical, evidentemente por razones bien diferentes. Sin embargo, aunque los primeros temen por el decrecimiento de la demanda efectiva inducido por sus nuevas tecnologías, los segundos se deslizan con cierta fragilidad entre la ecuación de la demanda keynesiana y, por supuesto, el loable objetivo de «proporcionar una seguridad económica básica», dado que la «seguridad total no sería ni factible ni deseable» (Standing, 2018:13). El problema, conocido por la mayor parte de los defensores de la renta básica, no se reduce al aumento de la demanda efectiva cubierta por la asignación de un salario básico; de hecho, según Harvey, «no serviría de nada si los fondos especulativos compran casas embargadas y patentes farmacéuticas y elevan los precios (en algunos casos astronómicos) para llenar sus propios bolsillos con la

creciente demanda efectiva ejercida por la población». El irracional incremento de las «matrículas universitarias, las tasas de interés usurarias en las tarjetas de crédito, todo tipo de cargas ocultas en las facturas telefónicas y el seguro médico [todavía resguardado allí donde el Estado de Bienestar no ha sido totalmente neoliberalizado] podrían devorar todos los beneficios». Seguramente, las bases de la estructura social podrían verse beneficiadas de forma más eficaz a través de una «intervención reguladora estricta» con el fin de mantener un control sobre los «gastos vitales», limitando «la gran acumulación de riqueza que se produce en el punto de realización» del valor (Harvey, 2019:64).

Argumentos que ponen de relieve el típico error analítico, con frecuencia sesgo ideológico, que consiste en disociar la fuerte interdependencia transfronteriza geográfica, social, económica o cultural que existe entre la creación y la realización de valor. Esta perspectiva reduccionista impide una discusión simultánea y enriquecedora del funcionamiento del capitalismo global y, lo que es más acusado, su enorme coste social. Después de todo, el capitalismo contemporáneo se halla en una fase de interdependencia difícil de soslayar. Davis, apelando a un ejercicio de abstracción nos ofrece un cuadro sugerente de tipos ideales que contribuye a entender este fenómeno. Por un lado, los nuevos talleres del mundo «superindustrial» situados en la franja costera de la masa continental de Asia Pacífico, cuya oferta productiva depende irrevocablemente del mercado de consumidores de la «financiera-terciaria del Atlántico Norte»; regiones que no podrían prescindir de la «hiperurbanizante-extractiva» geografía africana. Por otro lado, «un cuarto tipo ideal de sociedad en desintegración» está formado por la «exportación de refugiados y mano de obra inmigrante», un rastro de desesperación humana que se extiende por la geografía global. Debemos, no obstante,

completar esta taxonomía de la globalización neoliberal con la historia pendular de una desindustrializada-extractivista América Latina que, después del *turn to the left* de la primera década del siglo XXI, se halla envuelta en una nueva situación política dramáticamente reaccionaria.

En opinión de Davis, las abstracciones no son fiables, no lo son para confiar el futuro a una clase como sujeto histórico emancipador, y no lo son porque suelen adolecer de una rica variedad de detallismo empírico. Por eso, «el marxismo contemporáneo debe ser capaz de escudriñar el futuro desde las perspectivas simultáneas de Shenzhen, Los Ángeles y Lagos si quiere resolver el rompecabezas de cómo las categorías sociales heterodoxas pueden encajar juntas en una sola resistencia al capitalismo» (Davis, 2017*a*).

1.4. Perspectivas Simultáneas, Repercusiones Recíprocas

La advertencia de Davis adquiere una significación ampliada en *La sociedad de la externalización* del sociólogo Stephan Lessenich, cuyo título en alemán es mucho más clarificador: *Neben uns die sintflut. Die externalisierungsgesellschaft und ihr preis* [Junto a nosotros el diluvio. La sociedad de externalización y su precio][6]. Las consecuencias de la externalización de la producción material del núcleo original del capitalismo han sido a lo largo de la historia y a lo ancho de la geografía mundial tan desestabilizadoras como, en cierto modo, imprevisibles. Sin duda, constituye un proceso que ha desatado de forma permanente múltiples conflictos derivados. La multiplicación de industrias extractivas primarias en buena parte

6 La edición en alemán es de 2016; en español está publicada por Herder Editorial, Barcelona, 2019.

de América Latina y de África, la contaminación del aire a una escala sin precedentes, la virulencia de epidemias, o los daños psicológicos que se exportan a los mercados de los bordes exteriores del capitalismo avanzado, constituyen solo algunos de sus más abyectos ejemplos. En *Neben uns die sintflut* no hay determinismos: «lo que hay frente a la sociedad de la externalización tampoco es un mundo homogéneo». Las desigualdades en los países del capitalismo avanzado son considerables, aunque desde un punto de vista macroeconómico no alcanzan la mordacidad del Sur global.

Metodológicamente, Lessenich es subversivo en medio de un mundo académico controlado por expertos. La «otra cara de la modernidad occidental» solo puede analizarse a través de un ejercicio intelectual complejo, indagando en las conexiones, captando las relaciones de dependencia, «las estructuras de relaciones globales y las repercusiones recíprocas». Los desastres ecológicos no desaparecen desde esta perspectiva en las diluciones contingentes de la *casualidad* que, como decía la sabiduría de David Hume, suele ser la inútil excusa para reprimir «cualquier investigación ulterior», dejando además «al escritor en el mismo estado de ignorancia que el resto de la humanidad» (Hume, 2008:144). Así, la bauxita extraída en países como Brasil, donde se talan extensas zonas de selva tropical, aparece inopinadamente en las tazas de café de los sofisticados consumidores de cápsulas de usar y tirar. La limpieza de basura digital de redes sociales como YouTube o Instagram, con el fin de evitar rebasar «nuestra tolerancia moral», brota externalizada «en países lejanos, casi siempre en el sudeste asiático». Allí, trabajadores «de carne y hueso hacen manualmente por nosotros el trabajo sucio de su recogida, designada con el eufemismo de *Commercial Content Moderation*». Además de percibir un «sueldo

miserable, luego sufren daños psíquicos. Los sufrimientos que el cierre mudo del horror de las imágenes causa en la propia cabeza abarcan desde la pérdida de la libido, pasando por insomnios, hasta depresiones, alcoholismo y desconfianza paranoica hacia otras personas» (Lessenich, 2019:16-19, 195,203).

Esta degradante y sofisticada fórmula de explotación laboral descrita por Lessenich se combina con otras formas más tradicionales de extracción de plusvalor, ampliamente conocidas pero ensombrecidas por el ruido mediático del fetichismo tecnológico. Así, por ejemplo, mientras la compañía Apple Computer ubicada en la ciudad californiana de Cupertino obtiene «una tasa de ganancias de alrededor del 28 por 100», la multinacional taiwanesa FoxConn, que fabrica las computadoras en Shenzhen (China), puede alcanzar una tasa de beneficio del 3 por 100. «Existe una gran brecha entre el lugar donde se crea el valor, que es en Shenzhen, y el lugar donde se realiza, que se encuentra en los Estados Unidos». De este modo, como parte del proyecto neoliberal, las corporaciones privadas tales como Walmart, The Gap, Ikea, Inditex, entre otras, obtienen enormes beneficios en el mercado internacional, mientras reconfiguran de forma radical el mercado laboral global: «Los mayores empleadores de mano de obra en los Estados Unidos en la década de 1960 fueron General Motors, Ford y US Steel. Ahora, observa Harvey, son las sociedades de cartera de McDonalds, Kentucky Fried Chicken y Walmart. En estos últimos campos la oferta laboral es cada vez más precaria» (Harvey, 2018:431). Esta condición laboral se está extendiendo globalmente y con ella se ha exacerbado el malestar social y político, tal como se ha dicho. La insaciable naturaleza del capital cuya tendencia histórica no es otra que maximizar la tasa de ganancia a través de nuevos mercados, destruyendo las antiguas formas de vida

y de trabajo y con ello rehaciendo el mundo social y ecológico a su paso, al liberarse de las restricciones del capitalismo keynesiano del periodo posbélico, nos ha sumergido a *todos* en el diluvio neoliberal.

Ahora, la principal fuente de empleo en el país con el PIB nominal más alto del mundo, Estados Unidos, la proporcionaba Walmart, cuyos trabajadores no podían sobrevivir con el salario percibido en «régimen de jornada completa», lo que los arrastraba de forma implacable a recurrir a la beneficencia de los «cupones para alimentos». Una tendencia a reforzar la disciplina laboral que, por cierto, ha sido generalizada en aquel país desde los años ochenta, cuando los sectores financiero, bancario e inmobiliario (el «auge del rentista»), acompañados de sus incondicionales publicistas y expertos en *marketing*, expulsaron a la producción industrial del podio de la renta nacional (Standing, 2017:38). Así fue como las necesidades de asistencia nutricional de los hogares estadounidenses, amortizada por las instituciones de salud pública, se incrementaron pasando de un 19,6 por ciento en 1989 al 31,8 en 2015. Al escribir estas líneas hasta 6 millardos de dólares anuales provenían del Programa de Asistencia Nutricional Suplementaria, entre otras modalidades de provisión pública cuya finalidad no ha sido otra que sostener un régimen laboral flexibilizado liderado por empresas como Walmart; mediante tales estrategias draconianas las «corporaciones relevantes» se abastecen de dinero público por medio de subsidios indirectos. Pero, *Neben uns die sintflut!*: los algo más de 5 millones de estadounidenses que viven en «condiciones de pobreza absoluta», que Naciones Unidas califica como «propias del tercer mundo» (ONU, 2018), encuentran sus semejantes en la destrucción no tan creativa a la que también está contribuyendo Walmart en la India. Allí, el estudio de Kheya Bag informa sobre una «ley sin precedentes»

que ha eliminado las «restricciones a la inversión extranjera en el sector de la alimentación minorista, dando entrada a Walmart y otras multinacionales a expensas de millones de pequeños comerciantes indios, sin ninguna garantía de que mejore la infraestructura de producción y distribución de alimentos que tantos desnutridos deja» (Bag, 2013:155).

Dicha versión ampliada de la explotación de la fuerza de trabajo global halla su expresión original en el análisis de Marx cuando sostenía, como ha escrito Fontana en su obra póstuma *Capitalismo y democracia*, que la «esclavitud oculta de los obreros en Europa» era determinante y complementaria al fenómeno de la «esclavitud de las plantaciones americanas» (Fontana, 2019:145). Esta reconfiguración geográfica de los mercados y del trabajo se inició con la terapia de choque de las Políticas de Ajuste Estructural por parte del BM y el FMI, cuya finalidad teórica era paliar la crisis de la deuda de finales de la década de 1970 en la periferia del sistema. Esa purga ideológica tuvo profundas consecuencias en la reestructuración de las economías periféricas y acrecentó abrumadoramente el sufrimiento humano. Mientras se alimentaba políticamente la contracción de la inversión industrial y la reducción del empleo público, además de canalizar la inversión nacional hacia rentas extractivistas, la «variable secreta y culpable de las ecuaciones neoclásicas del ajuste económico» depositaba sobre las espaldas de «mujeres pobres y sus niños» la pesada carga «de la deuda del Tercer Mundo». Así fue como en China, y en términos generales en las «ciudades industrializadas» del sudeste asiático, «millones de mujeres jóvenes se engancharon a las cadenas de producción y a las miserias de las fábricas». Pero también se produjo una fuerte tendencia hacia la desindustrialización en gran parte del Sur global cuando finalizó el periodo desarrollista en los años setenta. Desde ese momento, la creciente tasa de des-

empleo formal entre los hombres, «acompañada con frecuencia por su emigración», condujo irrevocablemente a las «mujeres a buscar el sustento como trabajadoras a destajo, vendedoras de licores y lotería, en la venta ambulante y en oficios varios como peluqueras, costureras, limpiadoras, recogedoras de trapos, niñeras y prostitutas» (Davis, 2014:203-209).

La racionalidad monetarista de Milton Friedman coincidió con la coyuntura de la crisis de la década de 1970. En aquel momento los «bancos de inversión de Nueva York» se encontraban inundados de una cantidad de petrodólares procedentes de los países del Golfo; exasperados por hallar nuevas fronteras de «inversión en una época en la que el potencial de inversión rentable en Estados Unidos estaba exhausto, se dedicaron a prestar masivamente a países» de la periferia tales como México, Brasil, Chile, o Polonia. Pronto las tensiones se hicieron sentir cuando estalló la crisis de la deuda externa en 1980; más de cuarenta países fundamentalmente latinoamericanos y africanos, de acuerdo con Harvey, tuvieron que afrontar serios problemas para «pagar sus deudas cuando los tipos de interés aumentaron repentinamente a partir de 1979» (Harvey, 2016:21-23). Finalmente, como observó perspicazmente Hirschman, el deseo irresistible a instancias de Washington de convertir a los países latinoamericanos en clientes había sido consumado. Los «prestatarios latinoamericanos fueron cortejados por los prestamistas» y guiados por «la vía del jardín», tras la cual se les suministró convenientemente el *Volcker shock* de las tasas de interés vertiginosamente crecientes (Hirschman, 1987). Paul Volcker, «recién nombrado presidente del Banco de la Reserva Federal de EEUU por el presidente Carter (1977-1981), elevó los tipos de interés a alturas sin precedentes» produciendo un aumento extraordinario de la deuda de los países de la

periferia, así como una destrucción de empleo en Estados Unidos que alcanzó niveles similares a los del crac del 29 (Streeck, 2011:12).

Desde entonces la tradicional soberanía de los Estados quedó socavada por la hegemonía de las finanzas y para asegurarse que su poder fuera inquebrantable y que el dinero regresara con los pertinentes intereses a las cajas fuertes de los bancos, las Políticas de Ajuste Estructural fueron la norma más que la excepción en todo el mundo (Harvey, 2016:23). Como consecuencia se produjo un enorme crecimiento de las desigualdades sociales y económicas a nivel mundial, aunque en la topografía social del Sur global la desigualdad, en cualquiera de sus formas, fue abrumadora. No de otro modo cabe explicar el despiadado incremento de la migración forzada que se ha producido desde la periferia del sistema. Así lo ha planteado Delgado:

> Es crucial darse cuenta de que, en el contexto capitalista actual, la migración ha adquirido un papel nuevo y fundamental en la división del trabajo nacional e internacional. El desarrollo desigual genera un nuevo tipo de migración que puede caracterizarse en términos generales como migración forzada […] es un hecho que la dinámica del desarrollo desigual ha llevado a condiciones estructurales que fomentan la migración masiva de poblaciones desposeídas, marginadas y excluidas (Delgado-Wise, 2019*a*:9).

La crisis de la deuda significó también un cambio radical en la política económica latinoamericana. Se sepultaron las políticas de industrialización y se regresó a una posición con el comercio internacional de tipo «ricardiana pasiva». Al igual que en el periodo que precedió a la crisis de 1929, el crecimiento económico de la región que-

dó condicionado a las volatilidades del sector primario. Probablemente Brasil haya sido el caso más extraordinario de este fenómeno: mientras que en 1975 su producción industrial era un 60 por ciento superior a la producción combinada de India, Corea, Malasia, Singapur, Indonesia, Tailandia y Taiwán, ahora no superaba el 15 por ciento de la producción manufacturera de dichos países asiáticos (Palma, 2019*b*).

En general, los países del Cono Sur sufrieron un destino similar, al que contribuyó la crisis de la deuda que dejó despejada la pista ideológica para la asombrosa e irracional penetración del neoliberalismo a nivel continental. Por su parte, la respuesta neoconservadora a los cauces de devolución de la deuda internacional durante la «década perdida» de 1980 desencadenó «el episodio económico más traumático» de la historia de aquella región. Durante aquel nefasto periodo «la región retrocedió del 121 por ciento de promedio del PIB per cápita mundial al 98 por ciento, y del 34 por ciento al 26 por ciento del PIB por habitante de los países desarrollados». Las instituciones supranacionales actuaron lisa y llanamente en defensa de los intereses especulativos de los acreedores, reduciendo a los países a meras variables que debían cumplir con la servidumbre de la deuda. La región fue sin duda la «víctima» propiciatoria de una estrategia de la solución de la crisis, no solo de la deuda interna, también de la «crisis bancaria estadounidense» (Ocampo, 2014:40). En todo ello podía hallarse el rastro del pensamiento programático de la derecha mundial contra políticas típicamente keynesianas. Parecía que, con el giro a la izquierda impulsado cuasi continentalmente por el terremoto político y social de la revolución bolivariana, cuyo epicentro se situó en la elección de Hugo Chávez como presidente de Venezuela (1999-2013), se estaba sepultando el paradigma

hegemónico del «Consenso de Washington». Lo cierto es que pronto se hizo evidente que las inversiones de capital y la explosión de demanda efectiva de materias primas procedentes de la extraordinaria industrialización de China, demostraron una vez más que la clásica imagen de las economías periféricas podía ofrecer un cuadro hiperrealista de regiones delimitadas por un patrón intensivo de especialización, combinado con altos niveles de desigualdad y abundancia de recursos naturales. En este aspecto, nada más revelador que las cifras de las cinco principales exportaciones de bienes primarios y materias primas del conjunto de países de la región (exceptuando a México y a Costa Rica) que en 2014 representaban nada menos que el 80 por 100 del valor total de las exportaciones dirigidas al pujante mercado chino. Y es que la decuplicación del comercio internacional de productos primarios en Argentina o Brasil, por ejemplo, desde principios del siglo XXI que estimuló un vigoroso crecimiento económico del 8 por ciento, no fue sino a expensas de transformar a estos países en una «vasta plantación de habas de soja» (Harvey, 2016:217).

Grandes regiones fueron adaptadas a los requerimientos agrícolas para plantaciones de cultivos de uso múltiple, es decir, los denominados *flex crops* o «cultivos comodín», destinados a uso alimentario o bien como fuentes de energía teóricamente sostenibles basadas en los biocombustibles. En otras palabras, la industria y el crecimiento económico no se orientaron hacia una dirección opuesta a la exportación de materias y bienes primarios. No fue, por tanto, fruto de la coincidencia que el recrudecimiento de la pobreza en la región coincidiera con el debilitamiento de los precios de materias primas, la moderación del crecimiento global y un deterioro de los flujos de capital. Factores perturbadores que, a su vez, provocaron que el

vigoroso crecimiento del 5 por ciento de la primera década del siglo XXI fuera reemplazado por tasas más austeras del 1 por ciento (OCDE/CEPAL/CAF, 2015:22-23,45-46). Cuando desde 2012 las tendencias apuntadas se acrecentaron, la favorable disminución de los niveles de pobreza, que habían sido reducidos del 45,9 por ciento de principios de siglo a un 28,5 por ciento según estimaciones para 2014 (atenuando también la extremadamente pobre del 12,4 al 8,2 por ciento) comenzó a invertirse. El escenario económico neoextractivista había cubierto relativamente y por un tiempo las fallas sociales de la región, pero su carácter procíclico y volátil se hizo evidente cuando el ciclo de acumulación de capital se agotó y con ello el número de personas calificadas oficialmente como pobres podía alcanzar en 2017 la dramática cifra de 187 millones, o sea, un 30,7 por ciento de la población latinoamericana (Carrillo, 2018).

Previsiblemente el incremento de la desigualdad en la región pronto precipitó los movimientos sísmicos de protesta social de la gente común. Nora Lustig ha escrito que cuando se consideran de forma rigurosa los factores combinados del «retroceso en el bienestar de la población de los países de América del Sur», tras la finalización del ciclo de acumulación de capital inducido por la exportación de materias primas, con la debilidad de los «sistemas de pensiones y salud», el aumento de «precios de combustibles de primera necesidad en varios países, debido a la reducción de los subsidios gubernamentales», entonces, la intensidad de las «protestas como rebelión hacia la desigualdad adquiere todo el sentido». Por tanto, ese descontento social no puede considerarse exclusivamente como un «movimiento de protesta» ya que el voto popular de gran parte de los países de la región se caracterizó por un voto contrario al *establishment* con independencia

de su vocación política. «Fue un voto de protesta frente a la pérdida de poder adquisitivo, el desempleo y la erosión de beneficios provenientes del gobierno» (Lustig, 2020:61,56).

Con anterioridad se ha argumentado que no hay un único vector volitivo de la protesta política global. Al respecto, Fontana escribió en su monumental obra *Por el bien del imperio* que este despertar político de los albores del siglo XXI hunde sus raíces en «la resistencia de unas capas populares» que no aceptan las incertidumbres de un «futuro de indefensión y pobreza a que les condena el nuevo orden triunfante». Desde las protestas emanadas en el corazón de Europa hasta las «revoluciones de la primavera árabe», las revueltas sociales en Gabón, Camerún, Burkina Faso, Costa de Marfil o la República de Yibuti en el África Subsahariana, o los estallidos sociales en Chile desde octubre de 2019, albergan, sin embargo, una común y enérgica oposición al sistema. La retirada de las élites y la corrupción privada que asalta a los sistemas de provisión pública constituyen factores de peso que han favorecido el malestar social en todo el mundo. Fueron largos años de «desposesión, con los campesinos perdiendo la tierra y emigrando hacia las ciudades, con unos gobiernos incondicionales a las instituciones supranacionales del orden global» (Fontana, 2013*a*:974-976). Mientras en Europa los programas de consolidación fiscal (control del déficit y austeridad) tras la crisis de 2008 allanaban el camino hacia la depresión social, fuera de ese heterogéneo continente las organizaciones supranacionales del fundamentalismo económico llevaban trabajando más de cuatro décadas extendiendo por la topografía social de la periferia los programas de ajuste estructural. En cualquier caso, el modelo político al que se aspiraba no era otro que el nefasto proyecto neoliberal angloamericano. Los resultados no solo fueron decepcionan-

tes, el mundo se encontró peligrosamente ante el abismo de su propia autodestrucción.

> La dinámica global y nacional del desarrollo capitalista, la división internacional del trabajo, el sistema imperialista de las relaciones internacionales de poder y los conflictos que rodean la relación capital-trabajo y la dinámica del capital extractivo, han conducido a la mayor polarización económica, social, política y cultural entre países, regiones y clases sociales que se registra en la historia de la humanidad (Delgado-Wise, 2019*c*:51-52).

Desde el vuelco neoliberal en la década de 1970, el capital quedó fuera de los marcos de planificación política que corregía las discrecionalidades de las operaciones económicas privadas. El mercado se volvió absurdamente oligopólico: desde las corporaciones textiles y alimentarias, a los conglomerados farmacéuticos y sus socios Monsanto, hasta las nuevas estrellas de la economía mundial, las poderosas *big tech*, todos participaban de la irracionalidad del capital ficticio, y todos se hallaban orgánicamente integrados en el nuevo leviatán antidemocrático del Estado-Finanzas; todos compartían la lógica de crear valor en los talleres industriales de la periferia del sistema, o en los mercados laborales del centro después de haber devaluado globalmente las condiciones de trabajo y la masa salarial. Ahora bien, los compromisos con las inmoralidades del mercado y las miserias de la externalización no solo podían atribuirse a los propietarios del capital. Por supuesto que entre los cómplices de la externalización y la deslocalización de los efectos negativos de la globalización neoliberal se hallaban los «grandes consorcios» y los gobiernos, así como las «élites económicas y políticas». No obstante, el «principio

de desarrollo a expensas de otros» también ha sido ejercido con la aprobación tácita y la «participación activa de amplias mayorías sociales» (Lessenich, 2019:27,19). Basta observar, por ejemplo, el asombroso crecimiento del «consumismo compensatorio» entre las clases trabajadoras que se complementa con el tradicional consumo de «bienes hedonísticos» de las élites, haciendo que todas las clases sociales se sumerjan en un «despilfarro conspicuo» (Harvey, 2019:236). Lo que hoy es una epidemia global ya constituía una advertencia insular del activista socialista William Morris en la Inglaterra victoriana: «¿es posible que no les deje perplejos, como a mí, pensar en la masa de cosas que ningún hombre en su sano juicio podría desear, pero que nuestro trabajo inútil produce y vende?»; cosas que «no son riqueza, sino desperdicio» (Morris, 1885/1994:185). Esa insaciable búsqueda de «satisfacciones de antojos, necesidades y deseos» que jamás será cumplida, adquiere su paralelismo lógico con el «crecimiento compuesto» en el campo productivo. «La gente y los productos que les corresponden son los necesarios para que el capital satisfaga el requisito del crecimiento compuesto indefinido» (Harvey, 2019: 236-237). Esta forma salvaje de consumo no es más que la *reductio ab absurdum* que ha legitimado la acumulación virtualmente ilimitada del capital.

Así, el nuevo escenario de «crecimiento sin empleo» que ha comenzado a invadir los talleres robotizados de FoxConn, en el corazón de la China industrial, donde la presión ejercida sobre los cuerpos de los trabajadores que debían «cumplir programas de producción muy agresivos» y que obtuvo como resultado una «epidemia de suicidios» en 2010 (Ford, 2016:27), se mantiene prudentemente alejado del público liberal de las economías financiarizadas donde las orgías hiperconsumistas (*Black Friday*, el nuevo opio del pueblo para tasas salariales estancadas o decre-

cientes) adquieren una fisionomía irracional. En efecto, el consumo se ha transformado en una peligrosa forma económica adictiva cuya restricción puede tambalear las frágiles bases de la economía mundial; solo en Estados Unidos, por citar el núcleo del capitalismo avanzado occidental, el consumo aporta en torno al 70 por ciento del PIB. Hay que subrayar de nuevo que lo que ha sostenido la acumulación de capital después de la ofensiva de la derecha mundial en 1970 y «el colapso de los movimientos de la Vieja Izquierda», socavada tras el hundimiento definitivo de la Unión Soviética en 1991, no ha sido la búsqueda de utilidades a través de la eficiencia productiva. El crecimiento económico ha estado encarnado por las manipulaciones financieras y sus operaciones moralmente cuestionables de tipo especulativo, alentando de este modo «el consumo por medio del endeudamiento» (Wallerstein, 2015:38-39). Desde la década de 1980, con unas «tasas de interés decrecientes y un crédito cada vez más fácil», el consumo no dejó de crecer «como una boya en un mar de deudas». Así fue como a pesar de la contracción de los salarios reales, los hogares se vieron «tentados» y obligados con demasiada frecuencia a adquirir bienes y servicios con «créditos cada vez más baratos» y cuyo único fin no era otro que sostener una economía de consumo (Shaikh, 2011).

De este modo, «bajo el hechizo» del inagotable «consumo posfordista», entrelazado con la «política como entretenimiento posdemocrático», Streeck se pregunta, «¿cuánta gente sigue creyendo que puede haber bienes colectivos por los que merezca la pena luchar?» ¿Cuál será el «sujeto revolucionario» que nos redima de la consolidación fatal de la «tecnocracia neoliberal autoritaria»? ¿Qué fuerza política y social será capaz de «*desglobalizar el capitalismo*»? (Streeck, 2017*a*:230,236). ¿Una clase media nivelada por la cruz de la deflación por deudas? ¿Un precariado global

cuyas condiciones laborales se vienen igualando peligrosamente a las condiciones inhumanas del proletariado de la era victoriana? ¿Será, acaso, el vasto ejército proletarizado de la China industrial, o los trabajadores de talleres cautivos de Bangladesh? ¿Tal vez las consecuencias de la actividad antrópica sobre la ecosfera interrumpirán la deriva de esta era de irracionalidad política global? Y, en todo caso, ¿podremos continuar defendiendo con rigor una economía mundial sustancialmente adicta al crecimiento económico, al despilfarro hiperconsumista, a la abrumadora y consciente destrucción tecnológica del empleo y, aún más, al agotamiento de los recursos naturales del globo? ¿Deberemos elegir entre una regulación macroprudencial que nos sustraiga de los riesgos de un incontrolado y absurdo capital ficticio, combinando adecuadamente las debidas correcciones de austeridad fiscal ajustadas a las presiones neoliberales? O, en todo caso, ¿aspiraremos a vigorizar un keynesianismo expansivo que acreciente la demanda efectiva virtualmente ilimitada de consumidores irracionales?

1.5. Vientos en contra

No se trata de un simple arcaísmo recordar aquí con la perspicacia de Friedrich Engels en *Dialectics of Nature* que «Por cada victoria que creamos haber conseguido sobre las fuerzas de la naturaleza», ésta «acaba vengándose de nosotros. Cada victoria, es verdad, en primer lugar, produce los resultados que esperábamos, pero tras éstos, tiene efectos imprevistos que a menudo acaban por destruir aquéllos» (Marx y Engels, 2010*c*:460-461). La estólida economía de usar y tirar, inadvertida, tal vez, para el público del *coffee to go* plastificado, así como la agricultura hiperintensiva y su demanda inagotable de insumos de una variada gama química, el extraordinario consumo de objetos y de pro-

ductos hechos y envueltos en interminables toneladas de plástico, o la industria cosmética, han hecho que la «plaga plástica», contra la que Barry Commoner persuadía a sus lectores en 1971, hoy más que nunca sea una amenaza global. Entre 1962 y 2012 en torno al 59 por ciento de una muestra de 186 especies de aves marinas había ingerido algún tipo de sustancia plástica (Chris Wilcox *et al*., 2015). Dos años después, se había estimado que el plástico alojado en el ambiente marino podía alcanzar la vertiginosa cifra de 5,25 billones de partículas con un peso aproximado de 268.940 toneladas (Gouin *et al*., 2015; Eriksen *et al*., 2014). «La biosfera, de la que depende la humanidad en su conjunto, está siendo alterada en un grado sin paralelo en todas las escalas espaciales. La biodiversidad está disminuyendo más rápido que en cualquier otro momento de la historia humana», señalaba el que probablemente sea el informe más completo sobre la situación de la salud planetaria. ¡Un 28 por ciento de especies evaluadas entre plantas y animales, esto es, más de 35.000 mil se hallaban durante las primeras décadas del siglo XXI bajo la temible amenaza de la extinción, debido a las acciones humanas! (IPBES, 2019:11-12; IUCN Red List 2017–2020 Report). ¡Deberíamos ofrecer más contrapuntos con los que refutar los convencionalismos economicistas tendentes a elevar el crecimiento económico a religión universal! Sin duda, es preciso alcanzar cierta conciencia crítica acerca de la dimensión escalar que las fuerzas productivas y el consumo insaciable han adquirido globalmente. En esta tarea el neoliberalismo no ha dejado un solo milímetro de tierra incólume. Y China representa el ejemplo más paradójico y radical de dicha afirmación.

La «sociedad armoniosa», el sustituto inocente con el que el Partido Comunista Chino ha intentado cubrir su drástica neoliberalización, se ha transformado en el motor

de crecimiento de la economía mundial, bajo inspiración dilatada de las malas prácticas occidentales. No resulta alentadora, argumenta Harvey, la forma en que el gigante asiático se está revistiendo de «autopistas y automóviles», lanzándose a una vertiginosa carrera urbanística, llenando de nuevas ciudades amplias franjas territoriales, al mismo tiempo que extiende su «influencia cada vez más, participando en una vasta apropiación global de tierras y recursos en toda África [*land grabbing*] en particular, pero también en otros lugares donde puede encontrar una cabeza de playa, como en Latinoamérica. Las consecuencias ambientales del ascenso de China son enormes, pero no sólo para China» (Harvey, 2016:226). Cabe preguntarse, por ejemplo, si fue un hecho accidental que la gripe aviar que contagió a humanos en 1997 y el coronavirus SARS-Cov en 2002, surgieran ambas en Guangdong, y desde diciembre de 2019 la covid-19 se registrase en Wuhan, todos ellos importantes epicentros de la industria global. Más allá de especulaciones, lo cierto es que las consecuencias de la asombrosa explosión industrial de este país, orgánicamente dependiente de la economía mundial, están generando unas condiciones ambientales inquietantes, tal como ha demostrado el detallado artículo de Richard Smith «China's Communist-Capitalist ecological apocalypse». El despegue de la industrialización durante las décadas de apertura y reforma de 1980 y 1990 «agotó rápidamente los recursos del país», sobre todo la madera, el petróleo y los minerales. La industrialización «maníaca y sedienta» de las ciudades de la China septentrional (que debía alimentar el consumo maníaco estimulado por el capital ficticio en las economías del capitalismo avanzado), provocó el drenaje de sus acuíferos, dejando a su paso «unas 600 ciudades, incluida Beijing» afectadas por una gravísima escasez de agua y así mismo extendió la contaminación en la mayoría del resto

de reservas. Según diversas estimaciones, durante la primera década del siglo XXI se podían contar por millones los hombres y mujeres del gigante asiático afectados por diversas enfermedades relacionadas con el consumo de agua contaminada y, en términos generales, por los efectos de un medio ambiente alterado. «A lo largo de los principales ríos de China, las aldeas informan tasas vertiginosas de enfermedades diarreicas, cáncer, tumores, leucemia y retraso en el crecimiento». La tala desmesurada de bosques por parte de «madereros hambrientos de ganancias» ha ido despojando a las montañas de su particular biodiversidad, contribuyendo a su vez a que los efectos de las precipitaciones hayan sido más dramáticos, hasta tal punto que en 2009 Beijing prohibió la tala arbórea doméstica. Pero el capital no puede inmovilizarse so pena de penetrar en un estado de crisis. Entonces, la industria maderera china se dedicó intensamente al despojo de los montes de «Siberia, Malasia, Indonesia, e incluso Nueva Guinea y partes de África».

Mientras Occidente se deshacía de forma inclemente del vetusto mundo industrial de la segunda posguerra, generando a su paso todo un rastro social de desempleo y precariedad en los mercados laborales, al tiempo que enarbolaba el ambiguo término «desarrollo sostenible», las «industrias más sucias y menos sostenibles del mundo» se desplazaron hacia la China reformista de Deng Xiaoping (1978-1989). Desde entonces, en el gigante asiático el asombroso ejército de reserva de «mano de obra ultra barata» se combinó con la laxitud de la normativa medioambiental creando, de este modo, el escenario propicio para los inversionistas y las empresas de capital extranjero. Así, los factores perturbadores del medio ambiente comenzaron a sentirse rigurosamente en aquel país; incluso, fueron tan severos que durante las décadas de 1990 y 2000, como respuesta a la creciente

oleada de protesta social contra la «contaminación en las ciudades», Beijing, reproduciendo el mismo y desacertado proceso occidental de externalización y deslocalización de la producción «sucia», desplazó de las «ciudades hacia el campo y los pueblos rurales» la abrumadora contaminación, creando auténticas «aldeas oncológicas». Pero, una vez más, *Neben uns die sintflut!*, con la «revolución de los productos desechables», escribe Smith, la industria local, los talleres de reparación de calzado, o de electrodomésticos y análogos oficios, fueron «desapareciendo de Occidente», a medida que reparar se volvía una operación más onerosa que volver a comprar (Smith, 2015). Las trazas de dimensiones globales que fueron adquiriendo la economía de los desechables, la extraordinaria expansión de la industria automovilística, o la salvaje urbanización, así como la industria de la «moda basura», tejida por los ilotas de la periferia, *inter alia*, iban a contribuir sustancialmente a acrecentar los problemas sociales y ecológicos.

Unas fuerzas productivas ecológicamente insostenibles en combinación con el escaso o nulo interés de inversión en cadenas de valor suficientemente sostenibles por parte de la hegemonía del capital financiero, están minando severamente las opciones para la vida tal como la conocemos. Hace unos años, Nita Madhav y colegas persuadían a los lectores de los informes del Banco Mundial acerca de la prevalencia exponencial de las pandemias debido al aumento desproporcionado «de los viajes y la integración global, la urbanización, los cambios en el uso de la tierra y una mayor explotación del medio ambiente natural». La agricultura y ganadería industriales, así como el «potencial de contacto» entre los reservorios de ganado y los procedentes de la vida silvestre, «la extracción de recursos naturales (como la silvicultura y la tala), la extensión de carreteras a hábitats de vida silvestre», entre otros aspectos

de nuestra insaciable mercantilización de todas las cosas, ha aumentado el riesgo de una «chispa zoonótica», esto es, la transmisión de enfermedades animales a seres humanos. La creciente concentración poblacional, sobre todo en grandes ciudades rodeadas de «asentamientos informales superpoblados», ha actuado como un auténtico foco infernal para la «transmisión de enfermedades» y ha favorecido el incremento de brotes y la transmisión de patógenos. Las consecuencias de un sistema mundial que se levanta sobre la infame base de la «desigualdad social, la pobreza y sus correlatos ambientales» es un sistema irracional que, además, actúa como superconductor de enfermedades infecciosas. «Las comorbilidades, la desnutrición y los déficits calóricos debilitan el sistema inmunitario de un individuo, mientras que factores ambientales, como la falta de agua limpia y un saneamiento adecuado, amplifican las tasas de transmisión y aumentan la morbilidad y la mortalidad» (Madhav *et al.*, 2017). Por esa razón hay que subrayar enfáticamente que, en contra de la huera charlatanería mediática, ¡las pandemias, o las enfermedades en general, no nos sitúan a todos bajo las mismas circunstancias! La clase social, así como la condición étnica, el género y, por supuesto, la desigualdad geográfica, continúan siendo factores determinantes. Factores que se pusieron todavía más de manifiesto cuando desde el 11 de marzo de 2020 la OMS declaró el estado de pandemia global por el coronavirus covid-19. Así lo ha escrito Mike Davis:

> Aquellos con buenos planes de salud que también pueden trabajar o enseñar desde casa, están cómodamente aislados siempre que cumplan con precauciones prudentes. Los empleados públicos y otros grupos de trabajadores sindicalizados con cobertura decente deberán tomar decisiones difíciles entre in-

> gresos y protección. Mientras tanto, millones de trabajadores de servicios de bajos salarios, empleados agrícolas, desempleados y personas sin hogar están siendo arrojados a los lobos (Davis, 2020).

La pandemia ha desencadenado, lógicamente, todos los elementos propicios para una crisis económica mundial de una profundidad sin precedentes, una crisis que parecía, incluso, poner fin al fenómeno de la globalización. De hecho, la pandemia mantuvo restringida en sus hogares probablemente a una cuarta parte de la población mundial, contrayendo severamente a las economías de casi todo el mundo, lo que era previsible puesto que «la producción, el comercio y la inversión son lo primero que se detiene cuando las tiendas, las escuelas y los negocios se cierran para contener la pandemia». Aunque, al parecer, también hizo que las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI), especialmente en la China industrial, decrecieran asombrosamente. Un hecho que venía a constatar lo que ya era de domino público, a saber, la absoluta ceguera de un crecimiento económico que casi siempre ha actuado de espaldas a las consecuencias ecológicas. Disociar la forma en la que los seres humanos, a través de una variedad de arreglos institucionales, ponen en funcionamiento las fuerzas productivas materiales, alimentadas por las fuentes de energía de la naturaleza, es cuanto menos una estupidez. «El capital modifica las condiciones ambientales de su propia reproducción» –ha sostenido Harvey– «pero lo hace en un contexto de consecuencias no deseadas (como el cambio climático) y en el contexto de fuerzas evolutivas autónomas e independientes que están cambiando constantemente las condiciones ambientales». Desde esta perspectiva «no existe un desastre verdaderamente natural. Los virus mutan todo el tiempo para estar seguros. Pero las circunstancias

en las que una mutación se vuelve potencialmente mortal dependen de las acciones humanas» (Harvey, 2020*b*).

Del mismo modo que la causa de la Gran Recesión de 2008 no fue la crisis financiera estadounidense, sino el detonante que se había iniciado con el gran *boom* especulativo de la década de 1980 (Shaikh, 2011), es poco objetable afirmar que la crisis mundial de salud pública desatada por *covid-19* fue el resultado de una crisis dual provocada por el programa neoliberal y su despiadada energía desplegada sobre las fuerzas contingentes de la naturaleza. En efecto, como ha escrito el economista marxista Michael Roberts, antes de que se originara la pandemia en la mayor parte de las economías capitalistas, ya sea en el núcleo del capitalismo avanzado o en las economías del Sur global, la actividad económica se hallaba en proceso de desaceleración. Mientras algunas se estaban contrayendo en los sectores productivos y en la inversión nacional, muchas otras se hallaban frente al precipicio de la recesión: «*Covid-19* fue el punto de inflexión». La epidemia asestó un duro golpe cuando las economías del capitalismo avanzado ya parecían estar languideciendo desde una perspectiva macroeconómica. Estados Unidos, Europa y Japón compartían un frágil crecimiento del PIB que no superaba el 2 por ciento. Análogamente, las llamadas economías emergentes tales como México, Brasil, Turquía, Argentina, Sudáfrica y Rusia, se hallaban inmersas en un proceso de estancamiento. Los dos gigantes asiáticos, China e India, también habían entrado en una fase de desaceleración económica desde 2019 (Roberts, 2020*a*; 2020*b*).

Y sin embargo, como he intentado demostrar aquí, nada de esto ha sido accidental. La crisis de las democracias occidentales, así como el deterioro acelerado de los sistemas de gobierno representativos, al menos allí donde existen tales formas políticas, comenzaron a resquebrajarse desde la década de 1980. Desde entonces y con demasiada frecuencia

la democracia se convirtió en un fetiche del capital ficticio. Durante la era de fantasía crediticia y de fiebre especulativa frenética de los años noventa, que iba adquiriendo trazas globales, varios analistas inteligentes albergaron sólidas suspicacias sobre el futuro. Conforme aparecía de nuevo el espectro de la crisis, argumentó en aquel momento el economista Anwar Shaikh, acrecentando el desempleo y la espiral decreciente de los salarios y las ganancias, se hicieron patentes los «límites reales a la intervención económica del Estado». En la práctica política se hizo evidente la «incapacidad de los Estados capitalistas de todo el mundo para revertir la situación». De hecho, decía amargamente el economista, a pesar de la «intervención estatal el colapso puede todavía llegar». Si la política conservadora, incapacitada por la teoría económica convencional y el afán insaciable de lucro del capital, halla la manera de debilitar las políticas de provisión social y los límites al capital financiero, «un devastador colapso está garantizado» (Shaikh, 1990:400-401). Casi dos décadas después de la persuasiva enunciación de Shaikh, la economía mundial, desde su epicentro en Estados Unidos, penetraba en la crisis financiera más profunda de la historia del capitalismo, seguramente hasta que en 2020 las fuerzas de la naturaleza alteradas sin piedad por la especie humana, como temía Engels, nos arrastraron a todos hacia un abismo sin precedentes en la historia del mundo contemporáneo.

Hemos argumentado que frente a esta forma irracional que asume el capitalismo, paradójicamente autodestructiva, los campos de batalla de ciertos sectores políticos de izquierda han sido claramente insuficientes y ambiguos. El capital cambia de apariencia para mantener intacta su naturaleza, que es la acumulación de riqueza de forma ilimitada. Y es ahí, en el corazón mismo del sistema donde la oposición política debiera haber sido más sólida e inquebrantable. Paradójica, aunque no sorprendentemente dada la aculturación

global del proyecto neoliberal, ha prevalecido un irracional consenso dirigido por las élites económico políticas y sus ejércitos incondicionales de burócratas y tecnócratas que usurpan la forma esencial de la política democrática, tal como advirtieron hace ya muchos años Dahl o Lichtheim. Mientras se libraban enconadas guerras culturales en los campos de batalla políticos y sociales, la naturaleza del capital ficticio, como centro de gravitación del ultraliberalismo, proseguía extendiendo las ruinas sociales y ecológicas por todo el mundo.

La depresión mundial de las clases medias, sumidas en la deflación por deudas, la explotación de la fuerza laboral global, el asombroso y dramático crecimiento de la migración forzada, la creciente influencia de la filantropía en las dilatadas grietas de la política pública, o la abrumadora emergencia de regímenes autoritarios, constituyen algunas de las pruebas aquí tratadas más evidentes de la abdicación, o debilidad, de la oposición política y de su esfuerzo por cambiar el mundo. Un mundo que, como escribió Hobsbawm a mediados de los noventa, se halla «cautivo, desarraigado y transformado por el colosal proceso económico y tecnológico científico del desarrollo del capitalismo que ha dominado los dos o tres siglos precedentes». Tal vez sus lectores no se sorprendieron tanto como el público liberal ante la profunda crisis arraigada en el mundo actual:

> El futuro no sólo no puede ser una prolongación del pasado, sino que hay síntomas externos e internos de que hemos alcanzado un punto de crisis histórica. Las fuerzas generadas por la economía técnico-científica son lo bastante poderosas como para destruir el medio ambiente, esto es, el fundamento material de la vida humana. Las propias estructuras de las sociedades humanas, incluyendo algunos de

> los fundamentos sociales de la economía capitalista, están en situación de ser destruidas por la erosión de nuestra herencia del pasado. Nuestro mundo corre riesgo a la vez de explosión y de implosión, y debe cambiar (Hobsbawm, 1995:576).

No obstante, como creo haber demostrado en este capítulo, no lo ha hecho, al menos no en una dirección alternativa a las oscuras corrientes del pasado. Es una paradoja de esta era de irracionalidad política global que a pesar de contar con inmensas «posibilidades de alcanzar un mundo bueno para la especie humana considerada como un todo», el abismo que separa el «potencial humano» de las condiciones reales del conjunto de la humanidad quizá nunca haya sido tan profundo (Therborn, 2016:41). ¿Qué haremos entonces para remediar la tragedia humana? La transformación de este mundo será imposible, decía Hobsbawm cuando su larga e inspiradora vida estaba finalizando, sin la aportación de los intelectuales, pero éstos no podrán hacer nada sin la «gente corriente». Probablemente este «frente unitario» sea hoy más difícil de conseguir que en el pasado. «He ahí el dilema del siglo XXI» (Hobsbawm, 2013:196).

Aunque la estimulante vitalidad de la izquierda intelectual no ha dejado de manifestarse de uno u otro modo, no parece del todo arriesgado colegir que la escisión entre la gente corriente y los cuadros intelectuales en general, por no citar el trivial juego académico, continúa siendo un problema irresuelto.

Capítulo 2

Crisis y función social de la historia

> Toda visión global de la historia constituye una genealogía del presente. Selecciona y ordena los hechos del pasado de forma que conduzcan en su secuencia hasta dar cuenta de la configuración del presente, casi siempre con el fin, consciente o no, de justificarla.
>
> Josep Fontana, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, 1982, pág. 9.

La asombrosa notoriedad que han adquirido los estudios históricos, y no solo los producidos por sus profesionales, tal vez confirme la incitación historiográfica enunciada por Lynn Hunt en *Writing History in the Global Era*: «La historia siempre está en construcción» pero, probablemente, nunca haya estado sometida a un nivel de transformación mayor como en el siglo XXI. Los paradigmas historiográficos dominantes en el siglo XX, argumenta la historiadora, se han revelado insuficientes y las teorías culturales que contribuyeron a su socavamiento han evidenciado sus propias debilidades estructurales sin ofrecer a cambio un plan alternativo. Basándose en el desvanecimiento de las metanarrativas, Hunt regresa con cierta dilación al común e impreciso término de globalización, interrogándose acerca de si éste contribuirá a la vigorización de la historiografía o si, contrariamente, elevará el *ethos* occidental a categoría esencialista de la modernización del mundo. Aunque la concreción conceptual de nuevos paradigmas no queda del todo resuelta por la autora, las perspectivas «emocionan-

tes» de una renovación historiográfica concilian (como era de prever) tendencias intelectuales del pasado con el anhelo siempre presente de innovación y pluralismo metodológico en regla con los preceptos del trabajo científico. No hay elusiones categóricas en Hunt, la historia seguirá ocupándose de problemas formalmente tradicionales como la «construcción de la nación» y las identidades colectivas, pero también ha encontrado en los espectaculares desafíos ambientales y sociales contemporáneos nuevos y fecundos campos de investigación (Hunt, 2014). Parece que con frecuencia las polémicas clásicas siguen siendo un referente poderosísimo, y por tanto no constituye un simple arcaísmo recordar aquí la célebre enunciación de Fernand Braudel pronunciada durante la Lección Inaugural del *Collège de France* el viernes 1 de diciembre de 1950: «Nuestra época es demasiado rica en catástrofes, en revoluciones, en imprevistos, en sorpresas [...] Si estamos en un nuevo mundo, ¿por qué no una nueva historia?»[7]. En este capítulo se indaga acerca de la naturaleza de la transformación del paisaje historiográfico y de la teoría de la historia, así como de la función social de la ciencia (en particular las sociales) en un mundo embargado por múltiples crisis. Varios aspectos significativos contribuyen a introducir la problemática.

En primer lugar, durante las últimas décadas la obstinada tendencia intelectual a interpretar los problemas sociales *seriatim* o por partes, ha proliferado tanto como los campos analíticos y los objetos-problemas de investigación, en correlación con la fragmentación del cuerpo social delimitado por lo que Fredric Jameson denominó en alusión al estallido posmoderno como el fin del «*telos*

7 Palabras pronunciadas en la Lección Inaugural, leída el viernes 1 de diciembre de 1950 en el *Collège de France*, Cátedra de Historia de la civilización moderna. Véase en Fernand Braudel (1970), *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, págs. 21-22.

histórico». Un nuevo periodo de la historia, que puede situarse en torno a la década de 1980, en el que «todo tipo de cosas, de la economía a la política, de las artes a la tecnología, de la vida cotidiana a las relaciones internacionales», cambiaron drásticamente. «La modernidad –continúa Jameson– en el sentido de modernización y progreso, o *telos*, había quedado definitivamente atrás» (Jameson, 1991 y 2015). Paradójicamente, con el fin de interpretar la naturaleza de estos asombrosos cambios sociales, que ratificaban el derrumbamiento del orden occidental surgido tras la segunda posguerra, se puso de manifiesto un cierto consenso académico en deslegitimar de una u otra manera los análisis estructurales que metodológicamente perseguían la *sistematización* de las relaciones humanas. Esta ruptura ha estado estrechamente asociada con la virtual y errónea separación entre el mundo de las ideas o de la cultura y el campo económico.

Segundo, la búsqueda desesperada de conocimientos aplicados, en particular, aunque no exclusivamente, entre aquellas disciplinas menos prolíficas a establecer prescripciones políticas, ha tendido a simplificar o disolver la objetivación histórica de las problemáticas sociales o, como programa máximo, se ha sublimado la «vitae memoriae», la «historia como memoria» en perjuicio de la historización (Carreras Ares, 2005). Parecería que, ante un mundo en permanente estado de crisis e incertidumbre, las interpretaciones espontáneas han desplazado notablemente a las complejas operaciones mentales reflexivas, desechadas por su presunta esterilidad antifuncional, tratando frecuentemente el análisis histórico como conocimiento excedentario. En parte, estas insuficiencias se han debido a lo que Julio Aróstegui calificó como una «exagerada cautela» adoptada por los historiadores de aproximarse temerosamente al tiempo presente, a «lo coetáneo» (Aróstegui,

2004:23). Pero también porque, como ha señalado Jacques Revel, desde la década de 1970 la «crisis de confianza» en la historia, otrora concebida como *magistra vitae*, ha quedado socavada por la convicción social de un futuro siempre incierto[8]. Idea que, inevitablemente, nos remite a un nivel analítico más profundo y complejo en el que aparece la intersección entre posmodernidad y capitalismo tardío (o su epígono, la globalización neoliberal). Según Jameson, la materialización de este binomio ha exacerbado la «volatilización de la temporalidad», ha disipado el pasado y el futuro, generando a su vez una forma extraña de «encarcelamiento contemporáneo en el presente». Finalmente, se ha producido una «pérdida de historicidad existencial pero también colectiva»; de ese modo,

> el futuro se desvanece como impensable o inimaginable mientras que el pasado se convierte en imágenes polvorientas al estilo de Hollywood de actores con pelucas y cosas parecidas. Evidentemente, este es un diagnóstico político tanto como existencial o fenomenológico, ya que pretende encausar nuestra parálisis política actual y nuestra incapacidad para imaginar, por no hablar de organizar el futuro y el cambio futuro (Jameson, 2015:128).

Esta nueva condición societal, sobre la que regresaré más adelante, se combina y complementa con una relativa autocomplacencia del mundo intelectual, síntoma particularmente evidente en el campo de las ciencias sociales. De hecho, el análisis del inestable e impreciso presente ha

8 Véase Jacques REVEL (2011), «Public Uses of History: Expectations and Ambiguities, en Transformation of the public sphere», Social Science Research Council, Brooklyn, New York. Disponible en: http://publicsphere.ssrc.org/revel-public-uses-of-history/ (consultado por última vez el 20 de marzo de 2019).

permanecido fundamentalmente bajo la potestad de los estudios sociológicos que, con ciertas objeciones, firmaron el «tratado de paz parsoniano» con la economía: lo social se había deshecho de la embarazosa carga de la economía política (Streeck, 2017*a*); como consecuencia los temas estructurales o generalistas iban a ser sometidos a una implosión sociológica sin precedentes. Un acontecimiento que no difería demasiado del «estallido en migajas», tal como lo nombró elocuentemente François Dosse (2006), cuando un Lucien Febrvre alejara a la tercera generación de historiadores de la revista *Annales* durante la década de 1960 del análisis económico (Fontana, 2013*a*:34-37). El campo científico de la economía política fue a partir de entonces propiedad casi incondicional de los escolásticos dominios de la «economía de la eficiencia» (Streeck, 2017*a*:281). En la persuasiva interpretación de Hobsbawm una cantidad no despreciable de teóricos sociales, a diferencia de Bourdieu, redujeron con obstinada frecuencia «el vasto territorio en el que los humanos actúan sobre sí mismos y sobre la naturaleza (sepan o no sepan lo que están haciendo) a una serie de pequeños jardines, regidos por un sistema formal de reglas». Ciñéndonos a la ciencia histórica, las objeciones hobsbawmianas no se circunscriben en absoluto a la expansión (casi siempre afortunada) de los estudios históricos, contrariamente sus críticas se dirigían contra las historias depositadas en «contenedores que no se comunican entre sí», o más preciso: «No existe una historia económica, o social, o antropológica o psicoanalítica: solo existe una historia a secas» (Hobsbawm, 2014; 2016).

Persiste una singularidad historiográfica, en absoluto exclusiva de este campo, todavía más demoledora para Guldi y Armitage inscrita en la primera línea de su *The History Manifesto*: «A spectre is haunting our time: the spectre of the short term». No se trata solo de un estudio

sobre la inquietante nueva ontología existencial de una sociedad seducida y encarcelada por lo efímero que he señalado con Jameson, sino también de un alegato a favor de una renovación metodológica de la historia basada en una reactualización de la *longue durée*. Después de la celebración revisionista emprendida por la historiografía en los campos socioculturales, de género, poscoloniales, globales y transnacionales, ahora la ciencia histórica se halla cognoscitivamente renovada, según los autores, por audaces «perspectivas transnacionales y transtemporales críticas». El actual grado de la ciencia histórica puede ahora hacer frente a las «perspectivas parroquiales y el endemismo a corto plazo». Guldi y Armitage presentan esta nueva gramática historiográfica como una especie de modulador epistemológico reformista tanto teórico como social, apoyándose en la vasta masa de conocimiento acumulado o *big data*: una cornucopia digital rebosante de datos ecológicos, institucionales, económicos y culturales de la que pueden emerger alternativas a un sistema-mundo considerablemente agotado (Guldi y Armitage, 2014). Su énfasis en la categoría historiográfica de la *longue durée* y la crítica frecuentemente ambigua sobre el dominio de archivos y la microhistoria no está libre, sin embargo, de contradicciones. La aspiración de los autores en constituir la ciencia histórica como un campo de batalla que esclarezca la naturaleza de la crisis de las sociedades contemporáneas, que «continúe la tarea de la microhistoria de desestabilizar las narrativas» afines al paradigma de la modernización y otras formas de interpretación teleológicas, adolece de una relativa confusión entre metodología y función social crítica de la ciencia histórica. Mientras ésta última ha estado siempre presente en la producción científica, dejando de lado las afinidades electivas deliberadamente ideológicas y abiertamente supersimplistas, la cuestión de método nos

remite a un comentario que en cierta ocasión hizo Hobsbawm sobre la observación de Lawrence Stone acerca del abandono progresivo de los macrorrelatos: «La nueva historia de hombres [mujeres] y mentalidades, ideas y acontecimientos, cabe verla como algo que complementa –en vez de suplantar– el análisis de estructuras y tendencias socioeconómicas» (Hobsbawm,1980). Como veremos al analizar algunas de las corrientes historiográficas surgidas al calor de la expansión de la globalización y sobre todo tras la Gran Recesión de 2008, el acertado planteamiento hobsbawmiano sigue vigente y relativamente irresuelto.

Resulta obvio, por otro lado, que la crisis sistémica del mundo actual nos sitúa bajo una atmósfera social, política, cultural, económica y ecológica que se desenvuelve en una dinámica temporal permanentemente precaria, delimitada por las contradicciones y angustias de la carga del progreso, por inquietantes incertidumbres y un nítido escepticismo con respecto al futuro. En este estado de sitio permanente, los individuos y las colectividades anhelan de forma desesperada respuestas funcionales que rompan las estructuras que los mantienen confinados dentro de los márgenes impuestos por esta era de irracionalidad política global. Este malestar social tiende dramáticamente a adoptar un compromiso débil con la reflexión y el conocimiento históricos; precisamente por ello, no es sorprendente que se reproduzcan nuevas incertidumbres y percepciones equivocadas. De esta manera parecería confirmarse con el penetrante e intemporal pensamiento de Maquiavelo que la reproducción social se debate de forma intensa pero infructuosamente acerca de «cómo deberían ser las cosas», desplazando la pregunta central como presuntamente innecesaria, a saber, «cómo las cosas son» (Hirschman, 1984) o, dicho de otro modo, *cuál es la genealogía del pasado que ha legitimado la anatomía política del presente*.

2.1. En defensa del conocimiento dialéctico

La persuasiva enunciación de Göran Therborn acerca de las luces y sombras del capitalismo tardío en una era de progreso, sospechosamente ambigua e incierta, pero, sin duda, bajo el signo hegemónico de la ideología neoliberal, regresa implícitamente al método dialéctico inmanente en Marx: «El evolucionismo dialéctico no es progresismo liberal puesto del revés, interesado solo en aumentar la indignación ante la miseria humana». La indignación, continúa elocuentemente Therborn, no es ni de lejos la que decide las «posibilidades de transformación social», es el uso apropiado de las «palancas disponibles para el cambio y una neutralización eficaz de los obstáculos al mismo» (Therborn, 2016). En el propio Marx la acción metodológica implica un «descenso» desde la observación empírica «inmediata» hacia las simas de los conceptos fundamentales de la realidad observada (Harvey, 2014:16). «Donde termina la especulación, donde comienza la vida real, en consecuencia, comienza la ciencia real y positiva, la exposición de la actividad práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres», escribían en *La ideología alemana* (1845-1846) Marx y Engels; allí donde las abstracciones aparecen disociadas de la vida real, «no tienen ningún valor» (Marx y Engels, 2010*a*:37).

Resulta indiscutible para cualquier lector de Marx que su pensamiento no puede caracterizarse como «interdisciplinar en el sentido convencional», al contrario, supone una integración sistemática de «todas las disciplinas». Fue el primer pensador en interpretar el «mundo en su conjunto», es decir, un mundo que es al mismo tiempo «político, económico, científico y filosófico» (Hobsbawm, 2012:22). Esta fecunda sistematización del pensamiento y de las relaciones humanas, sin embargo, se fue desintegrando al mis-

mo tiempo que avanzó la profesionalización de las ciencias sociales, abandonando de este modo el cultivo de las «generalizaciones que habían alumbrado el pensamiento ilustrado, de Montesquieu a la escuela escocesa» (Carreras Ares, 2000*b*). Por esa razón, cuando Hirschman decidió reinterpretar el origen del capitalismo no albergó dudas en sumergirse en el pensamiento social de los siglos XVII y XVIII, un periodo en el que, al no existir una delimitación precisa de las disciplinas como tales, «no había fronteras interdisciplinares que atravesar». Desde esta perspectiva, la libertad intelectual de «especular sin inhibiciones» era una premisa que en cierto modo se había infravalorado en aras de la especialización (Hirschman, 1977). Ahora bien, de ningún modo dichas afirmaciones deben ser consideradas como un reproche contra la «práctica de especialización legítima». El método y las interpretaciones de los hechos serían más provechosos si los «intercambios intelectuales fuesen más frecuentes» (Braudel, 1970: 40).

El problema no gravita únicamente en torno al mayor o menor grado de integración dialéctica de las disciplinas del conocimiento. La reducción de la enseñanza superior dentro de la lógica del capitalismo global –recalca cáusticamente Žižek– a la «tarea de producir especialistas socialmente útiles» para la resolución de «problemas concretos» es la forma paradigmática del uso privado de la razón de Kant, es decir, constreñida por las «presunciones contingentes y dogmáticas». Desde esta perspectiva, la nueva racionalización educativa conlleva la privación del ejercicio intelectual reflexivo que opera descendiendo hasta las causas subyacentes de los problemas abordados (Žižek, 2010). En otros términos, el tiempo reflexivo queda superado o es excedentario con respecto al tiempo instrumental o utilitario. Este *locus* de la enseñanza funcionalista parecería proceder ingenua o deliberadamente contra la premisa re-

tórica de Marc Bloch: «Para obrar razonablemente, ¿no es necesario ante todo comprender?» (Bloch, 1982:14). Hoy, nuestros sistemas educativos ejercen una reproducción del conocimiento antidialéctica puesto que «cuanto más formado está uno en determinada disciplina, dice Harvey, menos probable es que se haya acostumbrado al método dialéctico». Este hecho, de forma paradójica, constituye un asombroso esfuerzo pedagógico para arrebatar a los niños su innato pensamiento dialéctico (Harvey, 2016:20). Globalmente, «la enseñanza escolar y universitaria está siendo mercantilizada». Los sistemas educativos públicos han sido redefinidos de forma extraordinaria para «fomentar una ideología en lugar del pensamiento social crítico». La obsesión de la formación actual, magnificada por la irradiación mediática y confinada por una burocratización absoluta, se ciñe con demasiada insistencia a predisponer en los estudiantes la única idea de «conseguir trabajo y ganar dinero», marginando ya por omisión o por simplificación las áreas de la cultura, del arte o de la filosofía; como consecuencia, no es extraño que este cuerpo social formado acabe dramáticamente dominado «por todo lo simplista y superficial» (Standing, 2017:256-257). Como tampoco ha sido fortuito que entre tantas variaciones sobre el problema de la interdisciplinariedad Julien Prud'homme e Yves Gingras compartan con Pieter Leroy que, tal vez, el anhelado debate entre los campos del conocimiento no haya dado los frutos deseados, quedando como un *allegro ma non troppo* de los «pseudoconsensos» académicos. Y es que «la ideología de la nueva gestión de la investigación» elaborada por la burocracia hiperactiva de la aplicación «práctica» del conocimiento, es incongruente con los requerimientos temporales largos y pausados de una «verdadera» producción científica interdisciplinar, o de cualquier trabajo sometido a los rigores de la verificación científica (Prud'homme y

Gingras, 2015). En ese sentido, puede compartirse la afilada crítica de Hobsbawm y Bourdieu acerca de las «instituciones académicas» sobre las que imputaron la paradójica función de «ser los principales lugares de fabricación y definición de la dominación social» (Hobsbawm, 2016:50). Indudablemente cuando la labor educativa queda reducida a una función meramente pedagógica disipa la imperativa «vigilancia epistemológica» ineludible en las ciencias sociales en las que, como advierte Bourdieu, «la separación entre la opinión común y el discurso científico es más imprecisa que en otros casos» (Bourdieu, *et al*., 1975: 27). Precisamente ante la asfixiante proliferación de narrativas abiertamente supersimplificadas y maniqueas, que nos estimulan a asumir «afirmaciones que parecerían excluirse mutuamente», la dialéctica brota como la denominación operativa y conceptual que muestra la diversidad de formas «en las que podemos pensar y experimentar lo que nuestras categorías parecen situar fuera de alcance». La perspectiva dialéctica no se traduce, por tanto, en una disposición determinada hacia la resolución de «problemas existentes», contrariamente genera nuevos problemas después de haber neutralizado parcialmente los precedentes (Balakrishnan, 2011).

La ciencia histórica no está libre de las simplificaciones o reducciones interpretativas de los historiadores no profesionales que con tanta frecuencia hacen sus incursiones en el pasado «desde una perspectiva axiológica», es decir, buscando reforzar o confirmar sus «convicciones y credos personales» (Revel, 2011). Precisamente por esa razón, la función pública de la historia no puede limitarse a «cultivar el ingenio intelectual porque sí», reforzando el «autoaislamiento de la academia», tal como observó Hobsbawm; como tampoco rehuir la intrusión de los no especializados puesto que en última instancia «el que

está dentro» del campo experto «pierde a su vez el sentido de las consecuencias más amplias del tema» (Hobsbawm, 2014:146-147). Debilitar las líneas fronterizas entre especialistas, nos persuade Braudel, no implica prescindir de la especialización, «lo que constituye un hecho muy positivo», el problema reside en la elusión sistemática que conlleva pretender analizar «los sectores de la vida humana» amparándose en «sólidas fronteras» como en otras tantas «patrias particulares», aspecto que sin duda «constituye un hecho muy negativo» (Braudel, 1970: 182-183). Incitaciones dialécticas, pero también persuasivas contra las dilettantes simplificaciones de la historia y la fuerza esencialista en cualquiera de sus versiones socialmente excluyentes (ya se trate del rechazo a la alteridad antropológica o de cualquier ontología determinista). Es decir, no podemos liberarnos de una cierta ética social con la que construimos nuestra narrativa historiográfica, pero tampoco podemos escapar de los juicios de valor sin los cuales nuestros resultados serían evanescentes. Paul Ricoeur lo expresó lacónicamente en *Ideología y Utopía*: «apostamos en favor de cierta serie de valores y luego tratamos de ser consecuentes con ellos; por eso la *verificación* es una cuestión de toda nuestra vida» (Ricoeur, 1994: 326).

La dialéctica, por tanto, se define como un proceso y no una «cosa», es decir, que los elementos consustanciales de la dialéctica, señala Harvey pensando en el materialismo histórico, «desaparecen dentro del flujo de las prácticas políticas y teóricas» (Harvey, 1996). Por ello, toda aproximación a la teoría de la historia y su relación con otras ciencias del pensamiento ha de ser considerada a la luz de la atmósfera social e intelectual del presente, independientemente de la profundidad cronológica de la investigación, entre otros factores porque «ninguna metodología es inocente» (Carreras Ares, 2000*b*:234). Toda disciplina implica

«a seres humanos vivos que operan dentro de un marco de instituciones académicas y científicas» y proceden a través de planteamientos y argumentos sobre la «naturaleza de la realidad» que examinan (Iggers, 2012:46). Argumentos que inducen a explorar el clima intelectual y social del presente.

2.2. «Presente Permanente», o el Teorema de Santayana

«Los viejos mapas que guiaban a los seres humanos, individual y colectivamente, por el trayecto de la vida ya no reproducen el paisaje en el que nos desplazamos y el océano por el que navegamos», escribió Hobsbawm en su *Historia del siglo XX*. La fuerza revolucionaria del capitalismo no ha dejado de transformar el mundo, desintegrando viejos valores y cambiando profunda y ampliamente las relaciones sociales. La corrosión de la memoria colectiva, el estallido de un individualismo radical (asocial y anómico) y la progresiva desintegración de las estructuras normativas e institucionales de la segunda posguerra son algunos de los fenómenos sociales que podían percibirse con nitidez en el mundo anglo-estadounidense de la década de 1990. En este nuevo orden mundial, de inspiración claramente funcionalista y hayekiana, la «memoria histórica» estaba siendo severamente socavada y desfigurada. «La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, escribió el historiador, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX». La vida cotidiana de la mayor parte de las sociedades contemporáneas, como una nueva constante antropológica, comenzó a desenvolverse en un extraño «presente permanente», en el que se diluía cualquier «relación orgánica» con el pasado, incluso con el

pasado más inmediato (Hobsbawm, 1995:13 y 26). Un argumento similar ofrecía Guy Debord en *Commentaires sur la société du spectacle* cuando afirmaba que «los hombres y las mujeres de hoy difieren de sus padres porque viven en un presente que quiere olvidar el pasado y ya no parece creer en el futuro» (Debord, 1990, cit. Bauman, 2004:138)[9]. De las verdades eternas inspiradas en los metarrelatos universales se produjo un salto cuántico hacia la fugacidad y la fragmentación que afectó a todas las esferas de la vida social. Así lo ha entendido Fontana:

> La crisis económica mundial que ha afectado al mundo entero desde 2007-2008 ha conducido al descredito la visión tradicional de la historia, asentada en nuestra cultura desde los tiempos de la Ilustración, que sostenía que la evolución del ser humano está indisolublemente unida al progreso. Esta visión daba fundamento a un cuadro de evolución de la humanidad como un ascenso sin interrupciones, desde la invención de la agricultura hasta la revolución tecnológica actual, completado por un progreso paralelo de avances colectivos, a partir de las libertades individuales por la Revolución francesa y de la de los derechos sociales en los siglos XIX y XX (Fontana, 2013*a*:210).

9 Debord había publicado en 1967 un «texto profético», *La société du spectacle*, donde aparecen los signos inequívocos de la sociedad de consumo de satisfacciones efímeras del presente. Los «programas de televisión y otros productos de los medios de comunicación, como películas, conciertos, exposiciones y acontecimientos deportivos y megaculturales, hasta el turismo», constituyen ahora un campo casi global de consumo. «Todavía más interesante es ver cómo el capital moviliza a los consumidores para que produzcan sus propios espectáculos a través de YouTube, Facebook, Twitter y otras redes sociales». Véase en el excelente ensayo sobre la perturbadora dinámica del capital de David Harvey (2014), *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*, London, Profile Books, pág. 236.

Paradójicamente, a pesar de estar sumergidos en la mayor crisis de la historia del capitalismo la «imagen académica tradicional» parece complaciente con el postulado de que el «camino adoptado», es decir, el del «desarrollo del capitalismo» continúa siendo la única vía para alcanzar el crecimiento económico y su lógica consecuencia, el progreso. Desde esta perspectiva ideológica, es evidente que los movimientos reacios a la «natural» tendencia evolutiva del capitalismo no son más que obstáculos que debían ser abolidos. Si el «objetivo de la burguesía fue integrar a las masas populares en su visión de la sociedad y de la historia» (Fontana, 2019: 145-146), no ha sido otro el perseguido con vehemencia por la revolución conservadora neoliberal. Sus ideólogos han sabido construir todo un discurso hegemónico basado en una combinación de sacralización de la propiedad privada y la desintegración de los proyectos colectivos, subsumiendo al mismo tiempo dentro de este nuevo «capitalismo robinsoniano» a las esferas de la vida pública y privada (Carrillo, 2018). No es extraño, pues, el hecho de que la crisis occidental, que se acelera vertiginosamente desde la década de 1970, haya mantenido una fuerte correlación con el contraataque del relativismo posmoderno hacia el valor de la objetividad y particularmente contra la objetividad histórica. A partir de la década citada adquirió notoriedad un «nuevo escepticismo» concerniente al intento de interpretar «la estructura y el cambio de las colectividades humanas a través de las ciencias sociales». Así, tanto la sociología como la antropología social, fueron adquiriendo una cierta actitud «antiobjetiva y antiestructural», combinando versiones de la denominada «teoría crítica» para generar finalmente «algunas de las formas extremas del relativismo posmodernista». Por su parte, la «economía neoclásica» no ha dejado de demostrar con elegantes y sofisticadas ecuaciones que el comporta-

miento social puede reducirse a «una conglomeración de individuos que persiguen racionalmente sus intereses y cuya finalidad no es otra que un «equilibrio ahistórico de mercado» (Hobsbawm, 2012:398).

Una conspicua figura del relativismo ha sido Hayden White que en 1973 publicaba *Metahistory* donde definía el «trabajo historiográfico como una estructura verbal bajo la forma de un discurso narrativo en prosa», que cataloga «estructuras y procesos» del pasado para interpretarlos a través de su modelación. En otros términos, el historiador selecciona hechos acontecidos y los reajusta en una nueva gramática (White, 1973, cit. Žižek, 2016). Unos años después White subrayaría que la historiografía ha hecho de la «narrativa un valor», cuya representación discursiva «que tiene que ver con hechos reales», indica a un mismo tiempo su «objetividad como su seriedad y su realismo». «He tratado de sugerir, continúa el teórico, que este valor junto con la narratividad en la representación de eventos reales surge del deseo de que los eventos reales muestren la coherencia, integridad, plenitud y cierre de una imagen de vida que es y solo puede ser imaginaria» (White, 1980). Naturalmente, toda narrativa histórica es y solo puede ser selectiva, modelada e incluso desfigurada por el historiador, sin embargo, es poco plausible compartir la tentativa de reducir la *praxis* historiográfica a un ejercicio cosmético de literatura «puramente imaginativa». En un ejemplo claramente contradictorio, Hayden rechaza moralmente la «realidad del Holocausto», pero a la vez arguye sin ambages la imposibilidad de narrar objetivamente dentro de una estructura narrativa el acontecimiento ocurrido (Iggers, 2012:38-39). Hay que precaverse con Marx de aquella historiografía que no ha logrado desembarazarse del peso muerto de la palabra: «cree a cada época por su palabra, por lo que ella dice acerca de sí misma y lo que se figura ser», al

tiempo que «en la vida vulgar y corriente todo *shopkeeper* sabe perfectamente distinguir entre lo que alguien dice ser y lo que realmente es» (Marx y Engels, 2010*a*: 62).

Existe, no obstante, una reinterpretación relativamente nueva y tal vez más precisa de esta aparente contradicción ofrecida por White. Para Žižek cuyo espíritu analítico se desenvuelve amplía y profundamente a través de la literatura, el cine o la química política, hay una brecha entre «la verdad (fáctica) y la veracidad». Es en los intersticios de esa brecha, característica infalible de las formas narrativas de la historiografía, donde se aloja lo «primordialmente reprimido» (*Ur-verdrängt*). Si pretendemos realizar una reconstrucción *total* del contenido narrativo, señala Žižek, debemos de trasladar nuestra lente analítica «más allá del contenido explícito como tal», incluyendo por tanto aquellos aspectos formales «reprimidos» de la narración (Žižek, 2016:111-112). Se trata de un giro dialéctico que reclama una cierta perspectiva freudiana, como reconoce el mismo Žižek y que Mishra contrapone al vetusto edificio del individualismo racional: «Más allá de las simples transacciones mundanas se extienden los vastos dominios del inconsciente». De este modo, la parte del intelecto del cálculo racional (tan deificado por la economía ortodoxa) es, como elocuentemente dijo Freud, «una entidad débil y dependiente, juguete e instrumento de nuestros impulsos y emociones» (Mishra, 2017*b*). La sabiduría de Fontana, cuya fuerza empirista ha sido más que demostrada, insiste en que los nuevos horizontes historiográficos no pueden eludir el «peso de la irracionalidad en las actuaciones humanas»; pero tampoco el contacto con las contribuciones del campo de la neurociencia con el fin de comprender algo más nítidamente «los motivos que guían las acciones humanas» (Fontana, 2013*c*:221). Una pertinente invocación revisionista ante el actual escenario político y social

por donde merodean en un mismo acto tragicómico interpretaciones anacrónicas y discursos maniqueos, encarnados en la nueva labor política invariablemente asociada a la revolución neoliberal de la mentira experta. Por este motivo, cabe interrogarse cómo puede sostenerse la «antigua tradición crítica independiente», inherente al pensamiento intelectual de los siglos XIX y XX, en la nueva era de la irracionalidad política, ratificada por su escepticismo sobre el futuro. Es una paradoja del mundo actual, afirma Hobsbawm, que esta «irracionalidad política e ideológica» no halle demasiadas restricciones para convivir «con la tecnología avanzada; en realidad usan este recurso» (Hobsbawm, 2013:195).

Ahora, tal vez más que nunca, proliferan los *profesionales*, los *expertos*, que a su vez actúan como ventrílocuos sociales generando diferentes espectros de opinión pública. De este modo, en la sociedad de la información las opiniones individuales se hallan constituidas y modelizadas por los intereses particulares de «grupos de presión movilizados en torno a un sistema de *intereses* explícitamente formulados», como consecuencia, dice taxativamente Bourdieu, «la opinión pública no existe» (Bourdieu, 1973), aun cuando todo el mundo crea convincentemente tenerla formada. En la nueva era encarnada por la información masiva, la configuración de la opinión pública queda subsumida por el *pathos* y las creencias personales cuya fuerza persuasiva, según parece, no se somete ante la verificación de los hechos objetivos, tal como nos recuerda la proliferación del neologismo *post-Truth*. Como en la película *Don't Look Up* de Adam Mckay, la sociedad transcurre entre el relativismo extremo, el desasosiego y la angustia existencial, entre el solipsismo propagado por el ruido mediático y la anomia, el escepticismo y el darwinismo social. La analogía histórica con los años treinta puede ser conve-

niente; tal como lo entendió un contemporáneo y fundador de la teoría cuántica, Max Planck:

> Estamos viviendo un momento singular de la historia. Es un momento de crisis en el sentido literal de la palabra. En cada rama de nuestra civilización espiritual y material parecemos haber llegado a un momento crítico. Este espíritu se manifiesta no solo en el estado real de los asuntos públicos, sino también en la actitud general hacia lo valores fundamentales de la vida social. Apenas hay un principio científico que no sea negado por alguien. Y al propio tiempo, cualquier teoría, por absurda que sea, puede hallar prosélitos y discípulos en un sitio u otro (Planck, 1933, cit. en Hobsbawm, 1995:536).

Como escribió hace años Albert O. Hirschman, «circunstancias vagamente similares en dos puntos del tiempo diferentes y tal vez distantes pueden muy bien suscitar respuestas ideológicas idénticas e idénticamente erróneas si se ha olvidado el episodio intelectual previo». Por ello invocaba el elegante teorema de George Santayana: «quienes no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo» (Hirschman, 1977:133). Es obvio que no estamos regresando al periodo de entreguerras, pero, con certeza, los acontecimientos que la Gran Recesión de principios de este siglo ha desencadenado globalmente, poniendo de relieve las alteraciones (y contradicciones subyacentes) a las que se hallan sometidas las bases materiales, sociales y ecológicas para el desarrollo de la vida humana, no surgieron de forma espontánea sin relación orgánica con el pasado. En *La edad de la ira* Pankaj Mishra traza un arco histórico entre las turbulencias políticas e ideológicas de la década de 1890, esto es, el momento histórico de aceleración de la «prime-

ra fase de globalización económica», el turboimperialismo con su supremacismo blanco y las guerras coloniales, y la *historia del presente*, caracterizada por una «amnesia histórica paralizante». Para el ensayista, la actual conmoción radical de alienación universal junto con una extensión de la violencia global, parecen ofrecer un cuadro distópico de una de esas «coyunturas esclarecedoras que hemos olvidado». Recientemente «ha estallado una violencia salvaje en una amplia franja de territorios: guerras en Ucrania y Oriente Medio, bombas suicidas en Bélgica, Xianjiang, Nigeria y Turquía, insurgencias desde Yemen a Tailandia, masacres en París, Túnez, Florida, Dacca y Niza». Los campos de batalla se dirimen además por el control económico, financiero y cibernético, «guerras por y a través de la información, guerras por el control del comercio de drogas y la emigración, y guerras entre milicias urbanas y grupos mafiosos». En el futuro, los historiadores tal vez observen este nuevo orden caótico como el inicio de «la tercera –y la más larga y más extraña– de todas las guerras mundiales; una guerra que se asemeja, por su ubicuidad, a una guerra civil global» (Mishra, 2017*a*: 13-14 y 50).

Parece que las condiciones de posibilidad de la historia adquieren a veces un carácter regresivo. Esta idea aparece también en *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*, donde Harvey ofrece una perspectiva de esas coyunturas olvidadas en las que «el privilegio de clase y el poder oligárquico capitalistas» conducen al globo en una dirección increíblemente «similar en todas partes». La revolución conservadora reacia a subvertir los privilegios de los sectores financieros y de los cosmopolitas de la globalización, tras socavar las expectativas del capitalismo democrático redistributivo surgido tras la segunda posguerra, nos ha devuelto a un mundo en el que no resulta extraño «recoger las descripciones de las condiciones laborales ac-

tuales, por ejemplo, en las fábricas de componentes electrónicos de Shenzhen, en las fábricas de ropa de Bangladés, o en los talleres y pequeñas fábricas de trabajo esclavo de Los Ángeles» y encajarlas sin dificultad alguna dentro del análisis de la Jornada Laboral de *El Capital* de Marx y, sorprendentemente, ¡no percibir diferencia alguna! (Harvey, 2014:291-292).

En la historia hay momentos de «progreso» pero también de involución y es poco objetable afirmar que estamos inmersos en un periodo de transición sombrío. Tal vez, por esa razón, admita pocas objeciones el *pessimismo dell'intelligenza* del sociólogo Wolfgang Streeck sobre el poder de transformación social de las ciencias sociales, las que «pueden hacer muy poco, o quizá nada, para resolver las tensiones y contradicciones estructurales que subyacen bajo el desorden económico y social actual. Lo que sí pueden hacer, no obstante, es exponerlas a la luz y discernir las continuidades históricas que permiten entenderlas plenamente» (Streeck, 2011). Sin embargo, cabe interrogarse si podemos continuar interpretando con rigor la asombrosa transformación del mundo actual manteniendo los campos del conocimiento aislados o, por el contrario, se requiere un salto revolucionario, una transgresión, que atraiga a los campos del conocimiento dispersos y aislados por los círculos académicos (Beeckaert *et al.*, 2018). Incluso cabría plantear si son fundadas las sospechas de Jameson acerca de unas disciplinas académicas «periclitadas» para historizar la superestructura posmoderna y su base de operaciones económica, la globalización neoliberal (Jameson, 2015).

2.3. Transgresiones

En *The Ways of the World* el geógrafo y teórico social marxista David Harvey plantea un sugerente esbozo metodo-

lógico con el fin de interpretar de forma dialéctica la formación social capitalista. El autor categoriza siete «esferas de actividad», ninguna de la cuales obtiene preeminencia sobre las otras, a saber: «tecnología y formas organizativas, relaciones sociales, dispositivos institucionales y administrativos, procesos de producción y trabajo, relaciones con la naturaleza, reproducción de la vida cotidiana y de las especies» y, por último, *mentalités* o «concepciones mentales del mundo». Es evidente que, «el peligro para las ciencias sociales, así como para la comprensión popular es considerar una de las esferas como determinante y las otras como subordinadas» (Harvey, 2016:309-310). Esta elocuente proposición metodológica nos remite, por un lado, a un programa coherente con la transgresión de los constreñimientos autoimpuestos por las especialidades académicas que, como recalca Braudel, debe plantear programas rigurosamente razonables (Braudel, 1970:182); procurando, en todo caso, que la *ruptura* no termine siendo un juego intelectual aparentemente ecléctico pero edificado sobre un terreno teóricamente yermo. Por otro lado, y relacionado con la idea anterior, Harvey aviva una dialéctica metodológicamente pluralista sobre la base analítica de problemas concretos, es decir, una aproximación metodológica renovada y ampliada de la *histoire pròbleme*. Resulta obvio, aunque debe recordarse con Febvre, que «el historiador no va rodando al azar a través del pasado, como un trapero en busca de despojos, sino que parte con un proyecto preciso en la mente, un problema a resolver, una hipótesis de trabajo a verificar» (Febvre, 1982:22).

El planteamiento metodológico de Harvey permite, además, profundizar en un debate historiográfico relativamente irresuelto, a saber, el de la tradicional y estéril dicotomía entre la elección de perspectivas *macro* o *micro* analíticas. Una elección ajustada básicamente a la división

del trabajo académico en disciplinas que, en cierto modo, constituye una falsa oposición puesto que el enfoque que ofrece el *telescopio* es tan ineludible como la perspectiva local del *microscopio*, ambas configuraciones analíticas son mutuamente interdependientes[10]. «Mientras aceptemos que estamos estudiando el mismo cosmos, afirmó hace tiempo Hobsbawm, la elección entre microcosmos y macrocosmos es una cuestión de seleccionar la técnica apropiada» (Hobsbawm, 1980:7). Dicho de otro modo, empíricamente «ninguna tendencia mundial puede tener realidad a menos que se observe en varias situaciones locales». Por eso, es evidente que toda metodología susceptible de interpretar las relaciones humanas, tal como han enunciado Wallerstein y colegas, ha de fundamentarse en la *interacción* «en cualquier nivel, desde grupos pequeños hasta mercados, países y sistemas mundiales» que, en definitiva, constituye la relación molecular de las redes humanas en la historia, «siempre redes de conexiones mutuas ubicadas en algún lugar del espacio social y geográfico» (Wallerstein, 2015:235-236). Para Hobsbawm la *interacción* fue siempre concebida como un campo de experimentación metodológico. En la conferencia pronunciada en el Birkbeck College en 1979 alentaba a los futuros historiadores a interrogarse sobre «el modo de interacción de diferentes aspectos de la vida humana», por ejemplo, «entre la ciencia económica, la política, las relaciones familiares y sexuales, la cultura en sentido amplio o estrecho, o la sensibilidad» (Hobsbawm, 2014:81). Naturalmente, un ejercicio intelectual así requie-

10 En estos argumentos subyacen, tal como ha dicho Chacón, las formas cognoscibles representadas por códigos binarios de carácter dialéctico: «(estructura-suceso, larga duración-coyuntura, macro-micro, universal-local») que constituyen en definitiva la gramática del «denominador común de las contradicciones espacio-temporales» relativa a una de las «lógicas más complejas de la historia social: individuo-colectividad». Véase Francisco Chacón Jiménez (2008), «La revisión de la tradición: prácticas y discursos en la nueva historia social», *Historia Social* 60, págs.145-154.

re a su vez de un grado de desprendimiento del excesivo «respeto por la autonomía de las disciplinas» (Christian, 2010:28). Ejercicio que, en cierto modo, puede verse contaminado por la *metabasis* aristotélica, esto es, «la aplicación de conceptos de un campo a otro» por simple analogía, sobre la que nos previene Philip J. Davis, aun considerando los fértiles beneficios que frecuentemente se obtienen después de una intensa actividad de sinergia intelectual (Davis, 2011). Porque, tras los muros de la división del trabajo académico, el mundo y la reproducción social funcionan de forma mucho más interdependiente. Si, por ejemplo, la economía y la psicología en el comportamiento cotidiano de la vida social no se mantienen disociadas, ¿por qué deberíamos continuar examinándolas bajo el estricto rigor de la exclusividad disciplinaria? Tampoco el crecimiento económico de las economías capitalistas actuales se mantiene al margen del control efectivo de los deseos de la gente. Por ello «entender, desarrollar y controlar sus sueños» es una inquietud esencial de la economía política en las sociedades del capitalismo de consumo (Streeck, 2017*a*:249).

Como ha sugerido David Christian, un notable exponente de la nueva corriente historiográfica «Big History», en su ambiciosa y meritoria *Introducción a la Gran Historia*: las sociedades actuales precisan con cierto apremio dilucidar «la humanidad como un todo», especialmente o precisamente porque habitamos «en un mundo con armas nucleares y problemas ecológicos que desbordan las fronteras nacionales» (Christian, 2010:28). Pero también porque después de varias décadas de la presunta defunción de los *metarrelatos*, del triunfo del funcionalismo ahistórico, del relativismo extremo y la teleología de la modernización neoliberal –aspectos intelectuales e ideológicos que se ajustaron con los años dorados del capitalismo de la segunda posguerra y la posterior implosión del contrae-

jemplo soviético–, se revela nítidamente la incapacidad de comprender una pauta racional en el actual caos mundial. *A fortiori*, precisamos de una perspectiva histórica y de una regeneración de las ciencias sociales que contribuyan a despertar del letargo a las sociedades contemporáneas. Es evidente que requerimos de «ángulos no convencionales», de perspectivas generales a través de las cuales podamos arrojar luz sobre «los problemas y las posibilidades que se ciernen y que comúnmente son evitadas o criticadas» por las afinidades electivas epistemológicas más reacias a subvertir las posturas escolásticas del pensamiento (Wallerstein, 2015:235).

Sin embargo, la devoción por la ruptura epistemológica convencional y la seducción por la innovación metodológica no pueden liberarse de cierta controversia y ambigüedad. Así, por ejemplo, Hobsbawm nos persuadía contra aquellas tendencias historiográficas que mantienen un cierto carácter exclusivista, esto es, «una historia que esté concebida *sólo* para los judíos (o los afroamericanos, o los griegos, o las mujeres, o los proletarios, o los homosexuales) no puede ser historia buena, aunque puede ser reconfortante para quienes la cultiven» (Hobsbawm, 2014:276). Las «demandas» de aquellos sectores de la población excluidos de las «narrativas históricas» conservadoras o, más exactamente, de las historias oficiales, sobre todo la historia concerniente a «las mujeres y a las minorías étnicas», condujeron a una renovación del cultivo historiográfico, de «nuevas historias», que en ocasiones formaba parte de una estructura narrativa «más amplia, pero con mayor frecuencia, no» (Iggers, 2012:29). Aun así, la franja gris de la vida de la gente común que quedaba fuera de los rígidos marcos de la historización tradicional comenzó a emerger cuando la escuela historiográfica fundada en los años setenta por Ranajit Guha, *Subaltern Studies*, de clara ins-

piración gramsciana, puso patas arriba a la historiografía nacionalista de la India cuya independencia se reducía a una narrativa protagonizada por sectores elitarios (Anderson, 2016). Por su parte y con anterioridad, la historiografía francesa a través de figuras como Marc Bloch y Georges Lefebvre había hecho florecer, de nuevo, la *history from below*, cuya pluma inaugural probablemente pueda atribuirse al «primero de los grandes historiadores de los de abajo», Michelet y sus estudios sobre la Revolución francesa. Tal vez por ello Hobsbawm afirmaba tener contraída una deuda con los *annalistas*, aunque matizaba que ésta era mayor con Marc Bloch que con Lucien Febvre, y más tarde con Fernand Braudel. Lo que consolida la idea de la influencia del ambiente francés entre el círculo de historiadores marxistas británicos tales como el citado Hobsbawm, Edward P. Thompson, o Christopher Hill, que en 1952 fundaron la revista *Past and Present*. Si bien Hobsbawm puntualizaba «tratábamos de hacer algo distinto, y pese a ello, respetábamos y deseábamos demostrar nuestro respeto por este gran predecesor en lo que podríamos denominar *historia de oposición*, historia contra el *establishment*. Desde luego cuando fundamos nuestra revista, concluía crudamente el historiador, ellos ya no iban contra el *establishment*». Por el contrario, no era tanta la deuda contraída con los *annalistas* respecto a la historia de las mentalidades que se propagó con la Nueva Historia tras la década de 1960. Por otro lado, con demasiada frecuencia no se ha reconocido debidamente a una historiografía marxista que combatía en los campos de batalla intelectuales no solo contra los doctrinarios marxianos, sino a «deterministas económicos puros». ¿Acaso no se halla en el pensamiento de Gramsci o el mismo Marx el vínculo «absolutamente esencial entre el mundo de las ideas, los sentimientos» y las relaciones económicas? (Hobsbawm, 2014: 184-185, 187 y 207). Por

supuesto que sí, por ello mismo se puede compartir con Le Roy Ladurie que la teoría marxista de la infraestructura económica es absolutamente complementaria a «*la pensé tocquevillienne* como teoría de la superestructura política» (Davis, 2018).

Por otro lado, cuando la renovación se adentra en la difícil tarea que supone integrar grandes marcos espaciales y temporales en narrativas sistémicas, tales como las corrientes intelectuales de la «World History» (en la estela de los estudios transnacionales, transregionales y transculturales), o la citada «Big History», así como la historia conectiva de *Las redes humanas* de los McNeill (2010), puede que la *historie pròbleme* quede subordinada a una función particularmente pedagógica. Es cierto que la pérdida de «concreción» en aras de grandes fórmulas universales –donde el *l'Idole chronologique* y el *individuelle*, que Simiand reprocha apresurada e injustamente al cultivo tradicionalista de la historia, aparecen prácticamente derribados–[11], puede ser compensada con la elaboración de nuevas narrativas que dejen en el trastero las representaciones del pasado obstinadamente centradas en las «divisiones entre naciones, religiones y culturas». Divisiones que cada vez más se nos presentan como «localistas y anacrónicas, incluso peligrosas» (Christian, 2010:27-28). De hecho, las fuertes tensiones entre capitalismo y democracia, surgidas de la fiebre especulativa, la codicia de los mercados desregulados y el capital ficticio desde los años ochenta que dieron lugar finalmente a la Gran Recesión de 2008, han exacerbado los problemas a los que alude Christian. El nuevo grito de batalla político y social se libra entre el «identitarismo cosmopolita» de los ganadores de la «era neoliberal» y las

11 Véase en François Simiand: «Méthode historique et science sociale (2e partie)», *Revue de synthèse historique*, 1903, págs. 129-157.

reacciones «nacionalistas antielitistas» *from below* de los perdedores de la globalización (Streeck, 2017*b*:21). Previsiblemente la batalla de las ideas se ajusta con «las dimensiones del pasado y del futuro» que para los contemporáneos adoptan «valores positivos o negativos dependiendo de la importancia que atribuyan a las ganancias o pérdidas de la modernización» (Habermas, 2016:47).

Esta es precisamente la escisión que Peter N. Stearns, un pionero del cultivo de la Nueva Historia Universal, observa en la normalización confrontada de la enseñanza de la historia. Frente a los historiadores universales que «apuntan a la necesidad de adoptar una perspectiva lo más amplia posible», mostrando mayor interés por el estudio de la diversidad societal independientemente de la propia, así como por los flujos migratorios y comerciales que secularmente han modificado «cualquier experiencia regional», aparecen elementos sociales y políticos reactivos que pretenden reforzar los arcaicos y esencialistas muros del nacionalismo. De hecho, las guerras culturales que Stearns colige con las encuestas de opinión internacional contribuyen a relegitimar las «notables cualidades» de la crónica nacional: la mayor parte de la ciudadanía se muestra especialmente reticente a las «influencias externas que menoscaban las creencias y los valores regionales», mientras que las consecuencias económicas de la globalización neoliberal se perciben de forma menos traumática (Stearns, 2012:12-13). Una percepción social que, tal vez, obedezca a la dificultad de discernir adecuadamente los complejos mecanismos del irracional mundo político y económico actual. Es cierto que dicho argumento ha sido sostenido con bastante éxito, como parece evidente, por sectores sociales vinculados al sector bancario y financiero con la finalidad de imponer lo que podemos denominar como una aristocracia financiera global. Autoridad que suele enmascararse

con términos deliberadamente ambiguos como gobernanza, empoderamiento, globalización, *inter alia*, y cuyo resultado no es otro que la sustitución de las instituciones legítimas del Estado-nación por regímenes tecnocráticos. En todo caso, deberíamos albergar ciertas sospechas sobre la extraordinaria pulsación de la opinión pública como un hecho consustancialmente democrático (multiplicado de forma asombrosa por las nuevas redes sociales). Aunque suene cáustico para ciertos círculos izquierdistas, esta nueva fórmula no necesariamente nos aproxima a un entendimiento mayor de la anatomía de la sociedad civil. De hecho, el problema que aquí subyace fue formulado por Durkheim con extraordinaria claridad: la sociedad ha de interpretarse «no por la concepción que se hacen los que en ella participan, sino por las causas profundas que escapan a la conciencia» (Bourdieu, *et al.*, 1975:30). Así, puede verificarse que la interpretación sociológica *espontánea* de la percepción de una ciudadanía política que ratifica sus temores y pérdidas como rasgos inequívocamente *culturales* –con sus morfologías identitarias arcaicas, o religiosas, sus chivos expiatorios constituidos frente a la migración global, su devoción hacia la política extremista y zafia, etcétera–, adquiere singular correspondencia con los estudios sociales que han infravalorado la relación entre la *infraestructura* y la *superestructura* como un proceso histórico, es decir, como un «conjunto complejo y contradictorio» e inevitablemente dialéctico (Gramsci, 1984:309).

A pesar de que las nuevas corrientes de la historiografía global no asumen exclusivamente una perspectiva *macroestructural*, ciñéndose con frecuencia a «problemas y fenómenos concretos dentro de contextos potencialmente globales» (Conrad, 2016), cabe preguntarse por qué un veterano cultivador de la *microhistoria* como Giovanni Levi preferiría regresar a la «historia total» inspirada en la tradi-

ción de los primeros *Annales* antes que a la «euforia infinita» que despliegan las nuevas narrativas infundidas por la historia global. En parte, porque existe cierta ambigüedad y «confusione» entre «globalizzazione e *Global History*». El pseudoconcepto globalización es asimilado por las nuevas narrativas globales sin demasiadas contradicciones. La propagación ecuménica *del* progreso se limita a cierta exaltación de la difusión de la información, los intercambios y las aplicaciones tecnológicas como acontecimientos desplegados a lo largo del tiempo y el espacio de «forma natural». Y en parte, porque frecuentemente la lente analítica queda reducida a una amplitud de documentos que, no obstante, provienen de los «archivos occidentales», lo que puede generar una distorsión cultural explícita o latente, aun cuando las historias globales traten de áreas transcontinentales. Como consecuencia, si bien existe un reconocimiento historiográfico relativamente consensuado acerca de la deficiencia del eurocentrismo (como de cualquier otro reduccionismo), es poco objetable colegir con Levi que aquél ha sido reemplazado por su epígono «técnico-económico y político» de vertiente unívocamente occidental.

No ha sido fortuito, recalca Levi, que una gran parte de los estudiosos del poscolonialismo y de los Estudios Subalternos recientemente hayan lanzado sus críticas sobre «el carácter neoimperialista de una historia global» que sitúa a una parte del mundo como modelo económico y político, mientras dice haber excomulgado los sesgos eurocéntricos (Levi, 2018:50-51). Así, por ejemplo, tras el abrumador despliegue temporal de *Mapas del tiempo*, una narración que conduce a sus lectores desde la cosmología de la Gran Explosión hasta las incertidumbres del futuro, entre las alternativas a los problemas que ha exacerbado la globalización neoliberal no se contempla la opción de

un «desmantelamiento del capitalismo». La elección más plausible para enfrentarnos con las consecuencias no favorables de la globalización económica, tales como la desigualdad, la violencia o el cambio climático, entre otros factores perturbadores, debería ser liderada, de acuerdo con Christian, por un «capitalismo mundial maduro». «Desmantelar el capitalismo» constituye para el historiador una opción que puede ser demasiado «perniciosa», afirmación que legitima en parte contraponiendo el sistema capitalista al fracaso de las «revoluciones comunistas» del siglo pasado (Christian, 2010:566-572). Sin embargo, hay acontecimientos en la historia de los que no conviene deshacerse de forma complaciente, como hace Christian, en aras de concepciones narrativas temporalmente hiperdilatadas, manteniendo la ingenua esperanza en un sistema que por su naturaleza después de la década de 1970 penetró en una era turbulenta y caótica, pero también excepcionalista, basada en una «degeneración patológica del principio de *laissez-faire*». Un capitalismo rentista hostil a cualquier «regulación o control de las actividades de las empresas lucrativas» (Hobsbawm, 2012:20)[12].

Una nueva gramática historiográfica que nos redima de la «amenaza crónica del cortoplacismo» (Guldi y Armitage, 2014:14) debería poseer el potencial para resolver los problemas provocados por el *tour de force* entre la economía capitalista global y el sistema estatal. De acuerdo con el acertado argumento de Žižek, es en el corazón de este

12 Conviene subrayar con Standing que al mismo tiempo que los defensores del neoliberalismo «proclaman» su fe en la libertad de mercado autorregulado, facilitan «las reglamentaciones para impedir que los organismos colectivos actúen a favor de la solidaridad social. Por eso quieren imponer controles sobre los sindicatos, la negociación colectiva, las asociaciones profesionales y los gremios laborales». Allí donde los intereses de la presunta libertad de mercado entran en conflicto con los de la propiedad privada, no existe duda alguna en defender a esta última. Véase Guy Standing (2017), *La corrupción del capitalismo*…, op. cit., pág. 27.

conflicto donde reside la contradicción radical del Nuevo Orden Mundial, es decir, la dificultad de hallar un orden político transnacional que coexista con la economía capitalista global (Žižek, 2017:344-345). Mientras no se hallen «fuentes de legitimación democrática» para las estructuras de poder supranacionales, continuarán expandiéndose por doquier «regímenes tecnocráticos», y con ello se acrecentará dramáticamente el malestar social (Habermas, 2016:57-67). Esta tensión entre capitalismo global y democracia ha dispuesto el «caldo de cultivo» político para la explosión populista, intuida hace medio siglo por Robert Dahl cuando afirmó que en la «decadencia de la oposición» política y en el «exceso de consenso» se cernía un cierto escepticismo sobre las democracias occidentales. «Este nuevo Leviatán [es considerado por muchos ciudadanos] demasiado remoto y burocratizado, demasiado adicto al acuerdo y al compromiso [y] demasiado un instrumento al servicio de las élites políticas y los técnicos» (Dahl, 1965, cit. Mair, 2015:146-147).

Ciertamente, la entrada del ambiguo término «populismo» en el vocabulario político y mediático aglutina «tendencias y organizaciones de izquierda y de derecha» que impugnan cualquier alternativa al consenso establecido de una política «responsable» que, por supuesto, salvaguarda en exclusiva las «condiciones de la globalización neoliberal» (Streeck, 2017*b*:13). Así, mientras las élites cosmopolitas y sus siervos políticos «vacían la democracia de todo contenido», culpan de «pulsiones autoritarias» a aquellos «que se oponen a este vaciamiento» (D'Eramo, 2013). ¿Qué nos dice la historia a este respecto? Que, por ejemplo, al considerar acertadamente a Trump como un magnate estólido y falaz, se indulta con demasiada frecuencia los precedentes históricos que recompusieron las bases sociales de un electorado que selló su destino hacia la Casa Blan-

ca. Enjaulados en un presentismo tenazmente inmovilista, conviene recordar que pocas voces se han alzado para advertir entre la opinión pública que Barack Obama ha sido «un caso único entre los presidentes norteamericanos»: sus promesas políticas no solo fueron sistemáticamente incumplidas, sino que terminaron siendo «precisamente lo contrario». A pesar de su notable popularidad, la política económica continuó drenando riqueza hacia los sectores sociales y empresariales de la cúspide social; de hecho, durante su mandato presidencial la «desigualdad social y los niveles de pobreza» no dejaron de acrecentarse (Fontana, 2017:568-569). En el momento en el que Obama era investido con el Premio Nobel de la Paz, el complejo militar industrial estadounidense estaba ocupando Irak, «escalando la violencia en Afganistán y lanzando fuego sobre Pakistán». Ha sido el primer presidente de la historia de Estados Unidos en dirigir campañas militares ininterrumpidamente en el extranjero durante dos mandatos completos (Anderson, 2018:209-210). Extendiendo un poco más la escala retrospectiva ¿no supuso, en todo caso, la política clintoniana una prolongación de la «desregulación del sector financiero» emprendida vehementemente durante la era Reagan y que adquiría con Clinton «mayor ímpetu que nunca»? (Streeck, 2017*a*:108). Por lo demás, el mimetismo global de las políticas angloestadounidenses, tan visiblemente erráticas, al menos para los que no forman parte de las minoritarias y exitosas clases cosmopolitas de la globalización, es uno de los fenómenos más extraños e ilógicos de nuestro tiempo.

La limitada comprensión de dichos fenómenos mantiene una relación orgánica con la proliferación de interpretaciones ahistóricas. Así, por ejemplo, es paradójica y ambigua la vehemencia con la que los autores *The History Manifesto* argumentan contra el «cortoplacismo» historio-

gráfico y al mismo tiempo defienden sin fisuras *El Capital en el siglo XXI* de Thomas Piketty[13]. Y es que para el popular autor francés la historia del capitalismo democrático de la segunda posguerra queda minúsculamente subsumida dentro de una narrativa liberada de la carga de la interpretación de la historia política, elegantemente simplificada en una formulación «de validez universal e intemporal», a saber, $r>g$. Esta modelización sugiere que allí donde la tasa de rendimiento del capital financiero (r) es mayor que la tasa de crecimiento de la economía (g) «habrá siempre una tendencia a la concentración de riqueza» y, por tanto, un aumento de la desigualdad. Este aspecto supone para Piketty una tendencia orgánica del capitalismo, desde su origen hasta el presente, y si hubo un «excepcionalismo» durante el siglo XX (1914-1980), según el autor, este se debió en parte a las conflagraciones mundiales. Esta interpretación simplificada de la historia elude claramente la historización de las pulsiones sociales y políticas que lograron constreñir al sistema capitalista durante los «años dorados» de posguerra, es decir, cuando comenzaron a cristalizar en el mundo occidental los dispositivos institucionales que al mismo tiempo que contuvieron la «desigualdad extrema» a través de políticas universales de protección social, «por primera vez en su historia» no reprimieron «la realización de la promesa republicana de considerar a todos los ciudadanos iguales ante la ley: la hizo posible».

La era keynesiana de posguerra, argumenta Shaikh frente al modelo Piketty, estuvo caracterizada por los «frutos de los logros históricos muy reñidos» alcanzados por la masa laboral a través de «restricciones sobre el capital real y el financiero». Más taxativamente, y de acuerdo con Gal-

13 Véase Jo Guldi y David Armitage (2014), *The History Manifesto…*, *op. cit*., págs. 122-123.

braith, durante esta fase histórica las «desigualdades no aumentaron en los países que forman el núcleo de estudio de Piketty». Las bases políticas de este periodo histórico fueron socavadas durante el asalto neoliberal al producirse la combinación de una notable reducción de las «ganancias laborales» con el debilitamiento de las políticas sociales y del movimiento sindical, así como por un asombroso crecimiento exponencial de flujos de capital que quedaban fuera del control de las políticas tradicionales de los estados-nación. Después de la desintegración del comunismo se evaporó cualquier viso antisistémico a escala global, dejando libre al capitalismo rentista para corroer el edificio de la socialdemocracia. Sin embargo, «lo que se perdió en la era neoliberal, escribe el eminente economista Shaikh, se puede recuperar». ¡No nos hallamos ante las inevitables consecuencias de leyes inmutables del capitalismo histórico, sino ante políticas deliberadamente antisociales de un capitalismo parasitario! (Fontana, 2017:654-655; Habermas, 2000; Galbraith, 2016:133-144; Shaikh, 2017).

Según Guldi y Armitage, «casi los únicos datos históricos que han logrado desafiar» (*sic*) el discurso hegemónico que sostiene que el capitalismo es el motor del crecimiento del empleo y generador de igualdad, «han sido los de *El Capital en el siglo XXI* de Piketty, datos históricos insertos en adecuadas visualizaciones de *big data* y reunidos en el largo plazo» (Guldi y Armitage, 2014:122-123). Sin embargo, es probable que los autores del *Manifesto*, en su entusiasta defensa por la acumulación de información como medio para salir del abismo en el que nos encontramos, hayan quedado expuestos a una sobreacumulación y no hayan sido capaces de observar las contradicciones que subyacen en sus propias afirmaciones. Así, mientras las condiciones laborales se deprimen a nivel global, los *geeks* del *establishment* han anunciado que *El capital* ha

«caducado». Ahora podemos definitivamente «cerrar la puerta de la historia y eliminar oficialmente el término 'capitalismo'». El destino de la democracia global dispone de un solo camino: la democracia de los *big data* que antes o después sustituirá la tiranía del «capital financiero y empresas» por «mercados ricos en datos» que «empoderarán a los seres humanos para que trabajen directamente entre sí», sustituyendo incluso precios por datos «como el principio organizador clave de la economía» (Mayer-Schönberger y Ramge, cit. Morozov, 2019).

Se puede sospechar con Morozov que ante la inactividad o aquiescencia de los movimientos políticos de izquierdas el neoliberalismo continuará enarbolando su eslogan *There is Not Alternative* «(a Google)», tachando sin piedad cualquier movimiento que se atreva a trasgredir la frontera del «modelo cartelizado de Silicon Valley». Un modelo que «continuará llenando los espacios vacíos, políticos y sociales, que previamente tenían sus propias lógicas y maneras de hacer las cosas, con la lógica 'inteligente' de las plataformas digitales» (Morozov, 2019: 74). Esta asombrosa dependencia coextensiva a toda la sociedad con respecto a los rentistas de *das digital* es el oneroso «horizonte de la economía digital», el acontecer «caníbal del liberalismo en la era de los algoritmos» (Durand, 2021:263). No resulta extraño que mientras amplios sectores políticos y pseudointelectuales ebrios de ciberespacio propagan la prodigiosa innovación social de la llamada «economía colaborativa» y la digitalización liderada por las «plataformas digitales», no sean capaces de observar el eminente carácter rentista de esta nueva forma de explotación del capital en el siglo XXI. Al mismo tiempo que una miríada de emprendedores disponen de sus propios medios puestos al servicio de las plataformas virtuales, sus cuadros gerenciales pueden llegar a percibir por actuar como meros «in-

termediarios laborales» hasta un 20 por ciento de las transacciones realizadas; de este modo, «los riesgos laborales están siendo privatizados e individualizados, y la vida y el trabajo se funden inseparablemente» (Standing, 2017:208; Streeck, 2017*a*:43). En la era del consenso neoliberal, la digitalización adquiere con frecuencia formas extremas de explotación laboral. Como ha escrito Cédric Durand en *Tecnofeudalismo*:

> En los depósitos de Amazon o de Lidl, en las bandejas de los centros de llamadas, en las cabinas de los camioneros o en las cajas de los supermercados, las tecnologías de la información permiten perseguir los tiempos muertos, introduciendo nuevas exigencias a los trabajadores y desplegar instrumentos de vigilancia que desbordan ampliamente sobre su vida privada» (Durand, 2021:66).

¡Con razón decía Bourdieu que la «historia está registrada en las cosas, las instituciones, en las máquinas, instrumentos, leyes, teorías científicas, pero también en los cuerpos»! (Bourdieu, 1993, cit. Hobsbawm, 2016:45). El futuro no debería ser escrito en los términos de *das digital*; los *geeks* del silicio actúan como los «bomberos» y censores de la novela distópica de Ray Bradbury *Fahrenheit 451* (1953): «queman» los libros arrasando con ello el conocimiento reflexivo, a la vez que inundan el mundo social de ruido mediático y aplastan la química política. Paradójicamente, aunque todavía nos hallamos en un estado incipiente de una dialéctica científica capaz de transgredir las líneas fronterizas de la estricta división del trabajo académico, las evidencias muestran que ciertos límites ecológicos y sociales ya han sido transgredidos violentamente. Parecería, con ello, que la confianza weberiana en la poderosísima

influencia de la ciencia, permanentemente equipada «para cambiar su posición y su aparato conceptual y para mirar desde la altura del pensamiento la corriente del acontecer» (Weber, 2009:186) ha sido seriamente socavada. Frente a la prolongada fase de crisis de la globalización neoliberal se alza la ingente tarea, no exclusivamente intelectual, de imaginar nuevos horizontes sistémicos, y en esa búsqueda cualquier interpretación que recuse la inagotable riqueza que proporciona el conocimiento historiográfico, la ciencia histórica, será siempre insuficiente, o en un sentido hegemónico estará legitimando deliberada o ingenuamente una versión fatídicamente invariable de la narrativa histórica. Esto es lo que sugería Hobsbawm cuando subrayaba el sensible material con el que intentan interpretar el mundo los hombres y mujeres que cultivan la ciencia histórica, así como las responsabilidades sociales y políticas de su misión pública: «Las cosechas que cultivamos en nuestros campos pueden acabar convertidas en alguna versión del opio del pueblo» (Hobsbawm, 2014: 275).

2.4. Las Alternativas de la Historia

Actualmente, escribe Wolfgang Streeck, «muy pocos sociólogos parecen capaces de entender la sociedad que dicen estudiar». Sus suspicacias se fundamentan en la abrumadora sorpresa que desencadenaron entre el «público liberal» y sus científicos sociales algunos de los «acontecimientos más asombrosos de 2016», entre los que destaca la victoria del magnate Trump en Estados Unidos y la conflictiva salida de la Unión Europea por parte del Reino Unido (*brexit*) (Streeck, 2017*b*:16). Pero, precisamente la conmoción social (pulsada y modelada por los medios de comunicación) y el asombro de gran parte del mundo intelectual es la prueba fehaciente de la incapacidad de discernir la natu-

raleza dialéctica del conocimiento, y particularmente la del historiográfico.

En primer lugar, allí donde los intelectuales, historiadores o no, han perseverado tenazmente en la ardua y compleja tarea de interpretar el mundo, planteando alternativas y proyectos de transformación social, adoptando además un discernimiento razonado de los convencionalismos académicos del momento, difícilmente las consecuencias sociales de la actual crisis global han podido ser consideradas de forma congruente como una *novedad* histórica. Contrariamente, aunque de forma minoritaria, las complejas perturbaciones del mundo actual han sido entendidas y objetivadas como una serie de abyectos epifenómenos de las tendencias económicas e ideológicas compartidas tanto por el capitalismo fundamentalmente en su versión neoliberal como entre aquellos que creían estar convencidos de haber leído a Marx al este del antiguo muro de Berlín. *Pace* Streeck, si la lectura *Our Kids: The American Dream in Crisis* de Robert Putnam (2015) podría habernos sustraído de la estupefacción de la «victoria de Trump», la citada *Historia del siglo XX* de Eric Hobsbawm, por ejemplo, escrita hace más de veinte años ya persuadía a sus lectores sobre los peligros de un mundo en el que, desgraciadamente, «las incertidumbres que rodean a la democracia política no parecen ya tan remotas». De hecho, el obstinado, extraño y desafortunado mimetismo mundial de las políticas angloestadounidenses, como bien sabe Streeck, ha contribuido a corroborar el penetrante análisis hobsbawmiano que puede sintetizarse con la primera línea trazada en el capítulo económico: «La historia de los veinte años que siguieron a 1973 es la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis» (Hobsbawm, 1995:147 y 403).

No es difícil corroborar, como segunda conclusión de este capítulo, que hoy parece que estemos privados de una

cierta forma de pensar dialéctica, es decir, por un lado, los cambios sociales son, con demasiada frecuencia, observados de forma diseccionada, aislando forzosamente la política de la economía, aquellas de la psicología y ésta de la historia, o la sociología. Por otro, y en parte como consecuencia del sesgo anterior, persiste de forma obsesiva una tendencia a reemplazar el análisis científico de las causas subyacentes, el estudio del cambio histórico, por la simplicidad de discutir de forma tautológica sobre los síntomas que afloran constantemente en la superficie social, cuando realmente causas, síntomas y consecuencias deberían analizarse orgánicamente, como una unidad contradictoria. Esta dilución del conocimiento reprime activamente cualquier indagación histórica, arguyendo como norma la *casualidad* del acontecimiento, ya se trate de una crisis económica o de una pandémica. La reproducción social, dominada por un constante estado de *shock*, se desenvuelve de forma desesperada anhelando respuestas inmediatas y presuntas fórmulas políticas resolutivas (aquí hallamos la proliferación obsesiva del llamado «conocimiento aplicado»). Se puede inferir, de este modo, que parte del mundo intelectual y en general del campo institucional que se ocupan de las diversas etapas de la educación y de la formación del individuo, han contribuido a adoptar este modelo en el que normativa o virtualmente el conocimiento histórico acaba reducido ¡todavía! a una especificidad descriptiva del pasado. Cuando los recursos intelectuales se agotan en las minas académicas suelen explotarse nuevos conceptos que anuncian (y celebran) la defunción del pasado y la necesidad imperativa de interpretar el mundo con otras lentes más refinadas. La nueva vulgata plagada de resiliencia, empoderamiento, emprendimiento, *bottom up/top down*, gobernanza, entre otros neologismos o términos extraídos de campos del conocimiento tan variopintos como la

tecnología informática o la psicología, han nutrido desde hace unos años el patrimonio intelectual y la retórica política, incluso, o, sobre todo, de una izquierda que se alejó de las causas subyacentes y complejas del mundo que pretende interpretar. Términos que, como diría Marx contra la economía vulgar, son «rumiados» por sus cultivadores «hasta convertirlos en papilla para el uso doméstico»; una práctica pedante y «autocomplaciente» con el *statu quo*, por supuesto, cuya finalidad implícita, o no, es anunciar que vivimos en «el mejor de los mundos posibles» (Marx, 2010*a*:92). Los problemas de las sociedades contemporáneas –afirma con la debida causticidad William I. Robinson– «son demasiado grandes para la usual complacencia académica» (Robinson, 2021).

Por esa razón, hoy tal vez más que nunca, precisamos rearmar la memoria colectiva e interpretar audazmente esta nueva era de irracionalidad política con la esperanza de deconstruir los mitos de la utopía neoliberal. Expuestos a un flujo permanente de información en la «infoesfera» necesitamos forzosamente «recordar qué significa realmente el acto de pensar a fin de recuperar, a ser posible, algo de control sobre un área que hoy está en manos de los dudosos magos de Silicon Valley» y de sus cada vez más numerosos misioneros «tecnófilos» (Gabriel, 2019:15). La «nueva anatomía de la sociedad civil», por usar la expresión de Marx, caracterizada por la desintegración del fordismo del siglo XX, la emergencia de China como nuevo hegemón, la expansión de nuevas formas de trabajo presididas por empresas tales como Uber, TaskRabbit, Amazon «y su ralea de intermediarios laborales sin regular, aprovechándose del trabajo ajeno» (Standing, 2017:12), así como las formas más despiadadas de violencia y terror, requerirá para ser interpretada adecuadamente en su complejidad de *la integración orgánica de to-*

das las dimensiones del conocimiento, pensando histórica y comparativamente.

Para llegar a esta transgresión de los dominios academicistas, y como tercera conclusión, hemos sugerido que el análisis de la historia no necesariamente precisa ensanchar a *Cronos* de forma vertiginosa. Es así que podemos conjeturar, sin muchas objeciones, que ciertas corrientes historiográficas, como por ejemplo la Gran Historia cuyo abismo escalar comienza en el mundo subatómico del *Big Bang* y finaliza ofreciendo diversas versiones de futuros siempre inciertos, queda limitada frecuentemente a una interpretación excesivamente pedagógica. Al reelaborar una nueva gramática de la historia donde por ejemplo la «Revolución francesa sea mencionada solo de pasada» (Christian, 2010:27), se está virtualmente legitimando *un* modelo de evolución histórica que, por supuesto, y así lo recalca David Christian, debe evolucionar hacia formas ecológicamente más sostenibles y socialmente justas, pero al mismo tiempo no admite concesiones a las herejías que pretendan subvertir el orden sistémico preestablecido. En este aspecto, se solapa con el *best sellers* de Piketty *El Capital en el siglo XXI*, un trabajo que hace del complejo fenómeno de la desigualdad un rasgo inmanente de la historia (prescindiendo, como dice Fontana, deliberada o ingenuamente de «referencias a la política»). De esta manera, difícilmente se estimula la *histoire pròbleme*, por el contrario, se pretende rehacer el mundo sin admitir fisuras al capitalismo «como única norma posible». En ambos casos, la producción historiográfica ha mantenido una prudente distancia con las subyacentes contradicciones del capitalismo global, ofreciendo de este modo un recambio histórico que, en contra de sus propios presupuestos básicos, representa con más certeza una expresión de protesta contra el sistema que una alternativa al mismo o, más preciso, una legitimación

de su continuidad. Extender la historia hasta escalas temporales inimaginables, o pretender aplicar «políticamente una justicia igualitaria mediante un poder democrático que regule el sistema económico y aplique la distribución», no nos libera del espectacular e incontrolado poder de la economía global, dejándonos a oscuras sobre qué fuerzas políticas podrían imponerse (Žižek,2018:57-58).

El acto intelectual que consiste en descender a las simas de esas contradicciones es donde reside la enorme brecha que separa el estado de asombro o de protesta permanentes ante los absurdos, aberrantes o dramáticos síntomas de un sistema irracional, del esfuerzo que conlleva, una y otra vez, interpretar este mundo que con tanta frecuencia se nos muestra ininteligible. En el prefacio a la edición francesa de 1872 de *El Capital*, Marx a través de una metáfora geológica nos persuade de no ceder ante las dificultades y el cansancio que entraña una investigación rigurosa, distanciándose así de las explicaciones que reducen la complejidad a un grado insospechado de simplismo: «There is no royal road to learning, and the only people with any chance of scaling its sunlit peaks are those who have no fear of weariness when ascending the precipitous paths that lead up to them (Marx, 2010*b*:23). En conclusión, para llevar a cabo esa ingente tarea, tal vez perpetua como el castigo de Sísifo, no debería prescindirse con ligereza de la ciencia histórica cuyo propósito es el *estudio de las condiciones subyacentes del cambio social*, como tampoco de su formidable legado historiográfico. Porque «ninguna escuela debe menospreciarse», escribe Fontana, «cada una de ellas tiene una parte de la verdad; cada caja de utillaje metodológico tiene alguna herramienta útil». Por tanto, cualquier corriente de pensamiento que pretenda resguardarse tras un determinismo metodológico o un presunto exclusivismo del conocimiento, descartando o despreciando-

do aspectos tan relevantes «como los que están ligados a la vida, la subsistencia y el trabajo de los hombres y mujeres comunes», terminará autoexcluyéndose, aunque durante un tiempo pueda gozar de popularidad mediática e intelectual. Dado el grado de complejidad de los problemas sociales del mundo actual, «debe ser su propia naturaleza la que determine los métodos que utilicemos para ayudar a entenderlos a través de su origen y de su desarrollo, tomando herramientas de todas las cajas en las que podamos encontrar algo útil» (Fontana, 2006:42-43). Con esta propuesta metodológicamente pluralista y transgresora con los convencionalismos academicistas, tal vez no sería del todo irrazonable invertir la décimo primera *Tesis sobre Feuerbach* de Marx (1845/1888) y afirmar que ha llegado la hora de *volver a interpretar el mundo* para, de este modo, aspirar a *transformarlo*.

Capítulo 3

Crisis del capitalismo global

> Nos adentramos hacia la distopía aterradora retratada en la película clásica *Blade Runner*, en la cual los ricos se han instalado en las ciudadelas altas mientras que el resto de la humanidad roza el borde de la muerte. Pero ese futuro *no* es inevitable. La solución de la crisis de la humanidad es posible.
>
> William I. Robinson,
> *El capitalismo global y la crisis de la humanidad*, 2021, pág. 302.

En cierta ocasión Albert Otto Hirschman al estudiar los años de plomo del neoliberalismo en América Latina durante la década de 1980 se percató de un sentimiento generalizado entre los hombres y mujeres de aquel continente, o al menos entre algunos sectores intelectuales: «Por primera vez las décadas precedentes fueron percibidas como una larga, casi dorada edad de avance ininterrumpido y constante». Hirschman, sin embargo, sabía que los rasgos positivos del pasado, ya fueran reales o simplemente idealizados, solo se pueden reconocer cuando se ha iniciado un nuevo periodo que subraya los contrastes con la fase precedente. Se trata de un inevitable rasgo de la naturaleza humana. Por ello recurrió al famoso aforismo hegeliano: «la lechuza de Minerva solo despliega sus alas a la caída de la tarde». «Solo comenzamos a entender un periodo cuando se baja el telón», cuando aparentemente los contornos de una nueva fase en la historia comienzan a revelarse (Hirschman, 1986:4).

En retrospectiva toda crisis ha generado ansiedades individuales y colectivas, incertidumbres sobre el futuro y estados sociales de anomia y resentimiento. Y con mayor o menor intensidad los círculos intelectuales se han volcado rápidamente, a veces incluso con cierta impaciencia, en la ardua tarea de interpretar los dramáticos acontecimientos que estallaban ante sus atónitos ojos. Es cierto que no alberga gran dificultad el hecho de discernir los signos que preceden a las catástrofes, así como a los periodos de crisis cuando estos se han desencadenado ante nosotros; sin duda, la proeza intelectual consiste en intuirlos con anterioridad a su estallido. No hay, sin embargo, precedentes para la incalculable acumulación de publicaciones y volúmenes concernientes a la «sorpresa» desatada ante el colapso financiero de 2008 y la reciente crisis pandémica mundial, calificada por el geógrafo marxista David Harvey como «la peor crisis económica de la historia del capital» (Harvey, 2021:105).

En parte, el asombro ante el colapso financiero y sobre todo ante la subsiguiente alteración política a nivel global entre los círculos intelectuales progresistas y gran parte del izquierdismo militante, se debía a que continuaban inspirándose en las teorías de la crisis dominantes en las décadas de 1960 y 1970. Las interpretaciones acerca de las tensiones políticas, económicas o sociales que genera el capitalismo habían quedado reducidas de forma sistemática y con contadas excepciones a un problema de legitimación. «Los mercados, el capital y los capitalistas», es decir, la economía política, argumenta con la debida causticidad Streeck, fueron desplazados por la teoría de la democracia, la teórica comunicativa y por la labilidad de los enfoques «psicologistas del mundo». Y, en parte, porque aquellos sectores sociales que habían plantado la batalla a la mercantilización de todas las cosas, «el terror del consumo» de los estudiantes de 1968, pronto acabaron tomando parte

activa de la «ola de consumo y mercantilización sin precedentes» durante la era neoliberal (Streeck, 2016:28-29)[14].

«Las palabras que dominaban las sociedades de consumo occidentales, escribió Hobsbawm, ya no eran las palabras de los libros sagrados, ni tampoco las de los escritores laicos, sino las marcas de cualquier cosa que pudiera comprarse» (Hobsbawm, 1995:507). Tal vez por ello no dudó en afirmar que con la caída de las «viejas ideologías de la izquierda» emergió un «pensamiento radical o de izquierdas, pero sustentado en una base de clase media», cuyas inquietudes políticas diferían cada vez más de las aspiraciones de los «movimientos obreros». *A fortiori*, «allí donde concebían una transformación social, ellos mismos constituían una protesta más que una aspiración». No es difícil observar cuáles eran sus campos de oposición y beligerancia puesto que todos concurrían en un exaltado anticapitalismo, no obstante, «era casi imposible identificar lo que proponían como alternativa» (Hobsbawm, 2012:422). Fue también la generación sesentayochista la «que vivió tanto el ápice de la fuerza de la clase obrera en el capitalismo desarrollado como el comienzo de su declive». Pronto quedó manifiestamente claro que el derrumbamiento del Imperio soviético (1985-1991) selló la larga «perspectiva revolucionaria» que se había inaugurado con 1789 y mucho más decididamente con la Revolución de Octubre (Therborn, 2007:106). De hecho, el término «revolución» perdió el sentido histórico que había inspirado a las generaciones precedentes formadas entre los cuadros políticos de la izquierda tradicional y los partidos de masas obreros. Con la caída del muro de Berlín, transformado en

14 Una detallada revisión de las teorías de la crisis puede leerse en dos obras de Wolfgang Streeck: *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017, y *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz Editores, 2017; esta última, según la acertada afirmación de Jürgen Habermas, una evocación del *Dieciocho de Brumario* de Karl Marx.

un psicodrama mediático donde la gente parecía tomar el «poder de las elites mientras celebraban el efecto subversivo de U2», la «revolución» dejó de ser concebida como una expresión de transformación radical, convirtiéndose en el «nombre de una tecnología política» (Davidson, 2015:109). Pronto surgirían nuevos conceptos como «resiliencia» (que «no es exactamente resistencia, sino un ajuste adaptativo más o menos voluntario»), así como otros convencionalismos del pragmatismo académico del momento que vinieron a sustituir el edificio teórico de la economía política de inspiración estructural. Parecía, en cualquier caso, que la sentencia thatcheriana *There Is Not Alternative* había penetrado y transformado de forma extraordinaria a gran parte del mundo intelectual y político, pero también a una parte nada desdeñable de la sociedad posmoderna que había interiorizado el «mito de que todo el mundo podía [y debía] ser capitalista» (una sociedad de emprendedores), y que el proletariado industrial keynesiano había pasado ahora a mejor vida (Boldizzoni, 2020). En el ambiente intelectual comenzó a proliferar un cierto *pessimismo dell'intelligenza*. Como le hizo saber Donna Haraway a David Harvey poco después del derrumbamiento de la URSS: «Creo que el problema más difícil al que me enfrento, lo confieso, es que he perdido la capacidad de imaginar cómo sería un mundo diferente al capitalista» (Davidson, 2015:109-110). Para muchos círculos intelectuales el futuro era algo menos y algo más que el *fin de la historia*, era como la amarga expresión de *fin de siècle* enunciada en *El retrato de Dorian Gray* de Wilde: «Sí que me gustaría que fuese *fin du globe* –dijo Dorian con un gran suspiro–, la vida es una gran desilusión»[15].

Desde la caída soviética y el extraordinario auge de la contrarrevolución de la derecha mundial «los regímenes

15 Oscar Wilde (1969), *El retrato de Dorian Gray*, Edaf Ed., Madrid, págs. 204-205.

neoliberales y el capital» penetraron en una turbulenta fase que inhibía a los Estados la posibilidad de actuar de «manera efectiva» y a largo plazo en favor del capitalismo mismo, conduciendo en cambio hacia una dirección en la que la nueva «ideología» iba a minar las bases mismas de la «economía sensata». La gravedad fue más acusada cuando se hizo evidente que cualquier política reformista adquiría el «potencial de constituir demandas revolucionarias en un contexto donde los regímenes» en permanente estado de excepción no podían «permitirlas» (Davidson, 2016). En *Cómo cambiar el mundo* Hobsbawm afirmó que «el efecto que tuvo el periodo 1973-2008 en la socialdemocracia fue que abandonó a Bernstein» y que la crisis de 2008 fue el «equivalente de derechas de la caída del muro de Berlín». En cierto modo, la demonización del Estado social por parte de la derecha política que abrazó sin fisuras el proyecto neoliberal no era diferente de la indiferencia que mostraron amplios sectores de la izquierda ante el papel que había desempeñado el aparato estatal durante el periodo señalado para llevar a cabo de forma sistemática la «privatización y liberalización» de la propiedad pública (Hobsbawm, 2012:420).

Hasta tal punto se produjo un giro incondicional del «centrismo extremo»[16] hacia la ideología neoliberal que cualquier objeción hacia sus fundamentos, por más irracionales o precarios que fuesen, hallaban la misma recusación que Marx observara en los economistas victorianos acerca de las instituciones feudales, a saber: «no hay más que dos clases de instituciones, las artificiales y las naturales. Las instituciones del feudalismo son instituciones artificiales; las de la burguesía, naturales» (Marx,

16 La expresión la he tomado del análisis de Tariq Ali sobre la deriva política occidental desde 1989. Véase *El Extremo Centro*, Alianza Ed., Madrid, 2015.

1847/1987:77). Así lo entendió Harvey en su *Breve historia del neoliberalismo*:

> El mundo capitalista fue dando tumbos hacia la respuesta que constituyó la neoliberalización a través de una serie de zigzagueos y de experimentos caóticos, que en realidad únicamente convergieron en una nueva ortodoxia gracias a la articulación de lo que llegó a ser conocido como el «Consenso de Washington» en la década de 1990. Por entonces, tanto Clinton como Blair pudieron haber dado la vuelta sin problemas a la observación de Nixon [hoy todos somos keynesianos] y decir de manera sencilla que «ahora todos somos neoliberales» (Harvey, 2007:20).

Y sin embargo, en retrospectiva, esa incapacidad de imaginar alternativas había permanecido con más costumbre de la observada por los analistas entre el ambiente político de la izquierda al oeste del muro de Berlín desde los años de la segunda posguerra mundial. Dado que la única elección al capitalismo realmente existente residía en la toma de poder político y en asumir el modelo extremo de capitalismo de Estado soviético (sobre todo tras la contrarrevolución de 1928), la izquierda se mantuvo relativamente autocomplaciente con la socialdemocracia reformista, al menos hasta los años de plomo del neoliberalismo angloamericano. Hasta aquel momento los movimientos y organizaciones de izquierdas se sintieron satisfechos con un «capitalismo reformado que reconociera la importancia de la mano de obra y de las aspiraciones socialdemócratas» (Hobsbawm, 1995:275; Davidson, 2015:111). Naturalmente, allí donde las condiciones materiales o de cualquier otra naturaleza de los trabajadores fordistas no se ajustaban a sus expectativas, la fuerza sindical en un entorno produc-

tivo industrial keynesiano podía, y de hecho lo hacía, corregir las consecuencias de la naturaleza acumulativa del capital, tal como atestiguan las arraigadas tradiciones de disidencia política de los decenios de 1960 y 1970 que habían caracterizado a las sociedades estadounidense y británica. Sin embargo, esas energías sociales y políticas alternativas a interpelar congruentemente la naturaleza del capitalismo quedaron virtualmente socavadas no solo en su expresión social, también en cierto sentido en sus bases teóricas. Mientras el proyecto neoliberal se expandía globalmente, argumenta Therborn, «el movimiento obrero estaba debilitado y las alternativas sistémicas embrionarias se venían abajo o quedaban completamente marginadas» (Therborn, 2007:61).

El universalismo que había guiado y caracterizado a los movimientos tradicionales de izquierda, expresado en las ideas de justicia social, democracia, solidaridad, *inter alia*, inspirado en las «revoluciones americana y francesa», así como en el posterior socialismo obrero, comenzó a redactar su obituario desde el decenio de 1970. Desde entonces, de forma progresiva, pero imparable, se fue extendiendo una contratendencia a aquel universalismo. Las protestas y reivindicaciones por parte de la izquierda política e intelectual se fueron transformando en una heterogeneidad de coaliciones de «grupos e intereses minoritarios: de raza, género, preferencia sexual, u otras preferencias culturales». Tendencia que fue reforzando una exacerbación de los particularismos, comprensible socialmente, aunque peligrosa políticamente porque, como advirtió elocuentemente Hobsbawm: «conquistar mayorías no equivale a sumar minorías». Lo cierto es que cada vez fue más evidente que «los socialistas, marxistas o de otra índole» habían perdido su «tradicional alternativa al capitalismo, a menos que, o hasta que, reflexionen sobre lo que querían decir con el tér-

mino socialismo y abandonen la presunción de que la clase obrera (manual) será necesariamente el principal agente de transformación social» (Hobsbawm, 2000:121; 2012:424).

Paradójicamente, veinte años después el núcleo de los argumentos hobsbamianos no se ha visto prácticamente alterado. La interpelación que hace Nancy Fraser a los dispersos movimientos sociales y políticos que intentan «salvar el planeta» de un desastre ecológico sin precedentes en la historia, no es otra que la búsqueda de un «nuevo sentido común» unitario contrahegemónico. En sus propios términos, existen «elementos transmedioambientales», como por ejemplo los «derechos de los trabajadores y trabajadoras, feminismo, antirracismo, antiimperialismo, conciencia de clase, prodemocracia, anticonsumismo, antiextractivismo» que, lamentablemente, no han convergido en una «perspectiva clara y convincente que conecte todas nuestras aflicciones presentes, ecológicas y de otro tipo, al mismo sistema social y a través de ello nos permita pensar integralmente» en una alternativa (Fraser, 2021:137). Parece que, al contrario de lo sucedido en el periodo de entreguerras, ahora no hay ejemplos de «regímenes comunistas o socialdemocráticos inmunes a la crisis», y los sectores intelectuales, socialistas o militantes de izquierdas carecen de «propuestas realistas» para un cambio sistémico (Hobsbawm, 2012:421).

El capitalismo *ab initio* es una formación social que cambia permanentemente de apariencia con el fin de mantener intacta su naturaleza que es la acumulación ilimitada de capital. Y es ahí, en el corazón mismo del sistema, en los conflictos distributivos que aprovecharon en su favor las oligarquías neoliberales con el incondicional apoyo de las autoridades públicas, donde la oposición política y los movimientos sociales anticapitalistas debieran haber sido más sólidos e inquebrantables (Carrillo, 2020*a*). ¿Se trata

de una apelación del principio determinista que reduce al capitalismo a la mínima variable de las fuerzas productivas? «Las fuerzas y relaciones de producción» –afirma Davidson inspirándose en la lectura de Marx y Engels– son antes que nada elementos constitutivos de lo social «más que de lo económico», puesto que tratan en esencia de la «organización de la cooperación y la explotación en y entre las clases» (Davidson, 2013:742-743). Por tanto, como desea recordarnos Piketty en *Capital e Ideología*, la presunta muerte de las ideologías por parte de aquellos que dicen defender un «pragmatismo absoluto», apenas «logra disimular su falta de interés por los hechos, la dimensión de su ignorancia histórica, lo cargante de sus prejuicios y su egoísmo de clase» (Piketty, 2019: 22-23).

3.1. *Crash*

Ese pragmatismo político, presumiblemente posideológico, dirigió sin obstáculos la era de fantasía crediticia y de fiebre especulativa maníaca de la década 1990. Las políticas clintonianas y sus retoños de la «tercera vía» europea formados en torno al centro-izquierda por los cuadros políticos de Blair, Jospin y Schröeder, impusieron una severa restricción a cualquier movimiento político que se opusiera a la desregulación del sector financiero. Fue el periodo del triunfalismo del capitalismo global (aunque no todos sintieran o valoraran en la misma medida sus virtudes). «El dominio casi absoluto de las ideas y de las prácticas neoliberales», escribe Boldizzoni en *Foretelling the End of Capitalism*, otorgó al capitalismo una especie de «caparazón inquebrantable» en el que las esperanzas y alternativas a un sistema transformado parecían haberse volatilizado. «El capitalismo era inmortal» y con el consabido y huero entusiasmo posmoderno de las economías posindustriales, fue desplazado fuera del «tiem-

po y el espacio» (Boldizzoni, 2020). Con una extraordinaria lucidez el sociólogo alemán Wolfgang Streeck en *Comprando tiempo,* cuyo subtítulo es mucho más clarificador: *la crisis pospuesta del capitalismo democrático*, ha argumentado, a mi juicio acertadamente, que «desde hace muchos años el capitalismo en los países democráticos ricos ha estado en medio de una triple crisis, sin final a la vista: una crisis bancaria, una crisis de las finanzas públicas y una crisis de la economía real». Su detallado análisis sobre las corrientes teóricas del capitalismo tardío, especialmente el énfasis depositado en el progresivo y desafortunado desplazamiento de la economía política del centro de gravedad de las teorías de la crisis, admite pocas objeciones. Seguramente la confluencia de esa triple crisis no fue advertida por nadie, según afirma, «nadie en la década de 1970, pero tampoco en la de 1990» (Streeck, 2016:21). Sin embargo, como bien sabe Streeck, es imposible ofrecer un cuadro detallista sobre el futuro, porque «ser capaz de predecir tendencias generales», que es por cierto donde reside la fuerza persuasiva de la ciencia histórica, «no equivale a poder predecir qué consecuencias concretas tendrán en las circunstancias del futuro, que, aparte de ser complejas, son en muchos casos desconocidas» (Hobsbawm, 2014:31-32).

De hecho, en la década de euforia especulativa de 1990 una minoría de analistas inteligentes comenzaron a albergar sólidas suspicacias acerca del futuro de un capitalismo que había penetrado en una fase peligrosamente autodestructiva. El economista Anwar Shaikh fue uno de ellos. Si la política conservadora, incapacitada por la teoría económica convencional y el afán insaciable de lucro del capital, halla la manera de debilitar las políticas de provisión social y los límites al capital financiero, «un devastador colapso está garantizado» (Shaikh, 1990:400-401). «El futuro no sólo no puede ser una prolongación del pasado –escri-

bió Hobsbawm en su *magnum opus*, *Historia del siglo XX* (1994)– sino que hay síntomas externos e internos de que hemos alcanzado un punto de crisis histórica […] Nuestro mundo corre el riesgo a la vez de explosión y de implosión, y debe cambiar». Para el historiador era evidente que «la historia de los veinte años que siguieron a 1973» podía ser escrita como «la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis» (Hobsbawm, 1995: 576,147).

Políticamente, en *The Retreat of Western Liberalism* Edward Luce argumenta que «Donald Trump y sus homólogos en Europa no causaron la crisis del liberalismo democrático. Son un síntoma. Esto puede ser difícil de digerir, particularmente para los liberales estadounidenses, cuya visión del mundo se ha visto sacudida por su victoria, pero, a pesar de ello, mantienen la fe en que las cosas eventualmente saldrán bien». Sin embargo, no ha sido así y, efectivamente, el «dios occidental de la democracia liberal» alberga signos inequívocos de decadencia al mismo tiempo que no han dejado de brotar gobiernos autoritarios por todo el mundo. Luce, en contra del estupor de ciertos sectores progresistas y niveladores de opinión mediáticos, concluye que la «reacción violenta de las clases medias, que son los mayores perdedores en una economía global» se ha ido «gestando desde principios de la década de 1990». Desde los *left-behinds* procedentes de los cinturones desindustrializados de la *Union Jack*, hasta los *couches moyennes* de los barrios marginales de Francia, o los *squeezed middle* del universo Walmart estadounidense, la cantidad de infortunados de este sistema económico y político irracional no han dejado de crecer, como también su «impaciencia» (Luce, 2017).

La desigualdad existencial y el resentimiento social han sido explotados por el *establishment* global y la derecha po-

lítica para nutrir las filas del nuevo autoritarismo. Por su parte, el pragmatismo político arremetía sin piedad contra los resentidos que, según su perspectiva, carecían de la suficiente educación y sensibilidad para apreciar las ventajas del cosmopolitismo global. Palabras como «populismo», «fascismo», «comunismo» y otros vocablos del pasado, se empleaban de forma anacrónica y por tanto acrítica en los campos de batalla políticos y mediáticos. Esta forma de aproximarse al pasado, ha escrito Riley, «distorsiona la cuestión central de la política contemporánea». Al carecer de una perspectiva histórica y de contraejemplos al programa neoliberal, las causas de la polarización existencial y la parálisis de la reproducción social terminaron siendo interpretadas erróneamente a través de lo que Hegel denominó la «forma pragmática de la historia reflexiva»: el pasado no era más que un crisol de ideas moralizantes para juzgar los acontecimientos del presente (Riley, 2019:8-9). Sin embargo, y contra el anacronismo, no estábamos en la época de entreguerras, ni siquiera en la de la Guerra Fría, sino en la del capitalismo neoliberal planetario.

Económicamente, de acuerdo con Shaikh, «la crisis económica general que se desató internacionalmente en 2008 es una Gran Depresión. Fue iniciada por una crisis financiera en Estados Unidos, pero no fue la causa» sino el detonante que se había iniciado con el gran *boom* especulativo de la década de 1980. Desde aquel momento, el capitalismo de las economías avanzadas contuvo la contracción salarial y la explosión social bajo el control de mando de las «tasas de interés decrecientes y un crédito cada vez más fácil» (Shaikh, 2011:44-63). Las democracias occidentales y el deterioro acelerado de los sistemas de gobierno representativos, al menos allí donde tales formas políticas se desarrollaron, comenzaron a resquebrajarse. A partir de entonces, y con desmedida frecuencia, la de-

mocracia se convirtió en un fetiche del capital ficticio, es decir, la provisión de derechos sobre una riqueza no producida que adquiere la forma de servidumbre por deudas. Tal servidumbre comprende, como en la época de Marx, la salvaguarda de los derechos del sector financiero. «Con el desarrollo del capital que devenga intereses y el sistema de crédito, escribió Marx en *El capital*, todo capital parece duplicarse y, a veces, triplicarse, por las diversas formas en que el mismo capital, o quizás incluso el mismo derecho sobre una deuda, aparece en diferentes formas en diferentes manos». La mayoría de este «capital monetario» es lisa y llanamente ficticio. «Todos los depósitos, con excepción del fondo de reserva, son meros derechos frente al banquero, que, sin embargo, nunca existen como depósitos» (Marx, 2010*b*:470-471).

Es evidente que no estábamos solo ante un problema de tipo económico, no al menos en el sentido que lo entiende la disciplina académica así denominada. El potencial social para oponerse a los designios del capitalismo había sido reducido, al mismo tiempo que las condiciones para la subversión se acrecentaban en todo el mundo. La política en las economías del Atlántico Norte consistió en un «proceso insostenible de pedir prestado al futuro década tras década: desde la inflación de la década de 1970, pasando por la deuda pública de 1980 y la deuda privada en la de 1990 y principios de la siguiente, hasta la explosión final en la crisis de 2008» (Streeck, 2012*a*: 55-62). Y aunque la crisis había estallado «principalmente en el mercado de la vivienda en el sudoeste (California, Arizona y Nevada) y en el sur (Florida y Georgia) de Estados Unidos», las consecuencias del terremoto económico tuvieron resonancias transnacionales. Particularmente en la República Popular China se produjo una vasta masa de desempleados que podían contarse por millones a principios de 2009, especial-

mente «en las regiones industriales» (Harvey, 2018: 9-10). Si las sociedades del Norte global reducían sus niveles de consumo, las fábricas asiáticas corrían el riesgo de arruinarse; es decir, la economía mundial había dejado paso gradualmente a la economía global. Como había pronosticado Marx en los *Grundrisse*, la propensión a «crear el mercado mundial está dada directamente en la idea misma del capital. Todo límite se le presenta como una barrera a salvar» (Marx, 1857-1858/2007:360). Robinson concibe la culminación contemporánea de este cambio secular en la formación social capitalista como el alumbramiento de un sistema realmente «transnacional y un nuevo sistema global de producción y finanzas en el que todas las naciones y gran parte de la humanidad han sido integradas, ya sea directa o indirectamente». Es decir,

> Hemos pasado de una *economía mundial* en la que los países y las regiones estaban vinculados entre sí a través de los flujos comerciales financieros en un mercado internacional integrado a una economía global, en la que las naciones están vinculadas más orgánicamente a través de la transnacionalización del proceso de producción, de las finanzas y de los circuitos de acumulación de capital (Robinson, 2021:13).

De forma inevitable, el núcleo del capitalismo avanzado y el complejo sistema de países que habían formado parte de la periferia convergieron. De hecho, fueron muy frecuentes las analogías entre los «programas que el FMI (a veces con el Banco Mundial) impuso a los países en vías de desarrollo, así como a los mercados emergentes» y la disciplina política de austeridad a la que se sometió a Grecia y en general a los demás países perturbados por la Gran

Recesión de 2008. La *reductio ad absurdum* neoliberal que había socavado desde la década de 1980 las «promesas del desarrollo» en gran parte de los países del Sur global con el simple pero peligroso precepto de que «había que privatizarlo todo, desde las fábricas a la seguridad social» (Stiglitz, 2017:15; 2016:55), entró a formar parte del vocabulario político global. Y sus consecuencias fueron verdaderamente dramáticas. De forma paradójica, o tal vez por lo mencionado no, a pesar del estruendoso fracaso de las políticas neoliberales angloamericanas que condujeron irrevocablemente al colapso de la Gran Recesión, el consenso en torno a la ortodoxia economicista no se vio alterado. La «arrogante autocomplacencia» que surgió con la denominada Gran Moderación, que supuestamente ponía fin al ciclo de perturbaciones macroeconómicas gracias a las acertadas «reformas» del ultraliberalismo y a las sabias decisiones de los «banqueros centrales», parecía no tener límites (Grahl, 2017:148).

La amplitud de los cambios y las expectativas de una crisis global donde convergían elementos políticos, sociales, culturales y ecológicos provocaron que los augurios del fin del capitalismo, incluso de la humanidad *à la* Karl Kraus, fueran terreno común especialmente en el discurso intelectual de tendencia izquierdista. Un estado de ánimo similar al que Richard Overy observó al estudiar la Gran Bretaña del periodo de entreguerras, es decir, como el «presentimiento de un desastre inminente» parecía recorrer el mundo en forma de tragedias personales y colectivas. Como escribió Hobsbawm en una crítica a la obra de Overy *The Morbid Age*: «No hay nada especialmente británico o exclusivo del siglo XX en esa clase de ánimo». Los auspicios del fin de los días se hallan inscritos en el código genético del ser humano (Hobsbawm, 2013:158). Hay, sin embargo, una brecha con frecuencia insuficientemente cu-

bierta entre gran parte de los pronósticos intelectuales que auguran una sociedad sin futuro y la labilidad de sus propios argumentos. ¿A qué se debe esta zona gris? En parte, por la misma razón que Marx puso patas arriba a Proudhon cuando le conminó a revisar su sesgo antidialéctico que reducía al capitalismo como formación social distinguiendo laxamente entre los aspectos «buenos» y aquellos otros que constituían su lado más infame. Fredric Jameson lo captó con notoria claridad cuando afirmó que «Marx nos insta imperiosamente a hacer lo imposible, es decir, a pensar ese desarrollo positiva y negativamente al mismo tiempo»; a lograr, en otros términos, un tipo de «pensamiento que pueda captar, en un solo concepto y sin que un juicio atenúe la fuerza del otro, los rasgos manifiestamente funestos del capitalismo junto a su dinamismo extraordinario y liberador» (Davidson, 2013:920-921). Y en parte, como consecuencia del sesgo anterior, porque las cáusticas críticas lanzadas sobre el disfuncional sistema encarnado en el capitalismo neoliberal, adolecen frecuentemente de capacidad interpretativa. La recriminación que el biólogo y filósofo Richard Levins lanzó contra lo que denominó «literatura capitalista» puede extrapolarse a la debilidad argumental de una parte nada desdeñable del pensamiento contemporáneo. Cuando afrontan un problema que perturba a la humanidad, escribe Levins, la «parte final es la parte más débil, ya que después de ir explicando por qué es imposible continuar como hasta ahora, terminan diciendo que necesitamos mejor educación y buena voluntad» (Levins, 2015:28). Algo parecido ha sugerido Robert Pollin a los sectores políticos y sociales que pretenden desarrollar un programa «multiuso y no detallado» de una economía basada en el «decrecimiento», sobre todo si el objetivo último es tomarse en serio un «proyecto mundial viable de estabilización del clima» (Pollin, 2018:30).

Paradójica, aunque no sorprendentemente dada la extraordinaria aculturación neoliberal, mientras el mundo ha quedado de forma inextricable envuelto por la última fase de globalización, los estudios estructurales, las grandes sistematizaciones y las fórmulas del materialismo histórico, continúan siendo marginales. Como consecuencia persiste de forma obsesiva una tendencia a reemplazar el análisis científico de las causas subyacentes, el estudio del cambio histórico, por la simplicidad de discutir de forma tautológica sobre los síntomas y epifenómenos que estallan constantemente en la superficie social, cuando realmente causas, síntomas y consecuencias deberían analizarse orgánicamente, como una unidad contradictoria (Carrillo, 2020*b*).

En este capítulo y en el siguiente he intentado contribuir al fecundo debate sobre la crisis del capitalismo global inspirándome en esa perspectiva histórica y dialéctica. En primer lugar, se analizan las consecuencias del proyecto neoliberal a partir de su expansión desde la crisis del capitalismo keynesiano de posguerra a finales de la década de 1960, crisis que acelera y confluye con la decadencia de las políticas desarrollistas en América Latina y en el continente africano. La anhelada industrialización siguiendo el modelo histórico del capitalismo avanzado sería sustituida durante la década 1980 por las Políticas de Ajuste Estructural: la versión neoliberal impuesta por las instituciones supranacionales del nuevo orden monetarista en gran parte del Sur global. Por supuesto, en el saqueo neoliberal participaron enérgicamente amplios sectores de las élites neocoloniales, políticas y empresariales, que como decía Hirschman coincidiendo con Frantz Fanon, siempre se mostraron reacias a «dar algo para no perderlo todo» (Hirschman, 1979:96). El auge de la contrarrevolución neoliberal liderada por Thatcher-Reagan (1979 y

1981 respectivamente), así como el derrumbamiento del contraejemplo Soviético (1985-1991), convergieron con el extraordinario ascenso de la China posmaoísta. Durante la era de Deng Xiaoping, iniciada en 1978, en el país asiático se desarrolló un capitalismo de Estado que dos décadas después, y a pesar de continuar enarbolando la bandera comunista, se había transformado en una especie de régimen híbrido socialista con características chinas y afinidades neoliberales. El blairismo y los acólitos de la «tercera vía» europea demostraron ser alumnos aventajados de la nueva derecha mundial. El programa neoliberal había alcanzado un grado ecuménico y el margen de gobernabilidad estatal quedó erosionado gravemente o, más preciso, el Estado actúo incondicionalmente en su favor. Por usar una analogía orwelliana, parecía que no importaba «*quién* detentara el poder con tal de que la estructura jerárquica fuera siempre la misma. Todas las creencias, costumbres, aficiones, emociones y actitudes mentales que caracterizan a nuestro tiempo sirven para sostener la mística»[17] del neoliberalismo.

Por último, se analizan algunos de los problemas centrales de nuestro tiempo, a saber, la desigualdad en cualquiera de sus formas, la pobreza, la formación del capital ficticio y sus descontentos, la explotación laboral expresada simultáneamente en las economías posindustriales y en el Sur global a través de la destrucción no tan creativa de las cadenas de valor y otras formas vinculadas al neoestajanovismo de la *gig economy* y al tecnoutopismo del silicio; así como la alteración antropogénica de la biodiversidad terrestre sin precedentes en el registro histórico.

17 George Orwell, *1984*, Austral, Barcelona, 2010, pág. 267.

3.2. Convergencias y Ajustes

El eminente economista y sociólogo italiano Giovanni Arrighi interpretó los años que siguieron a 1970 como el resultado de una crisis dual de rentabilidad y legitimidad. La primera de ellas fue consecuencia, fundamentalmente, de la asombrosa «intensificación a escala mundial de las presiones competitivas sobre las empresas en general, y sobre las firmas industriales en particular», originada en la «gran expansión del comercio y la producción mundiales durante las décadas de 1950 y 1960». La segunda, «la crisis de legitimidad», fue el resultado lógico de la «crisis de rentabilidad». El keynesianismo de posguerra había perdido su credibilidad, al menos cuando la crisis precipitó la intensificación de la «competencia por recursos cada vez más escasos, tanto humanos como naturales». Las cruentas guerras de Corea (1950-1953) y Vietnam (1955-1973), como parte del programa ideológico de «coerción para afrontar el desafío comunista en el Tercer Mundo», generaron un dramático rastro de pérdidas humanas y gigantescos déficits fiscales cubiertos con emisiones; aspectos que se combinaron con una creciente ralentización en el crecimiento de la productividad manufacturera estadounidense (Arrighi, 2002:16; Brenner, 2006).

Las contradicciones endógenas del capitalismo keynesiano, virtualmente latentes desde mediados de la década de 1960, convergieron a finales de la siguiente con la crisis subyacente de las economías del Sur global. Aunque los proyectos desarrollistas desplegados por la topografía social de América Latina y buena parte del continente africano durante casi toda la década de 1970 fueron capaces de elevar sus tasas de crecimiento económico, no hubo, sin embargo, una correlación con el bienestar de sus poblaciones que, si bien en algún caso mejoraron lentamente,

la pobreza, el analfabetismo y el desempleo estructural no dejaron de acrecentarse. Además, en los países de la periferia pronto estallarían las consecuencias de la crisis de la deuda, en parte precipitada por la sobreabundancia de liquidez derivada de la inflación de los beneficios petrolíferos depositados en bancos occidentales y mercados financieros *off shore*. Un dinero que procedente de los países del Golfo iba a ser reciclado «como préstamos de capital en términos altamente favorables» para los países periféricos (Arrighi, 2002:17). Pero, entonces, la crisis de rentabilidad se combinó con la crisis inflacionaria derivada en parte de la crisis del petróleo y, en parte, de los citados déficits de guerra contra el comunismo.

Cuando los años setenta dejaron paso a los ochenta se puso de manifiesto que los problemas del capitalismo keynesiano no podían interpretarse en términos estrictamente económicos, eran también políticos e inevitablemente sociales. De hecho, la guerra contra la inflación de la década de 1970 no fue solo una guerra económica; como escribió Hirschman «ciertas fuerzas sociales y políticas subyacentes» se hallaban entre las variables decisivas de este desorden económico (Hirschman, 1984:225). La inflación podía considerarse como el percutor que disparaba a la masa laboral contra el capital para reclamar un ajuste salarial ante el incremento de los precios. Dicho de otro modo, la inflación constituía el «instrumento para cerrar la brecha entre las reivindicaciones de los ciudadanos y las de los mercados». Pero, cuando la inflación desapareció en 1979 gracias a la intervención de Paul Volcker –presidente de la Reserva Federal (FED) bajo la administración Carter (1977-1981) y hasta agosto de 1987 con Reagan (1981-1989)–, la responsabilidad «de asegurar la paz social recayó sobre el Estado». El *shock* de Volcker «elevó los tipos de interés a alturas sin precedentes (en 1981 alcanzó la cima del 19,8 por cien-

to) provocando que el desempleo alcanzara niveles nunca vistos desde la Gran Depresión» (Streeck, 2017*a*:104). Las tendencias de la crisis económica se vieron de este modo reforzadas hasta tal punto que, «empujado hacia abajo por tasas de interés record, la utilización de la capacidad se desplomó y la rentabilidad manufacturera cayó un 50 por ciento por debajo de su nivel de 1978, dejándola un 54 por ciento por debajo de su nivel de 1973 y más del 70 por ciento por debajo de su nivel de 1965». La tasa de desempleo alcanzó un 11 por ciento y las quiebras bancarias y empresariales llegaron a niveles insospechados; el corazón del edificio keynesiano de posguerra se había hundido (Brenner, 2002: 195).

Los bancos occidentales desesperados por hallar nuevas fronteras de inversión en una época en la que las fuentes de rentabilidad se estaban secando, se dedicaron a realizar préstamos masivos en la periferia. Con la «crisis de la deuda soberana» durante la década de 1980 más de 40 países fundamentalmente latinoamericanos y africanos tuvieron que afrontar serios problemas para «pagar sus deudas cuando los tipos de interés aumentaron repentinamente a partir de 1979» (Harvey, 2016:21-23). El reciclaje de los petrodólares de Nueva York y Londres reconfiguró la economía política de los países del Sur global, sellando su destino con la carga de la deuda. Como afirmaron Leo Panitch y Sam Gindin en *The Making Global Capitalism*, «la relación deuda/PIB total de África aumentó del 20 por ciento en 1980 al 60 por ciento en 1990», al finalizar dicha década su deuda se aproximaba a un escandaloso 70 por ciento. Los lectores de los informes del Banco Mundial podían leer en 1997 que «a pesar de la expansión de la liberalización comercial, la participación del comercio en el PIB disminuyó en cuarenta y cuatro de los noventa y tres países en desarrollo» entre 1985 y 1995; como consecuen-

cia, muchos países comenzaron a colapsar «desde dentro» (Panitch y Gindin, 2013:219).

Como demostraría el ilustrativo caso latinoamericano, la crisis de la deuda internacional se convirtió en el «episodio económico más traumático» de su historia. El anhelado deseo a instancias de Washington de convertir a los países al sur de río Bravo en clientes, había sido consumado. Los «prestatarios latinoamericanos fueron cortejados por los prestamistas» y guiados por «la vía del jardín», tras la cual se les suministró convenientemente el *Volcker shock* de las tasas de interés vertiginosamente crecientes (Hirschman, 1987:799-803). Durante aquel funesto periodo se produjo un retroceso del «121 por ciento de promedio del PIB per cápita mundial al 98 por ciento, y del 34 al 26 por ciento del PIB por habitante de los países desarrollados». Las instituciones supranacionales actuaron en defensa de los intereses especulativos de los acreedores, reduciendo a los países a meras variables que debían cumplir con la servidumbre de la deuda. La región fue sin duda la «víctima» propiciatoria de una estrategia de la solución de la crisis, no sólo de la deuda interna, también de la «crisis bancaria estadounidense» (Ocampo, 2014:40). Naturalmente, las élites políticas y amplios sectores empresariales participaron de forma consciente y muy activa en el asombroso saqueo que las Políticas de Ajuste Estructural extendieron por la mayor parte de los países del Sur global. Se produjo una conversión incondicional al proyecto neoliberal que podía expresarse con las palabras de Gustavo Franco –un desertor de la economía heterodoxa y Director del Banco Central de Brasil bajo el primer gobierno de Cardoso (1995-2002)–, cuando fue interrogado sobre sus motivaciones para abrazar el nuevo credo, su respuesta fue lisa y llanamente: «en Brasil en ese momento la elección [era] entre ser neoliberal o neo-idiota [neoburro]» (Palma, 2014).

Y sin embargo, con anterioridad a la conversión monetarista en América Latina durante las décadas de 1940 y 1950 se habían producido una serie de cambios tan profundos que la «industria y el PIB real en gran parte de las repúblicas fueron capaces de orientarse en la dirección opuesta a la exportación de bienes primarios» (Bulmer-Thomas, 2002). Para «combatir y neutralizar» las consecuencias del «efecto polarización», es decir, la brecha que separaba al núcleo central del capitalismo noratlántico de los países que englobaban a la heterogénea periferia mundial, Hirschman afirmaba con argumentos keynesianos y la historia de su lado, que no debía eludirse la gestión política de la economía por parte de regímenes de planificación estatal (Hirschman, 1984). Este *ethos* del capitalismo de Estado se prolongaría con el apogeo del comercio internacional de la década de 1960, estimulando así la diversificación de las exportaciones de la región e incentivando el crecimiento eficiente de exportaciones manufacturadas, especialmente en países donde el modelo de industrialización se había constituido más sólidamente, como fue el caso de México, Brasil y Argentina, pero también en países más pequeños como Chile y Uruguay. Durante la siguiente década, sin embargo, el crecimiento económico se basó en una combinación de creciente «endeudamiento externo» y nuevos hallazgos de reservas petrolíferas. Además, estuvo marcado por un nuevo entorno económico resultado de un «programa radical de liberalización comercial y financiera» que debilitó la economía política planificada por el Estado provocando, entre otras consecuencias, una «abrupta reversión» en las estrategias de industrialización (Palma, 2005), así como una «regresión extrema en el equilibrio de poder de las clases sociales» (Sader, 2008: 5-6).

Políticas neoconservadoras que, como decía lacónicamente Hirschman en 1987, eran adoptadas como una

nueva «religión económica» por la mayor parte de las élites latinoamericanas, con todas sus ventajas según el clero neoliberal: «mercados libres, privatización e inversión extranjera privada» (Hirschman, 1987:769-804). Evitando, por supuesto, cualquier indeseable e innecesaria injerencia política en los asuntos económicos, al menos según las ambiguas prescripciones de los teóricos neoclásicos (Davidson, 2008:36-38). Pero además, allí donde el *doux commerce*[18] no podía actuar con «libertad», la mano visible y violenta de los regímenes militares despejaba «el camino» para aplicar las Políticas de Ajuste Estructural. ¿Cómo, en todo caso, se pudo llevar a cabo la venta masiva de los patrimonios industriales nacionales, dilatada mucho más notablemente durante las dictaduras en Chile, Uruguay y Argentina, sin debilitar cuando no hundir «la capacidad del pueblo para defender sus intereses»? Los tres países citados habían alcanzado éxitos considerables e incluso disfrutaron de amplios sistemas de protección social públicos, con una importante actividad en la expansión de los mercados domésticos, satisfaciendo así el «bienestar social de la población» a través de la prestación de servicios públicos (Sader, 2008:6).

No sería del todo preciso afirmar que las dramáticas consecuencias del llamado «Consenso de Washington» en América Latina, o la tragedia africana de finales del siglo XX, se reducían exclusivamente a la variable dependiente de la deuda externa, o a la declarada hostilidad imperial estadounidense. Sin la menor duda, los obstáculos al desarrollo se podían encontrar también en la «burguesía de espíritu», tal como Frantz Fanon caracterizó peyorativamente el inmovilismo de las élites de los países «subde-

18 Expresión satirizada por Marx, quien al interpretar la fase de acumulación primitiva del capital «repasa algunos de los episodios más violentos de la historia de la expansión comercial europea». Véase en Hirschman, (2014: 83-84).

sarrollados» para «crear un embrión de industrialización» (Fanon, 2002). Es probable que la tragedia africana hubiera adquirido otros visos si, por ejemplo, los ingresos obtenidos durante los años dorados del desarrollismo (1960-1975) gracias a los favorables términos de intercambio de las exportaciones de café, cacao o cobre, no se hubieran dilapidado en su mayor parte en «estériles proyectos de industrialización, mal planteados o fraudulentos», o con frecuencia ambos combinados (Fontana, 2013*a*:707). En cualquier caso, omitir la larga y dramática historia del imperialismo contemporáneo no solo sería un error, sino una mendacidad. Una historia que podía ser trazada literalmente con las palabras del diplomático y ardiente defensor de la guerra de Vietnam Zbigniew Brzeziński extraídas de un pasaje de *The Grand Chessboard* (1997): «los tres grandes imperativos orientadores de la estrategia geopolítica norteamericana son impedir la colusión entre –y preservar la dependencia de– los vasallos más poderosos en cuestiones de seguridad, mantener la sumisión y obediencia de las naciones tributarias y prevenir la unificación de los bárbaros» (Panitch y Gindin, 2004:2).

En efecto, allí donde el *establishment* capitalista ha sentido que sus intereses podían ser vulnerados por la corrección de la política democrática, ha predominado la justicia de mercado de forma irrevocable. Bastaría como hace Neil Davidson repasar «las actividades antidemocráticas apoyadas y en algunos casos promovidas por Estados Unidos en los territorios más próximos, limitando nuestras consideraciones a los dirigentes elegidos cuyos nombres comienzan por la primera letra del alfabeto», es decir, Allende en Chile, Arbenz en Guatemala y Aristide en Haití, para corroborar dicha afirmación (Davidson, 2013:19). De hecho, en el primero de esos países se representó el primer acto del drama neoliberal, protagonizado por los catequistas de

la escuela de Chicago y sus fieles reaccionarios chilenos. El asalto monetarista llevó a cabo la privatización del Estado, la represión política y social, así como una reversión de las políticas sociales reformistas. «Este es el lado inquisitivo de la economía de libre mercado» (Hudson, 2012:25).

Pero, incluso allí donde las decisiones políticas pretendían reorientar la discrecionalidad de la «mano invisible» de los mercados «autorregulados», las instituciones financieras supranacionales, con su imperialismo encubierto, empleaban todo su arsenal ideológico para disuadirlas. Así, por ejemplo, cuando a finales de la década de 1990 el Estado chileno decidió usar los recursos económicos ahorrados en un fondo de estabilización, creado en 1985, con el fin de corregir políticas excesivamente procíclicas inducidas por la bonanza exportadora del cobre, el FMI insistió en que no lo hiciera, basando su argumento en que se trataba de un «gasto deficitario». En consecuencia, y de acuerdo con Stiglitz, la economía chilena sufrió un acusado descenso del crecimiento. Pero también un espectacular incremento de la concentración de la riqueza que, al escribir esto, detenta un minúsculo 1 por ciento formado por élites empresariales que se apropian de un tercio del ingreso nacional (Stiglitz, 2016:195-196).

En términos generales, en la periferia del sistema capitalista las deficiencias económicas y políticas endógenas se combinaron con la crisis de la deuda, la «inflación galopante» y el monetarismo irracional del FMI y el BM, destruyendo «la mayor parte de los incentivos a la inversión industrial y al empleo público», canalizando «el ahorro nacional desde las actividades productivas hacia la especulación del suelo». En el continente latinoamericano, «la obligada austeridad que impusieron los Planes de Ajuste Estructural en la década de 1980 redujo la inversión pública en sanidad y agua potable, acabando con el descenso de

mortalidad infantil que se producía en aquel momento». El resultado «del ajuste estructural en África» produjo, entre otros factores, «la huida de capitales, el colapso de la producción, un descenso o un insignificante aumento de los ingresos por exportaciones, un recorte drástico de los servicios públicos urbanos, un aumento vertiginoso de los precios y una caída de los salarios reales» (Davis, 2014:114-115,200-201). Una vez enterrado el proyecto desarrollista, los países del Sur global –con la excepción de los que pronto liderarían las curvas de crecimiento económico mundiales situados en Asía-Pacífico (menos fieles en aquellos años al credo neoliberal)– de forma voluntaria o forzada adaptaron «sus economías a las nuevas circunstancias de la acumulación a escala mundial creadas por la reorientación de los flujos de capital hacia Estados Unidos». Probablemente las opciones de autonomía para los países neocoloniales siempre fueron ajustadas y controladas por la «jerarquía global de la riqueza» pero, como escribe Arrighi, «siempre hay algo que pueden llevar a cabo para aumentar (o disminuir) el bienestar de sus ciudadanos en un determinado nivel de pobreza o riqueza» (Arrighi, 2002:22,33).

La ironía histórica del «Consenso de Washington», que pretendía corregir las desigualdades globales a través de un «proceso de convergencia en la distribución del mercado», y cuyo apostolado miró con desprecio al keynesianismo de posguerra, es que dicha «convergencia» se produjo «exactamente al revés». Durante las primeras décadas del siglo XXI, y especialmente durante los años que siguieron a la Gran Recesión, los países de ingresos altos pertenecientes a la OCDE confluyeron con los de ingresos medios «altamente desiguales», como los de América Latina. Como afirma sarcásticamente José Gabriel Palma, el neoliberalismo en vez de estimular a Latinoamérica a «europeizarse», condujo a los países de la OCDE a adoptar un modelo al

estilo de república bananera. Seguramente hasta el mismo Marx podría haber pensado que el proyecto neoliberal era «cualquier cosa menos un desarrollo capitalista como tal; pero sea por la razón que fuese, la tendencia actual es vivir en un mundo al revés del prometido» (Palma, 2020).

Varios factores iban a minar severamente la autonomía económica de los estados para escapar de la hegemonía de las potencias que controlaban a finales del siglo XX los sistemas financieros globales. El ascenso político del thatcherismo-reaganismo, el derrumbamiento del Imperio soviético y el fin de las experiencias desarrollistas en los países pertenecientes al Tercer Mundo, así como la asombrosa transformación de la China posmaoísta, hicieron converger al mundo en una economía cada vez más interdependiente y por ello mismo más vulnerable. Estos acontecimientos fueron decisivos y reconfiguraron drásticamente el mapa de la economía política mundial. En parte, fueron desencadenados por una acción política consciente y, en parte, fueron el desenlace inevitable de las contradicciones internas del sistema económico de posguerra. Una dinámica del orden mundial que en cierto modo reforzó la desintegración interna de la Unión Soviética, disolviendo las alternativas sistémicas al capitalismo realmente existente. Una vez que los restos de la Revolución de Octubre fueron enterrados, la ofensiva de la derecha mundial fue mucho más flagrante.

3.3. Derrumbamiento

El bloque soviético no se derrumbó por la acción directa del ascenso del programa neoliberal durante la década de 1980, aunque la dinámica de la economía mundial contribuyó a ello, y en cierto modo la política estadounidense actuó como un factor perturbador del desenlace final. Des-

de el interior, la implosión soviética no estuvo dirigida por «los románticos nacionalistas de las repúblicas no rusas», ni por «intelectuales democráticos de Moscú o Leningrado»; obedeció principalmente al extraordinario «fracaso de la acción colectiva» que desde la era de Stalin se combinó con los «acontecimientos políticos» precipitados durante los cuatro años que transcurrieron entre el inicio de la *glasnost* y la *perestroika* en 1985 y la caída del muro de Berlín (1989). Durante ese periodo Mijaíl Gorbachov aprovechó sus «poderes supremos» para asegurar la continuidad de sus políticas, controlar «las redes internas de patronazgo» y el poder de la *nomenklatura* (Derluguian, 2015:148-149). En aquel momento ya era evidente la asombrosa brecha que separaba la retórica política de los reformadores y la realidad económica subyacente. Los reformistas soviéticos tenían claro aquello que «deseaban abolir», sin embargo, la alternativa que perseguían inspirada en una «economía socialista de mercado» con un tejido industrial autónomo y viable, gobernado «macroeconómicamente por el centro de decisiones económico», no dejaba de ser «poco más que una frase». Como escribió Hobsbawm poco después del derrumbamiento soviético, lisa y llanamente «los reformistas querían tener las ventajas del capitalismo sin perder las del socialismo» (Hobsbawm, 1995:478).

Económicamente, el sistema soviético «operaba con costes fijos muy altos», y sus gastos estructurales eran vastísimos. En palabras de Galbraith, «para producir cualquier cosa (o, en este caso, incluso para no producir nada) debían asumirse tales costes fijos». Naturalmente, la responsabilidad fiscal de los costos era inevitable y debía de «pagarse sin importar si la producción llegaba a los consumidores» o, en todo caso, «si el consumidor quería o no tal producción cuando le llegaba». La ineficiencia era considerable.

Había también factores exógenos que contribuyeron a la caída del Imperio soviético, vinculados fundamentalmente con la riqueza de sus recursos naturales y la influencia geopolítica que para los «estrategas estadounidenses» estaba adquiriendo Europa oriental; región a la que abastecía la URSS con sus reservas de petróleo y gas natural. Por su parte, la estrategia de control del «tipo de interés mundial» que llevó a cabo Volcker «como arma contra el precio de un bien estratégico que Estados Unidos ya no controlaba: el petróleo», disparó la deuda mundial afectando considerablemente a la economía soviética. Así fue como a finales de la década de 1980 los efectos combinados de la deuda (que frecuentemente se pagaba mediante el «desvío de recursos naturales a mercados exteriores»), los tipos de interés elevados y el descenso de los «precios de la energía a nivel mundial», contribuyeron a llevar a la Unión Soviética a su hundimiento. Cuando este se produjo, la producción industrial descendió en torno al 40 por ciento y la demanda interna de productos básicos, tales como níquel, acero, gas y petróleo, se contrajo drásticamente. El cierre de fábricas siguió al drenaje de trabajadores y a la quiebra de los sistemas de salud y educación; se abandonaron las «inversiones básicas en vivienda e infraestructuras». Los estándares de vida se precipitaron al vacío y la mortalidad, como consecuencia del empobrecimiento, el alcoholismo y la violencia social, se elevó a la estratosfera.

Cuatro años después de la caída del Muro el producto nacional se había deprimido un 50 por ciento; alimentos básicos como la carne y la leche se transformaron en artículos de lujo; la sanidad pública, vaciada económicamente, quedó restringida a la miseria. Una «nueva sociedad» había surgido: «más pobre, con mucha más desigualdad y dependiente de la explotación eficiente de los recursos naturales restantes». Muy pocos observadores se percataron de que

la «restauración del capitalismo en la antigua Unión Soviética se cobró más vidas que las guerras de Iraq y Siria combinadas» (Galbraith, 2018:223 y 53-54; Fontana, 2017:500-504; Therborn, 2017:85).

Políticamente, la decadencia del comunismo occidental tras 1968 junto a la «incapacidad de los dirigentes de la Unión Soviética» y de sus países satélites para «aceptar el desafío del programa de socialismo de rostro humano que se había planteado en la Primavera de Praga, demostraron que su vocación revolucionaria había terminado» (Fontana, 2017:641). Cuando Borís Yeltsin asumió la presidencia tras la dimisión de Gorbachov el 25 de diciembre de 1991, Rusia comenzó una dramática transición política hacia un modelo de capitalismo iliberal. La cirugía política que debía cambiar el rostro del agotado socialismo soviético contó con el asesoramiento de economistas norteamericanos, entre los que destacaron un profesor de macroeconomía de la Universidad de Columbia, teórico del «desarrollo sostenible» y abanderado de la lucha contra la pobreza, Jeffrey Sachs, y el economista y Secretario del Tesoro durante la administración Clinton, Larry Summers. No hubo una transición gradualista, se llevó a cabo una terapia de choque consumada con la privatización de la vasta economía estatal soviética; entre 90.000 y 200.000 empresas públicas fueron desnacionalizadas en su totalidad hacia finales de 1993, y solo un 14 por ciento se había realizado con cierta trasparencia pública, «la mayoría lo fueron bajo mano, en negociaciones marcadas por el signo de la corrupción». En ese momento se fraguó el espacio político para la captura de la riqueza económica y del aparato estatal en manos de un puñado de «oligarcas» como Román Abramóvich, Borís Berezovsky, o el que más tarde ocuparía el Kremlin, Vladímir Putin. La nueva elite plutócrata no dudó en apoyar sin fisuras a Yeltsin puesto

que este garantizaba firmemente los lucrativos negocios de aquella.

A pesar de todo, cuando la economía postsoviética comenzó a recuperase de la «demolición neoliberal» durante los últimos años de la década de 1990, Estados Unidos reinició inmediatamente una «estrategia de desestabilización» de su economía, desgastando su posición política e impidiendo a toda costa el apaciguamiento con los Estados de Europa occidental. Los demócratas iliberales, con el apoyo perpetuo de sus hienas mediáticas, no dudaron en afirmar que si la nueva Rusia no funcionaba adecuadamente no se debía al correcto programa económico introducido sin piedad en aquel país, se trataba de la adopción de un capitalismo «equivocado» gobernado por una oligarquía corrupta (Davidson, 2015).

Pero la pesadilla para la población del antiguo imperio no había terminado y pronto adquiriría tintes belicistas. El apoyo atlantista por parte de Clinton –que sentía cierto afecto por Yeltsin (al parecer evocaba la figura alcohólica de su padrastro)– no le impidió incumplir las promesas hechas a Gorbachov con respecto al avance de la OTAN hacia las fronteras de la Federación Rusa. Este peligroso juego de aproximación militar llevó a George F. Kennan, uno de los «hombres sabios» de la política exterior estadounidense, a advertir que se cernía sobre el mundo una nueva Guerra Fría y «que no había motivo alguno para justificarla». Esta arrogante ofensiva de Washington, junto a la lealtad de Bruselas, continuaba Kennan, tendrá «una mala reacción por parte de Rusia, y entonces [aquellos que expanden la OTAN] dirán, 'nosotros siempre dijimos que es así como son los rusos', y eso es completamente falso». El flamante Nobel de la Paz, Barack Obama, que no pensaba del mismo modo que el fallecido Kennan, se alió con los gobiernos más reaccionarios de la Europa oriental, «do-

tándoles de instalaciones de misiles, armas pesadas y vehículos acorazados», elevando así de forma extraordinaria el presupuesto estatal destinado a continuar engordando el complejo industrial-militar estadounidense y contribuyendo de forma peligrosa a intensificar las tensiones de una guerra caliente global (Fontana, 2017:585-587).

Ingenua o deliberadamente el público liberal y sus robots intelectuales concebían la guerra de Ucrania, iniciada en febrero de 2014, como una ofensiva estrictamente desatada por el autócrata Putin, omitiendo de ese modo la naturaleza histórica del conflicto. Como argumentara Karl Marx en *El dieciocho de Brumario* contra las interpretaciones de Pierre-Joseph Proudhon y Victor Hugo sobre el *coup d'état* de Napoleón *le Petit*: el hecho de atribuir un «acto de fuerza» tan extraordinario a un solo individuo tiene como consecuencia su engrandecimiento «en vez de empequeñecerlo, al atribuirle un poder personal de iniciativa que no tenía paralelo en la historia universal»[19]. Fue la expansión de la OTAN la que reforzó y a su vez fue reforzada por el exacerbado nacionalismo ruso, incrementando de este modo la militarización y las tensiones geopolíticas globales. En este escenario, Ucrania –un inmenso portal del suministro energético ruso hacia los mercados europeos– no dejaba de ser un dramático y sangriento epifenómeno de un conflicto hegemónico entre el decadente bloque histórico occidental guiado por el imperialismo estadounidense y la nueva vía asiática liderada por China. Sin embargo, como tantas veces ocurre, la naturaleza subyacente de los problemas del mundo era sustituida por papilla para consumo mediático y enaltecimiento de la confrontación social y política al viejo estilo de la Guerra Fría.

19 Véase Karl Marx (2003), *El dieciocho de brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, págs. 7-8.

Después del fin del socialismo errático de la URSS la historia *à la* Fukuyama no había finalizado. Lo que realmente sucedió fue que la versión fundamentalista del capitalismo neoliberal se halló liberada de la pesadilla del comunismo que como había escrito con extraordinaria lucidez Karl Kraus en los años 1920 suponía, al menos, «una amenaza constante sobre las cabezas de los que poseen riquezas». «Que Dios nos conserve para siempre el comunismo», decía cáusticamente Kraus, «para que esta chusma no se vuelva todavía más desvergonzada» (Fontana, 2017:641). Cuando se derrumbó el contraejemplo soviético, la contrarrevolución neoliberal adquirió un poder ilimitado, pero también y precisamente por ello, autodestructivo.

3.4. Contrarrevolución neoliberal

La crisis del decenio de 1970 desencadenada en el núcleo del capitalismo avanzado revivió el espectro del desempleo y la inflación. La consecuencia inmediata y lógica fue el descontento y la insatisfacción social, especialmente del movimiento obrero. Retrospectivamente, en aquel momento no era descabellada la idea de la posibilidad de una alternativa al capitalismo realmente existente. En buena parte de Europa y Estados Unidos, los partidos políticos socialistas y comunistas plantaron batalla al capital, incluso en algunos casos asumieron el poder hasta tal punto que supusieron una «clara amenaza política» para las clases gobernantes al oeste del muro de Berlín (Harvey, 2005). Por ello, la razón que inspiró desde su inicio al programa neoliberal no fue otra que una restitución del poder de clase que la derecha mundial había perdido relativamente en Occidente durante el periodo keynesiano y en el mundo comunista desde la Revolución de Octubre. Camuflada de liberalismo, la contrarrevolución del thatcherismo-reaga-

nismo fue demoledora y alcanzó un éxito sin precedentes en la historia política.

En poco más de dos décadas quedó prácticamente fulminado el contrato entre capital y trabajo, se desmanteló el tejido industrial, se suprimieron los controles de precios, se debilitó a las organizaciones sindicales y al movimiento obrero –«reformar» los sindicatos decía públicamente Margaret Thatcher, mientras en privado deseaba aplastarlos–, y se eliminaron todas las restricciones a la *reductio ab absurdum* del mercado autorregulado. Pero el ascenso político de Thatcher en mayo de 1979 y de Reagan un año después se combinó con el citado *shock* de Volcker que ahora se «revela» como el «gesto inaugural del neoliberalismo». La decisión de combatir la inflación con la subida de los tipos de interés no solo provocó una destrucción extraordinaria de empleo, empresas y sindicatos, también benefició a los titulares de capital financiero. Con la subida de los tipos de interés, los animales rentistas lograron su «revancha» contra el keynesianismo y fortalecieron su poder a través de la progresiva liberalización que destruyó las restricciones que se habían impuesto a las actividades financieras desde la Gran Depresión de 1930 (Durand, 2018:135). Pero el *shock* estaba lejos de ser el único instrumento para inaugurar la nueva era de la hegemonía de las finanzas. El «brazo represor del Estado» se fortaleció y, en general, se extendió una «nueva filosofía social: la de la más descarada codicia». Se produjo un «desplazamiento de las inversiones desde el sector de la industria al de los servicios, las finanzas y las comunicaciones» (Eagleton, 2011:5). En la economía estadounidense de mediados de la década de 1980 «los servicios financieros (banca, sector inmobiliario, publicidad y marketing) aportaron por primera vez una parte mayor de la renta nacional que los productos industriales» (Standing, 2017:38). Al finalizar la década de 1990, el número

de trabajadores contratados por la industria manufacturera había descendido 2,5 millones con respecto a las cifras de 1979, a pesar de que el empleo en general en aquel país se había duplicado desde entonces. El *Manufacturing Belt* iba a dejar paso a Walmart y con ello reconfiguraría a la sociedad estadounidense hasta quedar irreconocible con respecto a su pasado industrial-fordista.

Ideológicamente, un neoprotestantismo angloamericano inspirado «en el trabajo duro, la responsabilidad y el éxito» individuales, penetró en la sintaxis del vocabulario político. Respaldado por la simplista, y por ello mismo convincente, retórica del partido republicano del «derecho de los individuos a conservar y gastar el dinero que ganan» como deseen, cautivó no solo a los retoños de la «tercera vía» europea, tal como veremos, también a la vasta masa de población de las economías posindustriales cada vez más castigada por la deflación por deudas, la depresión de los mercados laborales y la devaluación salarial.

Paradójicamente, la política económica que subyacía en esta neolengua no hacía más que desintegrar (léase privatizar) las bases del Estado Social de Bienestar de los *trente glorieuses*, elevando con ello la vulnerabilidad económica y las posibilidades de exclusión social. Aún más, cualquier alegato en favor de la igualdad, escribió a principios de los noventa Perry Anderson, «un valor por lo menos retórico de la vida pública después de la Segunda Guerra Mundial, aunque negada en la realidad» quedó ahora descartada por «imposible o indeseable».

> El sentido común de nuestra época considera que todas las ideas que motivaban la fe en el socialismo han perdido vigencia. La producción masiva ha sido sobrepasada por el posfordismo. La clase obrera sólo se concibe como un recuerdo tenue que se desvane-

> ce en el pasado. La propiedad colectiva se convirtió en garantía de la tiranía y de la ineficiencia. La igualdad sustancial parece incompatible con la libertad y la productividad (Anderson, 1992: 145).

Aunque durante la década de 1980 los partidos políticos de izquierdas mostraron considerables avances electorales, como fue el caso del partido comunista italiano, cuya identificación política con la socialdemocracia era cada vez más evidente, así como la Francia de François Mitterrand en 1981, o la España del PSOE en las elecciones de 1982, en general, el socialismo comenzó a mostrar una marcada inclinación hacia la derecha bajo el pretexto de la desfavorable coyuntura económica y la enorme deuda que había conllevado el desarrollo de los estabilizadores sociales[20]. La privatización de la esfera pública y la reducción impositiva a las grandes fortunas –con independencia, como diría John Stuart Mill, de si sus rentas crecían mientras sus propietarios dormían[21]–, fue la alternativa a la socialdemocracia del apostolado neoliberal. En el caso estadounidense, la fiscalidad impositiva entró en declive, al menos para el gran capital: si en 1970 la recaudación fiscal podía alcanzar el 62 por ciento, dos décadas después había descendido veinte puntos porcentuales. Durante los treinta años que antecedieron al colapso financiero de 2008, esto es, desde el inicio de las políticas neoliberales, «el salario medio por hora de trabajo, ajustado a la inflación» se redujo algo

20 El caso italiano fue una excepción, tal como atestigua la terrible violencia desatada por la explosión terrorista durante los «años de plomo» entre las guerrillas herederas del 68 y grupos terroristas de tinte neofascista, apoyadas por el gobierno y «probablemente por la CIA». Véase Fontana (2017:484).

21 Véase en John Stuart Mill (1848/2004), *Principles of Political Economy, with Some of their Applications to Social Philosophy*, Hackett Publishing Company, Inc. Indianapolis/Cambridge, págs.219-220.

más del 7 por ciento, al mismo tiempo que «la parte de los ingresos totales» que ascendían hacia la cúspide de la pirámide social, es decir, lo que se denominó acertadamente como el 1 por ciento de la sociedad, no dejó de acrecentarse (Fontana, 2013*a*:932). Un sector elitario que se benefició –y por supuesto participó activamente– de la radical reconfiguración de la política económica estadounidense, cuyas consecuencias, como era de prever, serían globales.

Así, cuando Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal entre 1987 y 2006, «bloqueó los intentos de los miembros del consejo de frenar las prácticas de deuda deshonestas y puso a desreguladores al mando de unos organismos de supervisión que ya contaban con poco personal» (Hudson, 2018:270-271), el capitalismo occidental entró en una fase de desregulación y fraude cuyo único precedente en la historia podía hallarse en la «desigualitaria globalización comercial y financiera propia de la *Belle Époque* (1880-1914)». Una fase de la historia que, por cierto, solo podía ser calificada como «bella» si se comparaba con la terrible violencia desatada durante las guerras industriales que la siguieron (Piketty, 2019:14).

La historia del capitalismo corrupto *à la* Greenspan selló el destino de los banqueros que quedaron protegidos de las veleidades de los tribunales de justicia: «Citigroup, JP Morgan Chase, Goldman Sachs y otros bancos pagaron miles de millones de dólares en multas corporativas para zanjar casos de fraude de cientos de miles de millones de dólares por parte de sus *managers*» (Hudson, 2018:271). En el espíritu del capitalismo siempre ha existido el suficiente grado de interés individual o, por decirlo en los términos de James Mill «egoísmo racional»; sin embargo, parecía que el neoliberalismo estaba arrastrando al mundo hacia una versión extrema de la consideración de Bernard Mandeville consistente en la aparente conversión de los

«vicios privados» en «beneficios públicos» (Hirschman, 2014:42,213). Si la codicia ha existido en todas partes desde siempre, el sector financiero surgido de la contrarrevolución neoliberal, constituye una «industria»:

> donde la innovación es difícil de distinguir del retorcimiento o el infringimiento de las normas; donde los beneficios por actividades semilegales e ilegales son especialmente altos; donde el gradiente en conocimiento experto y pago entre las empresas y las autoridades reguladoras es extremo; donde las puertas giratorias entre ambos ofrecen oportunidades sin fin para la corrupción sutil y no tan sutil (Streeck, 2017*a*:92).

Mientras la democracia, es decir, la soberanía popular, se vaciaba de poder y se limitaba casi únicamente al Imperio de la Ley del Estado de Derecho (*Rechtsstaat*), la gestión de la economía política permanecía bajo el estricto control de las disposiciones tecnocráticas y la hegemonía de las finanzas. El centrismo extremo actúo como catalizador de esta nueva química política. Así, durante la presidencia del demócrata Bill Clinton (1993-2001) se ampliaron irracionalmente las expectativas de los animales rentistas, sobre todo cuando el 11 de noviembre de 1999 su administración sancionó la *Gramm-Leach Bliley Act* (Ley de Modernización de los Servicios Financieros). Este nexo Estado-finanzas, por usar la acertada expresión de Harvey, significó un estímulo al capital ficticio y contó con el apoyo del Secretario del Tesoro Robert Rubin que en 1993 había descendido de las alturas de Wall Street (como vicepresidente de Goldman Sachs), para asumir el cargo de director del Consejo Económico Nacional. Rubin encarnaba el nuevo espíritu del capitalismo forjado durante la década de

1990 entre «demócratas centristas y banqueros de inversión». El nuevo *establishment* tecnocrático y cosmopolita iba a reformar hasta sus cimientos la economía política estadounidense. La *Gramm-Leach Bliley Act* abrió un espacio virtualmente ilimitado para la especulación y la codicia sin precedentes en la «historia de las finanzas», hasta tal punto que, por usar un paralelismo con los «felices» años que precedieron al *crac* de 1929, «los más ricos se enriquecían mucho más deprisa que los pobres dejaban de serlo» (Fontana, 2013:933*a*; Galbraith, 1976:32).

Una década antes de la Gran Recesión el Subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos, Lawrence Summers, un destacado apóstol del modelo económico de aquel país, no pudo dejar de «reconocer las ironías del actual *boom* económico». En un discurso pronunciado ante un selecto público de ejecutivos de Silicon Valley, afirmó: «un niño que nace hoy en Nueva York tiene menos probabilidades de llegar a la edad de cinco años que un niño nacido en Shanghái» (Brenner, 2006:3). Sin embargo, ¿por qué iban a ser alteradas estas condiciones después del colapso financiero de 2008 si los asesores económicos de la administración de Barack Obama fueron reclutados entre «los veteranos del Tesoro de Rubin»? (Tooze, 2018*a*:37).

El ambiente cultural no era propicio para el cambio. Amplios sectores políticos y sociales, seducidos por el culturalismo, la fiebre consumista y el silicio, convergían con autores como Thomas Friedman que en su *The World Is Flat* (2005) observaba el mundo a través de las lentes exitosas de altos directivos, «genios tecnológicos y expertos de toda clase» para los cuales, el imparable progreso del mundo, se fundamentaba en una combinación de libre comercio, propiedad privada y libre mercado (Harvey, 2017:63-65). Todo ello combinado convenientemente con la aculturación global de la eficiencia y la innovación, la

ley inflexible del neoprotestantismo laboral, el fetichismo tecnológico y la exclusión sin fisuras de cualquier proyecto colectivo.

Los cuadros políticos y los movimientos sociales que mantenían ciertas suspicacias, cuando no disentían totalmente, con respecto al nuevo orden económico mundial, eran calificados peyorativamente como «ideológicos», mientras que la política centrista del estatus neoliberal decía ser absolutamente pragmática y por tanto posideológica. Sin embargo, su miopía, desde cualquier punto de vista, no podía ser más acusada. A pesar de las evidencias derivadas de un sistema económico y político irracional, las guerras culturales predominaban en los campos de batalla mediáticos y políticos; como consecuencia, la gestión de la economía bajo el control de mando del *statu quo* neoliberal no fue impugnada debidamente. Buena parte de los sectores intelectuales y políticos progresistas se abstenían conceptual y empíricamente de las herejías económicas y de los conflictos distributivos como resultado directo de la lucha de clases. Persistía tenazmente «el estereotipo de intelectual izquierdista que mira por encima del hombro la actividad económica y concibe el mercado como algo sucio e inmoral» (Boldizzoni, 2013:19-22). La guerra de clases había desaparecido para buena parte de la izquierda política, por no hablar de los inocuos modismos academicistas. Paradójicamente, fue el inteligente multimillonario Warren E. Buffett el que conversando un año antes de que estallara la Gran Recesión con el periodista Ben Stein acerca del sistema fiscal tributario estadounidense, un sistema que procuraba una mayor presión a sus empleados que al rendimiento de su capital, señaló que había una guerra de clases, «but it's my class, the rich class, that's making war, and we're winning» (Stein, 2006).

Aunque el terremoto económico de 2008 puso al descubierto los factores perturbadores de las manipulaciones

financieras, no hubo, sin embargo, signo alguno de rectificación política. Y, lógicamente, en el campo de batalla de la guerra de clases, la victoria continuó inclinándose a favor del sector financiero. La gran esperanza para la nueva izquierda política encarnada en la figura de Barak Obama no solo fue decepcionante en cuanto a su gestión política, sino que siguió la trayectoria de sus precedentes en la Casa Blanca; mientras guardaba un silencio sibilino con respecto a la agenda económica, fue enfático con las políticas identitarias y los valores culturales. A pesar de su notable popularidad, la política económica continuó drenando riqueza hacia los sectores sociales y empresariales situados en la cúspide social, al tiempo que la desigualdad y la pobreza no dejaban de acrecentarse. De hecho, la recuperación económica estadounidense tras la hecatombe financiera se cimentó en la infame consolidación de la desigualdad: el 95 por ciento del crecimiento económico se concentró de forma escandalosa en el 1 por ciento más rico de la población, a la vez que se abandonó a su suerte a los titulares de hipotecas y al nuevo proletariado de aquel país bajo el timón de mando de Walmart y los ultrarricos del valle del silicio. Debería quedar claro ahora por qué un magnate inmobiliario que prometía resucitar el sueño americano no tuvo dificultad en obtener la victoria presidencial. Al mismo tiempo que Donald Trump «preparaba su llegada a la Casa Blanca, Obama le decía a la gente que ignorara los pronósticos sociales sombríos sobre el estado de la sociedad y paseara bajo el sol, mirara a sus hijos jugar y escuchara cantar a los pájaros, recordando cómo era la vida estadounidense normal». Así fue como se allanó el terreno desde la era Reagan para que las políticas neoliberales se extendieran en forma de privatizaciones, desregulación de los sectores industriales y financieros, desintegración de los movimientos sindicales, inversión

decreciente en los sectores productivos, así como su deslocalización hacia los bordes exteriores del capitalismo avanzado. Y todo ello se compensaba debidamente «por el reconocimiento de las reivindicaciones de género y multiculturales». Sin embargo, concluye Anderson, «el primero de esos paquetes ha sido mucho menos cuestionado que el segundo» (Anderson, 2019:93,98-99).

Por las razones precedentes, los analistas políticos e intelectuales (especialmente de izquierdas) que consideraban que la principal causa que subyacía tras el ascenso del capital financiero al pináculo de los dioses era la «desregulación» de dicho sector, es decir, la retirada del Estado como regulador y planificador de la economía, es evidente que no habían entendido lo que Philips Abrams quería decir cuando afirmaba que el Estado es un «mito que convierte lo abstracto en concreto» (Abrams, 1988:69). El neoliberalismo no supuso una «retirada institucional»; contrariamente, fue el producto y a su vez reforzó la «expansión y consolidación de las redes de vínculos institucionales que sostenían el poder imperial de las finanzas estadounidenses». Y aunque la mayor parte de la literatura académica, especialmente después del «tratado de paz parsoniano» entre la sociología y la economía (Streeck, 2017*a*:291), aseveraba que el Estado y el mercado no «deberían» ser considerados como antagonistas irreconciliables, en general tendían a realizar análisis superficiales concluyendo que «la expansión financiera» se debía sobre todo a la «atenuación del Estado» (Panitch y Konings, 2009). Al contrario, dicha expansión se basó en un arraigado consenso en torno al neoliberalismo en el que el Estado y el mercado habían formado un nexo indisoluble. Dicho crudamente, la incondicionalidad de las autoridades públicas fue un elemento clave para la expansión de los regímenes neoliberales. El asombroso volumen de dinero público desem-

bolsado entre el otoño de 2008 e inicios de 2009 con el fin de rescatar al sector financiero (*to big to fail*) de los países del capitalismo occidental, superando por cuatro décimas el equivalente al 50 por ciento del PIB mundial, parece avalar dicha tesis. A pesar de la extraordinaria oferta de dinero que la política monetaria *quantitative easing* inyectó en la economía, únicamente un 20 por ciento se invirtió en alguna actividad productiva. El resto se usó para «recomprar acciones, invertir en valores de activos en el mercado de valores o comprar activos de recursos naturales (incluidos terrenos y propiedades)». En otras palabras, «no fue nada productivo» (Harvey, 2020*a*).

Particularmente, en Estados Unidos después de la Gran Recesión la junta de la FED y el Departamento del Tesoro acudieron sin objeciones al rescate de las «empresas en situaciones apuradas en tiempos de crisis», proporcionando además un «alud alucinante de obsequios a los bancos y entidades no bancarias beneficiadas por un total de 7,7 billones de dólares». Pero también se aseguraron de que los «beneficios del rescate no se extendieran al grupo análogo de prestatarios hipotecarios en peligro de perder su vivienda y a quienes las instituciones financieras rescatadas habían concedido los préstamos correspondientes». El resultado fue una depredación social sin precedentes que, además, suministró más capital a los codiciosos fondos buitre. Como afirmó Robert Brenner en un artículo titulado elocuentemente «saqueo pantagruélico»: el «*establishment* político bipartidista» estadounidense ha llegado «consciente o inconscientemente» a la dramática conclusión de que,

> la única forma en que pueden asegurar la reproducción de las corporaciones no financieras y financieras, de sus altos directivos y accionistas, así como de

> los dirigentes de los principales partidos estrechamente conectados con ellas, es intervenir políticamente en los mercados de activos y en el conjunto de la economía con el fin de respaldar la redistribución de la riqueza hacia arriba por medios directamente políticos (Brenner, 2020:26-27).

Cuando se produjo el «asalto al Capitolio» el 6 de enero de 2021, de nuevo el *establishment* bipartidista manifestó una profunda consternación. No era capaz de entender o no deseaba ver, ni siquiera superficialmente, la enorme brecha que separaba desde hacía décadas a una considerable parte de la sociedad del país con el mayor PIB del planeta de la inmensa riqueza que el capitalismo neoliberal había proporcionado a la segunda generación de *Robber barons*. Muchos observadores y comentaristas habían quedado incapacitados intelectualmente para establecer la correlación entre la explosión de violencia social y la asombrosa cifra de pobres que había surgido en el país, y que según la ONU podía alcanzar en 2018 la escandalosa cifra de 40 millones de personas. El sueño americano se había distribuido de forma anómala, y en ocasiones, al menos para la gran mayoría de hombres y mujeres cuyas vidas transitaban entre subempleos, el desempleo temporal o la economía sumergida, terminó siendo una pesadilla. Como ha escrito Therborn en *La desigualdad mata*, únicamente «el sida en África austral y la restauración del capitalismo en Rusia han tenido un impacto más letal que la polarización social producida en los años de auge económico de Clinton y Bush en Estados Unidos». Durante los diez años que precedieron a la Gran Recesión, la «esperanza de vida de los estadounidenses blancos sin título universitario se redujo tres años, y en el caso de las mujeres blancas de baja educación esta reducción superó los cinco años» (Therborn, 2015:17).

Ahora, una de las principales fuentes de empleo privado era proporcionada por la citada distribuidora global Walmart, y no solo en Estados Unidos: en 2013 podía tener una plantilla de algo más de dos millones de trabajadores en todo el mundo. Semanalmente, unos 200 millones de consumidores acudían a los 10.000 centros de venta distribuidos por 27 países. No obstante, y a pesar del volumen de negocio del gigante, gran parte de sus trabajadores no podían sobrevivir con el salario percibido en «régimen de jornada completa», lo que los arrastraba de forma implacable a recurrir a la beneficencia de los «cupones para alimentos»[22]. Pero la irracionalidad del sistema podía llegar a extremos insospechados. Así, mientras ascendía dramáticamente la desigualdad existencial y la pobreza, y las tasas impositivas regresivas dominaban la política fiscal, la filantropía se colaba por las grietas de la política pública abandonada o, más preciso, guiada por los intereses particulares del consenso bipartidista. Los voceros de Walmart tranquilizaban a la sociedad afirmando descaradamente que «sus bajos salarios» no debían de ser una preocupación, dado que estaba inundando de millonarias «donaciones caritativas» el vacío dejado por la esfera pública. Curiosamente fue el hijo de un magnate al frente de una organización de munificencia el que objetó que «The Charitable-Industrial Complex» mantiene la desigualdad irrevocablemente en el mismo lugar donde la había encontrado. Tal como escribió para los lectores del *New York Times*: «Se debe gastar dinero en probar conceptos que rompan las estructuras y sistemas actuales que han convertido a gran parte del mundo en un gran mercado […] Pero mientras la mayoría de la

22 En algún momento durante las dos primeras décadas del siglo XXI, es probable que algo más de 5 millones de estadounidenses vivieran en condiciones de pobreza absoluta, que la ONU calificó como «propias del tercer mundo». Véase, Organización de las Naciones Unidas (ONU, 2018).

gente se dé palmaditas en la espalda por actos de caridad, tenemos una máquina de pobreza perpetua. Es una vieja historia» (Buffet, 2013). Así lo entendió hace mucho tiempo Bertolt Brecht, con su fuerza poética siempre comprometida con una política de emancipación y solidaridad, en el poema, casi un manifiesto, «Refugio nocturno» (1931), «[…] hay un hombre todas las noches que, rogando a los transeúntes, procura un refugio a los desamparados que allí se reúnen. Al mundo así no se le cambia. Las relaciones entre los hombres no se hacen mejores. No es esta la forma de hacer más corta la era de la explotación»[23].

Sin embargo, el *pathos* de la retórica neoliberal ha sido escasamente impugnado, y al contrario de la demonización que los demócratas estadounidenses hicieron de la primera generación de *magnates ladrones* durante el último tercio del siglo XIX, en las postrimerías del siguiente y muy especialmente en el actual se produjo un asombroso consenso en torno a los hombres y mujeres que, con independencia del origen de sus fortunas, habían alcanzado el estatus de multimillonarios. Así, mientras la pobreza a nivel planetario se acrecentaba y las contradicciones de la crisis del capitalismo global se hacían cada vez más evidentes, un nuevo opio del pueblo fue convenientemente inoculado por el centrismo neoliberal y sus incondicionales instalados en universidades y medios de comunicación. Bajo el mando orwelliano de la utopía neoliberal todos debían pensar y actuar como empresarios en un mundo económico dinámico y flexible, inventivo y en constante mutación tecnológica. Las penurias del neoestajanovismo alienante se podían compensar temporalmente con el consumo de satisfacciones. La codicia que antaño había sido condenada por la política laica se había transformado aho-

23 Bertolt Brecht (1976), *Poemas y canciones, op. cit.*, pág.60.

ra en una virtud para millones de jóvenes que aspiraban a emular las ascéticas vidas de los nuevos ultrarricos cuyas fortunas habían sido amasadas de la noche a la mañana. Como había sucedido en el pasado, durante los años que precedieron al *crac* del 29, «la fe de los norteamericanos en la posibilidad de enriquecerse aprisa y sin esfuerzo gracias a la Bolsa fue cada día más firme» (Galbraith, 1976:38).

Ingenuamente, o tal vez no, muchos observadores afirmaban que las viejas barreras a la libertad individual habían quedado obsoletas y que los «usuarios de Facebook, Twitter y WhatsApp parecían capaces de derribar regímenes totalitarios en todo el mundo». Sin embargo, los trabajadores al servicio de Uber o Amazon, neoestajanovistas con ridículos beneficios, representaban el único destino al que descendían hombres y mujeres a los que ahora la política pública y mediática denominaba con el absurdo término de «emprendedores». Durante las primeras décadas del siglo XXI se hizo más evidente que nunca que la formidable economía globalizada estaba lanzando a la «papelera de la historia oficios y normas que la tecnología» dejaba obsoletos a una velocidad sin precedentes en la historia (Mishra, 2017*a*:278-279).

La polarización económica y la crisis política se reforzaron mutuamente y a su vez precipitaron una profunda crisis social. Una polarización que podía observarse, por ejemplo, en la expansión de ciudades estadounidenses (casi 600 durante la segunda década del siglo XXI) surgidas bajo la protección de los nuevos «barones ladrones posindustriales», dedicados a la especulación inmobiliaria, a los fondos de inversión, a los casinos y a «servicios ligados a los ejércitos privados y la usura en cadena». Ciudades que ofrecían un nítido ejemplo de la nueva América republicana de piel blanca y «enfáticamente evangélica». El incremento de la desigualdad se debía también a la «gentrificación rural»,

especialmente en el centro y sur del país. Allí, habitantes de rentas media y alta procedentes de grandes urbes fueron creando un particular mundo más «parecido al Off World de *Blade Runner*» que a las tradicionales urbanizaciones de clase media que surgieron durante los años 1990. El éxodo hacia ese mundo fue consolidando los «nuevos patrones de segregación racial y política» del siglo XXI (Davis, 2021).

Si los analistas tenían la suficiente capacidad intelectual para observar estos procesos, difícilmente podían reducir la rabia social de aquel país a una ciudadanía virtualmente analfabeta y «populista», seducida por la retórica del magnate Trump y sus cuadros políticos[24]. No cabe duda, allí donde la ciudadanía ha quedado huérfana de los resortes institucionales básicos y donde la política de la procrastinación ha favorecido los intereses de una minoría plutocrática, las formas de exaltación violenta adquieren visos que abarcan desde el racismo a la xenofobia, el suicidio o cualquier otra forma de degradación humana. ¡La anomia durkheimiana había regresado al corazón del capitalismo!

3.5. *Trahison* en Europa

Las elites europeas, como sus homólogas estadounidenses, tampoco desearon mantenerse al margen de los mo-

24 El público liberal y sus medios de comunicación que suelen reducir la exaltación de las masas a un déficit educativo, deberían revisar sus argumentos y no desconocer, como escribe Fontana, la «baja calidad intelectual» de la representación política. Por citar solo algunos ejemplos, el congresista republicano hasta 2015 Paul Broun, «miembro del Comité de ciencia, espacio y tecnología del Congreso» y doctor en medicina, afirmó «públicamente que la evolución, la teoría del Big Bang y la embriología son mentiras que salen directamente del pozo del infierno». El congresista John Shimkus, miembro de un subcomité de Cambio Climático, afirmó en 2009 que la «Tierra solo acabará cuando Dios lo decida»; de la misma guisa, Joe L. Barton, vinculado al lucrativo negocio petrolífero, se mostró receloso de la energía eólica porque, según sus palabras, «es el medio con el que Dios controla el calor y las turbinas frenarían el curso del viento». Véase en Fontana, (2013b:32-34).

numentales beneficios personales que podían adquirirse con la consolidación de políticas de perfil neoliberal. La FED y el Departamento del Tesoro estadounidense tendrían sus instituciones análogas en la Comisión Europea y en el Banco Central Europeo (BCE). El espíritu político fundacional de la Unión Europea se desvanecía en favor de una ilusión económica que parecía servir incondicionalmente al *statu quo* global. La altura política e intelectual de los sucesores de Konrad Adenauer, Robert Schuman, o Alcide De Gasperi, e incluso de François Mitterrand, iba a disminuir abrumadoramente. Mientras los fundadores del proyecto europeo imaginaron «un mercado común como el primer paso hacia la unificación política, no como un acto de sumisión a los intereses financieros», el «centrismo extremo» de Tony Blair, que sirvió de inspiración a François Hollande, Matteo Renzi o a la canciller Angela Merkel, se basó en «la mentira, el oportunismo y el arribismo político» (Traverso, 2016). Eric Hobsbawm, como en tantas ocasiones, observó con notable antelación que a pesar de que el «estatus político internacional de la nueva Unión Europea aspiraba a tener un programa político común», no fue sin embargo capaz de conseguirlo, salvo en asuntos económicos (Hobsbawm, 1995:552). Los euroescépticos, al menos desde Maastricht (1993), sabían que la balanza entre los anhelos democráticos de la ciudadanía política y el rendimiento del capital, se inclinaría casi siempre a favor de este último. Como ha escrito Jean-Luc Gréau en *La trahison des économistes*, gran parte de las «instituciones europeas» fueron colonizadas por «representantes y discípulos del modelo angloamericano» devotos al programa neoliberal. Pero el entusiasmo de ciertos sectores de «funcionarios europeos» por el nuevo credo hayekiano les llevó incluso a «sobrepasar a ingleses y estadounidenses en términos ideológicos» (Grahl, 2011:50).

Un modelo híbrido entre el conservadurismo thatcheriano y la gestión empresarial de la «tercera vía» se había colado por las fracturas de la política europea, alcanzando a buena parte del izquierdismo social y político. El partido del Nuevo Laborismo de Tony Blair en Gran Bretaña, el Partido Socialista francés de François Hollande, o el partido PASOK de Grecia con George Papandréu bajo su dirección, constituyen algunos ejemplos del giro político que desplazó cualquier alternativa económica o financiera a la «privatización, a la austeridad o a la desviación de la presión fiscal desde el sector FIRE [financiero, inmobiliario y aseguradoras, por sus siglas en inglés] a la mano de obra». De hecho, incluso los cuadros políticos de izquierdas que habían presentado cierta ofensiva a los programas antidemocráticos de austeridad fiscal y privatización, parecían haberse quedado sin alternativas políticas o, al menos, eran muy limitadas. Una regresión política que pudo verse con nitidez cuando la «troika» lanzó su «guerra financiera totalitaria» contra Grecia, después de que el partido de izquierdas Syriza ganara las elecciones en enero de 2015 y, finalmente, claudicara ante el extremismo de la cúpula financiera de la eurozona. Si para algunos representantes de la izquierda, después de la rendición, la alternativa al totalitarismo financiero era la anarquía, como fue el caso del líder del partido Syriza, Alexis Tsipras, para otros el capitalismo no podía ser todavía sustituido por un impreciso programa socialista (Hudson, 2018:387, 389-390, 637). Como admitió uno de los principales portavoces del izquierdismo europeo, Yanis Varoufakis: «no estamos listos para cubrir con un sistema socialista en funcionamiento el abismo que se abriría con el colapso del capitalismo europeo» (Davidson, 2015:109-110).

De hecho, en el momento de euforia especulativa de la década 1990 se generó un ambiente político intolerante al

disenso, una actitud que al parecer permaneció escasamente alterada. «Ni el alcalde más de izquierdas de Londres» pronunciaría «una palabra contra las efervescentes actividades en las que se emplea la población de la City», escribía con la debida mordacidad Gréau[25]. Y continúa: «La ciudad de Londres y toda la región, puede que incluso Inglaterra entera, se han convertido en tributarios económicos [de los mercados de valores secundarios]» (Grahl, 2011:49). El programa político que presentó Jeremy Corbyn –cuya posición dentro del Partido Laborista británico era realmente frágil– durante las elecciones del 12 de diciembre de 2019 puede servir de ejemplo para reforzar dichas afirmaciones. Las bases del programa se inspiraban en una combinación de *New Deal Green*, nacionalización de empresas públicas (privatizadas durante la escalada ultraliberal), así como un incremento considerable del gasto público, recuperando impuestos perdidos de los que se beneficiaban algo más de un centenar de ultrarricos del modelo de economía rentista británico; dado que el programa equivalía a un rechazo en bloque del programa neoliberal, se consideró excesivamente radical a ojos de la mayor parte de los medios de comunicación. Y, sin embargo, como ha escrito Michael Roberts, solo recuperando el «control de lo que solía llamarse los puestos de mando de la economía», es decir, bancos, aseguradoras, fondos de pensión y empresas estratégicas manufactureras, así como la industria energética y otros sectores productivos, podría el país reunir las condiciones básicas para restaurar una economía que ha producido ni-

25 Conviene recordar que «durante el periodo de entreguerras, pese a toda su cháchara sobre la eutanasia del rentista, fue Keynes quien siguió considerando la City no solo vital para impulsar la economía global (ningún otro centro podía ofrecer su combinación única de capital de inversión, finanzas comerciales, seguros y otros servicios), sino también para asegurar el liderazgo de Gran Bretaña como gran potencia junto a Estados Unidos, la cual contaba además con una moneda internacional independiente». Véase en Perry Anderson, (2020:77).

veles de desigualdad de riqueza e ingresos similares a los de la Gran Depresión (Roberts, 2019).

Y es que la decadencia de la quinta economía más grande del mundo, desde cualquier perspectiva, ha sido abrumadora. Mientras que por sus alcantarillas transcurrían hacia el Támesis los residuos del mayor consumo de cocaína de Europa (*The Guardian*, 2015), aproximadamente 14 millones de personas sufrían los estragos de la pobreza (ONU, 2019). Cuando las contradicciones internas del keynesianismo se combinaron con el correctivo neoliberal, el modelo económico del antiguo Imperio británico colapsó. Los efectos combinados de la desindustrialización, la «hipertrofia de los servicios financieros y comerciales», la enorme desigualdad regional, la devaluación salarial, o el extraordinario aumento de los precios de los bienes básicos como la vivienda y la educación o la salud privatizadas, terminaron en la crisis bancaria de 2008 para dejar paso a la «imposición de la austeridad» con el fin de contenerla. Sin embargo, esta tuvo como consecuencia inmediata la conmoción del *brexit* y con ella se vio en el horizonte la posibilidad de un descenso del PIB británico «potencialmente mayor» que en cualquier época precedente (Anderson, 2020). Pero la decadencia no solo afectó a la *Union Jack*, o a Grecia, era perfectamente observable por todo el solar europeo, como resultado directo del irracional mimetismo de las erráticas políticas neoliberales del mundo angloestadounidense.

En primer lugar, al menos desde el citado Tratado de Maastricht ratificado durante el espejismo posmoderno de los años 1990, el proyecto común europeo enterró el reformismo inspirado en la socialdemocracia clásica. La política europea ya no se escribía en los términos de Bernstein, ni siquiera de Keynes, sino en el compromiso de mercado de Hayek. *A fortiori*, la austeridad fiscal, esto es,

la reducción progresiva del gasto público y la privatización de las infraestructuras, se combinaría con una integración monetaria que iba a agravar tendencias regionales de tintes políticos, económicos y socioculturales preexistentes, especialmente en los que pronto serían calificados como países deudores del Sur. Esta integración regional puramente economicista que supuso la abolición de las monedas nacionales conllevó, entre otros factores, una renuncia a la devaluación como instrumento monetario para mejorar la situación económica. De este modo, «enmarcado plenamente en el programa neoliberal, el euro impidió que una importante variante del libre arbitrio político se inmiscuyera en la constitución del mercado común» (Hudson, 2018:405-407;Streeck, 2016:167). Para muchos analistas, era evidente que la legitimación de la democracia se hallaba en una situación peliaguda, especialmente cuando la soberanía popular de los respectivos parlamentos de los estados nacionales de la Unión había sido limitada por el poder ejecutivo de Bruselas. Esta tendencia a la insensibilidad democrática fue captada por Peter Mair en su obra póstuma *Gobernando el vacío*:

> No se puede decir que el sistema político de la Unión Europea sea antidemocrático: es abierto y accesible a la representación de intereses, invita a la participación y la intervención de grupos de presión, coaliciones de incidencia política, etc., y su parlamento es, de hecho, –aunque no siempre de forma intencionada– considerablemente representativo. Pero incluso si el sistema no es antidemocrático, es no democrático, al menos no en el sentido convencional que el término adquirió en la Europa de la posguerra: falta la responsabilidad democrática, apenas hay margen para una legitimidad orientada a la participación y

> los que toman las decisiones rara vez reciben el mandato de los votantes (Mair, 2015: 144).

Pero, además, el corrosivo ultraliberal había barrido la memoria política y colectiva acerca de las desastrosas consecuencias sociales del periodo de entreguerras. Los partidos que decían estar a la izquierda del espectro político no recordaban, o no deseaban hacerlo, las palabras del lúcido economista polaco Michał Kalecki escritas en 1943: «la lucha de las fuerzas progresistas por conseguir el pleno empleo es al mismo tiempo la de prevenir la recurrencia del fascismo» (Kalecki, 1943:6). Durante los años que siguieron al colapso financiero de 2008, los efectos combinados de la retirada de las fuerzas progresistas y el fortalecimiento del poder financiero gracias a las políticas centristas y pragmáticas de los bloques políticos tradicionales, provocaron un incremento asombroso de la pobreza y un renacimiento de partidos políticos de extrema derecha. Como pudieron leer con asombro los lectores de los informes de Naciones Unidas, transcurridos algo más de diez años desde la Gran Recesión, el 21 por ciento de la población del viejo continente, es decir, algo más de 92 millones de personas, vivía en la pobreza (casi 20 millones de niños y niñas se hallaban en ese dramático estado).

En España, cuarta economía de la eurozona según los estándares convencionales, con anterioridad a la propagación de la pandemia global de 2020, la pobreza y la exclusión social afectaban al 26,1 por ciento de su población (ONU, 2020). Como consecuencia, se produjo un resurgimiento de la derecha radical, virtualmente latente entre los sectores afines al aznarismo. El partido ultraderechista VOX, a través de una retórica especializada en el retorno al pasado, especialmente al franquista, pretendía dar respuesta a los perdedores, o a los que se consideraban vícti-

mas, de la globalización neoliberal. La depresión que lanzó al abismo a Grecia y que duplicó su tasa de pobreza entre 2009 y 2012 (esto es, cuatro de cada diez griegos), provocó un fortalecimiento electoral del partido de extrema derecha Amanecer Dorado. Fundado en 1985 por fanáticos que decían anhelar el nefasto periodo de la Dictadura de los Coroneles (1967-1974) adquirió una representación insospechada durante las elecciones de 2014, situándose como tercera fuerza política en el parlamento heleno hasta que en 2020 fue declarado una organización criminal por el Tribunal de Apelaciones de Atenas, dejando a sus bases escindidas en partidos afines a la ultraderecha. En Hungría, la errónea decisión adoptada en noviembre de 2008 por Jean-Claude Trichet al frente del BCE de rechazar la provisión de «liquidez a las economías del este de Europa», provocó que este país de la *Mitteleuropa* tuviera que «solicitar un humillante crédito de emergencia al FMI», generando una reacción nacionalista que contribuyó dos años después a la victoria aplastante del partido de vocación ultraderechista Fidesz, Unión Cívica Húngara (Durand, 2019:224). En una Francia posindustrial y con un sorprendente crecimiento de barrios periféricos habitados por jóvenes sin futuro, la fuerza que adquirió el partido político Frente Nacional (a partir de 2018 pasó a denominarse Agrupación Nacional) no fue un hecho accidental de la historia. Como tampoco lo fue el ascenso imparable de partidos nacionalistas en Austria, Polonia y el Partido por la Independencia de Reino Unido. Todos ellos constituyen algunos de los ejemplos más significativos que surgieron de los escombros neoliberales en Europa, como consecuencia directa de la retirada de cualquier alternativa a la capa de plomo de la financiarización del BCE y del FMI.

En segundo lugar, la decadencia europea también estuvo marcada por la profundización del «efecto polari-

zación», relacionado con la integración asimétrica de los Estados miembros. «Los desequilibrios comerciales surgen en una economía unificada cuando los costes relativos son fijos y una región –el centro– tiene ventajas comparativas respecto a otras». Alemania había adquirido ese estatus central en Europa y, por tanto, redujo a los países de la periferia a variables dependientes de sus manufacturas y de su poder (Galbraith, 2018:198-199), dentro del entramado jurisdiccional construido para favorecer la justicia de mercado. Por ello, no fue un hecho fortuito que los denominados países PIIGS (por sus siglas en inglés, Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España) se vieran atrapados por la pesada carga del endeudamiento financiero; este hecho se debió en parte «a su mala gestión de la crisis, pero también porque sus economías eran particularmente vulnerables al colapso del crédito y al repentino declive de los mercados inmobiliarios y del turismo (financiados en gran medida por el capital especulativo del norte de Europa)» (Harvey, 2016: 226). Una serie de efectos nocivos para estas economías que respondía, además, a la ausencia o debilidad de sus bases industriales, como las que sí disponía la economía alemana. De este modo, los estados miembros de la eurozona entraron en un proceso de contradicciones internas difícilmente resolubles. Al mismo tiempo que debían continuar haciéndose cargo de las políticas sociales del Estado de Bienestar keynesiano, aplicaban el corrosivo neoliberal que a efectos prácticos suponía una privatización de los bienes y servicios públicos, desregulación del sector financiero, desindicalización y un fortalecimiento del capital en detrimento del trabajo.

La democracia estaba ahora dirigida por la mano visible y experta de la gerencia bancaria, abstrusa para el común de los mortales, pero que podían sentir en sus cuerpos: «aumentos de la productividad y la competitivi-

dad con flexibilización del mercado laboral, salarios más bajos, ampliación de la jornada de trabajo, mayor participación en el mercado laboral y remercantilización del Estado de Bienestar». Estas políticas de privatización sistemáticas tuvieron un impacto terrible sobre algunos de los principales logros de posguerra, entre los cuales se hallan los Sistemas Públicos de Salud. Entre 2011 y 2018, el «régimen europeo de ortodoxia monetaria» formuló sesenta y tres peticiones formales destinadas a los Estados miembros, especialmente a aquellos con mayor déficit fiscal como España o Italia, con la finalidad de que «recortaran sus gastos sanitarios públicos y privatizaran sus sistemas de salud». La pandemia tuvo el efecto de interrumpir relativa y temporalmente las medidas, sin embargo, el empecinamiento de las nuevas élites europeas por el credo ultraliberal no se ha desvanecido lo más mínimo (Streeck, 2016:167; 2021:15). Bajo estas circunstancias, las presiones democráticas de los estados se han mantenido prudentemente alejadas de la tecnocracia de las instituciones supranacionales. Difícilmente podemos denominar a esta nueva arquitectura política como liberal. Al menos no, si nos ceñimos al pensamiento smithiano. La finalidad de la economía política –escribió Adam Smith en la *Riqueza de las naciones*– es «proporcionar al Estado» la suficiente capacidad recaudatoria para «mantener los servicios públicos» y al mismo tiempo proveer al «pueblo de una abundante renta o subsistencia, o hablando con más propiedad, habilitar a sus individuos y ponerlos en condiciones de lograrla por sí mismos». En suma, concluye Smith, se trata de «enriquecer al soberano y al pueblo» (Smith, 1776/1976:428). Nada más lejos de la actual realidad iliberal europea: mientras las elites políticas y económicas disfrutan del asombroso incremento de la acumulación de la riqueza global, el «pueblo» ha quedado cautivo por la

servidumbre por deudas y unos servicios públicos privatizados total o parcialmente.

El tercer factor que afectó prácticamente a todas las economías occidentales, sobre el que volveremos en el siguiente capítulo, fue el hundimiento de las clases medias. De hecho, estas dejaron de ser identificadas por su filiación laboral y fueron juzgadas en relación a las posibilidades de consumo, siempre estiradas gracias a tasas de interés decrecientes de un crédito presumiblemente ilimitado. A lo largo de la escalera descendente de las clases medias que conducía hacia el piso bajo de la deflación por deudas se encontraban, irrevocablemente, la deuda hipotecaria, así como la financiación de todo tipo de bienes y servicios básicos, especialmente aquellos que, como la educación o la sanidad públicas, habían sido escritos en la poética constitucional como inalienables. Desde la década de 1990 en países con economías tan dispares como Hungría, Suiza, Alemania, España, Grecia, Islandia o Portugal, los ingresos de la *middle class* «aumentaron un tercio menos que el ingreso promedio del 10 por ciento más rico». Unos ingresos decrecientes que se fueron ajustando con un drástico incremento de los precios de los bienes básicos del «estilo de vida de la clase media» (Carrillo, 2020*a*). El precio de la vivienda creció hasta «tres veces más rápido que el ingreso medio de los hogares» durante las dos últimas décadas. Lo mismo podía afirmarse con respecto al acceso a recursos públicos esenciales de salud y educación. La clase media ya no podía ser considerada como el «centro de gravedad económica» del que había disfrutado durante todo el periodo de expectativas y seguridades efectivas de los años dorados del capitalismo Occidental. La estabilidad laboral y la seguridad económica de los *baby boomers* se desvanecían en el territorio líquido de los *millennials*. Ahora, uno de cada seis trabajos de «ingresos medios» se hallaba ame-

nazado por un «alto riesgo de automatización». Los gastos superaban a los ingresos en algo «más de uno de cada cinco hogares» identificados con la ambigua etiqueta de clase media. Y, por su parte, el «sobreendeudamiento» era superior para los ingresos medios que para aquellas clases sociales de «ingresos bajos y altos» (OCDE, 2019:13-14,24).

Las consecuencias de la extraordinaria decadencia en las regiones industriales de Occidente, cuyas poblaciones habían sido resguardadas de la pobreza durante un tiempo por las políticas sociales y por un crédito virtualmente ilimitado, estallaron durante las primeras décadas del siglo XXI. La estabilidad laboral y la división técnica del trabajo dejaron paso a un mundo flexible de trabajadores emprendedores subempleados o autoempleados en un heterogéneo sector servicios. La fábula de la meritocracia de las sociedades contemporáneas parecía desvanecerse ante la cruda realidad que había impuesto el pragmatismo político. Pero su dramática situación estaba convergiendo, como veremos, cada vez más con la depresión de las «clases medias emergentes del Sur global» que, al parecer, como ha escrito Therborn en un análisis comparativo, se estaban precipitando peligrosamente hacia la «vorágine de la desigualdad capitalista» (Therborn, 2020). Una convergencia predecible para muchos observadores y analistas inteligentes. La contrarrevolución neoliberal, «liderada por las élites en el poder de los países desarrollados, muy presionada por los mercados financieros, las grandes cadenas de venta al por menor y las multinacionales más poderosas», inoculó convenientemente en el cuerpo político y mediático el deliberadamente ambiguo «proyecto de libre mercado». El turbocapitalismo estadounidense, flanqueado por sus incondicionales robots intelectuales, se lanzó a una nueva aventura imperialista consistente en «aculturar a las poblaciones atrasadas para lograr que aceptaran las

normas económicas y culturales de Norteamérica» (Grahl, 2011:42). ¿No terminaron, acaso, las televisiones locales de cualquier país del mundo colonizadas «prácticamente por completo por *shows* norteamericanos importados»? Actualmente, argumenta Jameson, no quedan «enclaves, ni estéticos ni de ninguna clase en los que no impere la forma mercancía» (Jameson, 2013:511-512). Y, como sabemos, esta ha sido la forma política y cultural de expansión económica del capitalismo secular, tal como habían escrito Marx y Engels en el *Manifiesto*: «mediante el rápido mejoramiento de todos los instrumentos de producción y los inmensos medios de comunicación facilitados, la burguesía conduce a todas las naciones, incluso a las más bárbaras, a la civilización». Esto es, «crea un mundo a su propia imagen» (Marx y Engels, 2011).

Así, la nueva división del trabajo adquirió una fisonomía transnacional, desintegrando las antiguas formas de trabajo, no solo en los tradicionales cinturones industriales del núcleo del capitalismo avanzado, sino también en los países de la periferia, donde los ejércitos de trabajadores procedentes de las zonas rurales, o de las nuevas ciudades-empresa, terminaron fabricando la enorme masa de productos que saturaba a los mercados globales. Los denominados «países emergentes» y, sobre todo, la impresionante potencia económica del país más poblado del mundo, China, adquirieron un papel insoslayable en esta nueva reestructuración del sistema mundial.

3.6. *Xiaokang*

Muchos años después de la caída del Muro de Berlín, el gigante asiático continuaba ondeando la bandera comunista como lo hacían Cuba, Laos o Corea del Norte. Sin embargo, también era «universalmente reconocido, incluso por

el Departamento de Economía de Chicago, como uno de los centros más dinámicos del capitalismo global». Por esta razón, los enfrentamientos entre comentaristas políticos e incluso figuras intelectuales que tendían a interpretar el ascenso hegemónico de China en términos estrictamente ideológicos, como replicantes nostálgicos de la Guerra Fría, eran abiertamente banales. Puede parecer un «signo relativamente trivial», escribe Davidson, el hecho de que el académico que sentenció el «fin de la historia» con la caída del Imperio soviético, Francis Fukuyama, haya sido una inspiración para los altos cargos del Partido Comunista Chino que disponían de una edición privada de su obra *Political Order and Political Decay* (Davidson, 2015). Como era de prever, el extraordinario crecimiento económico que estaba situando a China como el nuevo centro de gravedad geopolítico global desencadenó ardientes debates acerca del modelo de desarrollo que había servido de inspiración al Partido Comunista Chino. En *Adam Smith in Beijin* (2006), probablemente la crítica más lucida hasta el momento, Giovanni Arrighi planteó un sustancial análisis con claras reminiscencias políticas. Por un lado, mantenía ciertas suspicacias con aquellos sectores intelectuales de la izquierda que veían en el modelo chino una variación del neoliberalismo con «características chinas». En el «extremo ideológico opuesto» se hallaba el apostolado institucional del «Consenso de Washington», es decir, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, los bonos del Tesoro estadounidense y británico, «respaldados por medios de opinión como el *Financial Times* y *The Economist*». Si los primeros, afirma Arrighi, ofrecían argumentos a favor de equiparar a Reagan con Deng Xiaoping como «great fans of the neo-liberal guru Milton Friedman», los segundos alardeaban de que la reducción de la pobreza global y la desigualdad de ingresos, que ha acompañado el crecimiento

económico de China desde la década de 1980, puede imputarse al seguidismo de China a sus disposiciones políticas. Para una parte del público liberal, y sobre todo para la nueva «clase capitalista transnacional» (Robinson, 2021), estaba claro que China no había abrazado el *camino de servidumbre*, sino el del capitalismo realmente existente. Sin embargo, Arrighi concluía acertadamente que dicha tesis no se verifica con la «larga serie de desastres económicos que la adhesión real» al Consenso de Washington había provocado en el África Subsahariana, América Latina y la antigua Unión Soviética (Arrighi, 2006:353-354). ¿Pueden, no obstante, matizarse algunos argumentos ofrecidos por Arrighi?

El proceso de mercantilización de todas las esferas desde la productiva hasta la cultural a partir de la era reformista de Deng Xiaoping iniciada el 18 de diciembre de 1978 –coincidiendo con el giro neoliberal en Estados Unidos y Gran Bretaña–, no constituyó un asunto trivial. La sociedad armoniosa, o *xiaokang*, el término con el que Deng deseó inaugurar su programa de modernización que, teóricamente, debía satisfacer todas las necesidades de todos los ciudadanos de aquel país, iba a tener consecuencias dispares, tal como analizaremos a continuación. En cualquier caso, no podía equiparse el desarrollo del capitalismo de Estado de la década de 1980, con una cierta autosuficiencia del mercado doméstico, una revitalización del mundo rural y un crecimiento industrioso, con los años que siguieron a la década de 1990, es decir, cuando se produjo «la mayor afluencia de capital extranjero» (Harvey, 2007:131,166). Probablemente, como arguye Arrighi, el principal atractivo para los inversionistas no fue el enorme ejército de reserva de mano de obra de la República Popular China, sino la «alta calidad de esas reservas –en términos de salud, educación y capacidad de

autogestión–, en combinación con la rápida expansión de las condiciones de oferta y demanda para la movilización» de los sectores productivos. Una predisposición humana, normativa e institucional que según el economista se gestó bajo unas condiciones encarnadas en una doble tradición histórica, «indígena» y revolucionaria, que dio origen a la China posmaoísta. «El capital extranjero intervino tarde en el proceso, sosteniéndolo en algunas direcciones, pero socavándolo en otras» (Arrighi, 2006:351). *Pace* Arrighi, a pesar de todo, pocas refutaciones se pueden plantear a las palabras de la ensayista Chaohua Wang:

> Si desalojan a los aldeanos de sus hogares por los embalses del Yangzi, o a los pastores de sus pastos en Mongolia Interior, todo se hace por la causa del mayor bien «socialista». Ahí se encuentra la utilidad positiva del discurso del socialismo con características chinas para enmascarar lo contrario de los principios que supuestamente defiende (Davidson, 2015:107).

En términos sociales, afirma lacónicamente Therborn, «la extraordinaria desigualdad generada en China durante los últimos treinta y cinco años (tan diferente de las trayectorias igualitarias y de crecimiento rápido de Japón, Corea del Sur y Taiwán) hace insostenible la imagen de sí misma como una sociedad armoniosa» (Therborn, 2014:15). De hecho, mientras los altos cargos del Partido Comunista leían a los gurús del neoliberalismo, autocomplacientes con las ventajas del socialismo con características chinas, muchos jóvenes de la *Gen Z* frustrados ante unas expectativas de futuro decrecientes con respecto a las de sus progenitores, afectados por una reducción de las oportunidades económicas y exhaustos por las largas

jornadas de trabajo, optaron por refugiarse en la lectura de las obras de Mao Zedong y vestirse con el *zhongshan zhuang* (el uniforme Mao). Como en tantas ocasiones en la historia, cuando el presente no ofrece las expectativas anheladas y se carece de contraejemplos ideológicos, se gira el rostro peligrosa y anacrónicamente hacia un pasado estilizado y moralizante. Y es que el fracaso estrepitoso del comunismo en cualquiera de sus versiones lo convirtió en un aliado natural del capitalismo neoliberal. Así lo ha entendido también Piketty:

> El hecho de que el poscomunismo (en Rusia, en China y, en cierta forma, en su versión de Europa del Este, con las debidas diferencias entre estos tres casos) se haya convertido a comienzos del siglo XXI en el mejor aliado del hipercapitalismo es la consecuencia directa de los desastres comunistas estalinista y maoísta, así como del abandono de cualquier ambición igualitaria e internacionalista que se derivó de su fracaso (Piketty, 2019:22).

No obstante, la imagen imprecisa de una «China imperialista» ha sido concebida y propagada tanto por la derecha mundial (y su secular pavor al comunismo), como por sus devotos medios de comunicación. «Incluso algunos observadores de izquierdas han argumentado acríticamente que China se ha convertido ahora en el enemigo número uno de la clase trabajadora mundial». La mezquindad de tales argumentos sirve para encubrir la ideología, pero no la realidad de la larga historia de hostilidad imperialista desatada globalmente por Estados Unidos, así como el compromiso plutocrático del bipartidismo de la Casa Blanca por hundir a su propia clase trabajadora (Xu, 2021). Ahora bien, esto no significa que en la economía política

china el neoliberalismo fuera una influencia ideológica de baja intensidad. Retrospectivamente, las consecuencias de la neoliberalización china pueden observarse más o menos al mismo tiempo que en Europa, Estados Unidos de Norteamérica y en el desintegrado Imperio soviético, cuando todos comprometieron su destino con el sector financiero en la década de 1990. Durante la tercera sesión plenaria del Undécimo Congreso del Comité Central del Partido Comunista Chino, celebrada en diciembre de 1978, Deng Xiaoping anunció el programa de las Cuatro Modernizaciones, abriendo desde entonces una «importante grieta que se convirtió en grandioso portal de acceso a la era neoliberal». En su célebre «gira por el Sur» iniciada en Wuhan en 1992, un anciano Deng, presumiblemente satisfecho de los programas de modernización que habían transformado hasta los cimientos el país, proclamó contra cualquier sentido comunista que «hacerse rico es glorioso» (Davidson, 2013:879).

Y lo fue, especialmente para el capital transnacional «fuertemente invertido en las principales corporaciones de China». En el año de la Gran Recesión una de las estrellas *Forbes*, Warren Buffet había invertido unos 500 millones de dólares en China National Petroleum Corporation, la «quinta empresa productora de petróleo más grande del mundo», cuyo poder no se limitaba al vasto territorio asiático. Desde los primeros años del siglo XXI era evidente que la asombrosa y compleja «fusión entre empresas chinas y transnacionales y el capital financiero» contradecía cualquier argumento a favor de variedades de capitalismo dentro del nuevo e inextricable orden global. Como ha escrito William I. Robinson «los bancos transnacionales se convirtieron en accionistas minoritarios de las principales instituciones financieras chinas y, a la inversa, los bancos chinos invirtieron en instituciones financieras privadas de

todo el mundo». Una de las corporaciones más grandes del mundo dedicada a la inversión privada, Blackstone Group, actúa como «una cámara de compensación» que aglutina a sectores «capitalistas y a menudo a élites estatales de todos los continentes». En 2008 varias empresas de titularidad estatal china habían invertido en torno a unos 3.000 millones de dólares en Blackstone. A su vez, este gigante financiero en el último año citado tenía inversiones en algo más de un centenar de «corporaciones transnacionales de todo el mundo, así como numerosas asociaciones con empresas *Fortune 500*, permitiendo de ese modo que las élites chinas adquirieran una participación en esta red de capital corporativo global y, en general, en el éxito del capitalismo global» (Robinson, 2014*a*:41-42; 2021:38). Sin embargo, el camino hacia la neoliberalización del gigante asiático no ha estado libre de contradicciones que deben ser subrayadas; sus fidelidades keynesianas de partido único se han combinado con el culto a la privatización.

En primer lugar, durante las turbulencias provocadas por la crisis económica en Asia Oriental entre 1997 y 1998, el país no se sometió a la «terapia de choque» promovida por el Consenso de Washington. La creencia dogmática en los «mercados autorregulados» que el *establishment* neoliberal creía haber leído en Adam Smith no fue adoptada por los planificadores chinos. De hecho, sabían que, tal como había escrito el padre del liberalismo, allí donde «vastos sectores de la economía» se habían visto perturbados, el cambio no debía nunca ser introducido «de repente, sino de forma lenta, gradual y después de una advertencia muy prolongada» (Arrighi, 2006:43-44). De ese modo, una regulación macroprudencial y expansionista (contrariamente a las recomendaciones del FMI) hizo que su tasa de crecimiento durante la crisis asiática oscilara entre un 7 y 10 por ciento (Stiglitz, 2016:59).

En segundo lugar, las virtudes de ese crecimiento económico fueron distribuidas entre sectores sociales de los núcleos urbanos y de las ciudades costeras por las que el capital financiero se había filtrado desde inicios de la década 1990; primero desde el caótico y empresarial Hong Kong, después desde los principales centros del capitalismo global, de Japón a Corea del Sur y, por supuesto, desde Estados Unidos. A principios de siglo, en torno al 40 por ciento del PIB chino correspondía a la inversión extranjera directa. Aunque todavía a mediados de 1990 solo un 10 por ciento de los hombres y mujeres de aquel país podía ser calificado con la etiqueta de clase media (en una población que superaba los 1.000 millones), sin duda suponía una proporción nada desdeñable para estimular el consumo del mercado doméstico e inundarlo de «automóviles, teléfonos móviles, DVD, televisores y lavadoras, así como también de centros comerciales, autopistas y viviendas» (Harvey, 2007:149-150). Lo cierto es que aquellos que conservaban viva la memoria, sabían que antes de que el comunismo tomara el poder en 1952, «el chino promedio vivía básicamente con medio kilo de arroz o de cereales al día, consumía menos de 80 gramos de té al año, y adquiría un nuevo par de zapatos cada cinco años» (Hobsbawm, 1995:461). Una situación que cambió drásticamente entre 1978 y 2005, cuando las poblaciones urbanas alargaron su esperanza de vida y frenaron la mortandad de sus hijos, hasta el punto de que, según ciertas estimaciones, habían superado a sus homólogos estadounidenses (Fontana, 2013*a*:893).

Para los que disfrutaban de las condiciones del «socialismo con características chinas», ya se tratase de la emergente clase media, de sus coterráneos multimillonarios, o de los inversores extranjeros, la dirección adoptada por el Partido Comunista de China era la correcta. Y es que,

como escribió perspicazmente el historiador Jacob Burckhardt en 1870, «las masas [y podemos añadir nosotros, el capital] solo desean su tranquilidad y su recompensa. Si las consiguen de una república o de una monarquía se adherirán indiferentemente a una o a otra» (Burckhardt, 1961:262). Por otro lado, y como era presumible, una proporción cada vez mayor de la masa laboral se fue incorporando profesionalmente a las nuevas oportunidades que ofrecía un vigoroso sector servicios. Durante los cinco años que transcurrieron desde el colapso financiero de 2008, el número de empresas dedicadas a este heterogéneo sector creció un 60 por ciento; en 2014, seguramente con unas cifras subestimadas, la industria terciaria podía alcanzar un 48,2 por ciento del PIB, llegando a superar por cinco décimas al sector manufacturero (Molnar y Wang, 2015). Aunque la formulación de Marx acerca de que «el país más desarrollado industrialmente muestra al menos desarrollado la imagen de su propio futuro» se suele diluir ante la naturaleza de la riqueza histórica y empírica, como de hecho sabía Marx, es poco objetable afirmar que la «sociedad armoniosa» fue adquiriendo una fisonomía, con frecuencia extrema, del desarrollo *à la* Occidental. «La cultura posmoderna, afirma Harvey, ha llegado a Shanghái, y a lo grande». En las principales ciudades del país se ha consolidado una «vibrante cultura de consumo», y pueden observarse urbanizaciones bien protegidas para las clases ricas, algunas con nombres como Beverly Hills, que evocan la cultura competitiva hedonista estadounidense. Sin embargo, pronto se hicieron evidentes las profundas desigualdades que estaban distanciando a las poblaciones rurales de las citadinas, así como dentro de aquellas, la brecha que se abría entre la agricultura industrial y la población campesina; o en las ciudades, entre aquellos hombres y mujeres que disfrutaban de una renta solvente y los que

trabajaban como ilotas en las ciudades entregadas a la superproducción global. La descolectivización de las comunas, como parte del programa neoliberal introducido durante los últimos años de la década de 1980, trajo consigo un aumento de la «disparidad de los ingresos entre el ámbito rural y urbano». Así fue como la población del campo más afectada por este proceso fue perdiendo «los derechos sociales colectivos previamente establecidos dentro de las comunas», a pesar de lo frágiles que pudieran haber sido, teniendo que soportar «onerosas tarifas para poder asistir a las escuelas, obtener atención sanitaria o recibir otros servicios asistenciales» (Harvey, 2007:162,138).

La asombrosa expansión urbana centrada en las provincias de la costa durante la década de 1990 se desplazó sucesivamente diez años después hacia las regiones del interior; allí, con el objetivo de levantar «parques industriales o proyectos inmobiliarios», las expropiaciones y su correspondiente exacerbación social, fueron terreno común. Y sin ningún género de duda, infravalorar lo que sucedía en la China rural, donde todavía durante las primeras décadas del siglo XXI algo más del 40 por ciento de su población (unos 700 millones) dependía de la tierra, era y es un grave error. En parte, porque los problemas que afectan a la tierra no pueden o no deben disociarse de la «seguridad alimentaria, la sostenibilidad medioambiental, los ingresos gubernamentales y el mercado de vivienda». Y, en parte, porque para amplios sectores sociales decepcionados de las duras condiciones del empleo informal, el subempleo o cualquier otra forma de explotación laboral de las ciudades-empresa, el campo era un refugio vital, el último lugar al que *siempre* se podía regresar. Tras el *crash* de 2008 se estima que «unos 25 millones de trabajadores migrantes perdieron sus empleos y regresaron al campo». En esta atracción migratoria influían muchos factores pero, pro-

bablemente, el de mayor peso era que los pobres urbanos vivían casi siempre en peores condiciones que el «residente rural medio» (Zhan, 2020:132,136,143-144). Pero, ¿cuál era la situación de la estructura comunitaria rural?

Aunque el campesinado haya sido considerado razonablemente la columna vertebral de la nación china, base social de la Revolución y el principal beneficiario de la era reformista Deng, lo cierto es que cuando finalizaba la década de 1990 los gobiernos locales se habían convertido en «monstruos de gestión semiempresarial». El «culto neoliberal a la privatización se hizo el amo», provocando que se desintegrase la función colectiva de la mayor parte de las empresas municipales, dejando frecuentemente al campo por debajo de las ciudades. Sin embargo, cabe interrogarse si es posible impugnar en exclusiva estos drásticos cambios que alteraron severamente las condiciones de la mayor parte de la población rural china al culto neoliberal. Lo cierto es que la realidad es bastante más compleja. Primero, el gobierno central transformó el sistema fiscal autoeximiéndose de financiar las entidades locales que a partir de ahora debían recaudar dentro de sus jurisdicciones y gastar en consecuencia. Al carecer de una supervisión democrática y una ausencia absoluta de transparencia, los órganos políticos de la administración local cargaron sobre las espaldas de los «residentes un número creciente de tasas y exacciones para alimentar su continua expansión». El acenso indiscriminado de los precios de los insumos agrícolas hasta entonces regulado por las oficinas locales para beneficiar al productor rural, dejó a muchas provincias del interior del país con una agricultura insostenible desde cualquier perspectiva. En términos generales, y con la excepción de los primeros años de las reformas, cuando había una posible competencia por los mercados o por la captura de recursos entre las empresas de propiedad estatal y las empresas

municipales, o entre las grandes ciudades y el campo, el gobierno de forma invariable actuaba contra las segundas para proteger a las primeras.

Un segundo factor que mantuvo al campo por debajo de las ciudades se encuentra en la crisis financiera asiática de 1997-1998. Entre otros canales de impacto, la crisis redujo abrumadoramente el comercio exterior y la inversión directa extranjera. Como resultado, el país se sumergió en una grave deflación entre 1997 y 2001 caracterizada por una atonía de la demanda del mercado doméstico. La salida de la crisis no fue propicia para el campo, pero tampoco para los millones de trabajadores despedidos de las ciudades. El gobierno podía haber optado por una vía gradualista con el fin de «ayudar a los campesinos a nutrir una recuperación agrícola basada en los hogares y desarrollar mercados más fuertes en el campo», incrementando además sus ingresos. En cambio, precipitó la «mercantilización de sus funciones sociales» –incluida la atención sanitaria y la educación superior– y estimuló el aumento de los precios de la producción agrícola, reduciendo de ese modo el «margen para el desarrollo rural». Solo cuando el gobierno de Hu Jintao (2003-2013) sintió que el descontento social podía tener consecuencias más drásticas, fueron abolidas las tasas agrícolas y los impuestos que estaban hundiendo al campesinado. Aun así, con todo, el campo se empobreció y en algunos casos se arruinó. La dramática situación de amplias zonas rurales y la constante pérdida de oportunidades de negocio, se combinó con la entrada del gigante asiático en el club de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2002, disparando su sector exportador y atrayendo consecuentemente a las ciudades a millones de hombres y mujeres expulsados del campo. Según diversas estimaciones, en 2008 había unos 225 millones de trabajadores con «empadronamiento rural em-

pleados en zonas urbanas», donde carecían de los derechos básicos de vivienda, educación, o protección social (Wang, 2015:38-40). La población de una de las principales ciudades-empresa de la República Popular China, Shenzhen, era al escribir esto de algo más de 12 millones de habitantes, de los cuales el 80 por ciento provenía de las zonas rurales. El Estado y el capital, concluye Wang, se han fusionado para «explotar a una inmensa masa de personas, transformando a cientos de millones de campesinos en un subproletariado, a una velocidad y en una escala sin precedentes en la historia mundial» (Wang, 2015:40).

Y, sin embargo, fue ese modelo de capitalismo de estado (bajo el disfraz comunista) el que «asumió el liderazgo para salvar al capitalismo global del desastre de 2008, con su urbanización masiva y sus inversiones en entorno construido». La ingente movilización de capital que llevó a cabo el país fue posible gracias a un endeudamiento virtualmente ilimitado que, a pesar de suponer un sorprendente incremento de la relación deuda/PIB (contabilizada en renminbi), siempre podía ser cubierta por las reservas de divisas extranjeras depositadas en su Banco Central. Paradójicamente, el aparato burocrático chino asumió la «visión de Ronald Reagan» consistente en que el «déficit y el endeudamiento no importan»; así fue como durante un tiempo la *prestissima* economía china revivió al moribundo sistema global. En el breve lapso transcurrido entre 2011 y 2013, las ingentes obras públicas y en general los entornos construidos en el vasto país absorbieron más de 6.000 millones de toneladas del «material más destructivo de la tierra», el cemento, una cantidad que excedía ampliamente la usada por la economía estadounidense ¡durante todo el siglo XX! (Watts, 2019; Harvey, 2018:9-12). Durante los primeros veinte años del siglo actual, el PIB de la República Popular China osciló entre máximos de diez y mínimos

de seis, y solo después de la pandemia global se redujo a un escaso 2,3 por ciento. A su vez, el aumento exponencial de demanda de materias primas por parte del país asiático provocó un alza favorable de los términos de intercambio para los países productores y exportadores. Pronto se hizo evidente, una vez más, que la clásica imagen de las economías periféricas podía ofrecer un cuadro hiperrealista de regiones delimitadas por un patrón intensivo de especialización, combinado con altos niveles de desigualdad y abundancia de recursos naturales.

Probablemente, el ejemplo más nítido de este fenómeno tan característico de la nueva división global del trabajo, de la producción y del comercio lo representó América Latina. Allí, las cinco principales exportaciones de bienes primarios y materias primas del conjunto de países integrantes (exceptuando a México y a Costa Rica) representaban en 2014 nada menos que el 80 por ciento del valor total de las exportaciones dirigidas al pujante mercado chino. Sin embargo, con frecuencia *magna fortuna est magna servitus*: la industria y el crecimiento económico en América del Sur, tal como había sucedido durante los años de plomo del neoliberalismo en la región, no se orientaron hacia una dirección opuesta a la exportación de materias y bienes primarios. Este comportamiento procíclico-neoextractivista tendría severas consecuencias económicas y políticas, y por supuesto sociales. Allí donde la estabilidad del crecimiento ha perdurado ha sido porque, como acertadamente ha escrito Dani Rodrik en *One Economics, Many Recipes* (2007), los gobiernos reestructuraron y diversificaron sus economías, aprovechando las fuerzas de la globalización en su favor. Cuando el flujo constante de crecimiento de la infraestructura china comenzó a detenerse, los países exportadores de bienes primarios entraron en recesión, o comenzaron a sentirla. En 2014, la mayor parte

de los municipios chinos habían entrado en quiebra, se había extendido un «sistema bancario clandestino» con el fin de ocultar la formidable suma de préstamos concedidos a «proyectos no rentables» y, además, el sector inmobiliario se había transformado en un «auténtico casino de volatilidad especulativa».

No parecía ahora tan alejada de la realidad la afirmación de Neil Davidson acerca de que China se había transformado en una versión extrema de neoliberalismo. Se llegó a un extremo de «sobreinversión», y como consecuencia los «efectos colaterales positivos» del crecimiento económico se vieron alterados. La desaceleración provocó una devaluación de los precios de las materias primas y con ello arrastró a una crisis política y económica a gran parte de los países productores y/o exportadores de productos primarios: Chile, Australia, Brasil, Ecuador, etc. (Harvey, 2018:11-12). No fue fortuito, por tanto, que el recrudecimiento de la pobreza en América Latina coincidiera con el debilitamiento de los precios de las materias primas, la moderación del crecimiento global y un deterioro de los flujos de capital, vinculados estrechamente a la ralentización del crecimiento de la economía china. Factores perturbadores que, a su vez, provocaron que el vigoroso crecimiento de las economías latinoamericanas con tasas del 5 por ciento durante los años 2010, fuera reemplazado por tasas más austeras del 1 por ciento. Cuando desde 2012 las tendencias apuntadas se acrecentaron, la favorable disminución de los niveles de pobreza que había sido reducida del 45,9 por ciento de principios de siglo a un 28,5 por ciento, según estimaciones para 2014, (atenuando también la extremadamente pobre del 12,4 al 8,2 por ciento) comenzó a invertirse. El escenario económico neoextractivista había cubierto relativamente y por un tiempo las fallas sociales de la región, pero su carácter procíclico y volátil se puso

de manifiesto cuando el ciclo de acumulación de capital se agotó y con ello el número de personas calificadas oficialmente como pobres podía alcanzar en 2017 la trágica cifra de 187 millones, o sea, un 30,7 por ciento de la población latinoamericana (Carrillo, 2018).

La crisis económica precipitó la crisis social y la crisis política. Y una vez más, el incremento de la desigualdad en la región pronto arrojó a las calles a los movimientos sísmicos de protesta social, pero también provocó el auge del autoritarismo político de extrema derecha. Se trataba, sin embargo, de un estallido social que pronto adquirió visos globales, porque la realidad subyacente no era otra que las consecuencias de las ruinas sociales, económicas, políticas, culturales y ecológicas que el terremoto neoliberal había dejado a su paso desde 1970. Como hemos visto, China no fue un actor irrelevante en esta nueva reestructuración del sistema mundial. En realidad, aprovechó la asombrosa transformación endógena desde la era Deng y el nuevo escenario mundial caracterizado por el «nodo financiarización-globalización» (Durand, 2018:153); en otras palabras, el gigante asiático fue al mismo tiempo producto e impulsor del nuevo orden global. Un nuevo orden que, como ha escrito Robinson, sepultó la era de la economía mundial caracterizada por un mercado internacional integrado. Ahora, se había materializado en toda su extensión una «economía global» donde las operaciones de las respectivas economías nacionales quedaron «vinculadas» orgánicamente «a través de la transnacionalización del proceso de producción, de las finanzas y de los circuitos de acumulación de capital» (Robinson, 2014*b*:14-16). Sus consecuencias constituyen el problema abordado en el siguiente capítulo.

Capítulo 4

Regímenes de anti-valor

> En la raíz de este parasitismo está la idea de la extracción de renta: tomar sin producir.
>
> Michael Hudson, *Matar al huésped. Cómo la deuda y los parásitos financieros destruyen la económica global*, 2018, pág. 32.

La profundidad y la extraordinaria escala del avance de esta nueva economía política global puede ilustrarse con el anfibológico término «cadenas de valor» que, pese a la simplicidad de ciertas escuelas de negocios, ha sido la forma de expansión del capital transnacional con la finalidad de externalizar y deslocalizar la producción, minimizar sus costes y evitar cualquier responsabilidad corporativa ante su destrucción no tan creativa del mundo. De hecho, allí donde los estudiosos de las «cadenas mundiales de mercancías» han adoptado un discernimiento razonado del academicismo, no les resultó difícil demostrar sólidamente que la «polarización a escala planetaria» obedece a la relación mutuamente interdependiente entre, por un lado, el «control oligopólico del acceso a los mercados finales y a las tecnologías clave» y, por otro, a la asombrosa «oferta de mano de obra» global al servicio de la producción de manufacturas, así como de los «servicios de información estandarizados» (Durand, 2018:156). De forma predecible, el auge de las cadenas de valor globales que coincidió también con el ápice de la globalización neoliberal en la década de 1990, no alteró la situación de subordinación de

la periferia del sistema mundial con respecto a las economías del capitalismo avanzado. El patrón de desarrollo en buena parte de los países del Sur global quedó reducido a «un espejismo de mejora social», a una «reproducción del núcleo» del capitalismo avanzado y, por lo tanto, a un «crecimiento desigual» (Smichowski, Durand y Knauss, 2018). Lenin lo había expresado con extraordinaria lucidez con un siglo de antelación en *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*: «El desarrollo desigual y espasmódico de las distintas empresas, ramas industriales y países es inevitable bajo el sistema capitalista» (Lenin, 1916/1970:741).

Las principales «firmas dominantes», cuyas sedes destinadas a la administración y gestión se localizaban por lo general en los países del capitalismo avanzado, podían beneficiarse del «intercambio desigual en su relación con las redes de suministro» que explotaban las «reservas de mano de obra recientemente disponibles» (Durand, 2018:156). La deslocalización del tejido industrial de las economías noratlánticas, junto a la apertura de los países del Sur global y el derrumbamiento del estatismo soviético, provocaron un crecimiento cuántico de la fuerza laboral a disposición del capital. Y su progresión parece imparable. Si en 1990 el mercado del trabajo global contaba con unos 1.500 millones de brazos, ahora esa cifra se había multiplicado por dos. De ese modo fue como se produjo un extraordinario poder, desde cualquier punto de vista, por parte de las corporaciones privadas y las sociedades de cartera tales como Walmart, The Gap, Ikea, Inditex, McDonalds, Kentucky Fried Chicken, entre otras, o las poderosas compañías del utopismo tecnológico (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft). Todas ellas (especialmente sus CEO ultrarricos) obtenían desorbitados beneficios de la radical reconfiguración del mercado global, al mismo tiempo que elevaban el subempleo y la depresión salarial a categorías

universales. Como ha escrito Wolfgang Streeck en una afirmación tan plausible para la superproducción de dispositivos electrónicos en FoxConn (Shenzhen) como para el universo Walmart,

> Allí donde el empleo se ha restaurado en cierta medida, tiende a hacerlo con menores salarios y peores condiciones de trabajo, debido al cambio tecnológico, a las «reformas» en los sistemas de seguridad social, que reducen el salario de reserva efectivo de los trabajadores, y a la desindicalización, que aumenta el poder de la patronal (Streeck, 2017*a*:34).

Solo los incondicionales fieles del credo hayekiano habían adquirido la incapacidad intelectual para observar que «los rendimientos obtenidos por los accionistas que se encuentran en lo alto de la cadena», no se pueden desconectar de la «explotación descarada del trabajo que se sitúa en el otro extremo, en particular en las zonas francas de exportación» que proliferaron desde la década de 1980 por gran parte del Sur global (Durand, 2018:155-156). Esta economía transnacional, afirma John Grahl inspirándose en *L'Avenir du capitalisme* de Jean-Luc Gréau, quedó atrapada en los dominios de los «grandes inversores institucionales» caracterizados por un impaciente e insaciable anhelo «por realizar sus tasas de retorno» y, por tanto, por una indiferencia ante la «economía misma». *A fortiori*, todos los argumentos a favor de un mercado «libre» y transnacional ya no podían seguir sosteniéndose, a pesar de que el sentido común mediático y político propagado por el *statu quo* estaba impregnado de la inocente equiparación de libertad con mercado. Esta nueva economía global tampoco promovía la competencia, de hecho «la mayoría de las exportaciones de China a Occidente» procedían de mul-

tinacionales occidentales. Y, por último, no mejoró «la situación de los países más pobres exportadores de materias primas»; contrariamente, fueron adquiriendo un «estatus no declarado de colonias productoras de algodón barato», transformado posteriormente en ropa en talleres cautivos en China o Indonesia (Grahl, 2011:42, 44). En todo el Sur global se podían descubrir trágicos ejemplos del ilotismo laboral del siglo XXI. En India, el segundo país productor y exportador textil más grande del mundo después de China, parte de la tejeduría se desarrollaba en la economía informal del trabajo doméstico. Allí, mujeres y niños de comunidades étnicas oprimidas históricamente podían obtener la miserable cifra de 0,15 centavos de dólar por hora trabajada, mientras las firmas principalmente situadas en Europa y Estados Unidos multiplicaban sus beneficios de forma espectacular. Las promesas rotas del desarrollo para muchos hombres y mujeres de los países de la periferia no eran ahora tan diferentes de las condiciones laborales del siglo XIX; tal como podemos leer en *El capital*: «Los patrones se aprovechan de la habitual irregularidad en el trabajo a domicilio cuando se requiere algún trabajo extra a empujones, de modo que el trabajo se prolonga hasta las 11, y las 12 de la noche o las 2 de la madrugada, o como suele decirse, 'todas las horas', y, además, en locales de trabajo donde el 'hedor basta para tumbarle a uno' (the stench is enough to knock you down)» (Kara; 2019; Marx, 2010*a* :481).

Sin embargo, ¿hasta dónde alcanza la posibilidad de desembarazase del club de los países perdedores de la globalización? ¿Se trata de un destino fatídico e irrevocable de la historia que inhibe cualquier opción política para cambiar su desafortunado rumbo? En parte, durante las últimas décadas, la dinámica del capitalismo global y la deriva neoliberal de las instituciones supranacionales han reducido considerablemente la posibilidad de reestructurar las

economías nacionales, con el fin de distribuir la riqueza nacional y proporcionar el bienestar prometido a sus ciudadanos. Pero también puede argumentarse sólidamente que «no es creíble por más tiempo seguir afirmando que somos espectadores inocentes de fundamentos exógenos» (Palma, 2019*a*). ¿Cómo debemos interpretar, por ejemplo, que mientras la familia empresarial coreana Samsung competía «mano a mano» con la empresa global Apple en el sector de tecnología punta, «algunos de sus análogos chilenos» no solo incrementaban considerablemente su riqueza personal, mucho más que sus pares coreanos, sino que sus empresas terminaran exportando «concentrado de cobre», barro cuyo contenido de metal apenas alcanzaba un 30 por ciento? (Palma, 2016*a*:13-14). «Si China e India no tuvieran nada más que prendas de vestir y productos agrícolas para exportar, las ganancias del comercio exterior y la inversión no habrían sido tan grandes» (Rodrik, 2007:2). Lo que tampoco garantizaba que los niveles de desigualdad de ingresos, salariales y de riqueza en general fueran a ser menores en estos países que en los pertenecientes al club de las economías centrales. Aunque la «emergente clase media» de India, China, Tailandia, Vietnam, o Indonesia había incrementado sus ingresos un 70 por ciento, o tal vez más, desde los últimos años de 1980 continuaba manteniendo un estatus de relativa pobreza al ser comparada con la clase media occidental (Therborn, 2017:73-74). Al parecer, la tendencia global no era otra que la de nivelar la desigualdad de las clases sociales más desfavorecidas y de hundir en el pozo de la deuda a las clases medias de cualquier parte del mundo. En India, una promesa de desarrollo emergente, en torno a la mitad de su población sufría «retrasos en el crecimiento físico y mental durante la niñez», un problema que probablemente arrastrarían toda la vida. Pero también en el Reino Unido la «impronta de

clase» era ya «visible a la edad de veintidós meses». Durante los primeros años del siglo actual, el PIB per cápita de la economía estadounidense era solo cuatro veces superior al de China. Y el del continente africano era solo 1,9 veces mayor que los niveles que tenía en 1970. América Latina no mantuvo un ritmo de crecimiento constante y sólido como «para empezar a converger con Europa y América del Norte» (Therborn, 2017:70,76-77). De hecho, como se ha señalado, el modelo de desarrollo dominante provocó un resultado sorprendentemente opuesto: en vez de incentivar a América Latina a «europeizarse», incentivó a los países miembros de la OCDE a «bananizarse». Durante los años que precedieron a la Gran Recesión de 2008, el bipartidismo plutócrata estadounidense y los cuadros políticos de la «tercera vía» europea podían mirarse en el espejo latinoamericano e identificarse con el brasileño Gustavo Franco, Domingo Cavallo en Argentina, Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Fujimori en Perú, o Abdalá Bucaram en el centro del mundo. Si los primeros representaban los intereses del arsenal financiero, «una clase de parásitos» que ostenta un extraordinario poder, «no solo para despojar periódicamente a los capitalistas industriales» sino también para cruzarse de la forma más «peligrosa» en la «producción real», los segundos, compartían un absoluto «desprecio por la industria manufacturera», por cualquier forma de política proteccionista y por las injerencias estatales, a no ser que éstas actuaran en su propio interés (Palma,2020; 2019*b*:958; Marx, 2010:541-542).

Naturalmente, la pandemia global reforzó las tendencias apuntadas. Antes de que el mundo sufriera las turbulencias económicas y sociales de la crisis pandémica, en la mayor parte de las economías capitalistas, ya se tratase del núcleo de las economías occidentales o en los países del Sur global, la actividad económica se hallaba en pro-

ceso de desaceleración. Mientras algunas se estaban contrayendo, particularmente en los sectores productivos y en la inversión nacional, muchas otras se hallaban frente al precipicio de la recesión. Dicho de otro modo, la epidemia asestó un duro golpe cuando las economías del capitalismo avanzado parecían estar debilitándose desde una perspectiva macroeconómica. Estados Unidos, Europa y Japón compartían un frágil crecimiento del PIB que no superaba el 2 por ciento. Por su parte, las economías emergentes tales como México, Brasil, Turquía, Argentina, Sudáfrica y Rusia se estaban enfriando antes de la llegada del virus. Los dos gigantes asiáticos, China e India habían entrado en una fase de desaceleración económica desde 2019 (Carrillo, 2020*a*). Pero la nueva economía global no solo amplió las expectativas de la desigualdad económica, política, o de cualquier otra índole, entre las poblaciones de los países periféricos. Ahora, eran perfectamente observables en los barrios empobrecidos y desindustrializados del decadente *rust belt* estadounidense, en las antiguas regiones industriales del Reino Unido, o en la Europa de la austeridad fiscal autoinfligida.

4.1. *Popolo grasso e popolo minuto*

Como había sucedido en el pasado, no era extraño que «cada gran ciudad» de nuestro siglo fuera «vista como un lugar de sacrificio humano, un santuario donde miles de personas pasan anualmente por el fuego como ofrendas al *moloch* de la codicia» (Marx, 2010*a*:651). Al mismo tiempo que la presión ejercida sobre los trabajadores chinos de la industria digital podía conducirlos a la muerte (en 2010 se produjo una oleada de suicidios en las instalaciones de Foxconn), la ciudad de San Francisco, base de operaciones de los *geeks* del fetichismo tecnológico, ocupaba el primer

puesto de la desigualdad económica en el estado de California. Con el esclarecedor título *California Feudalism* Kotkin y Toplansky mostraron que el ingreso promedio del 1 por ciento más rico de los hogares de la ciudad del Golden Gate, podía ser hasta 44 veces superior al ingreso medio del resto de la población. En la tierra donde habían brotado las mayores fortunas del mundo durante las últimas décadas (y la lábil retórica que envolvía el utopismo tecnológico), en torno al 45,8 por ciento de los niños «vivía en o cerca de la pobreza». En un día cualquiera antes de la pandemia por las calles de Los Angeles podían deambular en torno a 50.000 *homeless*; su número había crecido un 75 por ciento desde principios de siglo (Kotkin y Toplansky, 2018:13). Un dramático fenómeno que no era exclusivo de Estados Unidos de Norteamérica, al contrario, proliferó por todo el Norte global.

De hecho, el principal factor que hizo que las tasas medias de desempleo –ascendentes desde la década de 1980 e impulsadas hacia la estratosfera durante la Gran Recesión– fueran reducidas durante la última década, se debió fundamentalmente a nuevas formas de empleabilidad y extracción de plusvalor. No estábamos en la era de las máquinas en la que, supuestamente, finalizarían las penurias del trabajo humano, sino ante unos mercados labores desprotegidos de las presiones del capital. Los trabajadores –afirma Aaron Benanav en un minucioso artículo sobre la automatización y el futuro del trabajo– «tienen que continuar trabajando para alimentarse, de manera que aceptan cualquier trabajo que se les presente, incluso aquellos que ofrecen un salario pobre, jornadas reducidas o condiciones laborales terribles» (Benanav, 2020:131). El número de trabajadores explotados y abandonados a su suerte no ha dejado de crecer en los mercados laborales occidentales. Entre el gobierno de François Mitterrand (1981-1995) y

el socialista de François Hollande (2012-2017), el trabajo precario en Francia ascendió del 21 al 34 por ciento. Durante el mandato neoliberal de Emmanuel Macron, la desregulación del mercado laboral, la flexibilidad y una férrea disciplina fiscal permitieron ampliar las expectativas de un nuevo darwinismo social. En el hegemón europeo, Alemania, donde se ha extendido el malestar social y político desde las últimas décadas, el empleo precario creció de un 25 por ciento en la década de 1980 al 39 por ciento en 2013. En algún momento de la larga era Merkel (2005-2021) los salarios reales del 21 por ciento de la población activa habían descendido drásticamente y la misma proporción vivía al borde de la pobreza. En Italia, el empleo desregulado y precario ascendió desde el 29 por ciento en 1985 al 40 en 2013. Después del miasmático berlusconismo, un banquero y expresidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi, dispuso a los cuadros de la gerencia empresarial para disciplinar aún más a los mercados laborales italianos. Desde hace años, las formas más infames de contratación se han extendido en la tierra de Gramsci: «subcontratación de tareas, trabajo regular de guardia, trabajo intermitente e incluso formas de trabajo gratuito». En Japón, Corea del Sur y en todos los países de la OCDE se hacía patente la misma tendencia. En la Europa iliberal del siglo XXI, unas 55.000 agencias suministraban a la *gig economy* centenares de miles de trabajadores cuyos salarios no superaban unos miserables 3,5 euros por hora. Como en la película –dramáticamente realista– de Ken Loach *It's a Free World* (2007), cuando finalizaban la tarea para la que habían sido contratados, eran expulsados de nuevo a la jungla humana. Al otro lado del Atlántico, en la economía estadounidense, el desempleo era corregido rápida y severamente gracias a que en torno al 30 por ciento de su población activa no disfrutaba de ingresos ni ocupación estables. La incerti-

dumbre resumía de forma angustiosa las vidas del *popolo minuto* (Benanav, 2019;2020; Basso, 2021; Fontana, 2019).

Las «oscuras fábricas» de *fast fashion* que habían proliferado en los países en vías de desarrollo desde la era de la deslocalización (1980-1990), lo hicieron también en el corazón del capitalismo avanzado. Así, por ejemplo, desde la Gran Recesión en la ciudad británica de Leicester, situada en el *Midlands* del Este, había prosperado una industria de tejeduría semiclandestina, cuyos trabajadores y trabajadoras percibían unos salarios que podían equipararse con los que cobraban los trabajadores de Coketown de la novela de Dickens *Tiempos Difíciles*. Mahmud Kamani, «emprendedor» de éxito y cofundador de Boohoo, empresa en línea que suministraba trapos para satisfacer los deseos *tutto e subito* de la «generación Instagram», obtenía en torno al 40 por ciento de su ropa del Reino Unido y gran parte de ella provenía directamente de Leicester (O'Connor, 2020). Seguramente Kamani, surgido de la nada vendiendo bolsos en las calles de un mercado local hasta llegar al espacio social reservado a los millonarios, podía ahora reprochar a los trabajadores de la industria textil británica lo mismo que Dickens ponía en boca de cualquiera de los capitalistas de la era victoriana, a saber: «Lo que hice yo también lo puedes hacer tú. ¿Por qué no vas y lo haces?»[26]. Esta idea tan fuertemente arraigada en la «mitología del capitalismo norteamericano» desde finales del siglo XIX, de «hombres hechos así mismos»[27], había regresado con el programa neoliberal incluso con más vehemencia social y mediática que en el pasado y, sin duda, con un inquebrantable apoyo político.

26 Charles Dickens (2018), *Tiempos difíciles*, Alianza Editorial, Madrid, pág. 190.

27 Para un análisis de la primera generación de magnates ladrones, véase el extraordinario trabajo de Eric Hobsbawm (2003), *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Barcelona.

El relato hegemónico en las «sociedades contemporáneas» cimentado en tres mandamientos del capital: «propietarista, empresarial y meritocrático», ha legitimado la desigualdad como el justo castigo del que rehúye los valores del esfuerzo, de la innovación y del emprendimiento. Al igual que para la moral conservadora victoriana, ahora, la pobreza era responsabilidad exclusiva de los propios empobrecidos. Retóricamente, la desigualdad podía ser transitoria al estilo del *trickle down* de Ayn Rand, porque el *popolo minuto* al final, un final tal vez inalcanzable, se beneficiaría de la «acumulación de riqueza» del *popolo grasso*, entre los cuales se hallaban los «más emprendedores, los que más lo merecen y los más útiles». Aunque demasiado evidente, conviene recordarlo con Piketty, «el mercado y la competencia, las utilidades y los salarios, el capital y la deuda, los trabajadores cualificados y los no cualificados, los nacionales y los extranjeros, los paraísos fiscales y la competitividad, no existen como tales». Se trata de construcciones sociohistóricas que «dependen completamente del sistema legal, fiscal, educativo y político que decidimos establecer» (Piketty, 2019:13-20). Esta *raison d'être* de los regímenes neoliberales, ha generado las condiciones subyacentes de la desigualdad y ha permitido a una segunda generación de *Robber barons* enriquecerse de la noche a la mañana, con cierta aquiescencia cuando no devoción por parte de unas sociedades que, por usar las palabras de Baudrillard, parecían estar saturadas y sin historia (Baudrillard, 1970).

Políticamente, financieros, especuladores, políticos y toda una cohorte de «hombres hechos así mismos», alteraron la sintaxis del mundo público y social haciendo que sus extraordinarias fortunas no fueran demonizadas por los medios de comunicación de masas. Como afirmó Hobsbawm en un comentario sobre Antonio Gramsci, «los

acuerdos políticos se han convertido en un poderoso medio para reforzar la hegemonía burguesa», de modo que la retórica política que rodea la «defensa de la república, la defensa de la democracia, o la defensa de las libertades y de los derechos civiles unen a los dirigentes con los dirigidos para beneficio primordial de los dirigentes; pero esto no significa que sean menos relevantes para los dirigidos» (Hobsbawm, 2012:336). Ejemplificando, sin el monopolio de las patentes otorgado por el gobierno estadounidense a Bill Gates, el cuarto hombre más rico del mundo en el año que comenzó la pandemia, y el mayor propietario de tierras agrícolas en su país natal, «todavía estaría trabajando para ganarse la vida» (Baker, 2020). Un monopolio que defendió de forma incongruente (o tal vez no, si consideramos su mero interés personal) el filántropo siatelita ante la audiencia del *Sky News* británico, cuando aseveró que la normatividad de las patentes no debía alterarse, ni siquiera para alentar la producción y distribución de vacunas más allá de las vetustas fortalezas de las compañías farmacéuticas (Savage, 2021*a*).

Los magnates de la era neoliberal, como sus predecesores de *fin de siècle*, se abastecían de información privilegiada de los cuadros políticos, e incluso de los políticos mismos. Sabían que la política «era algo que había que comprar en vez de practicar» (Hobsbawm, 2003:156). El citado Robert Rubin, secretario del Tesoro entre 1995 y 1999 bajo la administración Clinton, o Hank Paulson ocupando el mismo cargo entre 2006 y 2009 con Bush Jr., después de abandonar temporalmente sus intereses particulares en Goldman Sachs (donde eran directores ejecutivos), decidieron entregarse encarecidamente al interés público, el primero desregulando el sector financiero, el segundo «trató de poner algún remiendo a sus resultados en 2008» (Streeck, 2017*a*:48-49). Jay Carney, exsecretario de prensa

de la Casa Blanca durante la administración Obama, pudo dejar cómodamente la carrera política y pasar a supervisar las relaciones públicas del monopolio Amazon, propiedad del magnate Jeff Bezos. Este potentado de la *Gen X*, que se había convertido en el año de la pandemia en el hombre más rico del globo gracias al drástico confinamiento social que provocó un aumento exponencial del volumen de comercio en línea, también había aprendido de la primera generación de magnates cómo debían ser disciplinados sus trabajadores. Al igual que sus pares de finales del XIX, la compañía de Bezos contrató los servicios de la agencia de espionaje Pinkerton (fundada en Chicago en 1850) conocida por sus actividades antisindicales. Otro discípulo de Obama, Robert Gibbs, se adaptó confortablemente en 2015 a su nuevo empleo como director global de comunicaciones de McDonald's, al mismo tiempo que esta proveedora mundial de *fast food* presionaba contra el aumento del salario mínimo (Savage, 2021*b*). Tom Vilsack, cuyo compromiso instrumental con la *Big Ag* quedó ampliamente demostrado cuando bajo su supervisión (y el beneplácito de Bruselas) se selló el matrimonio endogámico entre Monsanto y Bayer, fue restituido por Joe Biden como Secretario de Agricultura, después del traumático gobierno del magnate Trump. Vilsack no menospreció las oscuras artes de la mendacidad política para endosarse algunos millones de dólares después de haber defendido los intereses de la gran industria agroalimentaria (Rappeport y Corkery, 2020).

Como sucedió en el pasado, ahora *el popolo grasso* posmoderno aprovechó la filantropía, la incertidumbre social y un mito de «excepcionalismo personal» para encubrir su «papel real como capitalistas» (Savage, 2020). A pesar de la aparente diferencia filantrópica entre los «donantes conservadores», como por ejemplo los hermanos Koch y

los tecnófilos de Silicon Valley siempre dispuestos a apoyar una «renta básica universal», ambos podían converger, y de hecho lo hacen, en la suposición de que solo los ricos tienen la capacidad de saber «cómo gastar el dinero». Como afirma Phillips-Fein, ambos saben con certeza que su filantropía, «que depende de la desigualdad y la defiende, se parece más al lavado de dinero espiritual que a la justicia» social que dicen favorecer (Phillips-Fein, 2018). Mientras la mano izquierda de Warren Buffet criticaba en público las deshonestas acciones de Wall Street durante la Gran Recesión, con la derecha compraba acciones «controladoras» en Citigroup. El «donante más generoso del mundo», y también ensayista, George Soros, condenaba exultante el grado de responsabilidad de JP Morgan o el citado Citigroup en la crisis global, pero era su accionista mayoritario (Robinson, 2021:207). Una joven generación tecnófila de ultrarricos como Elon Musk o Mark Zuckerberg, alentaban a sus audiencias acerca de la necesidad de «explorar ideas como la renta básica universal», ante la amenaza de un futuro en el que las nuevas tecnologías como la robótica hagan redundante o innecesario el trabajo humano. Sin embargo, guardaban silencio acerca de las diversas formas de explotación laboral, como el generalizado subempleo, la externalización de la producción, la farsa del emprendimiento, o los paraísos fiscales (*offshore*), que han surgido en el mundo que ellos mismos han contribuido a edificar.

El destino del capitalismo en manos de los nuevos reformadores, incluidos ciertos sectores de la izquierda, que aspiran a un programa máximo de ingreso no salarial y regulaciones macroprudenciales, no solo es insuficiente para un sistema visiblemente agotado, sino que se distancia enormemente de la inteligencia y audacia de las reformas de posguerra. En la tarea vital de reinventar el sistema, las supuestas alternativas parecen adoptar una abrumadora

uniformidad, un *cantus firmus* de inspiración monotecnológica, como en *Fully Automated. Luxury Communism* (2019) de Aaron Bastani. Para este autor, como tantos otros presumiblemente embebidos de ciberespacio, el futuro se basa en la suposición de un «comunismo de lujo totalmente automatizado»; un universo de «ocio y autoinvención ilimitados», gracias a la «inteligencia artificial, la energía solar, la edición genética, la minería de asteroides y la carne producida en laboratorios» (Benanav, 2019). Paradójicamente, este *telos* de la tecnología moderna se halla inscrito en el «romanticismo de acero» de Joseph Goebbels que aspiraba a fusionar la «belleza natural de los bosques germánicos con la potencia industrial de las fábricas Krupp» (Traverso, 2005). La nueva cultura de masas y la «nueva relación entre producto y consumo que ha establecido la tecnología» como una renovada religión secular –escribió Pier Paolo Pasolini en *Escritos corsarios* (1975)–, «está destruyendo la "verdadera" tradición humanística». No hay alternativas para la izquierda so pena de quedar fuera del juego establecido por la nueva burguesía. De ahí se deriva el «optimismo general de las izquierdas, un intento vital de anexionarse el nuevo mundo –totalmente distinto de cualquier mundo anterior– creado por la civilización tecnológica»[28].

Culturalmente, ciertos sectores de ultrarricos defendían o, más preciso, cultivaban una ética neoascética ridícula, cuando no peligrosa si la emulaban los millones de jóvenes prosélitos de los *geeks* de Silicon Valley. Como les dijo Jack Dorsey a sus followers a través de la red social que el mismo había fundado, Twitter: «He estado jugando con el ayuno durante algún tiempo. Hago un ayuno de 22 horas

28 Pier Paolo Pasolini (1975/2009), *Escritos corsarios*, Ediciones del Oriente y Mediterráneo, Madrid, págs. 26-27.

todos los días […] ¿Alguien más tiene esa experiencia?» (Papazoglou, 2019). Al igual que la joven generación de sus ancestros de la *Belle Époque*, eran individuos a los que les movía la «lógica de la multiplicación de beneficios en vez de la del vivir, y que contaban con suficiente competencia, energía, inhumanidad y avaricia. Las diversiones eran mínimas» (Hobsbawm, 2003:156). En cierto modo, compartían el programa psicologista neoliberal basado en una combinación de «automejora competitiva, el cultivo insaciable del capital humano comercializable, la dedicación entusiasta al trabajo y la aceptación alegremente optimista y jovial de los riesgos a un mundo que ha dejado atrás el gobierno». Así, la nueva cultura mundial de consumidores «temporales», embargados por los vacíos pero seductores mensajes de *La société du spectacle*[29], redujo la socialización a una «interacción social» modelada por las redes sociales (Twitter, Facebook…), proporcionando así un «conjunto de instrumentos» para profundizar aún más la mercantilización de una sociedad formada por sujetos solipsistas, y ofreciendo al mismo tiempo a «empresas, políticos y celebridades de todo tipo» un espacio virtual donde «crear comunidades imaginarias» de seguidores alienados «dispuestos a recibir mensajes seudopersonales en cualquier momento del día» (Streeck, 2017*a*:55-56,130).

Como demostraron numerosos estudios en el campo de la neurociencia, la radical reestructuración del tiempo social invertido en esta hipérbole mediática y en unos sistemas educativos acosados y seducidos por el uso frecuentemente irracional de nuevas tecnologías, provocó una

29 Como escribió Guy Debord en ese presciente libro: La emancipación no podrá alcanzarse «pas même l'individu isolé, pas même la multitude atomisée soumise à la manipulation ne peut y parvenir» (Debord,1967). Años después, Thatcher introdujo uno de sus famosos principios que retrataría con extraordinaria nitidez la sociedad que su programa político estaba cultivando y que el blairismo llevaría al extremo: «who is society? There is no such thing!».

inopinada reversión del *efecto Flynn* (cociente intelectual). La supuesta generación de «nativos digitales» no era más que una quimera promovida por la nauseabunda lógica del mercado y los medios niveladores de opinión; el cerebro adolescente, como el de un adulto, sufre y tiene problemas para desarrollarse cuando está sometido a un «flujo permanente» de estímulos exógenos. Es probable que nuestra especie cambie dentro de unos centenares de miles de años (si antes no ha sido barrida del planeta). «Mientras tanto lo que se está produciendo, concluye Michel Desmurget, es un verdadero saqueo intelectual». La sociedad del *big data*, pegada permanentemente a una pantalla, creía que la simple acumulación de información, o de lo que fuese, equivalía necesariamente a un ascenso proporcional de las capacidades intelectuales humanas. Tal como informó en el *New York Times* un directivo del Departamento de Comunicación de Google que decidió inscribir a sus hijos en un centro educativo alejado de la enseñanza digital: «En Google y en todas sus filiales, hacemos que la tecnología sea tan estúpidamente fácil de utilizar como resulte posible» (Desmurget, 2020:47-48;296). Y es que, «mientras la tecnología especializada se puede usar (aunque no seguir desarrollando) sin pensamiento original, la ciencia necesita ideas» (Hobsbawm, 2013:196).

De hecho, las enormes riquezas personales que acumularon particularmente los «barones del silicio» no se debían tanto al poder de invención o de innovación que ostentaban ante la sociedad global, sino más bien a la inversión estatal y la investigación pública. Cornelius Vanderbilt «el mayor ladrón de la primera generación» no inventó el transporte ferroviario, así como Bezos no concibió la logística moderna, o el magnate sudafricano Elon Musk las «transacciones electrónicas» (Savage, 2020). Ma Huateng, miembro fundador de Tencent Holdings, empresa global

ubicada en las torres gemelas de Shenzhen, no debía su enorme fortuna precisamente a grandes invenciones disruptivas, sino a liderar las curvas mundiales de consumo lúdico gracias a la fabricación de videojuegos. La tecnología que ha hecho del iPhone el sustituto cuasi global de la lectura se ha servido especialmente de la investigación de la ciencia dura con cargo a los presupuestos de un Estado schumpeteriano, y no tanto de la multinacional Apple (Mazzucato, 2017). Hay además razones para corroborar con Robert J. Gordon que «algunos inventos son más importantes que otros». Probablemente Gordon exagera sus argumentos, pero con toda certeza desde la década de 1970 el crecimiento económico ha sido «deslumbrante» y al mismo tiempo «decepcionante». «Esta paradoja, continúa el economista, se resuelve cuando reconocemos que los avances» desde la era neoliberal se han canalizado hacia «una esfera estrecha de la actividad humana que involucra el entretenimiento, la comunicación y la recopilación y procesamiento de información». Sin embargo, en lo que concierne al resto de lo que les «importa a los seres humanos: comida, ropa, refugio, transporte, salud y condiciones de trabajo, tanto dentro como fuera del hogar, el progreso se ralentizó tanto cualitativa como cuantitativamente después de 1970» (Gordon, 2016).

La neoliberalización global provocó también la emergencia de oportunistas que supieron hacerse con la esfera pública sin demasiadas objeciones políticas, de hecho, contaron con la clase política como aliada. El caso de Carlos Slim, «el industrial más maligno de México» es ilustrativo. Primero estalló la crisis de la deuda mejicana en 1982 provocando que el nivel de vida de su población decreciera una cuarta parte tras cuatro años de rescate al sector financiero. Después comenzó la liberalización del comercio que vinculó de forma asimétrica a México con respecto a

los intereses de las empresas estadounidenses y canadienses a través de la ratificación del Tratado de Libre Comercio (TLCAN) en 1994, beneficiando considerablemente a los intereses de un reducidísimo sector social. Ahí estaban personajes como Slim que se valieron de sus amistades políticas y otras venalidades para lucrarse con las privatizaciones estatales durante la década de 1990. En 2007 «el tesoro de Slim» equivalía «a algo menos del 7 por ciento de la producción total de bienes y servicios de México», un país en el que según estimaciones del Banco Mundial en 2016 probablemente el 50 por ciento de los hogares vivía en el umbral de la pobreza (Hanson, 2010; Porter, 2007). En el año de la pandemia global, los medios de comunicación no dejaron de ensalzar la asombrosa solidaridad del empresario mejicano que a través de su fundación filantrópica pretendía financiar la vacuna contra el virus. De ese modo, la captura de la política pública dejaba en manos lucrativas la salvación de la carne. Como escribió Camus en *La peste*: «la enfermedad, que aparentemente había forzado a los habitantes a una solidaridad de sitiados, rompía al mismo tiempo las asociaciones tradicionales, devolviendo a los individuos a su soledad. Esto era desconcertante»[30].

A pesar del compromiso político de la izquierda con la igualdad social, la economía de los últimos años del gobierno brasileño del *Partido dos Trabalhadores* (2003-2016) creaba un nuevo magnate cada 27 minutos, con una fortuna que podía superar los 30 millones de dólares (Palma, 2016*b*). En su forma más extrema, durante la monumental privatización de la antigua Unión Soviética, se otorgaron a «clientes políticos derechos sobre el petróleo y el gas, minerales, bienes raíces e infraestructura a precios de saldo». Una generación de nuevos oligarcas se enriqueció de forma

30 Albert Camus, *La peste*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1979, pág. 158.

extraordinaria y redujo al país de la Revolución de Octubre, tal como vimos, a una nueva «sociedad feudal» (Hudson, 2018:77). En ese contexto político y jurídico, propicio para el imperativo de acumulación capitalista («acumulación por desposesión» por usar la expresión de Harvey), el *steel magnate* Lakshimi Mittal se lucró del negocio de las privatizaciones en los países de la órbita soviética (Polonia, Bosnia o Rumanía, entre otros) para transformar su modesta fortuna en una de las más abultadas del mundo.

En suma, la «oligarquía –del Wall Street neoyorkino al Moscú postsoviético, de Shanghái a Lagos o a México– cuya riqueza procede no del duro trabajo productivo, el ahorro y el intercambio honrado, sino de contactos familiares o políticos, del juego y la elusión de las leyes y normas existentes, se ha desconectado de la clase media» (Therborn, 2015:189); o, siendo más preciso, del común de los mortales. Trágicamente, el *popolo minuto* que sufría el peso de este anómico sistema social no tenía más remedio que compartir las palabras que la economista poskeynesiana Joan Robinson (1903-1983) decía a sus estudiantes con respecto al desempleo: «Lo único peor que ser explotado por el capital es no ser explotado por el capital» (Baker, 2020). Cuando la forma del capital ficticio asumió el control de mando de la economía mundial a partir de la década de 1980, la afirmación de Robinson parecía más concluyente.

4.2. La hegemonía del capital ficticio y sus descontentos

El orden neoliberal vigente desde 1980 conllevó la resurrección del espíritu parasitario rentista y estableció un amplio consenso político en torno a la idea de que el sector financiero debía de ser el centro de gravedad de la economía de mercado. ¿Cuál es la naturaleza de este nuevo ré-

gimen político tutelado ahora por el capital ficticio? Económicamente, el descenso sustancial de la tasa de interés (después del lapso alcista del *shock* de Volcker), contribuyó a alimentar un «nuevo *boom* en los principales países capitalistas» al aumentar la «diferencia neta entre la tasa de ganancias y la tasa de interés». Pero el descenso de la tasa de interés también favoreció la expansión sin precedentes «del capital en todo el mundo», promoviendo a su vez un incrementalismo sustancial de las deudas de consumo y alimentando globalmente las «burbujas inmobiliarias y financieras». Como argumenta Anwar Shaikh, a la vez que se creaban asombrosas cantidades de capital, «en países como Estados Unidos de Norteamérica y Gran Bretaña, hubo un aumento sin precedentes en la explotación de la fuerza de trabajo, a través de la reducción del crecimiento de los salarios en relación con la productividad». De manera previsible, «el resultado directo fue un importante aumento de la tasa de ganancia». Y, lógicamente, la consecuencia «colateral» de la contracción salarial hubiera sido un estancamiento de la demanda efectiva, es decir, del «gasto real en consumo». Sin embargo, una combinación de «tasas de interés decrecientes» con un crédito cada vez más generoso, provocó que el gasto en consumo y en otros aspectos continuara creciendo «como una boya en un mar de deudas» que de forma inevitable terminó con el diluvio financiero de 2008. *A fortiori*, la causa de la Gran Recesión no fue la crisis financiera estadounidense, sino el detonante que se había iniciado con el gran *boom* especulativo de la década de 1980 (Shaikh, 2011). Y lo que subyacía bajo este mar de deudas era la «hegemonía de las finanzas, la forma más fetiche de la riqueza» (Durand, 2018:167).

La libertad permaneció reducida con demasiada frecuencia a un mero *tropo* de la sintaxis política. «De la misma manera que los individuos» quedaron «sometidos por

sus deudas», los Estados terminaron doblegados por el «peso del antivalor» de los principales centros del poder financiero. Como había sucedido durante la era victoriana –ahora a un nivel extraordinariamente global– el sector bancario y el crédito se estaban transformando en los «medios más poderosos para impulsar la producción capitalista más allá de sus propios límites»; transgrediendo, incluso, las fronteras racionales donde se «interrumpía la conexión con los procesos de valorización del capital» (Harvey, 2019:105). En el primer año de la pandemia, la suma total de la deuda acumulada por hogares, empresas y gobiernos en las economías de los países centrales del capitalismo podía alcanzar un asombroso 383 por ciento del PIB. Aunque el endeudamiento de las economías emergentes era menor que el de los países del capitalismo avanzado, alcanzando una relación deuda/PIB del 168 por ciento, sus condiciones históricas junto al nuevo imperialismo oligopolístico ejercido sobre empresas y trabajadores del Sur global, mantenía a la periferia en un «estatus económico colonial y semicolonial». La enorme deuda de los países del núcleo del capitalismo solo podía ser comparada con los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Aun así, en aquel momento, el endeudamiento promedio de Francia, Reino Unido, Alemania, Italia, España, Estados Unidos, Canadá, Corea del Sur, Japón y Australia era de un 116 por ciento del PIB; a mediados de la década de 1960, descendió significativamente a un 23,5 por ciento.

Pero todo cambió con la crisis de la década de 1970. Desde entonces, la financiarización no solo compensó relativa y temporalmente la decadencia de la industrialización occidental; también reforzó la desindicalización, desreguló los mercados laborales, elevó los precios de los bienes y servicios básicos, contrajo el régimen salarial y las tasas de ahorro de las clases medias y, como resultado,

redujo a individuos y a Estados a variables dependientes de la abrumadora expansión del endeudamiento. Entre el año de la caída del Muro de Berlín y 2013, la cantidad de dinero fiduciario intercambiado en los mercados de divisas pasó de 620.000 millones a la astronómica cantidad de 5,344 billones de dólares. La dimensión del «desfase entre las transacciones correspondientes a operaciones comerciales o de inversión y las relativas a un ámbito puramente financiero» fue de una magnitud sin precedentes en la historia: las segundas fueron hasta 70 veces superiores a las primeras al inicio del periodo y 100 veces al finalizar (Durand, 2018:80). Dicho de otro modo, ya no estábamos en la era del capital productivo, al menos en Occidente, sino en la del capital ficticio, y sus consecuencias fueron globales. «Desde hace medio siglo, argumenta Durand, el crecimiento económico se ha ralentizado en los países ricos. El aumento de los pagos y de los ingresos financieros de las sociedades no financieras indica una aversión a la inversión doméstica que alimenta estas fuertes tendencias al estancamiento». La conclusión de Durand, coincidiendo con el citado Robert J. Gordon, es que nada asegura «que la sofisticación tecnológica acelerada vaya a generar una nueva fase de expansión económica» (Durand, 2018:165).

Políticamente, el peso desorbitado que las «promesas financieras» estaban adquiriendo parecía dejar a las sociedades huérfanas y sin futuro. La lógica del capital ficticio depende fundamentalmente de varios factores que de acuerdo con Durand se vinculan mutuamente; por un lado, de los «beneficios financieros» que no producen valor por sí mismos y, por otro, de dos «factores menos vistosos: la desposesión y el parasitismo». El primero, adquiere la fisonomía de la expropiación de la esfera pública a través de la austeridad fiscal y de las reformas estructurales. El segundo, la «lógica del parasitismo», actúa

como un filtro selectivo de los «proyectos productivos eliminando aquellos que, aun siendo rentables, no lo son suficientemente». Esta selección sintética encarnada en la codicia del capital ficticio no ha favorecido el crecimiento económico y, visto retrospectivamente, ha ido dejando un rastro de desempleo estructural, subempleo y precariedad en los mercados de trabajo globales. Pero el capital ficticio solo evoluciona, en parte, con el apoyo incondicional de la esfera pública cuya oposición política, como vimos, ha sido notoriamente insuficiente y, en parte, se desarrolla dentro de los cauces de un mercado de «bonificación imperial». El colapso del contraejemplo soviético y su integración definitiva en los dominios del capitalismo global, junto a la extinción del desarrollismo en los países de la periferia, fueron alimentando la insaciable sed de acumulación sin valor del capital ficticio «gracias a la disminución de los precios de los insumos importados o a los dividendos repatriados del extranjero» (Durand, 2018:166), o ambos juntos.

Las operaciones piráticas y el grado de interrelación de la economía global llegaron hasta tal extremo que, por ejemplo, los fondos de pensiones tan relevantes para las poblaciones envejecidas de los países occidentales, después de ser en gran medida privatizados y por tanto dominados por la razón especulativa, podían quedar vinculados al acaparamiento de tierras en África y América Latina. Como ha escrito Harvey con justificada angustia e impotencia: «No me gusta y protesto. Pero luego la gerencia dice que la obligación fiduciaria de un fondo de pensiones es obtener la tasa de retorno más alta posible, y si podemos conseguir una tasa de retorno mayor gracias al acaparamiento de tierras en América Latina, eso es lo que tenemos que hacer» (Harvey, 2020*a*). Ciertamente, la naturaleza del capitalismo se ha desarrollado secular-

mente a través de la expansión virtualmente ilimitada de mercados y tierras. Pero el grado de irracionalidad del capital ficticio en las sociedades contemporáneas no solo ha superado retorcidamente las formas clásicas del capital financiero (bonos públicos, acciones, o crédito), sino que ha estimulado la brutal mercantilización de todas las esferas de la vida. Por esta razón, dos aspectos más contribuyen a interpretar el éxito de los regímenes neoliberales y la mendacidad del capital ficticio, a saber, el imperialismo estadounidense y la alienación social a través de nuevas formas de consumo.

Con respecto al primero, el imperialismo estadounidense, en su momento álgido durante la década de 1990 quedó manifiestamente claro que el periodo de posguerra no había sido únicamente una grieta transitoria entre «dos fases de rivalidad interimperialista». La supremacía militar de Estados Unidos continuaba dominando el escenario global, mucho más tras el derrumbamiento del Imperio Soviético; las fuerzas militares de prácticamente todos los países del capitalismo avanzado continuaron vinculadas orgánicamente con las estadounidenses a través de los «flujos de información, de los acuerdos tecnológicos y de las necesidades de coordinación estratégica». En este contexto de hegemonía imperial, escribieron Leo Panitch y Sam Gindin, «el capital industrial y financiero estadounidense profundizó su penetración en Europa y en Asia, mientras que el capital europeo y japonés se adaptaba, en sus propios países y en el extranjero, al terreno competitivo definido por el neoliberalismo». Cuando la reconstitución del mundo de posguerra quedó erosionada y consumada por la crisis de la década de 1970, la Reserva Federal, el «auténtico banco central del mundo», estableció los criterios principales para «decidir los cambios globales en los tipos de interés» y para proveer de

liquidez a los mercados internacionales. Estados Unidos asumió desde entonces una forma dual de imperialismo; por un lado, como Estado capitalista, liderando las «finanzas con el fin de fortalecer el capitalismo estadounidense» y, por otro, como Estado imperial, cuyo propósito fue «insertar las finanzas en el cumplimiento de las responsabilidades globales estadounidenses». A su vez, el progresivo papel internacional que adquirieron los bancos de inversión estadounidenses favoreció las fusiones empresariales en el viejo continente y en buena parte de Asía e «influyó aún más en su orientación industrial y financiera». En suma, se produjo una «interpenetración mutua» entre las esferas de «Wall Street y el Estado» fortaleciendo de ese modo el patrimonio imperial de Estados Unidos. La contrarrevolución neoliberal y su posterior extensión ecuménica conllevaron la reorganización y la «apertura de los Estados del mundo, incluidos los ex-comunistas, a la competencia económica, al flujo libre de capitales y a la profundización de las relaciones sociales capitalistas». Los mercados financieros y las instituciones supranacionales ejercieron un papel decisivo en este proceso y en la consolidación del poder imperial de Estados Unidos (Panitch y Gindin, 2005: 56-57). Las profecías de una decadencia del bloque histórico occidental de la *Pax Americana*, ahora que el peso de Asia Oriental en la economía global parece superar a Occidente, no han sido del todo precisas. A juzgar por la sorprendente generalización del neoliberalismo fuera de Occidente, y el apogeo de la financiarización y el consumo conspicuo de las emergentes clases medias de Brasil, China o India, es poco previsible que peligre el orden vigente.

El segundo elemento, es decir, la alienación social mediante el consumismo ha desempeñado un papel ideológico imprescindible para que el capital ficticio, el neolibe-

ralismo y la mercantilización masiva penetraran en todos los resquicios del comportamiento humano. El consumo alienante abonado sugestivamente por la vorágine publicitaria –en 2018 Estados Unidos invirtió algo más de 229.000 millones de dólares, seguido de China que destinó la mitad de esa cantidad– fue transformando al ciudadano de casi cualquier rincón del mundo en un consumidor permanentemente insatisfecho, cuya actitud podía expresarse en los términos de William Blake: «nunca sabemos lo que es bastante antes de saber lo que es demasiado». Este rasgo, posiblemente arquetípico de la civilización occidental o una constante antropológica, tal como fuera analizado por Albert Hirschman en *Shifting Involvements* (1982), fue adquiriendo con el ascenso del capital ficticio un papel clave en la formación de las sociedades contemporáneas. El consumo compulsivo *à la Black Friday* junto a la «sorda compulsión del trabajo enajenado», produjo el entrelazamiento de la superestructura y la infraestructura en un solo nivel de captura ideológica. Una nueva forma de hegemonía transnacional de inspiración neogramsciana fue ajustando continuamente a la «gente a las relaciones sociales existentes, insensibilizando sus energías y capacidades para imaginar cualquier otro orden mejor del mundo» (Anderson, 2018:171-173).

El vacío social dejado por la desintegración de las estructuras del orden tradicional vigente hasta 1970 o 1980, tales como la familia extensa y los vínculos comunitarios, fue cubierto por las inconmensurables y novedosas formas de consumo diversificado e individualizado. Los nuevos mercados posfordistas contribuyeron, además, a infligir una renovada disciplina laboral «tanto entre los obreros tradicionales como entre los recién llegados al empleo asalariado, en particular las mujeres». La nueva religión mundana del consumismo reforzó y a su vez fue

reforzada por nuevas formas de socialización. La constante privatización de la esfera pública redefinió el concepto de ciudadanía; ahora los ciudadanos y ciudadanas fueron tratados casi exclusivamente como clientes. De forma adicional, no solo los lazos políticos se volvieron más débiles e inestables, también las «identidades sociales» quedaron estructuradas por vínculos más frágiles, lo que condujo a los individuos a «saltar de una identidad a otra», libres de cualquier compromiso de justificar sus decisiones (Streeck, 2012*b*). En los países emergentes, las clases medias se fueron incorporando a un bloque transnacional de sello neoliberal. «En Brasil la financiarización, la especulación inmobiliaria y una obsesión por los artículos de lujo y en India la absorción empresarial de marcas globales y el alineamiento psíquico con Washington eran características distintivas de esa capa social». En ambos países y por supuesto en China, se puso en marcha desde la década de 1990 el «mismo tipo de importación y absorción de procesos productivos, pautas de consumo e innovaciones tecnológicas» estadounidenses que habían sido característicos del fordismo en Europa y Japón (Anderson, 2018:170-171).

Con todo, las divergencias culturales e históricas matizaban la uniformidad de los centros del consumo global. Así, por ejemplo, en la China actual la reproducción del consumo tenía unas características particulares «neoasiáticas» de corte más colectivo derivadas de su condición histórica. Entre las clases sociales ganadoras del milagro asiático persistía una disposición a comprar «artículos de último modelo o someterse a la cirugía estética» con la finalidad de no «deshonrar a los propios amigos» y familiares que podían no desear estar asociados con «alguien que no satisface» la vanguardia, permanentemente novedosa, de los «estándares de prosperidad y belleza» de corte occi-

dental (Streeck, 2017*a*:63). Sin embargo, más allá de estas inocuas particularidades, ¿por qué y cómo iban a gestarse alternativas políticas o económicas a este sistema visiblemente caduco, si el principio básico de las nuevas sociedades de mercado se podía reducir con demasiada obstinación a satisfacer experiencias individuales del modo que fuere? A pesar de ello, o precisamente por esa razón, durante las últimas décadas ante un orden global plomizo, el descontento social se hizo imparable.

Los regímenes de antivalor provocaron un auge exponencial de los movimientos políticos extremistas, pero también una justificada rabia social con resonancias transcontinentales. La intensidad de los flujos migratorios o la competencia voraz de la fuerza de trabajo global, en correlación con las «complejas cadenas mercantiles» en mercados nacionales asimétricos, junto a la reestructuración del capital, pusieron de relieve una «gama de tensiones y respuestas políticas» que iban desde los movimientos políticos y sociales «antiinmigrantes a la reavivación de fervores nacionalistas» (Harvey, 2019:229-231). Sociológicamente, estos movimientos sociales que parecían poner fin a la era de consenso posideológico en torno al neoliberalismo, fueron interpretados de forma no del todo precisa como un renacimiento de los movimientos políticos de entreguerras. Como sucede con la errónea «tesis de continuidad» que traza una línea histórica e ideológica sin interrupciones y divergencias entre Lenin, Stalin y Marx, la cartografía social de la confrontación y el resentimiento era vista a través de unas lentes anacrónicas. De hecho, en los campos de la batalla política el fuego cruzado comenzó a emplear artillería dialéctica del pasado: fascismo, comunismo, o populismo, servían como etiquetas para desautorizar sin necesidad de ofrecer argumentos a la oposición política. Incluso gran parte de los analistas y académicos se referían

al ascenso de los partidos de extrema derecha con el término fascismo o neofascismo.

En *Las nuevas caras de la derecha* (2021) el historiador Enzo Traverso está en lo cierto cuando persuade a sus lectores del uso arbitrario y por tanto sin solidez historiográfica del término fascista. Aunque el fascismo tradicional de los años treinta pueda compartir algunos rasgos con la fisonomía ideológica de los partidos extremistas del siglo XXI, su simple homologación demuestra una clara insuficiencia de conocimiento histórico. «El fascismo clásico nació en un continente devastado por la guerra total y se desarrolló en una atmósfera de guerras civiles, dentro de Estados profundamente inestables y con mecanismos institucionales paralizados por agudos conflictos políticos». La fuerza de su radicalismo provenía de su oposición al bolchevismo que le imprimió un aspecto «revolucionario» (Traverso, 2019). Con admirable claridad lo expresó Hobsbawm al referirse a los conflictos sociales vinculados a la explosión de nuevas ideologías nacionalistas en las postrimerías del siglo pasado:

> En el mejor de los casos, se trata de gritos de dolor y llamadas de socorro; y en el peor, de ciegas protestas, particularmente de aquellos sin esperanza. No ofrecen ninguna solución política o de ningún otro tipo porque no piensan en términos de soluciones. Mi conclusión es una advertencia contra el anacronismo: no confundamos a los neonazis de la Alemania actual ni tan siquiera con los nacionalsocialistas originales. Se trata de movimientos diferentes (Hobsbawm, 1994:5-17).

Resulta difícil no asociar, de una u otra manera, los estallidos sociales y políticos que se produjeron durante

las primeras décadas del siglo XXI a las consecuencias de medio siglo del devastador tsunami neoliberal. En territorio Occidental, la *trahison* del «centrismo extremo», caracterizado por un consenso normativo en torno al poder financiero, fue aplastando sistemáticamente a unas sociedades cuyas expectativas de futuro eran cada vez más inciertas. La *middle class* fue sometida a la severidad de la deflación por deudas y su perfil histórico como agente del cambio social fue sustituido por el más mundano de variable dependiente del consumo. Por su parte, las clases trabajadoras (que ya no vestían de azul) sufrieron un estancamiento salarial y una pérdida extraordinaria de oportunidades de movilidad social de las que habían disfrutado durante los años del capitalismo de posguerra, al menos allí donde se desarrolló alguna forma de democracia distributiva. En el otro extremo, el sector financiero estadounidense había quintuplicado su tamaño desde 1970, un sector del que solo se benefició un reducidísimo sector elitario. En Europa, al principio fue el thatcherismo, y después el blairismo, inspiración de todos los vástagos de la «tercera vía» postideológica que capturaron por unanimidad la soberanía democrática del *popolo minuto*. El resultado fue un ordoliberalismo *à la* Schäuble, es decir, un «capitalismo no sometido a reglas, sino el capitalismo financiero que dicta sus propias reglas» (Traverso, 2016).

La polarización económica, que ciertos sectores intelectuales frecuentemente confunden con la «brecha educativa», precipitó la exacerbación y el *ressentiment* sociales. El vacío dejado por la política pública democrática, pronto comenzó a cubrirse con posiciones ideológicas que decían defender los intereses antagónicos del *establishment* arraigado en los partidos tradicionales. Por su parte, estos no tardaron en responder ante la «amenaza letal» que su-

ponía para las democracias parlamentarias la emergencia de posiciones políticas extremas. Pero su respuesta fue tan ambigua como la seductora y desleal relación mantenida con la ortodoxia neoliberal que, de hecho, había creado toda una acumulación de despojos sociales dando como resultado una ciudadanía exacerbada a la que ahora pretendían combatir. «El concepto empleado en esta lucha y rápidamente incluido en el vocabulario posfáctico» no fue otro que «populismo», al que fueron asimiladas bajo un estricto ajuste *procusteano* todas las «tendencias y organizaciones de izquierda y de derecha» que no compartían la «lógica TINA [*There Is Not Alternative*] de la política responsable bajo las condiciones de la globalización neoliberal». Si bien el problema subyacente no era otro que el campo de batalla entre «el capitalismo global y el sistema estatal», los conflictos sociales derivados fueron interpretados con demasiada frecuencia, o instrumentalizados de forma deliberada, como simples actitudes irracionales de una ciudadanía incapacitada para valorar adecuadamente las ventajas de la nueva dinámica del capitalismo global (Streeck, 2017*b*:16,13).

Pero la exacerbación no se limitó a la topografía social de los países del capitalismo central. El imperialismo económico de las instituciones supranacionales, que hundía sus raíces en el «Consenso de Washington» de las décadas de 1980 y 1990, junto a las guerras neoliberales lideradas principalmente por Occidente –«Adonde tú vayas iré yo», le informó complacientemente Tony Blair a Bush cuando Washington preparaba su intervención militar en Irak (Anderson, 2020:82)–, habían dejado un rastro de inequidad, inseguridad y devastación en gran parte del Sur global. De hecho, la crisis de los refugiados en Europa, agudizada durante la segunda década del siglo XXI, que demostró una vez más la arrogancia y el cinismo de

la cúpula política del continente, no era más que el resultado lógico de la desestabilización de Oriente Medio y el Norte de África; regiones balcanizadas por la guerra y sociedades atormentadas por las Políticas de Ajuste Estructural[31].

4.3. Antropoceno absoluto

El neoliberalismo y el peso muerto del capital ficticio no solo representan una clara amenaza para las sociedades contemporáneas, también han contribuido a ampliar las expectativas de la segunda contradicción del capitalismo tal como fuera formulada por James O'Connor, a saber, que el sistema destruye las bases naturales de su propia reproducción. «La naturaleza –escribe en *Causas naturales: ensayos de marxismo ecológico*– es un grifo en el sentido de que los medios y objetos de producción y reproducción, es decir, todos los productos materiales humanos, son apropiados de diversas formas de la tierra. Y es un sumidero porque, en última instancia, todos los productos humanos incluidos los subproductos no deseados del proceso inmediato de producción, se devuelven a la tierra en diferentes formas». De ahí, concluía que la cultura de producción, consumo y despilfarro masivos, el sello característico de las sociedades opulentas, terminará irrevocablemente, al menos en ausencia de una contratendencia

31 Paradójicamente, o tal vez no debido a la absoluta aculturación neoliberal, las protestas sociales que perturbaron los territorios del Medio Oriente y el Norte de África fueron interpretadas como un «movimiento contra» Estados autoritarios o, más preciso, interventores, que dificultaban la «búsqueda del interés individual a través del mercado». Como había sucedido con los ideólogos monetaristas que vendieron al mejor postor los restos del Imperio soviético, y ante su fracaso adujeron un déficit de buen capitalismo, los estallidos sociales de la «Primavera Árabe» se debían según esta interpretación a una «falta de capitalismo más que a su normal funcionamiento». Véase Davidson, (2015).

global, por chocar con los sistemas biofísicos (O'Connor, 2001:9-10)[32].

Desde el ápice de la globalización neoliberal de las décadas de 1980 y 1990, la convergencia global de la expansión de la financiarización y de los factores productivos a una escala planetaria sin precedentes en el registro histórico, han modificado sustancialmente las pautas de la vida cotidiana de la humanidad, socavando a su paso los bienes comunes y apropiándose sin piedad de los sistemas no humanos. Y es que, al igual que el thatcherismo no solo se propuso reformar la economía keynesiana hasta sus cimientos, «sino también cambiar el alma», y en eso «tuvo cierto éxito», las trazas de las consecuencias del «neoliberalismo planetario pueden sentirse en todos los niveles de la organización biocultural, hasta la escala del virión y la molécula» (Harvey, 2007; Wallace y Wallace, 2017:46).

Está razonablemente claro que la historia del capitalismo –incluidos sus émulos, el socialismo soviético y la China contemporánea– se ha escrito de espaldas a sus consecuencias ecológicas; y las advertencias sobre los problemas que podría acarrear no constituyen una novedad. En plena expansión del capitalismo desde su núcleo originario, Friedrich Engels escribió una mordaz crítica contra la supremacía de la economía burguesa y sus efectos sobre el medio natural: «La ciencia social de la burguesía, la economía política clásica sólo se ocupa preferentemente de aquellas consecuencias sociales que constituyen el objetivo inmediato de

32 La primera contradicción del capitalismo según O'Connor se basa en la formulación de la Ley general «absoluta» de la acumulación capitalista. Según el economista y sociólogo estadounidense esta contradicción básica «expresa el poder social y político del capital sobre el trabajo, así como la tendencia inherente en el capitalismo a la crisis de realización, o a la crisis de la superproducción del capital». De ello se deriva una conclusión dual, la «acumulación de riqueza y la relativa miseria y degradación humana». Véase el comentario de John Bellamy Foster, «La ley general absoluta de la degradación ambiental en el capitalismo», *Ecología Política*, 4, 1992, pp. 167-169.

los actos realizados por los hombres en la producción y el intercambio». Lo mismo puede afirmarse con respecto a las «consecuencias naturales de esas mismas acciones». De ese modo, con el actual sistema productivo y por lo que concierne «tanto a las consecuencias naturales como a las consecuencias sociales de los actos realizados», lo que realmente importa son únicamente «los primeros resultados, los más palpables. Y luego, hasta se manifiesta extrañeza de que las consecuencias remotas de las acciones que perseguían esos fines resulten ser muy distintas, y en la mayoría de los casos, hasta diametralmente opuestas». Concluía sus argumentos con un ejemplo:

> Cuando en Cuba los plantadores españoles quemaban los bosques de las laderas de las montañas para obtener con la ceniza un abono que sólo les alcanzaba para fertilizar una generación de cafetos de alto rendimiento, ¡poco les importaba que las lluvias torrenciales de los trópicos barriesen la capa vegetal del suelo, privada de la protección de los árboles, y no dejasen tras de sí más que rocas desnudas! (Engels, 1895-1896:545-554).

La formación social capitalista no ha dejado un milímetro de tierra incólume desde que Engels escribiera esas palabras; ha creado mercados allí donde no existían y, por tanto, ha mutado progresivamente los valores de uso en valores de cambio, dilatando de forma extraordinaria las fronteras de intervención y apropiación antrópica de la biodiversidad planetaria. Y, dado que la «naturaleza como recurso siempre resulta limitada y el capitalismo está organizado como un sistema en expansión» *ab infinitum*, este también favorece los esfuerzos por «transcender los límites de la naturaleza» (Calhoun, 2015:188). De hecho,

la biosfera de la que depende la continuidad de la civilización humana, cuyo peso demográfico se ha triplicado desde 1950[33], se halla inmersa en un proceso de alteración sin antecedentes en la historia y sin «paralelo en todas las escalas espaciales». Durante las primeras décadas del siglo XXI se llegó a la dramática conclusión de que en torno al 28 por ciento de casi 129.000 especies evaluadas, entre plantas y animales, se hallaba bajo la terrible amenaza de la extinción (IPBES, 2019:11-12; IUCN Red List 2017–2020 Report). La masa forestal, especialmente en países del Sur global, estaba siendo diezmada. Antes de la era antropogénica los bosques podían cubrir unos 60 millones de km^2 del planeta, ahora quedaban menos de 40. En el breve lapso de tiempo de los doce primeros años del presente siglo se contabilizó una tala de 2,3 millones de km^2 de superficie arbórea, es decir, una extensión similar al doble de la superficie combinada de España, Alemania y Francia. De continuar esta irracional tendencia, los datos que se barajan en este momento, concluyen que todos los bosques podrían desaparecer en un par de siglos, tal vez antes (Bolonia y Aquino, 2020). Nuestro mundo parecía estar peligrosamente más cerca de la distopía fílmica de George Miller *Mad Max* que de la novela *Ecotopia* de Ernest Callenbach.

Aunque las mayores tasas de emisiones contaminantes se distribuían pródigamente entre la China industriosa y las sociedades de consumo conspicuo del Atlántico Norte, en la carrera incremental hacia un escenario distópico se hallaba la tendencia a ajustar las tasas metabólicas

33 Las perspectivas demográficas en un mundo alterado por la guerra, el hambre, las migraciones y el cambio climático, no pueden ser más que inciertas. Aun así, parece que la tendencia general de la población mundial es el crecimiento: de 7.300 millones en 2015, se prevé un asombroso incremento de 4.000 millones de habitantes hacia las postrimerías del siglo XXI. Asia continuará dominando el peso demográfico, entretanto se prevé que el continente africano multiplique su población (1.186 millones en 2015) por cuatro en los próximos ochenta años (United Nations, 2015: Table 1, p.1).

de las economías emergentes al patrón insostenible de los países centrales. Esta propensión podría multiplicar por tres el consumo anual de energía per cápita y los recursos naturales necesarios. Dicho de forma más cruda, conllevaría «una explosión sin precedentes del uso antropogénico de los recursos mundiales, superando con creces todos los impactos demostrados para la transición sociometabólica histórica de los países industriales ya maduros» (Fischer-Kowalski *et al.*, 2012:38-48). La revolución social y científico-tecnológica del último siglo no solo ha situado a la humanidad ante las mayores posibilidades (con tanta frecuencia frustradas) para alcanzar un mundo mejor, también nos sitúa ante la temible frontera de la escasez de recursos naturales, cuyo destino «trae aparejado el costo de un daño ambiental de gran escala, incluyendo el catastrófico cambio climático» (Calhoun, 2015:189).

Prima facie, el hecho de que «el capitalismo haya superado con éxito las barreras naturales» y que además «lo haya hecho tan rentablemente», sobre todo porque «las tecnologías respetuosas con el medio ambiente se han convertido en grandes negocios que pueden ser todavía mucho mayores, no significa que nuestra relación con la naturaleza pueda convertirse nunca en una especie de límite insuperable». De hecho, la transición hacia una «economía sostenible» –etiqueta claramente ambigua– nunca ha estado libre de contradicciones y fisuras, y las presuntas alternativas a los combustibles fósiles, como por ejemplo la producción de etanol, defendida con frecuencia por sectores ecologistas o, en otro extremo, inversores de fondos especulativos «hace retroceder la obtención de energía a la tierra utilizando en general más energía que la que de hecho se obtiene realmente», con efectos negativos sobre el precio del grano, pero también sobre poblaciones humanas y ecosistemas (Harvey, 2016:71-72).

Mientras la jerga empresarial de los gigantes automovilísticos ha inundado de declaraciones inocuas los medios publicitarios de masas anunciando toda una gama de productos «sostenibles», en torno al 80 por ciento de las reservas mundiales de litio, un mineral estratégico para dicha industria o para la fabricación masiva de dispositivos electrónicos de última generación, se concentran en la alargada franja oriental latinoamericana que transcurre entre el Salar del Hombre Muerto, al sur de la Puna de Atacama en Argentina, por algunas regiones de Chile y el salar de Uyuni, en el centro de los Andes, al sur de Bolivia. Las consecuencias negativas y duraderas de la explotación de este «oro blanco» destinado a la transición energética y a la «electromovilidad» del Norte global, están siendo verdaderamente dramáticas. Ecológicamente, se ha constatado un descenso de la fauna endémica, la contaminación y reducción de aguas subterráneas, así como la generación de residíos derivados de la actividad extractiva. Socialmente, numerosas comunidades indígenas se han visto gravemente afectadas debido al daño infligido sobre los recursos hídricos destinados a la agricultura y la ganadería locales. Sin embargo, parece que el frenesí irracional que empuja a nuestras sociedades hacia el abismo no tiene límites y adolece de un sordo y ciego reduccionismo. El conjunto de políticas destinadas a combatir la crisis climática basadas en soluciones de mercado, como la de inundar de vehículos eléctricos individuales las carreteras del mundo, podría provocar que el consumo de litio se multiplicase por cuarenta en solo tres décadas. El costo de reducir la dependencia de energía fósil a partir de la generación de renovables, tales como la eólica y la solar, podría ser menos sostenible de lo anhelado por sus defensores; de continuar las actuales tendencias de consumo, la demanda general de minerales se multiplicaría por tres hacia las últimas décadas de este

siglo. Dicho de otro modo, la transición hacia un estadio de desarrollo presuntamente sostenible no será posible sin profundizar en la explotación de más recursos minerales, y mientras la religión universal que calcula escolásticamente el progreso humano sea el crecimiento económico, difícilmente cambiarán las tendencias apuntadas.

No deberíamos, empero, precipitarnos en el vacío ni en el inmovilismo pesimista de ciertas propuestas sin programa definido. Las economías podrían mantener un crecimiento económico vigoroso si defienden con rigor un programa serio de «estabilización climática». ¿Cuáles son las líneas centrales e insoslayables en las que debería inspirarse dicho programa? En primer lugar, las medidas políticas y jurídicas encaminadas a hacer frente a la crisis ecológica planetaria deberían cambiar su marcado y absurdo provincianismo; solo un programa con ambición global podría evitar las consecuencias de la crisis climática. No obstante, ahora que las principales potencias mundiales (e incluso Estados menores) están destinando colosales cantidades económicas en una nueva escalada armamentística tras el punto de inflexión de la guerra ruso-ucraniana (*de facto* un *tour de force* entre el bloque decadente de la *Pax Americana* y el ascenso hegemónico de China) parece que sentar las bases de un consenso global en torno a la crisis climática no deja de ser más que un programa político utópico. Dos años después de la pandemia que situó al mundo frente a la peor crisis de la historia contemporánea, según el Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), el gasto militar combinado de Estados Unidos, China, India, Reino Unido y Rusia fue de 2.113 billones de dólares, esto es, algo más del 60 por ciento del gasto mundial. Estos medios de destrucción humanos conllevan, además, un incrementalismo de los factores perturbadores del cambio climático.

Segundo, de acuerdo con Robert Pollin, las inversiones destinadas a este *Green New Deal* deberían oscilar anualmente entre el 1,5 y 2 por ciento del PIB mundial con el fin de incrementar la eficiencia energética y extender los «suministros de energía renovable y limpia». Con este programa político sería «realista reducir las emisiones globales de CO_2 un 40 por ciento respecto a las actuales» en un plazo de dos décadas contribuyendo, adicionalmente, a elevar los niveles de vida de la población mundial y generar nuevas oportunidades laborales. Antes de finalizar el siglo XXI, concluye el economista estadounidense, las emisiones de CO_2 «podrían eliminarse por completo» (Pollin, 2018:12). Sin embargo, el problema aludido de la dependencia de recursos minerales para desarrollar plantas de energías renovables y, en general, para aspirar a un programa de transición energética, queda relativamente irresuelto. Es posible que el principal campo de batalla del mundo actual (si antes no se extingue en el campo de batalla nuclear) consista en cambiar radicalmente la obsesión consumista que ha caracterizado a las sociedades del capitalismo tardío.

Mientras tanto, la historia se sigue escribiendo en los términos que dicta el capital y las soluciones de mercado. Un imperialismo agrario reforzado mucho más enérgicamente tras la Gran Recesión, pretende transformar, si no lo ha hecho ya, el planeta Tierra en un «planeta Granja» al estilo *Animal Farm* de George Orwell. Seguramente muchos inversores ávidos por recolectar tasas de retorno positivas para los fondos de pensiones privatizados a través del *land grabbing* podían pensar como algunos animales de la novela de Orwell: «Why should we care what happens after we are dead?»[34]. Geopolíticamente, la escasez de re-

34 George Orwell, *Animal Farm*, Transaction Publishers, New Brunswick, New Jersey, 2009, pág. 12.

cursos naturales y su desigual asignación, combinada con un crecimiento poblacional sobre todo en las regiones del Sur global donde las consecuencias del cambio climático están siendo más severas, está arrastrando al mundo a un periodo de tensiones interestatales como ya sucediera en el pasado, en la antesala de la Gran Guerra de 1914. Durante el *fin de siècle*, el mundo penetraba en un peligroso túnel de violencia donde el «crecimiento económico» se tradujo en «lucha económica, lucha que separaba a los fuertes de los débiles, que desanimaba a unos y endurecía a otros». La confianza y las expectativas sobre un «futuro de progreso indefinido dio paso a una incertidumbre y a un sentido agónico, en el sentido más clásico del término». Todo ello reforzó y a su vez fue reforzado por terribles rivalidades políticas; la sed de tierras y de mercados terminó fundiéndose en la era del «nuevo imperialismo» (Landes, 1969, cit. en Hobsbawm, 2003:313). Lamentablemente, no es posible albergar dudas sobre el incremento de los riesgos geopolíticos que afectan a las sociedades contemporáneas. Desde la neoliberalización del mundo, nos hallamos ante «el umbral no de la era de abundancia que los partidarios del libre mercado tenían en mente, sino de una época trágica, en que las anárquicas fuerzas del mercado y la disminución de los recursos naturales arrastran a los Estados soberanos a rivalidades cada vez más peligrosas» (Harvey, 2017:77).

Las fuerzas desencadenantes de este nuevo campo de batalla neocolonial han sido de diversa índole. Por un lado, las pesadillas malthusianas de países que han ido perdiendo su relativa autosuficiencia alimentaria, ya sea por el agotamiento de sus tierras, o de sus recursos hídricos, o ambos combinados, los llevó a expandirse más allá de sus fronteras. Arabia Saudí, Emiratos Árabes, Japón, China, Malasia, Corea del Sur, Libia e incluso Bangladesh, ante la dificultad de producir suficiente arroz para nutrir a una población en

rápido crecimiento, se lanzaron a la «caza de las mejores tierras para asegurarse alimentos» (Fontana, 2013*a*:952). Por otro, las instituciones financieras que participaron activamente en la Gran Recesión, tras su fraudulento rescate por parte de la FED y de los Estados de la Unión Europea, decidieron diversificar sus activos y buscar nuevas fuentes de inversión lucrativas. Un ejemplo ilustrativo fue el del grupo Goldman Sachs, fundado por Marcus Goldman en la era de los primeros *Robber barons*. Tras sobrevivir al *crac* del 29 y al colapso financiero de 2008, adquirió el «60 por ciento de las acciones de Shuanghui Investment and Development, parte del gigante negocio agrícola chino que compró Smithfield Foods, con sede en Estados Unidos, el mayor productor de cerdos del mundo». Goldman Sachs abandonaba astutamente las «hipotecas estadounidenses de alto riesgo» para adentrarse en el «mundo feliz de la agricultura libre de presiones fiscales de China». Para muchos analistas, cómodamente cercados por el cultivo de su jardín experto, o al servicio incondicional del *establishment* industrial alimentario, esta debía ser la forma más eficiente de alimentar a la población mundial. Por el contrario, las evidencias han demostrado sólidamente que la producción de «monocultivos genéticos –animales para consumo humano y plantas con genomas casi idénticos– elimina los cortafuegos inmunes que en poblaciones más diversas ralentizan la transmisión» de virus y enfermedades (Wallace, 2016:69;2020:51-53).

En su heterodoxo análisis sobre las causas subyacentes de la expansión del Ébola en el África occidental a partir de 2013, Rob y Rodrick Wallace se ven en la obligación de recordarnos que «el contexto es más que un simple escenario en el que colisionan patógenos e inmunidad». La extraordinaria transformación de los usos de la «tierra en la región», inducida por la locura de la racionalidad eco-

nómica, parece haber perturbado gravemente «las matrices agroeconómicas a través de las cuales la estocasticidad medioambiental actúa como freno inherente a la fuerza patogénica en toda la población». Dicho con otras palabras, la expansión de la agricultura hiperindustrial a nivel planetario interviene como nexo a «través del cual patógenos de diversos orígenes migran incluso de los reservorios salvajes más aislados a los centros de población más globalizados». De este modo, «cuanto más largas sean las cadenas de suministro asociadas y cuanto mayor sea la medida de la deforestación, más diversos (y exóticos) serán los patógenos zoonóticos que entren en la cadena alimentaria». Así fue como el *Zaire ebolavirus*, que no dejaba de ser un incidental «asesino selvático», abordando «alguna que otra aldea», se transformó en una «infección protopandémica que mató a miles de personas en la región» (Wallace y Wallace, 2017:46,56).

Los factores perturbadores para la propagación de enfermedades potencialmente pandémicas han sufrido un incrementalismo poderosísimo durante la era de la globalización neoliberal. La despiadada explotación de las masas forestales por parte de empresas multinacionales, o por agricultores de subsistencia, ha ido socavando la «barrera entre poblaciones humanas y virus silvestres aislados y endémicos de las aves, los mamíferos y los murciélagos». Por su parte, las «granjas industriales y los gigantescos corrales de engorde» operan como imponentes «incubadoras de nuevos virus», al mismo tiempo que las críticas condiciones sanitarias de los abarrotados y empobrecidos barrios de cualquier parte del mundo, exponen a sus vulnerables poblaciones a las peores calamidades (Davis, 2020:24). La integración de los circuitos del capitalismo global, la expansión del urbanismo –en el año 2008, según las estadísticas del Banco Mundial, por primera vez en la historia

la población urbana superó a la rural–, y los cambios en los usos de la tierra destinados a la industria alimentaria, constituyen algunos de los rasgos subyacentes de la deriva climática de origen antrópico.

El declive de las autoridades públicas en favor de las asignaciones de mercado desde el vuelco neoliberal de la década de 1970 está arrastrando al planeta a una crisis difícilmente resoluble. Desde aquel momento, el mercado se volvió absurdamente oligopólico: desde las corporaciones textiles y alimentarias, a los conglomerados farmacéuticos y sus socios Monsanto, hasta las nuevas estrellas de la economía global, las poderosas *big tech*, todos han participado de la irracionalidad del capital ficticio, y todos están orgánicamente integrados en el nuevo leviatán antidemocrático del Estado-finanzas; todos comparten la lógica de crear valor en los talleres del ilotismo de la periferia del sistema, o en los deprimidos mercados laborales del centro.

Sin embargo, los compromisos con las inmoralidades del mercado y las miserias de la externalización no deben atribuirse en exclusiva a los propietarios del capital. Por supuesto que entre los cómplices de la externalización y la deslocalización de los efectos negativos (sociales, económicos y ecológicos) de la globalización neoliberal se hallan los «grandes consorcios» y las «élites económicas y políticas». No obstante, el «principio de desarrollo a expensas de otros» también ha sido ejercido con la aprobación tácita y la «participación activa de amplias mayorías sociales» (Lessenich, 2019:27, 19). Basta observar, por ejemplo, el asombroso crecimiento del «consumismo compensatorio» entre las clases trabajadoras que se complementa con el tradicional consumo de «bienes hedonísticos» de los sectores elitarios, lo que hace que todas las clases sociales se sumerjan en una orgía consumista (Harvey, 2019:236).

Lo que hoy supone un problema de escala global fue observado como una exhortación insular por el activista y socialista William Morris en la Inglaterra victoriana: «¿Es posible que no les deje perplejos, como a mí, pensar en la masa de cosas que ningún hombre en su sano juicio podría desear, pero que nuestro trabajo inútil produce y vende?»; cosas que «no son riqueza, sino desperdicio» (Morris, 1885/1994:185). En la *Teoría de los sentimientos morales* (1759) Adam Smith escribió cáusticamente sobre los insaciables «deseos de utilidad frívola» que embargan la conducta de los hombres. Aunque era partidario de la «opulencia pública» y celebraba el progreso económico de su época, no dudaba en afirmar que todos los hombres se mueven bajo el dominio de un «engaño que despierta y mantiene en movimiento continuo la laboriosidad de la humanidad». Aquí es donde reside, según el diagnóstico de Hirschman, la auténtica «mano invisible» de Smith: las personas «cuyas actividades descentralizadas» organiza la mano invisible «*no* están persiguiendo sus verdaderos intereses; se engañan en ese sentido, y el engaño es verdaderamente grande, como puede juzgarse con las clases de bienes ridículos que buscan sus víctimas» (Hirschman, 1986: 57-58). Durante los primeros años del siglo actual se estimó que la humanidad consumía un promedio anual de 68.000 millones de toneladas de materiales, exceptuando el agua y el aire. ¡Dicha cifra se había decuplicado desde 1900![35] ¿Cuánta energía social y cuántos recursos natura-

35 Se contabilizaron todos los materiales procesados en 177 países, con independencia «de si tienen, o no, un valor monetario mensurable» (Schaffartzik et al., 2014:87-88). Nuestra era está marcada por la corrupción y el despilfarro. Por citar un ejemplo más, una investigación demostró que en un almacén del monopolio Amazon situada en Escocia se estaban destruyendo mercancías no vendidas o devueltas por sus compradores. Este acto irracional se debía sencillamente a que el coste de almacenaje podía ser, y de hecho era, superior al rendimiento potencial de la mercancía. Como declaró un extrabajador de la compañía: «From a Friday to a Friday our target was

les de esa ingente masa material cubrían las necesidades existenciales de unas sociedades abrumadoramente desiguales, y cuánta se destinaba a generar basura y consumo alienante? Esta forma salvaje de consumismo y de producción no es más que la *reductio ab absurdum* que ha legitimado la acumulación virtualmente ilimitada del capital. La combinación de un sistema económico que no puede ocultar ya sus insuficiencias con una cultura radicalmente individualista, constituyen en el momento actual el peligro más notable para la continuidad de la vida humana.

Y no hay redención para los grandes antagonistas por la hegemonía del siglo XXI; desde las últimas décadas, la insaciable «democracia de consumo», el deseo de Ludwig von Mises hecho realidad en Estados Unidos de Norteamérica, se viene abasteciendo pródigamente por la superproducción del nuevo taller del mundo, China. Ambas masas continentales emitían al escribir esto la mayor parte de los gases de efecto invernadero (GEI) antropogénicos. Entre otras consecuencias, se ha producido un sobrecalentamiento de la troposfera, la capa de la atmósfera más cercana a la superficie terrestre sin la cual la vida en la Tierra tal como la conocemos no habría sido posible, y también un enfriamiento de la capa inmediatamente superior a aquella, es decir, la estratosfera. Como resultado termodinámico, la troposfera se ha dilatado y la extensión de la tropopausa, esto es, el «límite entre la troposfera y la estratosfera», se ha sugerido como una de las «huellas digitales más sólidas del cambio climático» de origen humano. La estratosfera se ha reducido 0,4 km desde el inicio de la contrarrevolución neoliberal, y el futuro no parece halagüeño.

De continuar diezmando bosques y especies, drenan-

---

to generally destroy 130.000 items a week. I used to gasp. There's no rhyme or reason to what gets destroyed: Dyson fans, Hoovers, the occasional MacBook and iPad; the other day, 20.000 Covid (face) masks still in their wrappers». Véase Pallot (2021).

do recursos hídricos y vertiendo basura sobre los sensibles y afectados ecosistemas del mundo, al finalizar el presente siglo los «modelos proyectan una contracción neta de 1,3 km», es decir, una «disminución del 3,7 por ciento en comparación con el espesor estratosférico medio de 1980-2018» (Pisoft *et al*., 2021). Parece que *Atlas* no soporta ya el peso del mundo, sino que lo aplasta de forma inmisericorde. «¿Qué orden social –se interrogaba retóricamente Hirschman– podría sobrevivir a largo plazo a la doble conciencia de que fue adoptado con la firme esperanza de que resolvería ciertos problemas y de que clara y abismalmente ha fracasado?» (Hirschman, 2014:148).

Capítulo 5

Conclusión: La batalla de las ideas

> ¿Cómo podremos aprender a tomar con entusiasmo las causas públicas, pero sin el frenesí y las expectativas milenarias que garantizan el fracaso y la decepción masivas?
>
> Albert O. Hirschman, *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*,1982, pág. 132.

Probablemente una de las paradojas más extrañas de nuestro tiempo –y a la que los historiadores del futuro dediquen sesudos estudios– es que la «ideología más exitosa de la historia mundial», es decir, el neoliberalismo apenas apareciera en los registros del vocabulario político común o en el mediático[36]. La razón de esta omisión tal vez se encuentre en que dicho término solo podía ser usado de forma peyorativa, como arma política arrojadiza. Los partidos políticos, fundamentalmente en Occidente y en sus antiguas colonias, continuaban adoptando indistintamente las palabras «liberal» y «liberalismo» para definir su conducta política como sinónimos de «democracia» y «libertad», en clara oposición a otros vocablos atrapados en la historia tales como socialismo y sobre todo comunismo, aun cuando el Estado-nación más populoso y con el segundo mayor PIB del planeta, China, se autoproclamase bajo esa última

36 Véase en Perry Anderson (2006), Las ideas y la acción política en el cambio histórico, en Boron, Atilio A. *et al.* (comp.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, CLACSO, Buenos Aires, p.389; y también en John Bellamy Foster (2019), «Absolute Capitalism», *Monthly Review*, 71 (1). Disponible en el sitio web: https://monthlyreview.org/2019/05/01/absolute-capitalism/

rúbrica. No sucedía lo mismo en el lenguaje académico de izquierdas donde la palabra neoliberalismo, al menos desde la década de 1990, se había multiplicado de forma impresionante para criticar al *establishment* global. Sin embargo, una extraña ambigüedad se cernía sobre ciertos sectores sociales y políticos, o académicos, mordaces con esta ideología. Mientras cargaban sus dardos de tinta con acusaciones sólidamente fundadas contra la derecha política por llevar a cabo programas de perfil neoliberal no percibían, o pocos lo hicieron, que el neoliberalismo se había filtrado por las grietas del edificio keynesiano, inundando la práctica totalidad de los partidos políticos, dando como resultado lo que Tariq Ali designó con la debida causticidad como «centrismo extremo». Las especulaciones que hiciera Robert A. Dahl en la década de 1960 acerca del surgimiento en la política occidental de un «Leviatán democrático», formado por expertos y burócratas presuntamente anti-ideológicos, guiados por el pragmatismo y alejado convenientemente del común de los mortales, había alcanzado su culminación con el programa neoliberal. La crisis de la década de 1970, cuyo origen hay que situarlo a finales del decenio precedente, dejó despejada la pista ideológica para la penetración del neoliberalismo, gestado durante la segunda posguerra en clara oposición al capitalismo keynesiano, a los estabilizadores sociales del Estado de Bienestar y a las vertientes del socialismo realmente existente al este del Muro de Berlín. La ideología cristalizó en una diversidad de regímenes políticos, pero con un programa más o menos común.

El principal objetivo era barrer del vocabulario político y de la sociedad todo vestigio del pasado que no se ajustara a la visión heroica del capitalismo, aunque también se debía contener tajantemente el reformismo al estilo de la socialdemocracia; por supuesto, no solo la revolución era

innecesaria en un mundo gobernado por tecnócratas, banqueros centrales y mercados autorregulados, sino que incluso las ideas reformistas de Eduard Bernstein eran consideradas ahora como subversivas. Posiblemente el efecto más poderoso del corrosivo neoliberal fue que circundó cualquier alternativa a una sociedad transformada.

El mantra thatcheriano *There Is Not Alternative*, se convirtió en una poderosa profecía autocumplida. Cuando el Imperio Soviético estaba languideciendo y a punto de hacer implosión, una euforia embargó al *statu quo* que pronto se lanzó a proclamar el *fin de la historia*. La humanidad había logrado alcanzar el clímax o «punto final de su evolución ideológica con el triunfo de la democracia liberal a la manera Occidental sobre sus presuntos émulos». Por un lado, el fascismo había sido derrotado definitivamente en la Segunda Guerra Mundial; por otro, el derrumbamiento terminante del comunismo, el gran antagonista de posguerra, «cedía como sistema ante el capitalismo, que antes pretendía vencer». Las filípicas contra Francis Fukuyama vinieron prácticamente de todos los frentes políticos e ideológicos. Sin embargo, como escribió Perry Anderson en los *Fines de la historia* –un argumento razonado a los fundamentos de Fukuyama–, de poco o nada sirven «las réplicas» vertidas sobre el politólogo si se reducen a «señalar los problemas que quedan por resolver en el mundo que él predice. Una crítica efectiva debe ser capaz de mostrar que hay alternativas de sistema poderosas a las descalificadas por él» (Anderson, 1992:11-13 y 105). ¿Las había?

Con el colapso del socialismo soviético, el pesimismo entre la izquierda intelectual fue razonablemente abrumador durante aquella década de 1990. Pero fue también el decenio en el que el *ethos* neoliberal se transformó en una nueva metanarrativa universal. Una versión extrema y, sin duda irracional, de los principios de la economía de mer-

cado. Y, sin embargo, durante los años de posguerra los más ardientes defensores del neoliberalismo, como Friedrich Hayek o Milton Friedman, no podían ser más que «profetas que clamaban en el desierto». Económicamente, el capitalismo occidental no se había deslizado todavía hacia un errático «camino de servidumbre». De hecho, el crecimiento económico durante los *trente glorieuses* estuvo acompañado por políticas distributivas y fiscales progresivas. En el ambiente político, existía la convicción de que solo a través de la planificación económica se podía impedir que se «reprodujera la catástrofe económica del periodo de entreguerras y evitar el peligro político que podía entrañar que la población se radicalizara hasta el punto de abrazar el comunismo, como un día había apoyado a Hitler» (Hobsbawm, 1995:181). Cuando el neoliberalismo se volvió hegemónico durante los años noventa, el intervencionismo estatal se transformó en un anatema político. Sin embargo, las autoridades públicas no se batieron en retirada, apoyaron incondicionalmente a la clase capitalista global en el campo de batalla que iba a reconfigurar al mundo hasta dejarlo irreconocible con respecto al pasado. Esta ha sido la tesis central de los ensayos aquí reunidos.

En primer lugar, mientras en el corazón del capitalismo avanzado se secaban las fuentes del keynesianismo de la segunda posguerra, en gran parte del continente africano y en América Latina los proyectos desarrollistas estaban consumándose. Hemos argumentado que probablemente las alternativas a la tragedia africana eran reales, al menos si las clases dirigentes del entonces Tercer Mundo hubieran aprovechado los favorables términos de intercambio de los productos básicos para gestionar y planificar correctamente los proyectos de industrialización. Frantz Fanon era consciente de la hegemonía imperial, del neocolonialismo, de la ignominiosa herencia histórica, pero también como

afirmó en *Les damnés de la terre*: «la bourgeoisie des pays sous-développés est une bourgeoisie en esprit». Se mostrará incapaz de concebir una «auténtica sociedad burguesa, con todas las consecuencias económicas e industriales que eso conlleva» (Fanon, 2002:171). Al sur de Río Bravo las élites políticas y económicas habían demostrado tener un espíritu similar al descrito crudamente por Fanon. Aunque los cambios experimentados en Latinoamérica y en la masa continental brasileña habían sido profundos desde las décadas desarrollistas de 1960 y 1970, Hirschman supo captar tempranamente un problema estructural en aquel heterogéneo continente. Las políticas reformistas latinoamericanas fueron emprendidas mayoritariamente «desde arriba», adoleciendo de una pasmosa desconexión con la realidad que pretendían cambiar; un reformismo incapaz a todas luces de contener el espíritu secular de las elites latinoamericanas, siempre reacias a «dar algo para no perderlo todo» (Hirschman, 1979:96). Sin embargo, estas explicaciones están lejos de ser las únicas para interpretar correctamente la deriva histórica del Sur global.

Las contradicciones endógenas del desarrollismo se combinaron con la crisis de la década de 1970. La crisis de estanflación que afectaba a la mayor parte de las economías noratlánticas fue contraatacada férreamente por un monetarista al frente de la FED, Paul Volcker. Al elevar las tasas de interés para combatir la inflación estadounidense provocó también que los intereses variables de la deuda exterior de las economías latinoamericanas se inflamaran. La caída del precio de las materias primas hizo el resto, dejando de este modo el camino propicio para la expansión de los regímenes neoliberales a nivel continental (con los precedentes chileno y argentino). Por su parte, en el continente africano la relación entre la deuda y el PIB se multiplicó a un ritmo dramático, pasando de un 20 por

ciento en 1980 a casi el 70 por ciento al finalizar la siguiente década. El resultado final de este esquema histórico fue que los regímenes periféricos adoptaron casi siempre de forma incondicional las políticas neoconservadoras como una nueva «religión económica» con todas sus prerrogativas: «mercados libres, privatización e inversión extranjera privada» (Hirschman, 1987). La crisis de la deuda, la inflación galopante y el monetarismo irracional del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial –los Bretton Woods neoliberalizados– arrasaron con la inversión industrial y privatizaron, cuando no arruinaron, los bienes y servicios públicos. La mendacidad de las Políticas de Ajuste Estructural cargadas sobre las espaldas de la topografía social de gran parte del Sur global, dejaron tras de sí un dramático rastro de ruinas y desolación. Dieron forma a un mundo neocolonial en el que las cadenas de valor y el capital transnacional sustraían a través del ilotismo laboral la riqueza de las naciones de la periferia. Sus ecos pueden escucharse desde hace años en forma de guerras, migraciones forzadas, hambrunas, desigualdad existencial y pobreza, o en cualquier otro registro de la locura humana. Pero, como hemos mostrado a lo largo de este libro, a medida que comenzaba el nuevo siglo, se hizo evidente que esas trágicas condiciones estaban convergiendo de forma peligrosa a nivel global.

Paradójicamente, aunque tal vez no debido a la evanescencia de la memoria y al supuesto excepcionalismo occidental, las políticas de austeridad autoinfligida en la Europa de la Gran Recesión no eran muy distintas de las Políticas de Ajuste Estructural de las décadas de 1980 y 1990 impuestas implacablemente por el Consenso de Washington a los países periféricos. En un mundo perturbado por la crisis y la incertidumbre, las palabras de Walter Benjamin escritas durante los primeros años de la Segunda

Guerra Mundial en su *Tesis sobre la filosofía de la historia* no parecen ya tan remotas: «La tradición de los oprimidos nos enseña que la regla es el 'estado de excepción' en el que ahora vivimos» (Benjamin, 2008:43).

Segundo, en el frente occidental la contrarrevolución neoliberal del thatcherismo-reaganismo ocupó el solar del derruido edificio keynesiano y el colapso del contraejemplo soviético facilitó su expansión global. La gobernabilidad de la esfera pública quedó suspendida en el vacío, mientras el autoritarismo político se filtraba con escasas objeciones por las grietas de un sistema que ya no podía ocultar su decadencia. En Europa, la intención fundacional del proyecto de la Unión se basó en la creación de un mercado común como precondición para la unificación política, no como un acto de subordinación a la codicia del sector financiero; sin embargo, como hemos visto, el apostolado de la «tercera vía» europea al igual que el bipartidismo plutocrático estadounidense demostraron una fidelidad inquebrantable por el credo neoliberal. «La tercera vía de Blair y el *neue Mitte* de Schröder –escribió Chantal Mouffe en *La paradoja democrática*– ambos inspirados por la estrategia de 'triangulación' de Clinton», aceptaron condescendientes el «terreno de juego establecido por sus predecesores neoliberales». Incapacitados o, más preciso, contrarios a pensar en otras alternativas a la «presente disposición hegemónica» defendieron una vía política que decía situarse más allá de los bloques históricos de derecha e izquierda; «categorías» que, desde su posición presuntamente anti-ideológica, eran exhibidas ahora como «obsoletas». Su propósito no fue otro que la formación de un «consenso de centro» (Mouffe, 2000:23). Como consecuencia directa, la democracia, es decir, la soberanía popular parecía haber quedado reducida a un simple *tropo* del nuevo pragmatismo político posideológico y, por su parte, la oposición

política demostró su incapacidad para resolver o revertir el nuevo orden de inspiración hayekiana. La política de la democracia no podía ser calificada ahora como liberal, no al menos en el sentido que le dieran Adam Smith o John Stuart Mill. La batalla original de la economía política clásica por la libertad de mercado significaba, en sentido estricto, liberar a la sociedad de las presiones ejercidas arbitrariamente por los propietarios rentistas de tierras, de recursos naturales y materias primas, de derechos de monopolio y de extraordinarias fortunas acumuladas sin un «trabajo correspondiente» y, casi siempre, exoneradas de cargas impositivas (Hudson, 2018:61). La finalidad de la economía política –argumentó Adam Smith en el libro IV de la *Riqueza de las naciones*– debe ser «proporcionar al Estado» la suficiente capacidad recaudatoria para «mantener los servicios públicos» y al mismo tiempo proveer al «pueblo de una abundante renta o subsistencia, o hablando con más propiedad, habilitar a sus individuos y ponerlos en condiciones de lograrla por sí mismos» (Smith, 1776/1976:428). Si un ingreso tiende a aumentar de forma constante «sin esfuerzo ni sacrificio alguno por parte de los propietarios» –escribió Stuart Mill en *Principles of Political Economy*– no sería un acto violatorio de los principios en los que se cimenta la propiedad privada, si el Estado se apropiase de ese aumento de riqueza o, de una parte, para «beneficio de la sociedad, en lugar de permitir que se convierta en un apéndice no ganado de las riquezas de una clase particular» (Mill, 1848/2004:219-220).

Cualquier paralelismo que se pretenda establecer entre el programa neoliberal y las ideas del liberalismo clásico, casi siempre será vago y poco justo. Es cierto que siempre ha existido una brecha considerable entre la poética constitucional y la realidad mundana, pero es plausible colegir con Habermas que durante el periodo democrático de pos-

guerra (al menos allí donde no predominaban dictaduras, como en el sur de Europa) «por primera vez en su historia» el capitalismo no reprimió «la realización de la promesa republicana de considerar a todos los ciudadanos iguales ante la ley; la hizo posible» (Habermas, 2000:122).

Sin embargo, desde el vuelco neoliberal mientras las elites políticas y económicas han disfrutado de un asombroso incremento de acumulación de poder y riqueza global, el *popolo minuto* ha quedado atrapado en la servidumbre por deudas y excluido, o muy limitado, por unos servicios públicos privatizados total o parcialmente. En este desenlace el Estado y las autoridades públicas no han sido actores secundarios. La globalización del capital, como escribió con notable anterioridad Nicos Poulantzas, no debe ser interpretada como un «proceso económico abstracto en el que las formaciones sociales y los Estados aparecen» como actores inermes del proceso. Las afirmaciones tan extendidas especialmente entre la izquierda acerca de que la globalización despojó al Estado del poder en beneficio del capital transnacional, no pueden sostenerse con las evidencias empíricas (Panitch, 2000:7-8). Como ha escrito insistentemente William I. Robinson, los espacios global y local/nacional no se hallan desconectados, «están interpenetrados y mutuamente constituidos»; la historia del capital global está escrita en el Estado-nación y los procesos locales y regionales modelan una y otra vez la trayectoria contingente de los «procesos globales en una interacción dialéctica» (Robinson, 2021:20-21). De hecho, el capitalismo como formación social no podría en ningún caso deshacerse del Estado. Las autoridades públicas, con su campo de jurisdicción contienen los conflictos entre capitales y al mismo tiempo conservan, al menos desde el fin del tratado de paz keynesiano de posguerra, el dominio absoluto de aquellos sobre el trabajo. La afirmación de Reagan de

que «el gobierno no es la solución, sino el problema» no supuso en ningún caso la anulación o el debilitamiento de la capacidad del Estado para ejercer el poder sobre sus jurisdicciones; contrariamente, los tentáculos del Estado llegaron mucho más allá de las expectativas keynesianas. Si bien había sólidas razones para atacar decididamente la fosilización e ineficiencia de muchos aspectos del Estado keynesiano, tal como se puso de manifiesto con la revolución cultural de 1968, o como los conservadores esgrimieron cuando estalló la crisis de la década de 1970, el arraigo del neoliberalismo durante la década de 1990 fue transformando el espacio de la ciudadanía pública en un mercado de clientes de gestión empresarial. Como en el psicodrama *I, Daniel Blake* de Ken Loach, la burocratización privada del nuevo Estado neoliberal podía superar las peores pesadillas kafkianas.

Los conflictos culturales que con tanta vehemencia confrontaban a comentaristas y políticos, o la exaltación populista interpretada de forma anacrónica en términos ideológicos del pasado, lamentablemente silenciaron los conflictos distributivos del suelo económico. Y, sin embargo, la increíble polarización económica de nuestro tiempo era de un realismo abrumador. Una nueva generación de *Robber barons*, devotos inquebrantables del poder y del dinero, se enriquecían de la noche a la mañana con el apoyo incondicional de las autoridades públicas, cultivando el viejo y astuto arte de la munificencia, acosando y seduciendo a un cuerpo social desarraigado y hundido por la extraordinaria deflación por deudas y las nuevas formas de explotación laboral que proporcionaba la *gig economy*. De hecho, allí donde los mercados de trabajo proveían estadísticas con tasas de desempleo nulas o casi nulas, se debía fundamentalmente a la extraordinaria proliferación de la economía informal y sobre todo a una nueva categoría

laboral que estaba adquiriendo una dimensión transcontinental: el subempleo. Trabajos mal pagados y a veces sin un contrato estable han sido la característica más común de los mercados laborales de las sociedades posindustriales; el heterogéneo sector servicios podía absorber al escribir esto entre el 70 y el 80 por ciento de la mano de obra global de los países de renta elevada, pero también sucedía en Irán, Turquía, México, Brasil, Sudáfrica o Nigeria. La economía posindustrial que afrontaba los problemas del siglo XXI ya no era la economía fordista keynesiana, como tampoco era la que presagió Daniel Bell en 1973: «en vez de una economía de investigadores, instructores de tenis y cocineros con estrellas Michelin, el nuestro es un mundo mayoritariamente de peluquerías, servicio doméstico, vendedores de fruta y encargados de estanterías en Walmart» (Benanav, 2020:135). El trabajo ya no era el «nombre del Mesías del tiempo nuevo», por usar la optimista expresión del filósofo alemán Josef Dietzgen (1828-1888).

Pero, a la vez que los mercados laborales de las economías del capitalismo avanzado se iban deprimiendo, la cruda realidad de la pobreza y la desigualdad existencial se introdujeron implacablemente en la vida cotidiana de millones de personas. En Estados Unidos, un año antes de la pandemia, 40 millones de personas eran calificadas por la ONU como pobres, y 5 millones malvivían en un régimen de pobreza extrema en condiciones «propias del tercer mundo» (ONU, 2018). En el Reino Unido, cuarenta años de thatcherismo o, aún peor, de blairismo, habían dejado un saldo de 14 millones de pobres (ONU, 2019). Tras algo más de diez años de la Gran Recesión de 2008, Naciones Unidas informaba que el 21 por ciento de la población europea, es decir, algo más de 92 millones de personas, vivía en la pobreza (unos 20 millones de niños y niñas sufrían esta lamentable situación). En España, cuarta economía de

la eurozona según los estándares convencionales, un año antes de la peste, la pobreza y la exclusión social afectaban al 26,1 por ciento de su población (ONU, 2020). Esta amarga situación fue decisiva para que las exaltaciones identitarias y el nacionalismo se enardecieran, como lo hicieron el racismo, la xenofobia y otras formas execrables del comportamiento humano. Los partidos que tradicionalmente habían ostentado el poder, lanzaron el *pathos* del oprobio contra las nuevas posiciones políticas descalificadas como extremistas, fascistas, comunistas y otros ismos del pasado. Paradójicamente, el surgimiento o reavivación de estos rivales políticos ha sido la consecuencia directa de más de cuatro décadas de centrismo extremo neoliberal. Dylan Riley lo ha expresado con notable claridad, «la lógica de colgarle a Trump la etiqueta de fascista está suficientemente clara. Significa unirse detrás del programa de la actual dirección del Partido Demócrata: Pelosi, Schumer, los Clintons y Obamas y otros superintendentes del orden oligárquico, el mismo proyecto que entregó la Casa Blanca a Trump en 2016» (Riley, 2019:34). De forma proporcionalmente inversa, cualquier programa político que pretendiera asumir la recuperación pública del control de las operaciones económicas, al estilo de la economía mixta de la era keynesiana, era tildado en el mejor de los casos de anacrónico, aunque lo más común fue etiquetarlo de propaganda revolucionaria o comunista.

Cuando la imaginación parece haberse agotado y, sobre todo, las alternativas a una sociedad transformada han sido gravemente erosionadas, las evocaciones estilizadas del pasado, la forma pragmática de la historia moralizante contra la que nos persuadía la sabiduría de Hegel, constituyen una peligrosa manera de eludir las raíces históricas de los problemas contemporáneos. Como hemos visto a lo largo de este ensayo, el anacronismo y la retórica política

especializada en el retorno al pasado se han hecho comunes en el territorio líquido del nuevo milenio. Ahora bien, el argumento de Riley no supone un rechazo del planteamiento de Robinson acerca del poder de clase que los «movimientos ultraderechistas y neofascistas» han asumido en bloque como «respuesta a la crisis del capitalismo global». Movimientos que «constituyen intentos contradictorios de refundar la legitimidad del Estado frente a las condiciones desestabilizantes de la globalización capitalista». De hecho,

> Las crisis de legitimidad generan políticas desconcertantes y contradictorias de gestión de crisis que aparentan ser esquizofrénicas en sentido literal de elementos inconsistentes o en conflicto [...] Tanto la izquierda como la ultraderecha recurren a la misma base social de los millones que han sido devastados por la austeridad neoliberal, el empobrecimiento, el empleo precario y la relegación a las filas de la humanidad superflua (Robinson, 2021:10-11).

Por un tiempo el capitalismo de Estado de la China posmaoísta y sus promesas de una sociedad armoniosa (*xiaokang*) parecían ofrecer una sólida alternativa al monetarismo extremo y a la generalización del capital ficticio que cristalizaron rápidamente en Occidente tras la desindustrialización y deslocalización del tejido productivo, y sus corolarios, la desindicalización, la atomización social y la depresión de los mercados laborales. Sin embargo, en los años noventa el gigante asiático (bajo una máscara comunista) se estaba transformando acelerada y definitivamente en un régimen socialista de características chinas y afinidades neoliberales, aspecto que constituye la tercera conclusión de este ensayo. Durante la crisis de Asia Oriental entre 1997-1998 China no se sometió a la terapia de

choque promovida por los teólogos neoliberales. Con un programa de políticas macroprudenciales, selectivas y gradualistas con el comercio internacional, la economía creció con tasas que oscilaron entre el 7 y el 10 por ciento. El crecimiento económico se distribuyó entre una emergente clase media que pronto pudo incorporarse a una vigorosa cultura de consumo *à la* Occidental. No obstante, también se produjo una grave deflación entre los años 1997 y 2001 y, consecuentemente, una atonía en la demanda del mercado doméstico. Durante ese periodo, el culto a la privatización neoliberal penetró en el Partido Comunista Chino como si se tratase de una promesa autocumplida del anciano Deng Xiaoping que a principios de los noventa no solo no impugnó la acumulación personal de riqueza, sino que la ensalzó afirmando que «hacerse rico es glorioso». Pero la distribución de la riqueza distó mucho de ser igualitaria y, como consecuencia, los desequilibrios regionales fueron pasmosos. El campo comenzó a quedar por debajo de las ciudades, y entre ambos transcurría un flujo interminable de hombres y mujeres que destinaban todas sus energías al trabajo taylorista de las ciudades-empresa donde se producía la vasta masa de mercancías que inundaba los mercados globales. En el año de la Gran Recesión se contabilizaron unos 225 millones de trabajadores empadronados en aldeas rurales pero empleados en zonas urbanas donde carecían de los derechos básicos de vivienda, educación o protección social.

Ahora bien, como hemos visto, los extraordinarios cambios de la República Popular China no pueden entenderse disociados del nuevo orden económico mundial. Las montañas de déficit público destinadas a inversiones en el entorno construido y en el urbanismo masivo no solo desencadenaron una fiebre especulativa y un despojo que frecuentemente afectaba a las poblaciones aldeanas,

también fueron el combustible que reactivó el motor de la economía global tras el *crash* de 2008. Es problemático establecer predicciones acertadas en un mundo geopolíticamente convulso, no obstante, es casi seguro que China se convertirá en el nuevo hegemón a lo largo del siglo XXI; de hecho, gran parte de la tectónica geopolítica que mantiene en tensión al mundo actual se debe a este fenómeno. Por esa razón, los comentaristas que continúan debatiendo en los mismos términos de la Guerra Fría, oponiendo el mundo libre, sabiamente guiado por el Imperio estadounidense, a la emergencia global de una China autoritaria, entonces como ahora se equivocan porque los matices son inconmensurables y el ejercicio del poder «crea el *pathos* que le conviene». Es posible que la hegemonía de la *Pax Americana* esté consumándose, sin embargo, al observar la increíble generalización del neoliberalismo, la expansión de la financiarización y el consumismo que acosa y seduce a las clases medias de cualquier lugar del mundo, parece poco predecible que el orden vigente peligre[37].

Culturalmente, las nuevas formas de entretenimiento de masas y el consumo narcisista, así como las tecnoutópicas profecías de un futuro poscapitalista divulgadas por los *geeks* del silicio y sus incondicionales mediáticos, parecían haber circundado cualquier forma de racionalismo. Si las alternativas políticas se disolvían en el magma neoliberal, las «instituciones académicas» no permanecieron rezagadas; los templos del Saber se transformaron con demasiada obstinación y escasas objeciones en «los principales lugares de fabricación y definición de la dominación social» (Hobsbawm, 2016:50); aspecto que constituye la cuarta conclusión de este ensayo. El lugar que habían

37 Véase la soberbia síntesis sobre el devenir histórico del concepto de hegemonía en Perry Anderson (2018), *La palabra H. Peripecias de la hegemonía*, Akal, Madrid.

ocupado antaño la economía política y los análisis estructurales, fue desplazado por la implosión sociológica, la economía de los algoritmos y las visiones psicologistas y tecnocráticas del mundo. La mercantilización de la enseñanza fue minando el pensamiento crítico; la filosofía o el arte se consideraban ahora como formas de conocimiento excedentarias en un tiempo marcado por las innovaciones tecnológicas; el nuevo *locus* educativo encarnaba un sentido unívoco de pertenencia al mundo a través de la emulación del *popolo grasso*. El modelo a imitar era más bien Bill Gates que cualquiera de la multitud de anónimos estajanovistas altamente cualificados. La inagotable vorágine de la publicidad contemporánea penetraba por las puertas abiertas de la digitalización, seduciendo a sus usuarios, especialmente a los más jóvenes, pero no exclusivamente, con las provechosas oportunidades de invertir aquí o allá con el fin de, rápidamente y sin esfuerzo, ganar dinero. Los *colifichets* que tanto denostaba Rousseau se habían multiplicado de forma infinita y se mezclaban retorcidamente con las promesas millonarias ofrecidas al estilo Ponzi por las criptomonedas y los mensajes de las estrellas de Instagram o YouTube, auténticos voceros y modeladores de la opinión pública del siglo XXI.

Paradójicamente, o tal vez no debido al extraordinario grado de aculturación neoliberal, «la saturación con la cultura de consumismo» fue seguida de la invariable deslegitimación de todas las ideas que habían conformado el mundo de posguerra. La «nacionalización y el Estado de Bienestar hasta los derechos económicos y el socialismo, que antaño se consideraban no solo posibles sino también deseables», ahora eran considerados por la «omnipresente razón cínica» como absurdamente «quiméricos» (Jameson, 2013:421). Pero, como hemos visto, el cinismo y la locura de la razón económica no solo han provocado

un gigantesco alud de problemas sociales, económicos y políticos, también están guiando a la humanidad hacia una crisis ecológica sin precedentes en la historia, última conclusión de este libro.

Por la naturaleza de sus características, la crisis climática no debería abordarse desde una perspectiva regional ni siquiera continental, únicamente un programa de ambición global podría hacer frente a una catástrofe ecológica. Hemos señalado que uno de los principales aspectos de los programas que pretenden corregir la deriva climática es su grado de contradicción, así como los límites de las soluciones de mercado. La supuesta transición hacia una economía sostenible que aspira a deshacerse de las energías de origen fósil a costa de la extracción minera o de grandes explotaciones de *flex crops* –cultivos «comodín» para consumo indistintamente alimentario o industrial– no solo constituye una involución en la producción energética, sino que pone en serio riesgo la continuidad de la vida para muchos ecosistemas humanos y naturales del Sur global. Las calles de las ciudades del Norte global pueden atiborrarse de *MCC Smart* individuales provocando un deseable descenso de los niveles de contaminación del aire[38], pero sus baterías, así como el resto de componentes, seguirán dependiendo de la explotación minera de litio, o de cualquier otro mineral, así como de energía primaria no siempre renovable. El futuro de las sociedades no debería escribirse en los términos de las asignaciones de mercado tan afines a la atomización social y a la cultura de consumo

---

38 Las ciudades consumen en torno al 78 por ciento de la energía mundial y expulsan a la atmósfera más del 60 por ciento de las emisiones de gases de efecto invernadero, pero ocupan únicamente el 2 por ciento de la superficie terrestre. En algún momento de las primeras décadas del siglo XXI, el 93 por ciento de los niños y niñas del planeta vivían respirando aire contaminado. Véase ONU. Disponible en: https://www.un.org/es/climate-change/climate-solutions/cities-pollution (Consultado el 15 de junio de 2022).

individualista, será necesario, en todo caso, una profunda reformulación de las instituciones públicas. Como le dijo en cierta ocasión Giovanni Arrighi a David Harvey, expresando la que tal vez sea la batalla de las ideas más relevante del siglo XXI: «tienes que trabajar para encontrar un sustituto para el término 'socialista' que lo despoje de su identificación histórica con el Estado y lo acerque más a la idea de una mayor igualdad y respeto mutuo» (Arrighi, 2009:94).

Por el momento, y hasta que el anhelo de Arrighi se materialice, la retórica nauseabunda de mercado que hace de las satisfacciones personales el último objeto de deseo, no solo ha provocado una abrumadora alienación de las sociedades, también ha contribuido a deteriorar los recursos naturales a nivel planetario. El complejo industrial alimentario que ha saturado de productos procedentes de cualquier parte del mundo a las sociedades opulentas está contribuyendo al deshielo acelerado de los glaciares, a la superexplotación de recursos hídricos y al incremento de las emisiones GEI (gracias, además, a la increíble logística desplegada). Para asombro de los lectores del informe «Intergovernmental Panel on Climate Change», entre 1961 y 2013 la superficie de tierra afectada por la sequía se había acrecentado un promedio del 1 por ciento; en torno a 2015 unos 500 millones de personas vivían en regiones de Asia suroriental, norte de África y Oriente Medio que experimentaron algún grado de desertificación desde la década de 1980. Al mismo tiempo que los cambios en los patrones de consumo han provocado un incremento de la obesidad y de sobrepeso entre una población estimada de 2.000 millones de personas, algo menos de 1.000 todavía están desnutridos y en torno al 25 o 30 por ciento de la producción alimentaria mundial es arrojada a la basura (IPCC, 2020). Esta cultura global del despilfarro evoca las «dos tragedias

que nos reserva la vida» según Bernard Shaw: «una es la frustración de nuestros deseos, la otra es su satisfacción»[39].

Sabemos que la historia del capitalismo y la de sus émulos históricos se ha escrito casi siempre de espaldas a sus consecuencias ecológicas. Frente al prudente escepticismo de Engels que nos recuerda desde el pasado que por «cada victoria que creamos haber conseguido sobre las fuerzas de la naturaleza», ésta «acaba vengándose de nosotros», están los Dietzgen de cualquier época que recalcan insistentemente, y sin necesidad de demostrar sus aseveraciones, que la naturaleza «está ahí gratuitamente»[40]. Parece que el *zeitgeist* de nuestro tiempo se inclina afanosa e insensiblemente hacia esta última visión del mundo.

El malestar estructural de nuestras sociedades necesita hoy, más que nunca, cambiar la «pobreza de nuestra imaginación». Es cierto que, como escribió el genio de Hirschman, la «capacidad humana para imaginar el cambio social es notablemente limitada». La idea de cambio solo ha sido considerada seriamente cuando los acontecimientos históricos eran «muy visibles, masivos y desastrosos». Sin embargo, los «esfuerzos que se hacen para imaginar un futuro mejor» casi siempre han sido «simplistas y esquemáticos»; con demasiada frecuencia las alternativas que se ofrecen parecen ser el «*opuesto* exacto del estado actual» de las cosas, en lugar de ser «simplemente diferentes» (Hirschman, 1982:94-95). Sabemos que, como cualquier formación social histórica, el capitalismo tuvo un principio e inevitablemente tendrá un final. Las consecuencias de su decadencia se escuchan en forma de gemidos, pero también de expresiones de rebeldía social extendidas por toda

39 Véase en Albert O. Hirschman (1982), *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*, Princeton University Press, pág.61.

40 Véanse al respecto los trabajos de Marx y Engels (2010c); también en Walter Benjamin (2008), *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, op. cit., págs. 111-112.

la geografía global. No sabemos, sin embargo, cuál será la expresión social, política o económica que adquirirá el futuro, pero sí podemos afirmar, y es lo aquí se ha intentado demostrar, que las sociedades del presente si han de tener un futuro no será prolongando esta era de irracionalidad política global, como tampoco ninguna de las formas políticas que en el pasado fracasaron tan rotundamente. Ante la distopía neoliberal, los movimientos tectónicos de oposición políticos y sociales han demostrado ser vibrantes, pero claramente inconsistentes; la fragmentación o ausencia de un frente unitario –como reflejo de una sociedad posmoderna atomizada– ha sido su rasgo más acusado. Inmersos en una época de contradicciones, las posibilidades de hacer en común un mundo mejor tal vez nunca hayan sido tan extraordinarias y al mismo tiempo tan alejadas de las expectativas de la vida cotidiana de la mayor parte de los seres humanos. ¿Qué hacer al respecto? Durante el turbulento periodo de entreguerras, y desde la cárcel, Antonio Gramsci escribió con aquella perspicacia prometeica que caracteriza su vasto pensamiento: «Todo colapso lleva consigo desorden intelectual y moral. Hay que crear gente sobria, paciente, que no desespere ni ante los peores horrores y que no se exalte ante cada bobería. Pesimismo de la inteligencia, *ottimismo della volontà*» (Gramsci, 1981:139; Q1&63).

Bibliografía

Abrams, Philip (1988), «Notes on the Difficulty of Studying the State», *Journal of Historical Sociology*, 1 (1), pp. 58-89.

Anderson, Perry (1992), *Los fines de la historia*, Anagrama, Barcelona.

_____ (2006), Las ideas y la acción política en el cambio histórico, en Boron, Atilio A. *et al.* (comp.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, CLACSO, Buenos Aires.

_____ (2016), «Los herederos de Gramsci», *New Left Review*, 100, pp. 79-110.

_____ (2018), *La palabra H. Peripecias de la hegemonía*, Akal, Madrid.

_____ (2019), «¿Situacionismo al revés?», *New Left Review*, 119, pp. 51-103.

_____ (2020), «¿Ukania perpetua?», *New Left Review*, 125, pp. 41-115.

Aróstegui, Julio (2004), *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Alianzaensayo, Madrid.

Arrighi, Giovanni (2002), «La crisis africana. Aspectos derivados del sistema mundo y aspectos regionales», *New Left Review*, 15, pp. 5-33.

_____ (2006), *Adam Smith in Beijin. Lineages of the Twenty-First Century*, Verso, Londres y Nueva York.

_____ (2009), «The winding paths of capital. Interview by david harvey», *New Left Review*, 56, pp. 61-94.

Bag, Kheya (2013), «La dinastía de Delhi», *New Left Review*, 80, pp. 147-157.

Baker, Dean (July 26, 2020), «There Is Nothing Natural About 'the Market'», *Jacobin*. Disponible en: https://www.jacobinmag.com/2020/07/john-maynard-keynes-zachary-carter-price-peace-review

Balakrishnan, Gopal (2011), «La contradicción futura. Acerca de *Valences of the Dialectic* de Fredric Jameson», *New Left Review*, 66, pp. 33-54.

Basso, Pietro (2021), «Italie. Premier semestre de l'ère Draghi: optimisme de régime et massacre social en cours», *Al'encontre*. Disponible en: http://alencontre.org/europe/italie/italie-premier-semestre-de-lere-draghi-optimisme-de-regime-et-massacre-social-en-cours.html

Bastani, Aaron (2019), *Fully Automated. Luxury Communism*, Verso, Londres y Nueva York.

Baudrillard, Jean (1970), *La société de consommation. Ses mythes, ses structures*, Éditions Denoël, París.

Bauman, Zygmunt (2004), *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.

Beeckaert, Esther *et al.*, (2018) «The 'Societal Turn' Historicizing Future Society», *Tijdschrift voor Sociale en Economische Geschiedenis*, 15 (2/3), pp. 113-128.

Bellamy Foster, John (1992), «La ley general absoluta de la degradación ambiental en el capitalismo», *Ecología Política*, 4, pp. 167-169.

_____ (2019), «Absolute Capitalism», *Monthly Review*, 71 (1). Disponible en el sitio web: https://monthlyreview.org/2019/05/01/absolute-capitalism/

Benanav, Aaron (2019), «La automatización y el futuro del trabajo I», *New Left Review*, 119, pp. 7-44.

Benanav, Aaron (2020), «La automatización y el futuro del trabajo II», *New Left Review*, 120, pp. 125-158.

Benjamin, Walter (2008), *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Edición a cargo de Bolívar Echevarría, UACM-Itaca, México.

Bloch, Marc (1982), *Introducción a la Historia*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.

Bolonia, Mauro y Aquino, Gerardo (2020), «Deforestación y sostenibilidad de la población mundial: un análisis cuantitativo», *Scientific Reports*, 10, 7.631.

Bonet, Enric (2019), «No estamos ante la start-up nation, sino ante una nueva era de los monopolios globales», *CTXT contexto y acción*. Disponible en: https://ctxt.es/es/20190102.

Bourdieu, Pierre (1973), «La opinión pública no existe», *Les temps modernes*, 318, pp. 1.292-1.309.

Bourdieu, Pierre (1993), *Sociology in Question*, SAGE publications, Londres.

Bourdieu, Pierre et al. (1975), *El oficio de sociólogo presupuestos epistemológicos*, siglo XXI editores, Argentina.

Braudel, Fernand (1970), *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid.

Brenner, Robert (2006), *The Economics of Global Turbulence. The Advanced Capitalist Economies from long Boom to long Downturn, 1945-2005*, Verso, London, New York.

_____ (2020), «Saqueo pantagruélico», *New Left Review*, 123, pp. 7-27.

Brecht, Bertolt (1976), *Poemas y canciones*, Alianza Editorial, Madrid.

Boldizzoni, Francesco (2013), *La pobreza de Clío. Crisis y renovación en el estudio de la historia*, Crítica, Barcelona.

_____ (2020), *Foretelling the End of Capitalism. Intellectual Misadventures since Karl Marx*, Harvard University Press, Cambridge.

Brzeziński, Zbigniew (1997), *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*, Basic Books, New York.

Buffet, Peter (2013), «The Charitable-Industrial Complex», *The New York Times*, 26 julio 2013. Disponible en: https://www.nytimes.com/2013/07/27/opinion/the-charitable-industrial-complex.html

Bulmer-Thomas, Víctor (2002), Las economías latinoamericanas 1929-1939, en Halperin Donghi, Tulio *et al*., *Historia económica de América latina*. *Desde la independencia a nuestros días*, Crítica, Barcelona, pp. 243-286.
Bull, Malcolm (2016), «Ablandar el Estado», *New Left Review*, 100, pp. 39-59.
Burckhardt, Jacob (1961), *Reflexiones sobre la Historia Universal*, Fondo de Cultura, México-Buenos Aires.
Burke, Peter (2003), *Formas de hacer historia*, Alianzaensayo, Madrid.
Calhoun, Craig (2015), ¿Cuál es la amenaza actual del capitalismo?, en Wallerstein, Immanuel *et al*., *¿Tiene futuro el capitalismo?*, Siglo XXI, México, pp. 161-200.
Carreras Ares, Juan J. (2000*a*), Fin de siglo y milenarismos invertidos, en Ángel Vaca Lorenzo, *En pos del tercer milenio: apocalíptica, mesianismo, milenarismo e historia*, Universidad de Salamanca, pp.225-244.
______ (2000*b*), *Razón de historia. Estudios de historiografía*, Marcial Pons, Prensas Universitarias de Zaragoza, Madrid.
______ (2005), ¿Por qué hablamos de memoria cuando queremos decir historia? en Alberto Sabio y Carlos Forcadell (Coord.), *Las escalas del pasado*, UNED, pp.15-24.
Carrillo García, Germán (2018), «La desintegración civil del *demos* moderno. Sobre la naturaleza de la ruptura política en las sociedades financiarizadas», *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, vol. 12 (2), pp. 5- 19.
______ (2020*a*), «La era de la irracionalidad política global», *Revista Migración y Desarrollo*, 18 (34), pp.57-113.
______ (2020*b*), «Transgresiones de la historia. La misión pública de la historia y la dialéctica científica», *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo,* 60, pp.117-151.
______ (2021), «Crisis del Capitalismo Global o *Fin du Globe*?», *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, vol.1 (1), pp. 125-199.

Chacón Jiménez, Francisco (2008), «La revisión de la tradición: prácticas y discursos en la nueva historia social», *Historia Social,* 60, pp.145-154.

Chesnais, François (2020), «L'originalité absolue de la crise sanitaire et économique mondiale du Covid19», *Al'encontre*.Disponible en:http://alencontre.org/economie/loriginalite-absolue-de-la-crise-sanitaire-et-economique-mondiale-du-covid-19.html

Christian, David (2010), *Mapas del tiempo. Introducción a la «Gran Historia»*, Crítica, Barcelona.

Cohen, Deborah y Mandler, Peter (2015), «The History Manifesto: A Critique», *The American Historical Review*, 120 (2), pp. 530-542.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2018), Panorama Social de América Latina, 2017 (LC/PUB.2018/1-P), Santiago.

Commoner, Barry (1971), *The Closing Circle*, Alfred E. Knopf, Nueva York.

Conrad, Sebastian (2016), *What is global history?*, Princeton New Jersey and Woodstock Oxfordshire, Princeton University Press.

Dahl, Robert A. (1965), «Reflections on opposition in western democracies», *Government and Opposition*, 1 (1), pp. 7-24.

Davidson, Neil (2008), «Nationalism and Neoliberalism», *Variant*, 32, pp.36-38.

_____ (2013), *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, Pasado & Presente, Barcelona.

_____ (2015), «Is Social Revolution Still Possible in the Twenty-First Century?», *Journal of Contemporary Central and Eastern Europe*, 23 (2-3), pp.105-150.

_____ (2016), «Crisis neoliberalism and regimes of permanent exception», *Critical Sociology*, 43 (4-5), pp. 615-634.

Davis, Mike (2014), *Planeta de ciudades miseria*, Akal, Madrid.
_____ (2015), «La teoría perdida de Marx. La política del nacionalismo en 1848», *New Left Review*, 93, pp.55-78.
_____ (2017*a*), «Old Gods New Enigmas. Notes on historical agency», *Catalyst*, Vol. 1, Issue 2. Disponible en: https://catalyst-journal.com/vol1/no2/historical-agency-davis.
_____ (2017*b*), «Las elecciones de 2016», *New Left Review*, 103, pp. 7-10.
_____ (2018), «Tomándole la temperatura a la historia. Las aventuras de Le Roy Ladurie en la Pequeña Edad de Hielo», *New Left Review*, 110, pp. 89-135.
_____ (2020), «In a Plague Year», *Jacobin*, 14 marzo 2020. Disponible en: https://jacobinmag.com/2020/03/mike-davis-coronavirus-outbreak-capitalism-left-international-solidarity.
_____ (2021), «Guerra de trincheras. Notas sobre las elecciones estadounidenses de 2020», *New Left Review*, 126, pp. 7-38.
Davis, Philip J. (2011), «Entropy and Society: Can the Physical/ Mathematical Notions of Entropy Be Usefully Imported into the Social Sphere?», *Journal of Humanistic Mathematics*, 1 (1), pp. 119-136.
Debord, Guy (1967), *La société du spectacle*, Buchet-Chastel, París.
_____ (1990), *Commentaires sur la société du spectacle*, Verso, Londres.
Delgado-Wise, Raúl (2019*a*), Forced migration and Imperialism in the Neoliberal Era, en Ness, Immanuel y Cope, Zak (eds.), *The Palgrave Encyclopedia of Imperialism and Anti-Imperialism*, Cham, Palgrave Macmillan.
_____ (2019*b*), «Unravelling Silicon Valley's Innovation System from a Southern Perspective Higher», in *Edu-*

cation in the World 7 Humanities and Higher Education: Synergies between Science, Barcelona, *Technology and Humanities* (coordination) Global University Network for Innovation (GUNi), pp. 164-171.

_____ (2019*c*), Migración, sociedad civil y gobernanza global: reflexiones a partir del pensamiento crítico, en L.C. Ribeiro, M. de Oliveira (eds.), *Sociedades em movimento luxos internacionais, conflitos nacionais*, São Paulo, Editora Intermeios, pp. 45-69.

Deng, Shanshan et al. (2021), «Polar drift in the 1990s explained by terrestrial water storage changes», *Geophysical Research Letters* 48, e2020GL092114. Disponible en: https://doi.org/10.1029/2020GL092114

D'Eramo, Marco (2013), «El populismo y la nueva oligarquía», *New Left Review*, 82, pp. 7-40.

Derluguian, Giorgi (2015), ¿Qué fue el comunismo?, en Wallerstein *et al.*, *¿Tiene futuro el capitalismo?* Siglo XXI, México, pp. 122-160.

Desmurget, Michel (2020), *La fábrica de cretinos digitales. Los peligros de las pantallas para nuestros hijos*, Ediciones Península, Barcelona.

Dierckxsens, Wim y Piqueras, Andrés (*et al.*) (2019), *Capitalism in decline*, International Crisis Observatory.

Dosse, François (2006), *La historia en migajas. De Annales a la «nueva historia»*, Universidad Iberoamericana, México.

Durand, Cédric (2017), *Fictitious Capital. How Finance is Appropriating Our Future*, Verso, London and New York.

_____ (2018), *El capital ficticio. Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro*, Ned Ediciones, Barcelona.

_____ (2019), «En la sala de mandos de la crisis», *New Left Review*, 116/117, pp. 221-234.

_____ (2021), *Tecnofeudalismo. Crítica de la economía digital*, Ediciones La Cebra y Kaxilda, Argentina.

Durand, Cédric y Milberg, William (2019), «Intellectual monopoly in global value chains», *Review of International Political Economy*, pp. 1-26.

Durkheim, Émile (1908), «Débat sur l'explication en histoire et en sociologie», *Bulletin de la société française de philosophie*, 8, pp.229-245.

Eagleton, Terry (2011), *Why Marx Was Right*, Yale University Press, New Haven & London.

Engels, Friedrich (1895-1896), «Der Antheil der Arbeit an der Menschwerdung des Affen», *Die Neue Zeit: Revue des geistigen und öffentlichen Lebens*, Bd. 2, pp. 545-554.

Eriksen, Marcus (*et al.*) (2014), «Plastic Pollution in the World's Oceans: More than 5 Trillion Plastic Pieces Weighing over 250,000 Tons Afloat at Sea», *PLoS ONE*, 9 (12), pp. 1-15.

Fanon, Frantz (2002), *Les damnés de la terre*, La Découverte & Syros, Paris.

Febvre, Lucien (1982), *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona.

Fischer-Kowalski, Marina *et al*. (2012), «Socio-ecological transitions: definition, dynamics and related global scenarios», Institute for Social Ecology, AAU, Austria/ Centre for European Policy Studies, Belgium, pp. 38-48.

Fontana, Josep (1982), *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona.

_____ (2006), *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?*, Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá.

_____ (2013*a*), *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Pasado & Presente, Barcelona.

_____ (2013*b*), *El futuro es un país extraño. Una reflexión sobre la crisis social de comienzos del siglo XXI*, Pasado & Presente, Barcelona.

_____(2013*c*), *La historia de los hombres: el siglo XX*, Crítica, Barcelona.

_____ (2017), *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Crítica, Barcelona.

_____ (2019), *Capitalismo y democracia*, 1756-1848. *Cómo empezó este engaño*, Crítica, Barcelona.

Ford, Martin (2015), *Rise of the robots. Technology and the Threat of a Jobless Future*, Basic Books, New York.

Fraser, Nancy (2013), «¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi», *New Left Review* 81, pp. 125-139.

_____ (2021), «Los climas del capital. Por un ecosocialismo transmedioambiental», *New Left Review*, 127, pp. 101-138.

Galbraith, John K. (1976), *El crac del 29*, Ariel, Barcelona.

Galbraith, James K. (2016), *Desigualdad*, Deusto ed., Barcelona.

_____ (2018), *El fin de la normalidad. La gran crisis y el futuro del crecimiento*, Traficantes de Sueños, Madrid.

Grahl, John (2011), «Un economista a contracorriente», *New Left Review*, 69, pp. 33-55.

_____ (2017), «Una nueva ciencia económica», *New Left Review*, 104, pp.148-156.

Gramsci, Antonio (1981), *Cuadernos de la Cárcel*, tomo 1, Ediciones Era, México.

_____ (1999), *Cuadernos de la Cárcel*, tomo 2, Ediciones Era, México.

Gordon, Robert J. (2016), «Perspectives on The Rise and Fall of American Growth», *American Economic Review: Papers & Proceedings*, 106 (5), pp. 1-7.

Gouin, Todd (*et al.*) (2015), «Use of Micro-Plastic Beads in Cosmetic Products in Europe and Their Estimated Emissions to the North Sea Environment», *SOFW-Journal*, 141 (3), pp. 40-46.

Guldi, Jo y Armitage, David (2014), *The History Manifesto*, Cambridge University Press, Cambridge.

Habermas, Jürgen (2000), «El Estado-nación europeo y las presiones de globalización», *New Left Review*, 1, (2ª época), pp. 121-134.
______ (2016), *En la espiral de la tecnocracia*, Editorial Trotta, Madrid.
Hanson, Gordon (2010), «Why Isn't Mexico Rich?», *Journal of Economic Literature*, 48, pp. 987-1.004.
Harvey, David (1996), *Justice, Nature & the Geography of Difference*, Blackwell Publishing, Oxford.
______ (1998), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu ed., Buenos Aires.
______ (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid.
______ (2014), *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*, Profile Books, Londres.
______ (2016), *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Akal, Madrid.
______ (2017), *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad*, Akal, Madrid.
______ (2018), *Senderos del mundo*, Akal, Madrid.
______ (2019), *Marx*, *El Capital y la locura de la razón económica*, Akal, Madrid.
______ (2020*a*), *The Anti-Capitalist Chronicles*, Pluto Press, London.
______ (2020*b*), «Anti-Capitalist Politics in the Time of COVID-19», *Jacobin*, 20 marzo 2020. Disponible en: https://jacobinmag.com/2020/03/david-harvey-coronavirus-political-economy-disruptions.
______ (2021), «Valor en movimiento», *New Left Review*, 126, pp.105-125.
Hazeldine, Tom (2017), «La rebelión de las áreas industriales deprimidas», *New Left Review,* 105, pp.57-88.
Hirschman, Albert O. (1979), The Turn to Authoritarianism in Latin America and the Search for Its Econo-

mic Determinants, in David Collier (ed.), *New Authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, New Jersey.
_____ (1982), *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*, Princeton University Press, Reino Unido.
_____ (1984), *De la economía a la política y más allá*, Fondo de Cultura Económica, México.
_____ (1986), «The Political Economy of Latin American Development: Seven Exercises in Retrospection», Center for US-Mexican Studies, Universidad de California, San Diego.
_____ (1987), «La economía política del desarrollo latinoamericano», *El Trimestre Económico*, 216, 54 (4), pp. 769-804.
_____ (2014), *Las pasiones y los intereses. Argumentos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Capitán Swing, Madrid.
Hobsbawm, Eric (1994), «Identidad», *Revista Internacional de Filosofía Política*, 3, pp. 5-17.
_____ (1995), *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Crítica, Barcelona.
_____ (2000), «La izquierda y la política de la identidad», *New Left Review*, 0 (2ª época), pp.114-125.
_____ (2003), *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Barcelona.
_____ (2012), *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Crítica, Barcelona.
_____ (2013), *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo xx*, Crítica, Barcelona.
_____ (2014), *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona.
_____ (2016), «Pierre Bourdieu. Sociología crítica e historia social», *New Left Review*, 101, pp.41-52.
Hudson, Michael (2012), «The Road to Debt Deflation, Debt Peonage, and Neofeudalism», Levy Economics Institute, Working Paper, 708.

_____ (2016), «La destrucción de Grecia y el futuro de Europa», *Revista de Economía Internacional*, 18 (35), pp. 345-352.

_____ (2018), *Matar al huésped. Cómo la deuda y los parásitos financieros destruyen la economía global*, Capitán Swing, Madrid.

Hume, David (2008), *Ensayos morales y literarios*, Tecnos, Madrid.

Hunt, Lynn (2014), *Writing History in the Global Era*, W.W. Norton, New York.

_____ (2015), «Does History need a reset?», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 70 (2), pp. 319-325.

Iggers, Georg G. (2012), *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, Fondo de Cultura Económica, Chile.

IPCC (2020), «Climate Change and Land», *an IPCC special report on climate change, desertification, land degradation, sustainable land management, food security, and greenhouse gas fluxes in terrestrial ecosystems* Intergovernmental Panel on Climate Change. Masson-Delmotte, Valérie et al. (Ed.).

IPBES (2019), Global assessment report of the Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services, Brondízio, E. S., Settele, J., Díaz, S., Ngo, H. T. (eds). IPBES secretariat, Bonn, Germany.

Jameson, Fredric (1991), *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*, Duke University Press, Durham, NC.

_____ (2013), *Valencias de la dialéctica*, Eterna Cadencia Ed., Buenos Aires.

_____ (2015), «La estética de la singularidad», *New Left Review*, 92, pp. 109-141.

Kapp, Karl William (1971), *The social Costs of Private Enterprise*, Shocken Books, New York.

Kalecki, Michał (1943), «Political Aspects of Full Employment», *Political Quarterly*, 14 (4), pp. 322-330.
Kara, Siddharth (2019), Tainted Garments: The Exploitation of Women and Girls in India's Home-Based Garment Sector. Blum Center for Developing Economies at University of California.
Keller, Bill (2013), «The Revolt of the Rising Class», *The New York Times*, 30 junio.
Kotkin, Joel and Toplansky, Marshall (2018), *California Feudalism. The squeeze on the middle class*, Center for Demographics & Policy, Chapman University Press.
Landes, D. S. (1969), *The Unbound Prometheus. Technological change and industrial development in Western Europe from 1750 to the present*, Cambridge University Press, Cambridge.
Levi, Giovanni (2018), Metodo e moda nella storiografia attuale, en James S. Amelang (*et al.*), *Palacios, plazas, patíbulos. La sociedad española moderna entre el cambio y las resistencias*, Tirant humanidades, Valencia, pp.45-54.
Lenin, V. I. (1970), *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras Escogidas en tres tomos*, vol. 1, Progreso Ed., Moscú.
Lessenich, Stephan (2019), *La sociedad de la externalización,* Herder, Barcelona.
Levins, Richard (2000), «Is Capitalism a Disease?», *Monthly Review*, 52 (4). Disponible en: https://monthlyreview.org/2000/09/01/is-capitalism-a-disease/
______ (2008), «Living the 11th Thesis», *Monthly Review*, 59, (8). Disponible en: https://monthlyreview.org/2008/01/01/living-the-11th-thesis/
______ (2015), *Una pierna adentro, una pierna afuera*, CopIt-arXives y EditoraC3, México.
Lewontin, Richard y Levins, Richard (1996), «The Return of Old Diseases and the Appearance of New Ones», *Ca-*

pitalism, Nature, Socialism, 7 (2), pp. 103-107.
Lichtheim, George (1972), *El imperialismo*, Alianza editorial, Madrid.
Luce, Edward (2017), *The retreat of western liberalism*, Little, Brown Book Group, London.
Lustig, Nora (2020), «Desigualdad y descontento social en América Latina», *Nueva Sociedad*, 286, pp. 53-61.
Madhav, Nita *et al*. (2017), «Pandemics: risks, impacts, and mitigation», en Dean T. Jamison, Hellen Gelband, Susan Horton *et al*. (eds.), *Disease Control Priorities: Improving Health and Reducing Poverty,* The International Bank for Reconstrucion and Development/World Bank, Washington DC., 315-345.
Mair, Peter (2013), *Ruling the Void. The Hollowing of Western Democracy*, Verso, London and New York.
Marx, Karl (1924), *Address and Provisional Rules of the International Working Men's Association, London, september 28, 1864,* The Labour & Socialist International.
_____ (1987), *Miseria de la filosofía*, Siglo XXI ed., México.
_____ (2003), *El dieciocho de brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid.
_____ (2007), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, borrador 1857-1858, vol. 1. Siglo XXI editores, México. Edición a cargo de José Aricó, Miguel Murmis y Pedro Scaron.
_____ (2010*a*), *Capital*, Volumen I, Marx & Engels Collected Works, vol. 35, Lawrence & Wishart Electric Book, London.
_____ (2010*b*), *Capital*, Volumen III, Marx & Engels Collected Works, vol. 37, Lawrence & Wishart Electric Book, London.
_____ (2010*c*), Marx & Engels Collected Works, Engels, vol. 25, Lawrence & Wishart Electric Book, London.

Marx, Karl y Engels, Friedrich (2011), *Manifiesto del Partido Comunista*, Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx, México.

Mayer-Schönberger, Viktor y Ramge, Thomas (2018), *Reinventing Capitalism in the Age of Big Data*, John Murray Publishers, London.

Mazzucato, Mariana (2017), *El Estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado*, RBA editores, Barcelona.

McNeill, J. R. y McNeill, W. H. (2010), *Las redes humanas. Una historia global del mundo*, Crítica, Barcelona.

Mishra, Pankaj (2017*a*), *La edad de la ira. Una historia del presente*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

_____ (2017*b*), La política en la era del resentimiento. El oscuro legado de la Ilustración, en Alba Rico, Santiago (*et al.*), *El Gran Retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*, Barcelona, Seix Barral, pp. 211-230.

Mouffe, Chantal (2000), *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*, Gedisa Editorial, Barcelona.

Molnar, Margit and Wang, Wei (2015), «A Snapshot of China's Service Sector», OECD Economics Department Working Papers, No. 1217, OECD Publishing, Paris.

Moon, Youngme (2015), «Uber: Changing the Way the World Moves», Harvard Business School, Case n. 9-316-101, pp. 1-19.

Morozov, Evgeny (2016), *La locura del solucionismo tecnológico*, Katz Ed., Madrid.

_____ (2019), «¿Socialismo digital? El debate sobre el cálculo económico en la era de los big data», *New Left Review*, 116/117, pp. 35-74.

Morris, William (1994), «Trabajo útil *vs*. trabajo inútil», *Reis*, 64, pp. 181-198.

Nayyar, Deepak (2007), Globalization and free trade: theory, history, and reality, en Shaikh, Anwar (Ed.) (2007), *Globalization and the Myths of Free Trade History, theory, and empirical evidence*, Taylor & Francis e-Library, pp. 69-84.
Nora, Pierre (1978), La vuelta del acontecimiento, en Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer historia. Nuevos problemas*, Laia ed., Barcelona.
Ocampo, José A. (2014), La crisis latinoamericana de la deuda a la luz de la historia, en José A. Ocampo *et al*., *La crisis latinoamericana de la deuda desde la perspectiva histórica* (pp. 19-51), CEPAL.
OECD (2019), «Under Pressure: The Squeezed Middle Class», Paris, OECD Publishing. OCDE/CEPAL/CAF (2015), «Perspectivas económicas de América Latina 2016: Hacia una nueva asociación con China», París, OECD Publishing.
O'Connor, Sarah (2020) «Leicester's dark factories show up a diseased System», *Financial Times,* July 3. Disponible en: https://www.ft.com/content/0b26ee5d-4f4f-4d57-a700-ef49038de18c
Organización de las Naciones Unidas (ONU) (2018), «Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos relativo a su misión a los Estados Unidos de América», a/hrc/38/33/Add., 1 mayo
_____ (2019), «Report of the Special Rapporteur on extreme poverty and human rights on his visit to the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland», a/hrc/41/39/Add.1, 23 abril.
_____ (2020), «Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos acerca de su visita a España», a/hrc/44/40/Add.2, 21 abril.
Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) (2019), «Under pressure: the squeezed middle class», OECD Publishing, París.

Palma, José Gabriel (2005), Four sources of «de-industrialisation» and a new concept of the Dutch-Disease, in José A. Ocampo (Ed.) *Beyond Reforms. Structural Dynamics and Macroeconomic Vulnerability* (pp. 71-116). United Nations Economic Commission for Latin America and the Caribbean (ECLAC), Washington, DC.

_____ (2014), «Latin America's social imagination since 1950. From one type of 'absolute certainties' to another- with no (far more creative) 'uncomfortable uncertainties' in sight», Cambridge Working Papers in Economics». Disponible en: https://www.repository.cam.ac.uk/handle/1810/255210

_____ (2016*a*), «¿Qué hacer con nuestro modelo neo-liberal, con tan poca entropía? Chile *vs.* Corea: asimetrías productivas y distributivas?», *Perfiles Económicos*, 2, pp. 11-28.

_____ (2016*b*), «Algunos Aspectos de la Economía Latinoamericana Actual y de su Contexto Internacional», *Revista Políticas Públicas*, 9 (1), pp. 1-5.

_____ (2019*a*), «Why is inequality so unequal across the world? Part 1. The diversity of inequality in disposable income: multiplicity of fundamentals, or complex interactions between political settlements and market failures?», Cambridge Working Papers in Economics (CWPE).

_____ (2019*b*), «Desindustrialización, desindustrialización "prematura" y "síndrome holandés"», *El Trimestre Económico*, 86 (4), 344, pp. 901-966.

_____ (2020), «América Latina en su "Momento Gramsciano". Las limitaciones de una salida tipo "nueva socialdemocracia europea" a este impasse», *El Trimestre Económico*, 87 (4), 348, pp.985-1.031.

Pallot, Richard (2021), «Amazon destroying millions of items of unsold stock in one of its UK warehouses every

year, ITV News investigation finds». Disponible en: https://www.itv.com/news

Panitch, Leo (2000), «El nuevo Estado Imperial», *New Left Review*, 3, pp. 5-18.

Panitch, Leo y Gindin, Sam (2004), «Global Capitalism and American Empire», *Socialist Register*, 40, pp. 1-42.

_____ (2005), «El liderazgo del capital global», *New Left Review*, 35, pp. 47-68.

_____ (2013), *The Making of Global Capitalism. The Political Economy of American Empire*, Verso, London-New York.

Panitch, Leo y Konings, Martijn (2009), «Myths of Neoliberal Deregulation», *New Left Review*, 57, pp. 67-83.

Papazoglou, Alexis (2019), «Fast times: The self-interest of Silicon Valley's self-denial fad», *The New European*. Disponible en: https://www.theneweuropean.co.uk/brexit-news/silicon-valley-fasting-fad-44948

Pasolini, Pier Paolo (1975/2009), *Escritos corsarios*, Ediciones del Oriente y Mediterráneo, Madrid.

Phillips-Fein, Kim (2018), «Philanthropists will not save us», *Public Books*. Disponible en: https://www.publicbooks.org/philanthropists-will-not-save-us

Piketty, Thomas (2019), *Capital e ideología*, Planeta ed., Barcelona.

Pisoft, Petr *et al*. (2021), «Stratospheric contraction caused by increasing greenhouse gases», *Environmental Research Letters*, 16, 064038.

Planck, Max (1933), *Where Is Science Going?*, James Murphy ed., Nueva York.

Pollin, Robert (2018), «Decrecimiento *vs* nuevo *New Deal* verde», *New Left Review,* 112, pp. 7-30.

Porter, Eduardo (2007), «Mexico's Plutocracy Thrives on Robber-Baron Concessions», *The New York Times*.

Prud'homme, Julien y Gingras (2015), Yves «Les collaborations interdisciplinaires: raisons et obstacles», *Actes*

de la recherche en sciences sociales, 210 (5), pp. 40- 49.

Rappeport, Alan and Corkery, Michael (2020), «Biden's Choice of Vilsack for U.S.D.A. Raises Fears for Small Farmers», *New York Times*, 21 diciembre. Disponible en: https://www.nytimes.com/2020/12/21/us/politics/vilsack-usda-small-farmers.html

Revel, Jacques (2011), «Public Uses of History: Expectations and Ambiguities», en Transformation of the public sphere, Social Science Research Council, Brooklyn, New York.

Ricoeur, Paul (1994), *Ideología y utopía*, Gedisa, Barcelona.

Riley, Dylan (2019), «Qué es Trump», *New Left Review*, 114, pp. 7-35.

Roberts, Michael (2019), «Reino Unido: la política económica del laborismo», *Sinpermiso* 23 de noviembre de 2019.

_____ (2020*a*) «It was the Virus that did it», *Brave New Europe*, 16 marzo 2020.

_____ (2020*b*), «Coronavirus, deuda y recesión», *Sin permiso* 7 de marzo 2020.

Robinson, William I. (2014*a*), *Global Capitalism and the Crisis of Humanity*, Cambridge University Press, New York.

_____ (2014*b*), «Global Capitalism: Crisis of Humanity and the Specter of 21st Century Fascism», *The World Financial Review*, pp. 14-16.

_____ (2021), *El capitalismo global y la crisis de la humanidad*, Siglo XXI ed., México.

Rodrik, Dani (2007), *One Economics, Many Recipes. Globalization, Institutions, and Economic Growth*, Princeton University Press, New Jersey.

Sader, Emir (2008), «América Latina ¿el eslabón más débil? El neoliberalismo en América Latina», *New Left Review*, 52, pp. 5-28.

Savage, Luke (2020), «Barons of the Valley», *Jacobin*,

May 19. Disponible en: https://www.jacobinmag.com/2020/05/robber-barons-silicon-valley-technology-economy
_____ (2021*a*), «Bill Gates Chooses Corporate Patent Rights Over Human Lives», *Jacobin*, April 26. Disponible en: https://jacobinmag.com
_____ (2021*b*) «The Obamanauts Are Rebranding as Evil», *Jacobin*, April 6. Disponible en: https://jacobinmag.com
Schaffartzik, Anke *et al*. (2014), «The global metabolic transition: Regional patterns and trends of global material flows, 1950-2010», *Global Environmental Change*, 26, pp. 87-97.
Shaikh, Anwar (1990), *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*, Tercer Mundo ed., Bogotá.
_____ (ed.) (2007), *Globalization and the Myths of Free Trade History, theory, and empirical evidence*, USA y Canadá, Routledge.
_____ (2011), «The first great depression of the 21st Century», *Socialist Register: The Crisis This Time*, 47, pp. 44-63.
_____ (2017), «Income Distribution, Econophysics and Piketty», *Review of Political Economy*, 29 (1), pp. 18-29.
Simiand, François (1903), «Méthode historique et science sociale (2e partie)», *Revue de synthèse historique*, pp. 129-157.
Smichowski, Bruno; Durand, Cédric and Knauss, Steven (2018), «Participation in global value chains and varieties of development patterns». Disponible en: https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-01817426/document
Smith, Adam (1976), *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Oxford University Press.
Smith, Richard (2015), «China's Communist-Capitalist ecological apocalypse», *real-world economics review*, 71, pp. 19-63.
Standing, Guy (2011), *The Precariat. The New Dangerous*

Class, Bloomsbury Academic, London-New York.
_____ (2017), *La corrupción del capitalismo. Por qué prosperan los rentistas y el trabajo no sale a cuenta*, Pasado&Presente, Barcelona.
_____ (2018), *La renta básica. Un derecho para todos y para siempre*, Pasado&Presente, Barcelona.
Stearns, Peter N. (2012), *Una nueva historia para un mundo global. Introducción a la «World History»*, Crítica, Barcelona.
Stein, Ben (2006), «In Class Warfare, Guess Which Class Is Winning», *The New York Times*, 26 nov.
Stiglitz, Joseph (2016), *Cómo hacer que funcione la globalización*, Penguin Random House, Barcelona.
_____ (2017), *El euro. Cómo la moneda común amenaza el futuro de Europa*, Penguin Random House, Barcelona.
Streeck, Wolfgang (2012*a*), «Mercados y pueblos. Capitalismo democrático e integración europea», *New Left Review*, 73, pp. 55-62.
_____ (2012*b*), «Los ciudadanos como clientes. Consideraciones sobre la nueva política de consumo», *New Left Review*, 76, pp. 23-41.
_____ (2016), *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz, Madrid.
_____ (2017*a*), *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Traficantes de Sueños, Madrid.
_____ (2017*b*), «El retorno de lo reprimido», *New Left Review*, 104, pp.7-21.
_____ (2018), «¿El cuarto poder?», *New Left Review*, 110, pp.151-161.
_____ (2019), «Regresión progresiva. Metamorfosis de la política social europea», *New Left Review*, 118, pp.131-156.
_____ (2021), «Deserción: La Unión Europea en la pandemia del coronavirus», *Economistas sin Fronteras. Dos-*

sieres EsF, 43, pp. 14-21.
Stuart Mill, John (1848/2004), *Principles of Political Economy, with Some of their Applications to Social Philosophy*, Hackett Publishing Company, Inc. Indianapolis/ Cambridge.
The Guardian (2015) «Cocaine in London sewers at highest level in Europe», Jun 4. Disponible:https://www.theguardian.com/society/2015/jun/04/cocaine-london-sewers-highest-level-europe-drug-uk
Therborn, Göran (2007), «Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista», *New Left Review*, 43, pp. 59-106.
_____ (2012), «Class in the 21st century», *New Left Review* 78, pp. 5-29.
_____ (2014), «¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia», *New Left Review*, 85, pp. 5-17.
_____ (2016), «¿Una era de progreso?», *New Left Review*, 99, pp. 30-41.
_____ (2015), *La desigualdad mata*, Alianza Editorial, Madrid.
_____ (2017), «Dinámicas de la desigualdad», *New Left Review,* 103, pp. 69-89.
_____ (2020), «Sueños y pesadillas de las clases medias del mundo», *New Left Review*, 124, pp. 69-96.
Tooze, Adam (2018*a*), *Crashed: How a Decade of Financial Crises Changed the World*, Londres, Allen Lane.
_____ (2018*b*), «Tempestuous Seasons», *London Review of Books*, 13 de septiembre.
_____ (2018*c*), «'Cruelly Absent Grandeur'? Democracy's Twenty-First-Century Histories» *Geschichte und Gesellschaft* 44, pp. 466- 490.
Traverso, Enzo (2005), «Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile», *Ayer*, 60 (4), pp. 227-258.
_____ (2016), «The end of Europe», *Public Seminar*, April

6. Disponible en: http://publicseminar.org/2016/04/the-end-of-europe/#.V0Fma2MUz4e

_____ (2021), *Las nuevas caras de la derecha. ¿Por qué funcionan las propuestas vacías y el discurso enfurecido de los antisistema y cuál es su potencial político?*, Capital Intelectual Ed., Madrid.

United Nations (2015), «World Population Prospects. The 2015 Revision», United Nations, New York.

Vilar, Pierre (2013), *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Crítica, Barcelona.

Wallace, Rob (2016), *Big farms make big flu: dispatches on infectious disease, agribusiness, and the nature of Science*, Monthly Review Press, New York.

_____ (2020), *Dead epidemiologists. On the origins of Covid-19*, Monthly Review Press, New York.

Wallace, Rob y Wallace, Rodrick (2017), «Las ecologías del Ébola. Agroeconomía y epidemiología en África occidental», *New Left Review*, 102, pp. 45-58.

Wallerstein, Immanuel (2014), *El capitalismo histórico*, Siglo XXI, Madrid.

_____ (2015), La crisis estructural, o por qué los capitalistas no encuentran gratificante al capitalismo, en Wallerstein (*et al.*), *¿Tiene futuro el capitalismo?* Siglo XXI editores, pp. 38-39.

Wang, Chaohua (2015), «El partido y su historia de éxito. Respuesta a "Dos revoluciones" de Perry Anderson», *New Left Review*, 91, pp. 7-42.

Watts, Jonathan (2019) «Concrete: the most destructive material on Earth», *The Guardian*, 25 de febrero.

Weber, Max (2009), *La «objetividad» del conocimiento en la ciencia social y en la política social*, Alianza Ed., Madrid.

White, Hayden (1980), «The Value of Narrativity in the Representation of Reality», *Critical Inquiry*, 7 (1), pp. 5-27.

_____ (1973), *Metahistory,* John Hopkins University Press,

Baltimore.
Wilcox, Chris (*et al.*) (2015), «Threat of plastic pollution to seabirds is global, pervasive, and increasing», *PNAS*, 112 (38), pp. 11.899-11.904.
Wilde, Oscar (1969), *El retrato de Dorian Gray*, Edaf Ed., Madrid.
Xu, Zhun (2021), «The Ideology of Late Imperialism. The Return of the Geopolitics of the Second International», *Monthly Review*, 72 (10). Disponible en: https://monthlyreview.org/2021/03/01/the-ideology-of-late-imperialism
Yuan, Li (2021), «'Who Are Our Enemies?' China's Bitter Youths Embrace Mao», *The New York Times*, July 8. Disponible en: https://www.nytimes.com/2021/07/08/business/china-mao.html
Zhan, Shaohua (2020), «La cuestión agraria en la China del siglo XXI. Cuatro perspectivas y cinco escenarios», *New Left Review*, 122, pp.131-15.
Žižek, Slavoj (2010), «Un permanente estado de excepción económica», *New Left Review,* 64, pp.80-89.
_____ (2016), *Contragolpe absoluto. Para una refundación del materialismo dialéctico*, Akal, Madrid.
_____ (2018), *El coraje de la desesperanza. Crónicas del año en que actuamos peligrosamente*, Anagrama, Barcelona.